

Cuentos completos.
Vol. I

Julio Verne

Un drama en México

Capítulo I

Desde la isla de Guaján a Acapulco

El 18 de octubre de 1824, el *Asia*, bajel español de alto bordo, y la *Constancia*, brick de ocho cañones, partían de Guaján, una de las islas Marianas. Durante los seis meses transcurridos desde su salida de España, sus tripulaciones, mal alimentadas, mal pagadas, agotadas de fatiga, agitaban sordamente propósitos de rebelión. Los síntomas de indisciplina se habían hecho sentir sobre todo a bordo de la *Constancia*, mandada por el capitán señor Orteva, un hombre de hierro al que nada hacía plegarse. Algunas averías graves, tan imprevistas que sólo cabía atribuir las a la malevolencia, habían retrasado al brick en su travesía. El *Asia*, mandado por don Roque de Guzuarte, se vio obligado a permanecer con él. Una noche la brújula se rompió sin que nadie supiera cómo. Otra noche los obenques de mesana fallaron como si

hubieran sido cortados y el mástil se derrumbó con todo el aparejo. Finalmente, los guardines del timón se rompieron por dos veces durante una maniobra importante.

La isla de Guaján, como todas las Marianas, depende de la Capitanía General de las islas Filipinas. Los españoles, que llegaban a posesiones propias, pudieron reparar prontamente sus averías.

Durante esta forzada estancia en tierra, el señor Orteva informó a don Roque del relajamiento de la disciplina que había notado a bordo, y los dos capitanes se comprometieron a redoblar la vigilancia y la severidad.

El señor Orteva tenía que vigilar más especialmente a dos de sus hombres, el teniente Martínez y el gaviero José.

Habiendo comprometido el teniente Martínez su dignidad de oficial en los conciliábulos del

castillo de proa, fue arrestado varias veces y, durante estos arrestos, le reemplazó en sus funciones de segundo de la *Constancia* el aspirante Pablo. En cuanto al gaviero José, se trataba de un hombre vil y despreciable, que sólo medía sus sentimientos en dinero contante y sonante. Así, pues, se vio vigilado de cerca por el honrado contramaestre Jacopo, en quien el señor Orteva tenía plena confianza.

El aspirante Pablo era una de esas naturalezas privilegiadas, francas y valerosas, a las que la generosidad inspira las más grandes acciones. Huérfano, recogido y educado por el capitán Orteva, se hubiera dejado matar por su bienhechor. Durante sus conversaciones con Jacopo, el contramaestre, se permitía, arrastrado por el ardor de su juventud y los impulsos de su corazón, hablar del cariño filial que sentía por el señor Orteva, y el buen Jacopo le estrechaba vigorosamente la mano, porque comprendía lo que el aspirante expresaba tan bien. De esta

manera el señor Orteva contaba con dos hombres devotos en los que podía tener absoluta confianza. Pero ¿qué podían hacer ellos tres contra las pasiones de una tripulación indisciplinada? Mientras intentaban día y noche triunfar sobre aquel espíritu de discordia, Martínez, José y los demás marineros seguían progresando en sus planes de rebeldía y traición.

El día antes de zarpar, el teniente Martínez estaba en una taberna de los bajos fondos con algunos contramaestres y una veintena de marineros de los dos navíos.

-Compañeros - dijo el teniente Martínez -, gracias a las oportunas averías que hemos tenido, el *brick* y el navío han tenido que hacer escala en las Marianas y he podido acudir aquí en secreto a hablar con ustedes.

-¡Bravo! - exclamó la asamblea al unísono.

-¡Hable, teniente, y háganos conocer su proyecto - dijeron entonces varios marineros.

-He aquí mi plan - respondió Martínez -. En cuanto nos hayamos apoderado de los dos barcos, pondremos proa hacia las costas de México. Saben ustedes que la nueva Confederación carece de Marina. Comprará, pues, a ojos cerrados nuestros barcos, y no solamente cobraremos nuestro salario de esa forma, sino que lo que sobre de la venta será igualmente compartido por todos.

-¡De acuerdo!

-¿Y cuál será la señal para actuar simultáneamente en las dos embarcaciones? - preguntó el gaviero José.

-Se disparará un cohete desde el *Asia* - respondió Martínez -. ¡Ese será el momento! Somos diez contra uno, y haremos prisioneros a los

oficiales del navío y del *brick* antes de que se hayan apercebido de nada.

-¿Cuándo se dará la señal? - preguntó uno de los contramaestres de la *Constancia*.

-Dentro de algunos días, cuando lleguemos a la altura de la isla de Mindanao.

Pero, ¿no recibirán a cañonazos los mexicanos a nuestros barcos? - objetó el gaviero José -. Si no me equivoco, la Confederación ha emitido un decreto por el que se someten a vigilancia todas las embarcaciones españolas y quizá, en lugar de oro, nos regalen una lluvia de hierro y de plomo.

-Puedes estar tranquilo, José. Haremos que nos reconozcan, ¡y desde bien lejos! - replicó Martínez.

-¿Y cómo?

-Izando en lo más alto del palo mayor de nuestros bergantines el pabellón de México.

Mientras decía esto, el teniente Martínez desplegó ante los ojos de los rebeldes una bandera verde, blanca y roja.

Un sombrío silencio recibió la aparición del emblema de la independencia mexicana.

-¿Añoran ya la bandera de España? - gritó el teniente con tono burlón -. ¡Pues bien, que los que experimenten tales añoranzas se separen de nosotros y viren de borda a las órdenes del capitán Orteva y del comandante don Roque! ¡En cuanto a nosotros, que no queremos seguir obedeciendo, sabremos reducirles a la impotencia!

-¡Bien! ¡Bien! - gritó toda la asamblea unánimemente.

-¡Compañeros! - volvió a hablar Martínez -. Nuestros oficiales cuentan con los vientos alisios para bogar hacia las islas de la Sonda; pero ¡les demostraremos que, aun sin ellos, se pueden correr bordadas contra los monzones del océano Pacífico!

Después de estas palabras, los marineros que asistían a este conciliábulo secreto se separaron y, por diversos caminos, regresaron a sus respectivos navíos.

Al alba del día siguiente el *Asia* y la *Constancia* levaron anclas y, poniendo proa al sudoeste, el navío y el *brick* se dirigieron a toda vela hacia Nueva Holanda. El teniente Martínez volvía a desempeñar sus funciones, pero, de acuerdo con las órdenes del capitán Orteva, estaba estrechamente vigilado.

No obstante, siniestros presentimientos asaltaban al señor Orteva. Comprendía cuán inminente era el derrumbe de la Marina española, a

la que la insubordinación llevaba a la catástrofe. Además, su patriotismo no podía soportar los continuos reveses que abrumaban a su país, que habían culminado con la revolución de los estados mexicanos. Hablaba algunas veces con el aspirante Pablo de estas graves cuestiones, sobre todo de lo que concernía a la antigua supremacía de la flota española en todos los mares.

-¡Hijo mío! - le dijo un día -. Ya no se conoce la disciplina entre nuestros marineros. Los síntomas de revuelta son especialmente visibles a bordo de mi barco y puede (tengo ese presentimiento) que alguna traición indigna me prive de la vida. Pero tú me vengarás, ¿no es verdad? ¡Y vengarás a la vez a España, a la que se quiere dañar matándome a mí!

-¡Se lo juro, capitán Orteva! - respondió Pablo.

-No te enemistes con nadie de a bordo, hijo mío, pero acuérdate, cuando llegue el día, que

en estos desafortunados tiempos la mejor manera de servir a la patria es vigilar primero, y castigar después, si es posible, a los que quieren hacerla traición.

-¡Le prometo morir, morir si es preciso, con tal de castigar a los traidores! - respondió el aspirante.

Hacía tres días que los navíos habían zarpado de las Marianas. La *Constancia* avanzaba a todo trapo impulsada por un ligero vientecillo. El *brick*, gracioso, ágil, esbelto, a ras de agua, con la arboladura inclinada hacia atrás, saltaba sobre las olas que salpicaban de espuma sus ocho carronadas de calibre seis.

-Doce nudos, mi teniente - comentaba una tarde el aspirante a Martínez -. Si seguimos navegando de esta forma, viento en popa, la travesía no será larga.

-¡Dios lo quiera! Ya hemos sufrido bastante y es hora de que acaben nuestras dificultades.

El gaviero José estaba en ese momento cerca del alcázar de popa y escuchaba las palabras del teniente.

-No debemos tardar mucho en avistar tierra - dijo entonces Martínez en voz alta.

-La isla de Mindanao, en efecto - contestó el aspirante -. Estamos a ciento cuarenta grados de longitud oeste y a ocho de latitud norte, y, si no me equivoco, la isla está...

-A ciento cuarenta grados treinta y nueve minutos de longitud y a siete grados de latitud - replicó vivamente Martínez.

José levantó la cabeza y, después de hacer una señal imperceptible, se dirigió hacia el castillo de proa.

-¿Tiene el cuarto de guardia de medianoche, Pablo? - preguntó Martínez.

-Sí, mi teniente.

-Ya son las seis de la tarde, así que no le entretengo.

Pablo se retiró.

Martínez se quedó solo sobre la toldilla, y dirigió la vista hacia el *Asia*, que navegaba a la estela del *brick*. La tarde era magnífica y hacía presagiar una de esas hermosas noches tropicales, frescas y tranquilas.

El teniente escudriñó entre las sombras a los hombres de la guardia. Distinguió a José y a algunos de los marinos con los que había hablado en la isla de Guaján. Luego se aproximó un momento al hombre que estaba al timón. Le dijo unas palabras en voz baja y eso fue todo.

No obstante, se hubiera podido percibir que la rueda había sido apuntada un poco más a barlovento, de forma que el *brick* no tardó en acercarse sensiblemente al navío de línea.

Contrariamente a las costumbres de a bordo, Martínez paseaba contra el viento a fin de observar mejor al *Asia*. Inquieto y nervioso, apretaba un megáfono en su mano.

De improviso, una detonación se oyó a bordo del navío.

A esta señal, Martínez saltó sobre el banco de los hombres del cuarto y, con voz potente, ordenó:

-¡Todo el mundo al puente! ¡Cargar las velas bajas!

En ese instante, el capitán Orteva, seguido de sus oficiales, salió de la toldilla y, dirigiéndose al teniente, preguntó:

-¿Por qué esta maniobra?

Martínez, sin responderle, saltó del banco de cuarto y corrió al castillo de proa.

-¡El timón a sotavento! - ordenó - ¡Las brazas de babor por delante! ¡Bracear! ¡Suelta la escota del foque mayor! En este momento, nuevas detonaciones estallaban a bordo del *Asia*.

La tripulación obedeció las órdenes del teniente, y el *brick*, virando bruscamente a barlovento, se inmovilizó y se puso al paio con la gavia pequeña.

El capitán, volviéndose entonces hacia los pocos hombres que se habían apiñado en torno a él, gritó:

¡A mí, mis valientes! - y avanzando hacia Martínez, ordenó: ¡Que se detenga a este oficial!

-¡Muerte al capitán! - respondió Martínez.

Pablo y dos oficiales más empuñaron la espada y las pistolas. Algunos marineros, con Jacopo al frente, se lanzaron en su ayuda; pero, detenidos al instante por los amotinados, fueron desarmados y se vieron en la imposibilidad de actuar.

Los infantes de marina y la tripulación se alinearon a lo largo del barco y avanzaron contra sus oficiales. Los hombres fieles, acorralados contra la toldilla, sólo podían hacer una cosa: lanzarse sobre los rebeldes.

El capitán Orteva dirigió el cañón de su pistola contra Martínez.

En ese instante, un cohete se elevó desde el *Asia*.

-¡Hemos vencido! - gritó Martínez.

El disparo del capitán se perdió en el aire.

La escena no fue larga. El capitán atacó cuerpo a cuerpo al teniente; pero pronto, abrumado por el superior número de enemigos y gravemente herido, se tuvo que someter. Sus oficiales compartían su suerte unos momentos más tarde.

Izaron algunos fanales en las jarcias del *brick* para avisar a los del *Asia*. El motín había estallado y triunfado también a bordo del navío de línea.

El teniente Martínez era el amo a bordo de la *Constancia* y sus prisioneros fueron arrojados en desorden al interior de la cámara del consejo.

Pero, a la vista de la sangre, se habían reavivado los instintos feroces de la tripulación. No era suficiente haber vencido, había también que matar.

-¡Degollémoslos! - gritaban muchos de aquellos locos -. ¡Vamos a matarlos! ¡Los muertos no hablan!

El teniente Martínez, a la cabeza de los amotinados más sanguinarios, se lanzó hacia la cámara del consejo; pero el resto de la tripulación se opuso a la matanza y los oficiales se salvaron.

-¡Traigan al capitán Orteva al puente! - ordenó Martínez.

Se le obedeció.

-Orteva - dijo Martines -, ahora soy yo quien manda los dos barcos. Don Roque es, como tú, prisionero mío. Mañana los abandonaremos a los dos en una costa desierta; luego dirigiremos nuestra ruta hacia los puertos de México y los barcos serán vendidos al gobierno republicano.

-¡Traidor! - exclamó Orteva.

-¡Relingen las velas bajas! ¡Aten a este hombre en la toldilla! - dijo, señalando al capitán.

Se le obedeció.

-¡Los demás, al fondo de la cala! ¡Listos para virar por avante! ¡Orcen! ¡Adelante, camaradas!

La maniobra fue prontamente ejecutada. El capitán Orteva se encontró desde entonces a sotavento del navío, tapado por la cangreja, y todavía se le oía llamar a su teniente « infame » y « traidor ».

Martínez, fuera de sí, se lanzó sobre la toldilla con un hacha en la mano. Le impidieron llegar junto al capitán; pero, de un fuerte hachazo, consiguió cortar las escotas de la cangreja. La botavara, violentamente arrastrada por el viento, golpeó al capitán y le destrozó el cráneo.

Un grito de horror se elevó desde el *brick*.

-¡Ha sido un accidente! - exclamó Martínez -
¡Arrojen el cadáver al mar!

Y se le obedeció de nuevo.

Los dos navíos reemprendieron su ruta a toda vela hacia las costas mexicanas.

Al día siguiente avistaron un islote a estribor. Se lanzaron los botes del *Asia* y la *Constancia* y los oficiales, con excepción del aspirante Pablo y del contramaestre Jacopo, que se habían pasado al bando del teniente Martínez, fueron abandonados en la desierta costa. Pero, por suerte, algunos días más tarde fueron recogidos por un ballenero inglés que los llevó a Manila.

Unas semanas después los dos barcos fondeaban en la bahía de Monterrey, al norte de la antigua California. Martínez dio cuenta de sus intenciones al comandante militar del puerto. Le ofrecía entregar a México, que carecía de marina de guerra, los dos navíos españoles con

sus municiones y su armamento, así como poner sus tripulaciones a disposición de la Confederación mexicana. En contrapartida, ésta debía pagarles todo lo que se les adeudaba desde su partida de España.

A estas propuestas, el gobernador respondió declarando que carecía de las atribuciones suficientes para pactar. Así, pues, animó a Martínez a dirigirse a México, donde podría fácilmente concluir él mismo este asunto. El teniente siguió su consejo, y, dejando al *Asia* en Monterrey, después de un mes de holganza se hizo a la mar con la *Constancia*. Pablo, Jacopo y José formaban parte de la tripulación, y el *brick*, a toda vela con viento a favor se dirigió a toda marcha hacia Acapulco.

Capítulo

II

De Acapulco a Cigualán

De los cuatro puertos mexicanos en el océano Pacífico, San Blas, Zacatula, Tehuantepec y

Acapulco, este último es el que ofrece más recursos a los navíos. La ciudad es malsana y está mal construida, ciertamente, pero la rada es segura y podría contener cien barcos con facilidad. Altos acantilados protegen las embarcaciones por todas partes y forman una dársena tan apacible, que un extranjero que llegara desde tierra creería ver un lago encerrado en un círculo de montañas.

En esta época, Acapulco estaba protegido por tres bastiones que la flanqueaban por la derecha, mientras que la bocana del puerto estaba defendida por una batería de siete cañones que podía, si era preciso, cruzar sus fuegos en ángulo recto con los del fuerte de San Diego. Este último, provisto de treinta piezas de artillería, dominaba toda la rada y podía hundir, con toda certeza, cualquier navío que intentara forzar la entrada del puerto.

La ciudad no tenía, pues, nada que temer; no obstante, tres meses después de los aconteci-

mientos arriba descritos, fue sobrecogida por un pánico general.

En efecto, se había indicado la presencia de un navío en alta mar. Sumamente inquietos por las intenciones de la embarcación sospechosa, los habitantes de Acapulco se sentían poco seguros. La causa era que la nueva Confederación aún temía, y no sin razón, la vuelta de la dominación española; porque, a pesar de los tratados de comercio firmados con Gran Bretaña y por más que hubiera llegado ya de Londres un embajador que había reconocido a la nueva República, el gobierno mexicano no tenía ni un solo navío que protegiera sus costas.

Quien quiera que fuese, el barco no podría pertenecer más que a un osado aventurero, y los vientos del nordeste que tan furiosamente soplan en estos parajes desde el equinoccio de otoño a la primavera, iban a someter a dura prueba sus relingas. Por eso los habitantes de Acapulco no sabían qué pensar, y se prepara-

ban, por si acaso, a rechazar un desembarco extranjero, cuando el tan temido navío ¡desplegó en lo alto del mástil la bandera de la independencia mexicana!

Llegado casi al alcance de los cañones del puerto, la *Constancia*, cuyo nombre se podía distinguir claramente en el espejo de popa, fondeó repentinamente. Se plegaron las velas en las vergas y desabordó una chalupa que poco después atracaba en el muelle.

Tan pronto como desembarcó, el teniente Martínez se dirigió a la casa del gobernador y le puso al corriente de las circunstancias que hasta él le traían. Este aprobó la determinación del teniente de dirigirse a México para obtener del general Guadalupe Victoria, presidente de la Confederación, la ratificación del trato. Apenas fue conocida esta noticia en la ciudad, estallaron los transportes de alegría. Toda la población acudió a admirar el primer navío de la marina mexicana, y vio en su posesión, junto

con una prueba de la indisciplina española, el medio de oponerse más radicalmente aún a cualquier nueva tentativa de sus antiguos dueños.

Martínez regresó a bordo. Algunas horas después el brick *Constancia* fue amarrado en el puerto y su tripulación albergada por los habitantes de Acapulco.

Sólo que, cuando Martínez pasó lista a sus hombres, Pablo y Jacopo habían desaparecido. Entre todos los países del globo, México se caracteriza por la extensión y la altura de su meseta central. La cadena de las cordilleras, que recibe el nombre de Andes en su totalidad, atraviesa toda la América meridional, surca Guatemala y, a su entrada en México se divide en dos ramas que accidentan paralelamente las dos costas del territorio.

Ahora bien, estas dos ramas no son más que las vertientes de la inmensa meseta de Ana-

huac, situada a dos mil quinientos metros sobre el nivel de los mares vecinos. Esta sucesión de llanuras, mucho más extensas y no menos monótonas que las de Perú y Nueva Granada, ocupa las tres quintas partes del país. La cordillera, al penetrar en la antigua intendencia de México, toma el nombre de Sierra Madre y, a la altura de las ciudades de San Miguel y Guajuato, se divide en tres ramas y va perdiéndose hacia los cincuenta y siete grados de latitud norte.

Entre el puerto de Acapulco y México, que distan entre sí ochenta leguas, los movimientos del terreno son menos bruscos y los declives menos abruptos que entre México y Veracruz. Después de haber hollado el granito que aflora en las estribaciones cercanas al gran Océano, material en el que está tallado el puerto de Acapulco, el viajero no encuentra más que ese tipo de rocas porfíricas de las que la industria extrae yeso, basalto, caliza, estaño, cobre, hie-

rro, plata y oro. Pero la ruta de Acapulco a México ofrecía panoramas y singulares sistemas de vegetación que no siempre eran notados por los dos jinetes que cabalgaban uno junto al otro algunos días después de que el brick *Constancia* llegara al fondeadero.

Eran Martínez y José. El gaviero conocía perfectamente el camino. ¡Había recorrido tantas veces las montañas del Anahuac! Por eso rehusó los servicios del guía indio que les habían propuesto, y, cabalgando en dos excelentes caballos, los dos aventureros se dirigieron rápidamente hacia la capital mexicana.

Después de dos horas de un rápido galope que no les había permitido hablar, los jinetes se detuvieron.

-¡Al paso, mi teniente, al paso! - exclamó sofocado José -. ¡Santa María! ¡Preferiría cabalgar durante dos horas en el sobrejuanete durante una ráfaga de noroeste!

-¡Démonos prisa! - respondió Martínez -¿Tú conoces bien el camino, José? ¿Lo conoces bien de veras?

-Tan bien como tú la ruta de Cádiz a Veracruz; y, además, no nos retrasarán ni las tempestades del golfo, ni las barras de Taspán o de Santander. Así que, ¡al paso!

-¡No, al contrario, más deprisa! - replicó Martínez, espoleando su caballo -. Temo la desaparición de Pablo y Jacopo. ¿Pretenderán aprovecharse ellos solos del trato y robarnos nuestra parte?

-¡Por Santiago! ¡No faltaría más que eso: robar a buenos ladrones, como nosotros! - respondió cínicamente el gaviero.

¿Cuántos días de marcha tendremos antes de llegar a México?

-Cuatro o cinco, mi teniente. ¡Un paseo! Pero vayamos al paso. ¿No se da cuenta de que el terreno sube a ojos vista?

En efecto, las primeras ondulaciones de las montañas se hacían notar en la amplia llanura.

-Nuestros caballos no están herrados - añadió el gaviero, deteniéndose - y sus pezuñas se desgastan con rapidez en estas rocas de granito. Pero bueno, no hablemos mal de este suelo. ¡Hay oro debajo de él y, por más que nosotros caminemos encima, mi teniente, eso no quiere decir que lo despreciemos!

Los dos viajeros habían llegado a una pequeña eminencia, sombreada profusamente por palmeras de abanico, nopales y salvias mexicanas. A sus pies se extendía una vasta llanura cultivada y toda la exuberante vegetación de las tierras cálidas se ofrecía a sus ojos. A su izquierda, un bosque de caobas limitaba el paisaje. Elegantes pimenteros balanceaban sus flexi-

bles ramas bajo las brisas ardientes del Pacífico. Los campos de caña de azúcar erizaban la campiña. Magníficos algodones agitaban sin ruido sus penachos de seda gris. Por todos lados crecían el convólvulo o jalapa medicinal y el ají, junto a las plantas de índigo y de cacao, el palo de campeche y el guayaco. Todos los variados productos de la flora tropical, dalias, mentze-liás y heliótropos, irisaban con sus colores esta tierra maravillosa que es la más fértil de la intendencia mexicana.

Ciertamente toda esta naturaleza tan bella parecía animarse bajo los ardiente rayos que el sol lanzaba a raudales; pero también, con este calor ardiente, sus desgraciados habitantes se debatían bajo los zarpazos de la fiebre amarilla. Por eso los campos, inanimados y desiertos, permanecían sin movimiento y sin ruido.

-¿Cómo se llama ese cono que se eleva ante nosotros en el horizonte? - preguntó Martínez a José.

-Es la colina de la Brea, apenas más elevada que el resto de la llanura - respondió desdeñosamente el gaviero.

Esta colina era la primera altura importante de la inmensa cadena de las cordilleras.

-Apretemos el paso - dijo Martínez, predicando con el ejemplo -. Nuestros caballos proceden de las haciendas del México septentrional y se han acostumbrado a las desigualdades del terreno en sus correrías por las sabanas. Aprovechemos la pendiente favorable del camino y salgamos de estas soledades que no parecen hechas para alegrarnos.

-¿Acaso tendrá remordimientos el teniente Martínez? - preguntó José, encogiéndose de hombros.

-¿Remordimientos...? ¡No...!

Martínez volvió a guardar un mutismo absoluto, y ambos marcharon al trote rápido de sus monturas.

Llegaron a la colina de la Brea, que franquearon por senderos abruptos, a lo largo de precipicios que aún no eran los insondables abismos de Sierra Madre. Después, una vez recorrida la vertiente opuesta, los dos jinetes se detuvieron para dar un descanso a los caballos.

El sol ya estaba a punto de desaparecer por el horizonte cuando Martínez y su compañero llegaron al pueblo de Cigualán. La aldea estaba formada por algunas chozas habitadas por indios pobres, de esos a los que se denomina mansos, es decir, agricultores. Los indígenas sedentarios son, en general, muy perezosos porque no tienen más que tomar las riquezas que les prodiga una tierra tan fecunda. Su holgazanería también les distingue claramente de los indios empujados a las mesetas superiores, a los que la necesidad ha vuelto industriosos,

así como de los nómadas del Norte, que, como, viven de la depredación y las rapiñas, no tienen nunca morada fija.

Los españoles no obtuvieron muy buen recibimiento en el pueblo. Reconociéndoles como a sus antiguos opresores, los indios se mostraron poco dispuestos a serles útiles.

Por otra parte, otros dos viajeros acababan de atravesar la aldea antes que ellos y habían acabado con la poca comida disponible.

El teniente y el gaviero no tomaron en cuenta esta circunstancia, que, por otra parte, no tenía nada de extraordinaria.

Martínez y José se protegieron, pues, bajo una especie de enramada y se prepararon para cenar una cabeza de carnero. Excavaron un agujero en el suelo y, después de haberlo llenado de leña y de piedras adecuadas para conservar el calor, esperaron a que se consumieran las mate-

rias combustibles; luego depositaron sobre las cenizas calientes, sin más preparación, la carne, cubierta con hojas aromáticas, y recubrieron todo herméticamente con ramas y tierra amon-tonada. Al cabo de un rato su cena estaba a punto, y la devoraron como hombres a los que un largo camino ha azuzado el apetito. Cuando acabaron su comida, se echaron en el suelo con el puñal en la mano. Después, sobreponiéndose su fatiga a la dureza del suelo y a las constantes picaduras de los mosquitos, no tardaron en dormirse.

Pero Martínez, en su agitado sueño, repitió varias veces los nombres de Jacopo y de Pablo, cuya desaparición le preocupaba sin cesar.

Capítulo

III

De Cigualán a Tasco

Al día siguiente los caballos estaban ensillados y embridados antes de la salida del sol. Los viajeros, cabalgando por senderos apenas mar-

cados que serpenteaban ante ellos, se internaron hacia el este atajando al sol. Su viaje parecía auspiciarse favorablemente. Si no hubiera sido por la actitud taciturna del teniente, que contrastaba con el buen humor del gaviero, se les habría tomado por las personas más honradas de la tierra. El terreno ascendía cada vez más. La inmensa meseta de Chilpanzingo, en la que reina el mejor clima de México, no tardó en extenderse hasta los confines del horizonte. Esta región, perteneciente a la zona templada, está situada a mil quinientos metros sobre el nivel del mar, y no experimenta ni los calores de las tierras bajas ni los fríos de las zonas elevadas. Pero, dejando este oasis a su derecha, los dos españoles llegaron a la aldea de San Pedro y, luego de tres horas de descanso, reemprendieron su ruta dirigiéndose al pequeño pueblo de Tutela del Río.

-¿Dónde vamos a pernoctar? - preguntó Martínez.

-En Tasco - respondió José -. Una gran ciudad, comparada con estas aldeillas, mi teniente.

-¿Hay alguna buena posada?

-Sí, y en un buen clima, bajo un hermoso cielo, en Tasco el sol calienta menos que al borde del mar. De esa forma, apenas sin enterarse a medida que se va subiendo, llega uno gradualmente a helarse en las cimas del Popocatepetl.

-¿Cuándo atravesaremos las montañas, José?

-Pasado mañana al atardecer, mi teniente. Desde las cumbres podremos vislumbrar, muy lejos, eso sí, el término de nuestro viaje. ¡México es, realmente, una ciudad de oro! ¿Sabe usted en lo que estoy pensando, mi teniente?

Martínez no respondió.

-Me pregunto qué habrá sido de los oficiales del *brick* y del navío que abandonamos en aquel islote.

Martínez se estremeció.

-¡No lo sé...! - respondió sordamente.

-Me gusta pensar - continuó José - que todos esos altaneros personajes se han muerto de hambre. Por otra parte, cuando los desembarcamos algunos cayeron al mar, y por esos parajes hay una especie de tiburón, la tintorera, que no perdona. ¡Virgen Santa! ¡Si el capitán Orteva levantara la cabeza, ya podríamos irnos ocultando en el vientre de una ballena! Pero, por fortuna, su cabeza estaba a la altura de la botavara cuando las escotas se rompieron tan oportunamente...

-¡Cállate de una vez!

El marinero puso punto en boca.

« ¡A buenas horas le entran los escrúpulos! », pensó José.

Luego, en voz alta, recommenzó:

-Cuando regresemos me quedaré a vivir en este hermoso país de México. ¡Se hacen las singladuras entre piñas y bananas y se encalla en arrecifes de oro y de plata!

-¿Por eso te decidiste a hacer traición? - preguntó Martínez.

-¿Por qué no, mi teniente? ¡Asunto de piastras!

-¡Ah...! - exclamó Martínez con desagrado.

-¿Y usted? - preguntó José.

-¿Yo? ¡Por cuestiones de jerarquía! ¡El teniente pretendía, ante todo, vengarse del capitán!

-¡Ah...! - exclamó José, despreciativo.

Los dos eran tal para cual, fuesen cuales fueran sus móviles.

-¡Calla...! - murmuró Martínez, deteniéndose con brusquedad -. ¿Ves algo por aquel lado?

José se irguió sobre los estribos.

-No hay nadie - respondió.

-¡He visto desaparecer rápidamente a un hombre! - dijo Martínez.

-¡Imaginaciones!

-¡Lo he visto! - repitió Martínez, impaciente.

-¡Pues bien, explore, si ese es su gusto...!

Y José continuó su camino. Martínez avanzó solo hacia un matorral de ese tipo demangles cuyas ramas, al tocar el suelo, echan raíces y forman malezas impenetrables. El teniente echó pie a tierra. La soledad era completa.

De pronto, observó una especie de espiral que se removía en la sombra. Era una serpiente de pequeño tamaño, con la cabeza aplastada por una piedra, y que retorció aún la parte posterior de su cuerpo como si estuviese galvanizada.

-¡Había alguien aquí! - murmuró el teniente.

Martínez, supersticioso y con remordimientos, miró hacia todas partes. Empezó a temblar.

-¿Quién sería...? - susurró.

-¿Qué pasa? - preguntó José, que se había reunido con su compañero.

-¡Nada, nada! - respondió Martínez -.

-¡Vámonos!

Los viajeros bordearon a continuación las riberas del Mexala, pequeño afluente del río Balsas, cuyo curso también remontaron. Pronto, algunas humaredas delataron la presencia de indígenas, y el pequeño pueblo de Tutela del Río apareció ante sus ojos.

Pero los españoles, que tenían prisa por llegar a Tasco antes de anochecer, dejaron el pueblo luego de unos momentos de reposo. El camino

se hacía más abrupto. Sus monturas tenían que ir casi siempre al paso. Aquí y allá, pequeños olivares empezaron a aparecer en las laderas de las montañas. Tanto en el terreno como en la temperatura y la vegetación se manifestaban notables diferencias. No tardó en caer la noche. Martínez seguía a pocos pasos a su guía. Este se orientaba con trabajo en medio de las espesas tinieblas, buscando los senderos practicables, renegando unas veces contra un tronco que le hacía tropezar, otras contra una rama que le azotaba la cara y amenazaba con apagar el excelente habano que fumaba.

El teniente dejaba que su caballo siguiera al de su compañero. Vagos remordimientos le acometían, sin advertir que era presa de una obsesión. La noche había caído por completo. Los viajeros apretaron el paso. Atravesaron sin detenerse las aldeas de Contepec y de Iguala, y llegaron al fin a Tasco.

José tenía razón. Era una gran ciudad después de las insignificantes aldeas que habían atravesado. Una especie de posada se abría en la calle principal. Tras dejar sus caballos a un mozo de cuadra, entraron en la sala del establecimiento, en la que aparecía una larga y estrecha mesa completamente servida. Los españoles se sentaron uno frente al otro y comenzaron a hacer los honores a una comida que sería sin duda succulenta para paladares indígenas, pero que sólo el hambre podía hacer soportable a paladares europeos.

Se trataba de pedazos de pollo que nadaban en una salsa de chile verde, porciones de arroz sazonadas con ajíes y azafrán, gallinas viejas rellenas con aceitunas, pasas, cacahuetes y cebollas; calabacines en dulce, garbanzos y ensaladas, acompañado todo por tortillas, una especie de tortas de maíz cocinadas en una placa de hierro. Tras la comida les sirvieron de beber. De todas formas, si no el paladar, el hambre fue

satisfecha, y la fatiga no tardó en hacer dormir a Martínez y a José hasta una hora avanzada de la mañana.

Capítulo

IV

De Tasco a Cuernavaca

El teniente fue el primero en despertar.

-¡José! ¡En marcha!

El gaviero se desperezó.

-¿Qué camino vamos a tomar? - preguntó Martínez.

-¡Son dos los que conozco, mi teniente!

-¿Cuáles?

-Uno pasa por Zacualicán, Tenancingo y Toluca. De Toluca a México el camino es bueno porque se ha dejado ya atrás la Sierra Madre.

-¿Y el otro?

-El otro nos desvía un poco hacia el este, pero también llegamos a unas buenas montañas, el Popocatepetl y el Ictacihuatl. Se trata de la ruta más segura porque es la menos frecuentada. ¡Un buen paseo de quince leguas por una inclinada pendiente!

-¡Sea! ¡Tomemos el camino más largo, y adelante! - dijo Martínez- ¿Dónde pasaremos la noche?

-Pues, caminando a doce nudos, en Cuernavaca - respondió el gaviero.

Los dos españoles se dirigieron a la cuadra, mandaron ensillar sus caballos y llenaron sus mochilas, una especie de bolsas que forman parte de los arneses, de tortas de maíz, granadas y tasajo, porque en las montañas corrían el riesgo de no encontrar comida suficiente. Después de pagar las provisiones, cabalgaron sobre sus animales y se dirigieron hacia su derecha.

Por primera vez descubrieron una encina, árbol de buen agüero, ante el cual se detienen las emanaciones malsanas de las mesetas inferiores. En estas llanuras, situadas a mil quinientos metros sobre el nivel del mar, las plantas introducidas después de la conquista se mezclan con la vegetación indígena. Los trigales se extienden por este fértil oasis, en el que crecen todos los cereales europeos. Los árboles de Asia y de España entremezclaban sus follajes. Las flores de Oriente esmaltaban los tapices de verdura, junto a las violetas, los acianos, la verbena y las margaritas propias de la zona templada. Algunos retorcidos arbustos resinosos accidentaban el paisaje, y el olfato se embalsamaba con los dulces aromas de la vainilla, protegida por la sombra de los amyris y los liquidámbaros. Los viajeros se sentían a gusto bajo una temperatura media de veinte o veintidós grados, común a las zonas de Xalapa y Chilpanzingo a las que se ha incluido bajo la denominación de tierras templadas.

No obstante, Martínez y su compañero ascendían cada vez más por la meseta de Anahuac, y franqueaban las inmensas barreras que forman la llanura de México.

-¡Bien! - dijo José -. He aquí el primero de los tres torrentes que debemos atravesar.

En efecto, un arroyo profundamente encajonado cortaba el paso a los viajeros.

-En mi último viaje este torrente estaba seco - dijo José -. Sígame, mi teniente.

Ambos descendieron por una pendiente bastante suave tallada en la roca viva, y llegaron a un vado que era fácilmente practicable.

-¡Ya va uno! - exclamó José.

-¿Los otros son igualmente franqueables? - preguntó el teniente.

-Igual - respondió José -. Cuando la estación de las lluvias los hace crecer, estos torrentes desembocan en el riachuelo de Ixtoluca, que nos encontraremos al llegar a las tierras altas.

-¿No hay motivos de temor en estas soledades?

-Ninguno, a no ser el puñal mexicano.

-Es cierto - dijo Martínez -. Estos indios de las tierras altas han permanecido fieles por tradición al cuchillo.

-¡Por eso - dijo riendo el gaviero - tienen tantos nombres para designar su arma favorita! Estoque, verdugo, puna, cuchillo, beldoque, navaja... ¡El nombre les viene a la boca tan deprisa como el cuchillo a la mano! ¡Tanto mejor! De esa forma no tendremos que temer las invisibles balas de las largas carabinas. ¡No conozco nada tan vergonzoso como no saber siquiera quién es el bribón que te despacha!

- ¿Qué indios habitan estas montañas? - preguntó Martínez.

- ¡Imagínese, mi teniente! ¿Quién puede contar las diferentes razas que se multiplican en México? ¡Escuche qué cantidad de cruces he estudiado con la intención de contraer un matrimonio ventajoso algún día! Están los mestizos, nacidos de español y de india; el cuarterón, nacido de una mestiza y un español; el mulato, nacido de una española y un negro; el monisque, nacido de una mulata y de un español; el albino, nacido de una monisque y de un español; el tornatrás, nacido de un albino y de una española; el tinticlaro, nacido de un tornatrás y de una española; el lobo, nacido de una india y un negro; el caribujo, nacido de una india y un lobo; el barcino, nacido de un coyote y de una mulata; el grifo, nacido de una negra y un lobo; el albarazado, nacido de un coyote y de una india; el chanizo, nacido de una mestiza y un

indio; el mechino, nacido de una loba y un coyote...

José tenía razón, y la muy problemática pureza de las razas por estos lugares hace que los estudios antropológicos sean muy inseguros. Pero, a despecho de las eruditas conversaciones del gaviero, Martínez caía sin cesar en su taciturnidad primera. Incluso se apartaba con gusto de su compañero, cuya compañía parecía molestarle.

Otros dos torrentes cortaron, poco después, la ruta. El teniente se desanimó un poco al ver los lechos secos, porque pensaba dar de beber a su caballo.

-¡Henos aquí como en calma chica, sin víveres ni agua, mi teniente! - dijo José -. ¡Bah! ¡Sígame! Busquemos entre estas encinas y estos olmos un árbol que se llama ahuehuetl, que sustituye con ventaja los manojos de paja de la muestra de las posadas. Bajo su sombra se encuentra

siempre algún manantial, y, aunque sólo sea agua, ciertamente le aseguro que el agua es el vino del desierto.

Los jinetes dieron la vuelta al macizo y pronto encontraron el árbol en cuestión. Pero el manantial había sido cegado, y se veía, incluso, que hacía poco de esto.

-¡Es extraño! - dijo José.

-¡Algo más que extraño! - exclamó Martínez, palideciendo -. ¡Adelante, adelante!

Los viajeros no intercambiaron ni una palabra hasta la aldea de Cacahuimilchán. Allí aligeraron un poco sus mochilas. Después se encaminaron hacia Cuernavaca, dirigiéndose hacia el este.

El paisaje se presentó entonces bajo un aspecto extremadamente abrupto, haciendo presentir los picos gigantescos cuyas cimas basálticas

detienen las nubes procedentes del Pacífico. A la vuelta de un ancho roquedo apareció el fuerte de Cochicalcho, edificado por los antiguos mexicanos, y cuya planta tiene nueve mil metros cuadrados. Los viajeros se dirigieron hacia el inmenso cono que forma la base y que coronan rocas oscilantes e impresionantes ruinas.

Después de haber echado pie a tierra y atado sus caballos al tronco de un olmo, Martínez y José, deseosos de verificar la dirección del camino, treparon hasta la cima del cono aprovechando las asperezas del terreno.

La noche caía, revistiendo a los objetos de contornos imprecisos y prestándoles formas fantásticas. El viejo fuerte se parecía bastante a un bisonte acurrucado con la cabeza inmóvil, y la mirada inquieta de Martínez creía ver sombras que se agitaban sobre el cuerpo del monstruoso animal. No obstante se calló, para no dar pie a las burlas del incrédulo José. Este se aventuraba con lentitud a través de los senderos de la mon-

taña y, cuando desaparecía tras alguna depresión del terreno, su compañero se guiaba por el sonido de sus « ¡por Santiago! » o « ¡voto a sanes! »

De pronto, un enorme pájaro nocturno, lanzando un ronco graznido, se elevó pesadamente con sus grandes alas.

Martínez se quedó parado.

Un enorme trozo de roca oscilaba visiblemente sobre su base, treinta pies por encima de él. De repente, el bloque se desprendió y, aplastando todo a su paso con la rapidez y el ruido del rayo, se precipitó en el abismo.

-¡Virgen Santa! - gritó el gaviero -. ¡ Eh, mi teniente!

-¡José!

-¡Venga por aquí!

Los dos españoles se reunieron.

-¡Vaya avalancha! Bajemos - dijo el gaviero.

Martínez le siguió sin decir palabra y ambos llegaron en seguida a la meseta inferior.

En ésta un ancho surco señalaba el paso de la roca.

-¡Virgen Santa! - gritó José -. ¡Nuestros caballos han desaparecido, aplastados, muertos!

-¿Es posible? - exclamó Martínez.

-¡Mire!

El árbol al que habían atado los dos animales había sido, en efecto, arrastrado junto con ellos.

-¡Si hubiéramos estado encima...! - exclamó filosóficamente el gaviero.

Martínez era presa de un violento sentimiento de terror.

-¡La serpiente, la fuente, la avalancha! - murmuraba.

De pronto, con los ojos extraviados, se lanzó sobre José.

-¿No acabas de hablar del capitán Orteva? - gritó, con los labios contraídos por la cólera.

José retrocedió.

-¡Ah! ¡Nada de desvaríos, mi teniente! ¡Un responso por nuestros caballos, y en marcha! No es bueno permanecer aquí si la vieja montaña sacude su melena.

Los dos españoles echaron a andar por el camino sin decir palabra y, a mitad de la noche, llegaron a Cuernavaca; pero allí les fue imposible procurarse caballos, y al día siguiente tuvieron que emprender a pie el camino hacia la montaña de Popocatepetl.

1. En español en el original.

Capítulo

V

De Cuernavaca al Popocatepetl

La temperatura era fría y la vegetación escasa. Estas alturas inaccesibles pertenecen a las zonas glaciales, llamadas las «tierras frías» Los abetos de las regiones brumosas mostraban ya sus secas siluetas entre las ultimas encinas de estos climas elevados, y las fuentes se hacían cada vez más raras en terrenos que están compuestos en su mayor parte de traquitas resquebrajadas y de amigdaloides porosas.

Desde hacía ya seis horas largas el teniente y su compañero se arrastraban penosamente, hiriéndose las manos en las vivas aristas de las rocas y los pies en los agudos guijarros del ca-

mino. Pronto, la fatiga les obligó a sentarse. José se ocupó de preparar algún alimento.

-¡Condenada idea, no haber tomado el camino ordinario! - murmuraba.

Ambos esperaban encontrar en Aracopistla, aldea totalmente perdida entre las montañas, algún medio de transporte para finalizar su viaje; pero ¡cuál no sería su decepción al encontrarse con lo mismo que en Cuernavaca, la misma inexistencia de todo lo necesario y la misma falta de hospitalidad! Y, sin embargo, había que llegar.

Ante ellos se erguía entonces el inmenso cono del Popocatepetl, de una altitud tal que las miradas se perdían entre las nubes intentando encontrar la cima de la montaña. El camino era de una aridez desesperante. Por todas partes se abrían insondables precipicios entre los salientes del terreno, y los vertiginosos senderos parecían oscilar bajo los pasos de los caminantes.

Para avistar bien el camino tuvieron que escalar una parte de esta montaña de cinco mil cuatrocientos metros a la que los indios llamaban «La roca humeante» y que muestra aún la huella de recientes explosiones volcánicas. Sombrías grietas serpenteaban entre sus abruptas laderas. Desde el último viaje del gaviero José, nuevos cataclismos habían trastornado estos desiertos que ya no conseguía reconocer. De esa forma se perdía por senderos impracticables deteniéndose a veces con el oído atento, porque sordos rumores se dejaban oír aquí y allá a través de las quebraduras del enorme cono.

El sol declinaba ya a ojos vistas. Enormes nubes, aplastadas contra el cielo, oscurecían aún más la atmósfera. Amenazaban la lluvia y la tormenta, fenómenos frecuentes en estas comarcas en las que la elevación del terreno acelera la evaporación del agua. Toda especie de vegetación había desaparecido en estos roque-

dales cuya cima se pierde bajo las nieves eternas.

-¡No puedo más! - dijo por fin José, desplomándose de fatiga.

-¡Sigamos andando! - respondió el teniente Martínez con febril impaciencia.

Algunos truenos resonaron al momento en las grietas del Popocatepetl.

-¡Que el diablo me lleve si consigo orientarme entre estos senderos perdidos! - exclamó José.

-¡Levántate y sigamos! - respondió bruscamente Martínez, obligando a José a seguir caminando dando traspiés.

-¡Y ni un ser humano que nos guíe! - murmuraba el gaviero.

-¡Mejor! - dijo el teniente.

-¿Acaso no sabe que, cada año, se cometen un millar de asesinatos en México y que sus alrededores no son seguros?

-¡Mejor! - replicó Martínez.

Gruesas gotas de lluvia brillaban en las aristas de las rocas, iluminadas por los últimos resplandores del cielo.

-¿Qué es lo que veremos cuando consigamos atravesar las montañas que nos rodean? - preguntó el teniente.

-México a la izquierda y Puebla a la derecha, ¡si es que podemos ver algo! - respondió José -. Pero no distinguiremos nada. Está demasiado oscuro... Tendremos ante nosotros la montaña de Ictacihuatl y, por la hondonada, el camino seguro. Pero, ¡por Satanás!, no creo que lleguemos.

-¡Sigamos!

José estaba en lo cierto. La meseta de México está encerrada entre un inmenso circo de montañas. Es una inmensa cuenca oval de dieciocho leguas de largo, doce de ancho y sesenta y siete de perímetro, rodeada de altos salientes, entre los que se distinguen, al sudoeste, el Popocatepetl y el Ictacihuatl. Una vez llegado a la cima de estas barreras, el viajero ya no experimenta ninguna dificultad para descender por la meseta de Anahuac y la ruta, que se prolonga hacia el norte, es agradable hasta México. Entre las amplias avenidas de olmos y de álamos se admiran los cipreses plantados por los reyes de la dinastía azteca, así como los schinns, parecidos a los sauces llorones de Occidente. Por todas partes los campos labrados y los jardines en flor muestran sus cosechas, mientras que manzanos, granados y cerezos respiran a gusto bajo este cielo azul profundo que determina el aire seco y enrarecido de las alturas terráqueas.

Los estallidos del trueno se repetían entonces con extrema violencia en la montaña. La lluvia y el viento, que cesaban a ratos, tornaban más sonoros los ecos.

José maldecía a cada paso. El teniente Martínez, pálido y silencioso, miraba hostilmente a su compañero que se erguía ante él como un cómplice a quien hubiera querido hacer desaparecer.

De pronto, un relámpago iluminó la oscuridad. ¡El gaviero y el teniente estaban al borde de un abismo! Martínez se acercó de un salto a José. Le puso la mano sobre el hombro y, después de los últimos fragores del trueno, le dijo:

-¡José...! ¡Tengo miedo...!

-¿Miedo de la tormenta?

-No temo a la tempestad del cielo, José, sino la tormenta que se ha desencadenado dentro de mí...

-¡Ah! ¡Usted piensa todavía en el capitán Orteva...! ¡Vamos, mi teniente, me hace reír! - respondió José, que no se atrevía a reírse porque Martínez le miraba con ojos extraviados.

Un trueno formidable resonó.

-¡Calla, José, calla! - exclamó Martínez, que no parecía dueño de sí mismo.

-¡Pues sí que ha elegido una buena noche para sermonearme! - replicó el gaviero - ¡Si tiene miedo, mi teniente, tápese los ojos y los oídos!

-¡Mira... gritó Martínez -. ¡Me parece...! ¡Veo al capitán... al señor Orteva... su cabeza rota...! ¡Allí...! ¡Allí...!

Una sombra negra, iluminada por un relámpago blanquecino, se irguió a veinte pasos del teniente y de su compañero.

En el mismo instante, José vio a Martínez a su lado, pálido, siniestro, descompuesto, con el brazo armado de un puñal.

- ¿Qué le sucede? ¿Qué...?

Un relámpago los envolvió a los dos.

-¡Socorro! - gritó José.

No quedó más que un cadáver en aquel lugar. Como un nuevo Caín, Martínez huía en medio de la tempestad con su arma ensangrentada en la mano.

Algunos instantes después, dos hombres se inclinaban sobre el cadáver del gaviero, murmurando:

-¡Uno menos!

Martínez erraba como un loco a través de las sombrías soledades. Corría con la cabeza descubierta bajo la lluvia que caía a torrentes.

-¡Socorro! ¡Socorro! - gritaba, tropezando contra las rocas que se deslizaban a sus pies.

De pronto se dejó oír un gorgoteo profundo. Martínez miró y escuchó el estrépito de un torrente.

Era el pequeño río Ixtoluca, que se precipitaba a quinientos pies por debajo de donde se encontraba.

A pocos pasos, sobre el torrente mismo, colgaba un puente formado por cuerdas de pita. Sujeto en ambas orillas por algunos postes hundidos en la roca, el puente oscilaba con el viento como si fuera un hilo tendido en el espacio.

Martínez, agarrándose a las lianas, avanzó arastrándose por el puente. A fuerza de energía consiguió llegar a la orilla opuesta...

Allí, una sombra se irguió ante él.

Martínez retrocedió sin decir palabra y se aproximó a la orilla que acababa de dejar.

Allí, también, otra forma humana apareció ante él.

Martínez regresó de rodillas hasta la mitad del puente, con las manos crispadas por la desesperación.

-¡Martínez! ¡Soy Pablo! - gritó una voz.

-¡Martínez! ¡Soy Jacopo! - exclamó otra.

-¡Eres un traidor...! ¡Y vas a morir...!

-¡Eres un traidor...! ¡Y vas a morir...!

Sonaron dos golpes secos. Los pilares que sujetaban los dos extremos del puente cayeron bajo el hacha...

Se oyó un terrible aullido y Martínez, con los brazos extendidos, se precipitó en el abismo.

A una legua de allí, el aspirante y el contra-maestre se reunieron, después de haber vadeado el río Ixtoluca.

-¡He vengado al capitán! - dijo Jacopo.

-¡Y yo - respondió Pablo - he vengado a España!

Así nació la marina de la Confederación Mexicana. Los dos barcos españoles, entregados por los traidores, quedaron en propiedad de la nueva república y constituyeron el núcleo de la pequeña flota que antaño disputaba las tierras

de Texas y de California a los navíos de los Estados Unidos de América.

Un drama en los aires

En el mes de septiembre de 185., llegué a Francfort. Mi paso por las principales ciudades de Alemania se había distinguido esplendorosamente por varias ascensiones aerostáticas; pero hasta aquel día ningún habitante de la confederación me había acompañado en mi barquilla, y las hermosas experiencias hechas en París por los señores Green, Eugene Godard y Poitevin no habían logrado decidir todavía a los serios alemanes a ensayar las rutas aéreas.

Sin embargo, apenas se hubo difundido en Francfort la noticia de mi próxima ascensión, tres notables solicitaron el favor de partir conmigo. Dos días después debíamos elevarnos desde la plaza de la Comedia. Me ocupé, por tanto, de preparar inmediatamente mi globo. Era de seda preparada con gutapercha, sustancia inatacable por los ácidos y por los gases, pues es de una impermeabilidad absoluta; su

volumen - tres mil metros cúbicos - le permitía elevarse a las mayores alturas.

El día señalado para la ascensión era el de la gran feria de septiembre, que tanta gente lleva a Francfort. El gas de alumbrado, de calidad perfecta y de gran fuerza ascensional, me había sido proporcionado en condiciones excelentes, y hacia las once de la mañana el globo estaba lleno hasta sus tres cuartas partes. Esto era una precaución indispensable porque, a medida que uno se eleva, las capas atmosféricas disminuyen de densidad, y el fluido, encerrado bajo las cintas del aerostato, al adquirir mayor elasticidad podría hacer estallar sus paredes. Mis cálculos me habían proporcionado exactamente la cantidad de gas necesario para cargar con mis compañeros y conmigo.

Debíamos partir a las doce. Constituía un paisaje magnífico el espectáculo de aquella multitud impaciente que se apiñaba alrededor del recinto reservado, inundaba la plaza entera, se

desbordaba por las calles circundantes y tapizaba las casas de la plaza desde la primera planta hasta los aguilones de pizarra. Los fuertes vientos de los días pasados habían amainado. Ningún soplo animaba la atmósfera. Con un tiempo semejante se podía descender en el lugar mismo del que se había partido.

Llevaba trescientas libras de lastre, repartidas en sacos; la barquilla, completamente redonda, de cuatro pies de diámetro por tres de profundidad, estaba cómodamente instalada: la red de cáñamo que la sostenía se extendía de forma simétrica sobre el hemisferio superior del aerostato; la brújula se hallaba en su sitio, el barómetro colgaba en el círculo que reunía los cordajes de sostén y el ancla aparecía cuidadosamente engalanada. Podíamos partir.

Entre las personas que se apiñaban alrededor del recinto, observé a un joven de rostro pálido y rasgos agitados. Su vista me sorprendió. Era un espectador asiduo de mis ascensiones, al

que ya había encontrado en varias ciudades de Alemania. Con aire inquieto, contemplaba ávidamente la curiosa máquina que permanecía inmóvil a varios pies del suelo, y estaba callado entre todos sus vecinos.

Sonaron las doce. Era el momento. Mis compañeros de viaje no aparecían.

Envié mensajeros al domicilio de cada uno de ellos, y supe que uno había partido hacia Hamburgo, el otro hacia Viena y el tercero para Londres. Les había faltado el ánimo en el momento de emprender una de esas excursiones que gracias a la habilidad de los aeronautas actuales están desprovistas de cualquier peligro. Como en cierto modo ellos formaban parte del programa de la fiesta, les había dominado el temor de que les obligasen a cumplirlo con exactitud y decidieron huir lejos del teatro en el instante en que el telón se levantaba. Su valor se encontraba evidentemente en razón inversa del cuadrado de su velocidad... para largarse.

Medio decepcionada, la multitud dio señales de muy mal humor. No vacilé en partir solo. A fin de restablecer el equilibrio entre la gravedad específica del globo y el peso que hubiera debido llevar, reemplacé a mis compañeros por nuevos sacos de arena y subí a la barquilla. Los doce hombres que retenían el aerostato por doce cuerdas fijadas al círculo ecuatorial las dejaron deslizarse un poco entre sus dedos, y el globo se elevó varios pies más de tierra. No había ni un soplo de viento, y la atmósfera, de una pesadez de plomo, parecía infranqueable.

-¿Está todo preparado? - grité.

Los hombres se dispusieron. Una última ojeada me indicó que podía partir.

-¡Atención!

Entre la multitud se produjo cierto movimiento y me pareció que invadían el recinto reservado.

-¡Suelten todo!

El globo se elevó lentamente, pero sentí una conmoción que me derribó en el fondo de la barquilla. Cuando me levanté, me encontré cara a cara con un viajero imprevisto: el joven pálido.

-Caballero, le saludo - me dijo con la mayor flema.

-Con qué derecho?...

-¿Estoy aquí?... Con el derecho que me da la imposibilidad en que está para despedirme.

Yo permanecía estupefacto. Aquel aplomo me desarmaba, y no tenía nada que responder.

-¿Mi peso perjudica su equilibrio, señor? - preguntó él -. ¿Me permite usted?...

Y sin aguardar mi consentimiento, deslastró el globo de dos sacos que arrojó al espacio.

-Señor - dije yo entonces tomando el único partido posible -, ya que ha venido..., puede quedarse... de acuerdo, pero sólo a mí me corresponde la dirección del aerostato...

-Señor - respondió él -, su urbanidad es completamente francesa. ¡Pertenece usted al mismo país que yo! Le estrecho moralmente la mano que me niega. ¡Tome sus medidas y actúe como bien le parezca! Yo esperaré a que usted haya terminado...

-¿Para qué?

-Para hablar con usted.

El barómetro había bajado hasta veintiséis pulgadas. Estábamos a unos seiscientos metros de altura por encima de la ciudad; pero nada indicaba el desplazamiento horizontal del globo, porque es la masa de aire en la que está encerrado la que camina con él. Una especie de calor turbio bañaba los objetos que se veían a

nuestros pies y prestaba a sus contornos una indefinición lamentable.

Examiné de nuevo a mi compañero.

Era un hombre de unos treintena de años, vestido con sencillez. La ruda arista de sus rasgos dejaba al descubierto una energía indomable, y parecía muy musculoso. Completamente entregado al asombro que le procuraba aquella ascensión silenciosa, permanecía inmóvil, tratando de distinguir los objetos que se confundían en un vago conjunto.

-¡Maldita bruma! - exclamó al cabo de unos instantes.

Yo no respondí.

-Me guarda rencor, ¿verdad? - prosiguió -.
¡Bah! No podía pagarme el viaje, tenía que subir por sorpresa.

-¿Nadie le pide que se baje, señor!

-¿No sabes acaso que algo parecido les ocurrió a los condes de Laurencin y de Dampierre cuando se elevaron en Lyon el 15 de enero de 1784? ¡Un joven comerciante, llamado Fonatine, escaló la barquilla con riesgo de hacer zozobrar la máquina!... ¡Realizó el viaje y no murió nadie!

-Una vez en tierra ya tendremos una explicación - respondí yo picado por el tono ligero con que me hablaba.

-¡Bah! No pensemos en la vuelta.

-¿Cree, pues, que tardaré en descender?

-¡Descender! - dijo sorprendido -. ¡Descender! Empecemos primero por subir.

Y antes de que yo pudiese impedirlo, dos sacos de arena habían sido arrojados por la borda de la barquilla, sin ser vaciados siquiera.

-¡Señor! - exclamé yo encolerizado.

-Conozco su habilidad - respondió tranquilamente el desconocido - y sus hermosas ascensiones han sido sonadas. Pero si la experiencia es hermana de la práctica, también es algo prima de la teoría, y yo he hecho largos estudios sobre el arte aerostático. ¡Y se me han subido a la cabeza! - añadió él tristemente cayendo en muda contemplación.

Tras haberse elevado de nuevo, el globo permanecía en situación estacionaria.

El desconocido consultó el barómetro y dijo:

-¡Ya hemos llegado a los ochocientos metros! Los hombres parecen insectos. ¡Mire! Creo que desde esta altura es de donde hay que considerarlos siempre para juzgar correctamente sus proporciones. La plaza de la Comedia se ha transformado en un inmenso hormiguero. Mire la multitud que se amontona en los muelles y el Zeil que disminuye. Ya estamos encima de la iglesia del Dom. El Main no es ya más que una

línea blancuzca que corta la ciudad, y ese puente, el Main Brücke, parece un hilo puesto entre las dos orillas del río.

La atmósfera había refrescado algo.

-No hay nada que yo no haga por usted, huésped mío - me dijo mi compañero -. Si tiene frío, me quitaré mis ropas y se las prestaré.

-Gracias - respondí yo con sequedad.

-¡Bah! La necesidad hace ley. Deme la mano, soy su compatriota, lo instruiré en mi compañía, y mi conversación le compensará del perjuicio que le he causado.

Sin responder me senté en el extremo opuesto de la barquilla. El joven había sacado de su hopalanda un voluminoso cuaderno. Era un trabajo sobre la aerostación.

-Poseo - me dijo - la colección más curiosa de grabados y caricaturas que se han hecho a pro-

pósito de nuestras manías aéreas. ¡Han admirado y ultrajado a la vez este precioso descubrimiento! Por suerte ya no estamos en la época en que los Montgolfier trataban de hacer nubes falsas con vapor de agua, y fabricar un gas que tuviera propiedades eléctricas que producían mediante la combustión de paja mojada y de lana picada.

-¿Quiere disminuir el mérito de los inventores acaso? - respondí yo, porque había tomado una decisión sobre aquella aventura -.¿No ha sido hermoso haber demostrado con experiencias la posibilidad de elevarse en el aire?

-¡Eh!, señor, ¿quién niega la gloria de los primeros navegantes aéreos? ¡Se necesitaba un valor inmenso para elevarse con estas envolturas tan frágiles, que sólo contenían aire caliente! Pero quiero hacerle la siguiente pregunta: ¿la ciencia aerostática ha dado algún gran paso desde las ascensiones de Blanchard, es decir, desde hace casi un siglo? Mire señor.

El desconocido sacó un grabado de su cuaderno.

-Aquí tiene - me dijo - el primer viaje aéreo emprendido por Pilatre de Rozier y el marqués de Arlandes, cuatro meses después del descubrimiento de los globos. Luis XVI negaba su consentimiento a este viaje y dos condenados a muerte debían intentar, los primeros, las rutas aéreas. Pilatre de Rozier se indigna ante esta injusticia, y a fuerza de intrigas, obtiene el permiso. Aún no se había inventado esta barquilla que hace fáciles las maniobras, y una galería circular ocupaba la parte inferior y estrechada de la montgolfiera. Los dos aeronautas tuvieron pues que permanecer sin moverse en cada extremo de aquella galería, porque la paja mojada que la llenaba les impedía todo movimiento. Un hornillo con fuego colgaba debajo del orificio del globo; cuando los viajeros querían elevarse, arrojaban paja sobre aquel brasero, con riesgo de incendiar la máquina, y

el aire más caliente daba al globo nueva fuerza ascensional. Los dos audaces navegantes partieron, el 21 de noviembre de 1783, de los jardines de la Muette, que el delfín había puesto a su disposición. El aerostato se elevó majestuosamente, bordeó la isla de los Cisnes, pasó el Sena por la barrera de la Conference y, dirigiéndose entre el domo de los Inválidos y la Escuela Militar, se acercó a San Sulpicio. Entonces los aeronautas forzaron el fuego, franquearon el bulevar y descendieron al otro lado de la barrera de Enfer. Al tocar el suelo, el globo se desinfló y sepultó algunos instantes bajo sus pliegues a Pilatre de Rozier.

-¡Molesto presagio! - dije yo interesado por estos detalles que me tocaban muy de cerca.

-Presagio de la catástrofe que más tarde debía costar la vida al infortunado - respondió el desconocido con tristeza -. ¿No ha sufrido usted nada semejante?

-Nunca.

-Bah, las desgracias ocurren a veces sin presagios - añadió mi compañero.

Y se quedó en silencio.

Mientras tanto avanzábamos hacia el sur, y Francfort ya había huido bajo nuestros pies.

-Tal vez tengamos tormenta - dijo el joven.

-Antes descenderemos - respondí.

-¡Eso sí que no! Es mejor subir. Escaparemos de ella con mayor seguridad.

Y dos nuevos sacos de arena fueron al espacio.

El globo se elevó con rapidez y se detuvo a mil doscientos metros. Se dejó sentir un frío bastante vivo, y sin embargo los rayos de sol que caían sobre la envoltura dilataban el gas interior y le daban mayor fuerza ascensional.

-No tema nada - me dijo el desconocido -. Tenemos tres mil quinientas toesas de aire respirable. Además, no se preocupe de lo que yo haga.

Quise levantarme, pero una mano vigorosa me clavó en mi banqueta.

-¿Cómo se llama? - pregunté.

-¿Cómo me llamo? ¿Qué le importa?

-Le exijo su nombre.

- Me llamo Eróstrato o Empédocles, como más le guste.

Esta respuesta no era nada tranquilizadora.

Por otra parte, el desconocido hablaba con una sangre fría tan singular que no sin inquietud me pregunté con quién tenía que habérmelas.

-Señor - continuó él -, desde el físico Charles no se ha imaginado nada nuevo. Cuatro meses después del descubrimiento de los aeróstatos, ese hábil hombre había inventado la válvula, que deja escapar el gas cuando el globo está demasiado lleno, o cuando se quiere descender; la barquilla, que facilita las maniobras de la máquina; la red, que contiene la envoltura del globo y reparte la carga sobre toda su superficie; el lastre, que permite subir y escoger el lugar de aterrizaje; el revestimiento de caucho, que vuelve impermeable el tejido; el barómetro, que indica la altura alcanzada. Por último, Charles empleaba el hidrógeno que, catorce veces menos pesado que el aire, permite alcanzar las capas atmosféricas más altas y no expone a los peligros de una combustión aérea. El primero de diciembre de 1783, trescientos mil espectadores se apiñaban alrededor de las Tullerías. Charles se elevó, y los soldados le presentaron armas. Hizo nueve leguas en el aire, guiando su globo con una habilidad que no han

superado los aeronautas actuales. El rey le otorgó una pensión de dos mil libras, porque entonces se alentaban las nuevas invenciones.

En ese momento el desconocido me pareció presa de cierta agitación.

- Yo, señor - continuó -, he estudiado y me he convencido de que los primeros aeronautas dirigían sus globos. Para no hablar de Blanchard, cuyas afirmaciones pueden ser dudosas, Guyton de Morveau, con la ayuda de remos y de gobernalle, imprimió a su máquina movimientos sensibles y de una dirección que podía notarse. Recientemente en París, un relojero, el señor Julien, hizo en el Hipódromo experiencias convincentes, porque, gracias a un mecanismo particular, su aparato aéreo, de forma oblonga, se dirigió de forma clara contra el viento. El señor Petin ha ideado unir cuatro globos de hidrógeno, y por medio de velas dispuestas horizontalmente y replegadas en parte espera obtener una ruptura de equilibrio que,

inclinando el aparato, ha de imprimirle una dirección oblicua. Se habla también de motores destinados a superar la resistencia de las corrientes, por ejemplo, la hélice; pero la hélice, moviéndose en un medio móvil, no dará ningún resultado. ¡Yo, señor, he descubierto el único medio de dirigir los globos, y ninguna academia ha venido en mi ayuda, ninguna ciudad ha cubierto mis listas de suscripción, ningún gobierno ha querido escucharme! ¡Es infame! El desconocido se debatía gesticulando, y la barquilla experimentaba violentas oscilaciones. Me costó mucho contenerle.

Mientras tanto, el globo había encontrado una corriente más rápida, y avanzábamos hacia el sur, a mil quinientos metros de altura.

-Ahí está Darmstadt - dijo mi compañero, asomándose por fuera de la barquilla -. ¿Divisa usted su castillo? Con poca nitidez, ¿no es cierto? ¿Qué quiere? Este calor de tormenta hace

oscilar la forma de los objetos y se necesita una vista experta para reconocer las localidades.

-¿Esta seguro de que es Darmstadt? - pregunté yo.

-Sin duda, y estamos a seis leguas de Francfort.

-¡Entonces hay que bajar!

-¡Descender! No pretenderá descender sobre los campanarios - dijo el desconocido burlándose.

-No, sino en los alrededores de la ciudad.

-Bueno, evitemos los campanarios.

Al hablar de este modo, mi compañero se apoderó de unos sacos de lastre. Me precipité sobre él; pero con una mano me derribó, y el globo deslastrado alcanzó los dos mil metros.

-Quédese tranquilo - dijo él - y no olvide que Brioschi, Biot, Gay-Lussac, Bixio y Barral fueron a las mayores alturas para hacer sus experimentos científicos.

-Señor, hay que descender - continué yo tratando de dominarle mediante la dulzura -. La tormenta se está formando a nuestro alrededor. No sería prudente...

-¡Bah! ¡Subiremos encima de ella y ya no tendremos que temerla! - exclamó mi compañero -. ¿Qué hay más hermoso que dominar esas nubes que aplastan la tierra? ¿No es un reto navegar de esta forma sobre las olas aéreas? Los mayores personajes han viajado como nosotros. La marquesa y la condesa de Montalembert, la condesa de Podenas, la señorita de La Garde, el marqués de Montalambert, partieron del barrio de Saint-Antoine hacia esas orillas desconocidas, y el duque de Chartres desplegó mucha habilidad y presencia de ánimo en su ascensión del 15 de julio de 1784. En Lyon, los condes de

Laurencin y de Dampierre; en Nantes, el señor de Luynes; en Burdeos, d'Arbelet des Granges; en Italia, el caballero Andreani y en nuestros días el duque de Bunswick, han dejado en los aires los rastros de su gloria. Para igualar a esos grandes personajes hay que subir más alto que ellos en las profundidades celestes. ¡Acercarse al infinito es comprenderlo!

La rarefacción del aire dilataba considerablemente el hidrógeno del globo, y yo veía su parte inferior, dejada vacía a propósito, inflarse y hacer indispensable la apertura de la válvula; pero mi compañero no parecía decidido a dejarme maniobrar a mi gusto. Decidí, pues, tirar en secreto de la cuerda de la válvula mientras él hablaba animado, porque yo temía adivinar con quién tenía que habérmelas.

¡Hubiera sido demasiado horrible! Era aproximadamente la una menos cuarto. Habíamos dejado Francfort hacía cuarenta mi-

nutos y por el lado sur llegaban espesas nubes dispuestas a chocar contra nosotros.

-¿Ha perdido usted toda esperanza de ver coronadas por el éxito sus combinaciones? - pregunté yo con un interés... muy interesado.

-¡Toda esperanza! - respondió sordamente el desconocido -. ¡Herido por las negativas y las caricaturas, las patadas en el trasero han acabado conmigo! ¡Es el eterno suplicio reservado a los innovadores! Vea estas caricaturas de todas las épocas que llenan mi carpeta. Mientras mi compañero hojeaba sus papeles, yo había agarrado la cuerda de la válvula sin que él se hubiera dado cuenta. Podía temer, sin embargo, que percibiera ese silbido semejante a una caída de agua que produce el gas al escaparse.

-¡Cuántas burlas contra el abate Miolan! - dijo -. Debía elevarse con Janninet y Bredin. Durante la operación, se declaró fuego en su montgolfiera, y un populacho ignorante la despedazó.

Luego la caricatura de los animales curiosos los llamó Miaulant, Jean Miné y Gredin¹.

Tiré de la cuerda de la válvula y el barómetro empezó a subir. ¡Justo a tiempo! Algunos truenos lejanos gruñían por el sur.

-Vea este otro grabado - continuó el desconocido sin sospechar mis maniobras -. Es un inmenso globo elevando un navío, fortalezas, casas, etc. Los caricaturistas no pensaban que un día sus estupideces se convertirían en verdades. Este gran navío está completo; a la izquierda su gobernalle, con el alojamiento para los pilotos; en la proa, casas de recreo, órgano gigantesco y cañón para llamar la atención de los habitantes de la tierra o de la luna; encima de la popa, el observatorio y el globo-chalupa; en el círculo ecuatorial, el alojamiento del ejército; a la izquierda, el fanal, luego las galerías superiores para los paseos, las velas, los alerones; debajo, los cafés y el almacén general de víveres. Admire este magnífico anuncio: "In-

ventado para la felicidad del género humano, este globo partirá sin cesar a las Escalas del levante, y a su regreso anunciará sus viajes tanto a los dos polos como a los extremos de Occidente. No hay que preocuparse por nada, todo está previsto, todo irá bien. Habrá una tarifa exacta para cada lugar de paso, pero los precios serán los mismos para las comarcas más alejadas de nuestro hemisferio; a saber, mil lises para cualquiera de esos viajes. Y puede decirse que esta suma es muy módica si tenemos en cuenta la celeridad, la comodidad y los encantos que se gozarán en el citado aerostato, encantos que no se encuentran en este suelo, dado que en ese globo cada cual encontrará las cosas que imagine. Esto es tan cierto que, en el mismo lugar, unos estarán bailando, otros descansando; los unos se darán opíparas comidas, otros ayunarán; quien quiera hablar con personas de ingenio encontrará con quien charlar; quien sea bruto no dejará de encontrar otros iguales. ¡De este modo, el placer será el alma de la sociedad aérea!...” Todos estos inventos producen risa... Pero dentro de poco, si mis días no estuvieran

contados, se vería que estos proyectos en el aire son realidades.

Estábamos descendiendo a ojos vista. El seguía sin darse cuenta.

Vea también esta especie de juego de globos - continuó extendiendo ante mí algunos de aquellos grabados de los que tenía una importante colección -. Este juego contiene toda la historia del arte aerostático. Es para uso de espíritus elevados, y se juega con dados y fichas sobre cuyo valor se ponen previamente de acuerdo, y que se pagan o se reciben según la casilla a la que se llega.

-Pero parece haber estudiado en profundidad la ciencia de la aerostación - dije yo.

-Sí, señor, sí, desde Faetón, desde Icaro, desde Arquitas, he investigado todo, he consultado todo, lo he aprendido todo. Gracias a mí el arte

aerostático rendiría inmensos servicios al mundo si Dios me diese vida. Pero no podrá ser.

-¿Por qué?

-Porque me llamo Empédocles o Eróstrato.

Mientras tanto, por fortuna, el globo se acercaba a tierra, pero cuando se cae, el peligro es tan grave a cien pies como a cinco mil.

-¿Se acuerda de la batalla de Fleurus? - continuó mi compañero, cuyo rostro se animaba cada vez más -. Fue en esa batalla donde Coutelle, por orden del gobernador, organizó una compañía de aerostatistas. En el sitio de Maugebe, el general Jourdan sacó tales servicios de este nuevo modo de observación que dos veces al día, y con el general mismo, Coutelle se elevaba en el aire. La correspondencia entre el aeronauta y los aerostatistas que retenían el globo se realizaba por medio de pequeñas banderas blancas, rojas y amarillas. Con frecuencia

se hicieron disparos de carabina y de cañón sobre el aparato en el instante en que se elevaba, pero sin resultado. Cuando Jourdan se preparó para invadir Charleroi, Coutelle se dirigió a las cercanías de esta última plaza, se elevó desde la llanura de Jumet, y permaneció siete u ocho horas en observación con el general Morlot, lo que contribuyó sin duda a darnos la victoria de Fleurus. Y en efecto, el general Jourdan proclamó en voz alta la ayuda que había sacado de las observaciones aeronáuticas. Pues bien, a pesar de los servicios rendidos en esa ocasión y durante la campaña de Bélgica, el año que había visto comenzar la carrera militar de los globos la vio terminar también. Y la escuela de Meudon, fundada por el gobierno, fue cerrada por Bonaparte a su regreso de Egipto. Y sin embargo, ¿qué esperar del niño que acaba de nacer?, había dicho Franklin. El niño había nacido viable, no había que ahogarlo. El desconocido inclinó su frente sobre las manos, se puso a

reflexionar unos instantes. Luego, sin levantar la cabeza me dijo:

-A pesar de mi prohibición, señor, ha abierto la válvula.

Yo solté la cuerda.

- Por suerte - continuó él -, todavía tenemos trescientas libras de lastre.

-Cuáles son sus proyectos? - pregunté yo entonces.

-¿No ha cruzado nunca los mares? - me preguntó a su vez.

Yo me sentí palidecer.

-Es desagradable - añadió - que nos veamos impulsados hacia el mar Adriático. No es más que un riachuelo. Pero más arriba quizá encontremos otras corrientes.

Y sin mirarme deslastró el globo de varios sacos de arena. Luego, con voz amenazadora, dijo:

-Le he permitido abrir la válvula porque la dilatación del gas amenazaba con hacer reventar el globo. Pero no se le ocurra volver a repetirlo.

Y continuó en estos términos:

-¿Conoce la travesía de Dover a Calais hecha por Blanchard y Jefferies? ¡Fue magnífica! El 7 de enero de 1785, con viento del noroeste, su globo fue hinchado con gas en la costa de Dover. Un error de equilibrio, apenas se hubieron elevado, les obligó a echar su lastre para no caer, y no conservaron más que treinta libras. Era demasiado poco porque el viento no refrescaba y avanzaban con mucha lentitud hacia las costas de Francia. Además, la permeabilidad del tejido hacía que el aerostato se fuera desin-

flando poco a poco, y al cabo de hora y media los viajeros se dieron cuenta de que descendían.

"-¿Qué hacer? - preguntó Jefferies."

"-Sólo hemos cubierto tres cuartas partes del camino - respondió Blanchard -, y estamos a poca altura. Subiendo quizá encontremos vientos más favorables."

"-Tiremos el resto de la arena."

"El globo recuperó alguna fuerza ascensional, pero no tardó en descender de nuevo. Hacia la mitad del viaje, los aeronautas se desembarazaban de libros y herramientas. Un cuarto de hora después, Blanchard le dijo a Jefferies:"

"-¿El barómetro?"

"-¡Está subiendo! ¡Estamos perdidos, y sin embargo ahí tiene usted las costas de Francia!"

"Se dejó oír un gran ruido."

“-¿Se ha desgarrado el globo? - preguntó Jefferies.”

“-¡No! ¡La pérdida del gas ha desinflado la parte inferior del globo! ¡Pero seguimos descendiendo! ¡Estamos perdidos! Abajo con todas las cosas inútiles.”

“Las provisiones de boca, los remos y el gobernalle fueron arrojados al mar. Los aeronautas sólo se encontraban ya a cien metros de altura.”

“- Estamos subiendo - dijo el doctor.”

“- ¡No, es el impulso causado por la disminución del peso! Y no hay ningún navío a la vista, ni una barca en el horizonte. ¡Arrojemos al mar nuestras ropas.”

“Los infortunados se despojaron de sus ropas, pero el globo seguía descendiendo.”

"-Blanchard - dijo Jefferies -, usted debía hacer solo este viaje; ha consentido en llevarme con usted; yo me sacrificaré. Voy a tirarme al agua y el globo ascenderá."

"-¡No, no! ¡Es horrible!"

"El globo se desinflaba cada vez más, y su concavidad, haciendo de paracaídas, empujaba el gas contra las paredes y aumentaba su escape."

"-¡Adiós, amigo mío! - dijo el doctor -. ¡Que Dios le conserve la vida!"

"Iba a lanzarse cuando Blanchard le retuvo."

"-¡Todavía nos queda un recurso! - dijo -. ¡Podemos cortar las cuerdas que retienen la barquilla y agarrarnos a la red! Tal vez el globo se eleve. ¡Preparémonos! ¡Pero... el barómetro sigue bajando! Estamos elevándonos... ¡El viento refresca! Estamos salvados."

“Los viajeros divisaban ya Calais. Su alegría llegó al delirio. Algunos instantes más tarde, caían en el bosque de Guines.”

-No dudo - añadió el desconocido - que en semejante circunstancia usted seguiría el ejemplo del doctor Jefferies.

Las nubes se desplegaban bajo nuestros ojos en masas resplandecientes. El globo lanzaba grandes sombras sobre aquel amontonamiento de nubes y se envolvía como una aureola. El trueno rugía debajo de la barquilla. Todo aquello era horroroso.

-¡Descendamos! - exclamé.

-¡Descender cuando el sol que nos espera está ahí! ¡Abajo con los sacos!

¡Y el globo fue deslastrado de más de cincuenta libras!

Permanecíamos a tres mil quinientos metros. El desconocido hablaba sin cesar. Yo me hallaba en una postración completa mientras él parecía vivir en su elemento.

-¡Con buen viento iríamos lejos! - exclamó -. En las Antillas hay corrientes de aire que hacen cien leguas a la hora. Durante la coronación de Napoleón, Garnerin lanzó un globo iluminado con cristales de color a las once de la noche. El viento soplaba del noroeste. Al día siguiente, al alba, los habitantes de Roma saludaban su paso por encima del domo de San Pedro. ¡Nosotros iríamos más lejos... y más alto!

Yo apenas oía. ¡Todo zumbaba a mi alrededor! Entre las nubes se hizo una fisura.

-¡Ve esa ciudad! - dijo el desconocido -. ¡Es Spire!

Me asomé fuera de la barquilla y divisé un pequeño conjunto negruzco. Era Spire. El Rhin,

tan ancho, parecía una cinta desenrollada. Encima de nuestra cabeza el cielo era de un azul profundo. Los pájaros nos habían abandonado hacía tiempo porque en aquel aire rarificado su vuelo habría sido imposible. Estábamos solos en el espacio, y yo en presencia de aquel desconocido.

-Es inútil que sepa dónde le llevo - me dijo entonces, y lanzó la brújula a las nubes -. ¡Ah, qué cosa tan hermosa es una caída! ¿Sabe que son muy pocas las víctimas de la aerostación desde Pilatre de Rozier hasta el teniente Gale, y que todas las desgracias se han debido siempre a imprudencias? Pilatre de Rozier partió con Romain, de Boulogne, el 13 de junio de 1785. De su globo a gas había colgado una montgolfiera de aire caliente, sin duda para no tener necesidad de perder gas o arrojar lastre. Aquello era poner un hornillo debajo de un barril de pólvora. Los imprudentes llegaron a cuatrocientos metros y fueron arrastrados por vientos

opuestos que los lanzaron a alta mar. Para descender, Pilatre quiso abrir la válvula del aerostato, pero la cuerda de la válvula se encontraba metida en el globo y lo desgarró de tal forma que el globo se vació en un instante. Cayó sobre la montgolfiera, la hizo girar y arrastró a los infortunados, que se estrellaron en pocos segundos. ¿Es espantoso, verdad?

Yo no pude responder más que estas palabras:

-¡Por piedad, descendamos!

Las nubes nos oprimían por todas partes y espantosas detonaciones que repercutían en la cavidad del aerostato se cruzaban a nuestro alrededor.

-¡Me está hartando! - exclamó el desconocido -. Ahora no sabrá si subimos o bajamos.

Y el barómetro fue a reunirse con la brújula, a lo que unió también sacos de tierra. Debíamos

estar a cinco mil metros de altura. Algunos hielos se pegaban ya a las paredes de la barquilla y una especie de nieve fina me penetraba hasta los huesos. Sin embargo, una espantosa tormenta estallaba a nuestros pies, porque estábamos por encima.

-No tenga miedo - me dijo el desconocido -. Sólo los imprudentes se convierten en víctimas. Olivari, que pereció en Orleáns, se elevaba en una montgolfiera de papel: su barquilla, suspendida debajo del hornillo y lastrada con materias combustibles, se convirtió en pasto de las llamas; Olivari cayó y se mató. Mosment se elevaba en Lille sobre un tablado ligero: una oscilación le hizo perder el equilibrio; Mosment cayó y se mató. Bittorf, en Mannheim, vio incendiarse en el aire su globo de papel; Bittorf cayó y se mató. Harris se elevó en un globo mal construido, cuya válvula demasiado grande no pudo cerrarse; Harris cayó y se mató. Sadler, privado de lastre por su larga permanencia en

el aire, fue arrastrado sobre la ciudad de Boston y chocó contra las chimeneas; Sadler cayó y se mató. Coking descendió con un paracaídas convexo que él pretendía haber perfeccionado; Coking cayó y se mató. Pues bien, yo amo a esas víctimas de su imprudencia y moriré como ellas. ¡Más arriba, más arriba!

¡Todos los fantasmas de esa necrología pasaban ante mis ojos! La rarefacción del aire y los rayos de sol aumentaban la dilatación del gas, y el globo continuaba subiendo. Intenté maquinalmente abrir la válvula, pero el desconocido cortó la cuerda algunos pies por encima de mi cabeza... ¡Estaba perdido!

-¿Vio usted caer a la señora Blanchard? - me dijo -. Yo sí la vi. Sí, yo la vi. Estaba en el Tívoli el 6 de julio de 1819. La señora Blanchard se elevaba en un globo de pequeño tamaño para ahorrarse los gastos del relleno, y se veía obligada a inflarlo por completo. Pero el gas se escapaba por el apéndice inferior, dejando en su

ruta una auténtica estela de hidrógeno. Colgada de la parte superior de su barquilla por un alambre, llevaba una especie de aureola de artificio que tenía que encender. Había repetido muchas veces la experiencia. Aquel día, llevaba además un pequeño paracaídas lastrado por un artificio terminado en una bola de lluvia de plata. Debía lanzar aquel aparato después de encenderlo con una lanza de fuego preparada a ese efecto. Partió. La noche estaba sombría. En el momento de encender su artificio, cometió la imprudencia de pasar la lanza de fuego por debajo de la columna de hidrógeno que salía fuera del globo. Yo tenía los ojos fijos en ella. De pronto una luminosidad inesperada alumbró las tinieblas. Creí en una sorpresa de la hábil aeronauta. La luminosidad creció, desapareció de pronto y volvió a reaparecer en la cima del aerostato en forma de un inmenso chorro de gas inflamado. Aquella siniestra claridad se proyectaba en el bulevar y en todo el barrio de Montmartre. Entonces vi a la desventurada

levantarse, tratar por dos veces de comprimir el apéndice del globo para apagar el fuego, luego sentarse en la barquilla y tratar de dirigir su descenso, porque no caía. La combustión del gas duró varios minutos. El globo se empequeñecía cada vez más; continuaba bajando, pero no era una caída. El viento soplaba del noroeste y la lanzó sobre París. Entonces, en las cercanías de la casa número 16 de la calle de Provence había unos jardines inmensos. La aeronauta podía caer en ellos sin peligro. Pero, ¡qué fatalidad! El globo y la barquilla se precipitaron sobre el techo de la casa. El golpe fue ligero: "¡Socorro!", grita la infortunada. Yo llegaba a la calle en ese momento. La barquilla resbaló por el tejado y encontró una escarpia de hierro. Con esta sacudida, la señora Blanchard fue lanzada fuera de la barquilla y se estrelló contra la acera. La señora Blanchard se mató.

¡Estas historias me helaban de horror! El desconocido estaba de pie, con la cabeza destocada, el pelo erizado, los ojos despavoridos.

¡No había equivocación posible! ¡Por fin veía yo la terrible verdad! ¡Tenía frente a mí a un loco!

Lanzó el resto del lastre y debimos ser arrastrados por lo menos a nueve mil metros de altura. Me salía sangre por la nariz y por la boca.

-¿Hay algo más hermoso que los mártires de la ciencia? - exclamaba entonces el insensato -. Los canoniza la posteridad.

Pero yo ya no oía. El loco miró a su alrededor y se arrodilló para susurrar a mi oído:

-¿Y la catástrofe de Zambecarri, se ha olvidado de ella? Escuche. El 7 de octubre de 1804 el tiempo pareció mejorar un poco. El viento y la lluvia de los días anteriores aún no había cesa-

do, pero la ascensión anunciada por Zambecarri no podía posponerse. Sus enemigos le criticaban ya. Tenía que partir para salvar de la burla pública tanto a la ciencia como a él. Estaba en Bolonia. Nadie le ayudó a llenar su globo.

Fue a medianoche cuando se elevó, acompañado por Andreoli y por Grossetti. El globo subió lentamente, porque lo había agujereado la lluvia y el gas se escapaba. Los tres intrépidos viajeros sólo podían observar el estado del barómetro con la ayuda de una linterna sorda. Zambecarri no había comido hacía veinticuatro horas. Grossetti también estaba en ayunas.

"-Amigos míos - dijo Zambecarri -, el frío me mata. Estoy agotado. ¡Voy a morir!"

"Cayó inanimado en el suelo de la barquilla. Ocurrió lo mismo con Grossetti. Sólo Andreoli permanecía despierto. Después de largos esfuerzos consiguió sacar a Zambecarri de su desvanecimiento."

“-¿Qué hay de nuevo? ¿Dónde estamos? ¿De dónde viene el viento? ¿Qué hora es?”

“-Son las dos.”

“-¿Dónde está la brújula?”

“-Se ha caído.”

“- ¡Dios mío! ¡La bujía de la linterna se apaga!”

“-No puede seguir ardiendo en este aire rarificado - dijo Zambecarri.”

“La luna no se había levantando y la atmósfera estaba sumida en horribles tinieblas.”

“-¡Tengo frío, tengo frío! Andreoli, ¿qué hacer?”

“Los infortunados bajaron lentamente a través de una capa de nubes blancuzcas.”

“-¡Chist! - dijo Andreoli -. ¿Oyes?”

"-¿Qué? - respondió Zambecarri."

"-¡Un ruido singular!"

"-¡Te equivocas!"

"-¡No!"

"Ve a esos viajeros en medio de la noche escuchando ese ruido incomprensible. ¿Van a chocar contra una torre? ¿Van a precipitarse contra los tejados?"

"-¿Oyes? Parece el ruido del mar."

"-¡Imposible!"

"-¡Es el rugido de las olas!"

"-¡Es verdad!"

"-¡Luz, luz!"

"Después de cinco tentativas infructuosas, Andreoli lo consiguió. Eran las tres. El ruido de

las olas se dejó oír con violencia. ¡Casi tocaban la superficie del mar!”

“-Estamos perdidos - gritó Zambecarri, y se apoderó de un grueso saco de lastre.”

“-¡Ayuda! - gritó Andreoli.”

“La barquilla estaba tocando el agua y las olas les cubrían el pecho.”

“-¡Tiremos al mar las herramientas, las ropas, el dinero!”

“Los aeronautas se despojaron de toda su ropa. El globo deslastrado se elevó con rapidez vertiginosa. Zambecarri se sintió dominado por un vómito espantoso. Grossetti sangró en abundancia. Los desventurados no podían hablar porque sus respiraciones se tornaban cada vez más dificultosas. El frío se apoderó de ellos y al cabo de un momento los tres estaban cubiertos

por una capa de hielo. La luna les pareció de un color rojo como la sangre.”

“Después de haber recorrido aquellas altas regiones durante media hora, la máquina volvió a caer al mar. Eran las cuatro de la mañana. Los naufragos tenían la mitad del cuerpo en el agua, y el globo, sirviendo de vela, los arrastró durante varias horas.”

“Cuando amaneció se encontraron frente a Pesaro, a cuatro millas de la costa. Iban a atracar en ella cuando un golpe viento los lanzó a alta mar.”

“¡Estaban perdidos! Los barcos, asustados, huían cuando ellos se acercaban... Por fortuna, un navegante más instruido los abordó, los izó a cubierta y los desembarcó en Ferrada.”

“Viaje espantoso, ¿no le parece? Pero Zambecarri era un hombre energético y valiente. Apenas se repuso de sus sufrimientos, volvió a ini-

ciar las ascensiones. Durante una de ellas chocó contra un árbol, su lámpara de alcohol se derramó sobre sus ropas; ¡se vio cubierto de fuego y su máquina empezaba a abrasarse cuando él pudo volver a descender medio quemado!”

“Por último, el 21 de septiembre de 1812, hizo otra ascensión en Bolonia. Su globo quedó enganchado en un árbol y su lámpara volvió a incendiarlo. Zambecarri cayó y se mató.”

-Y ante estos hechos, ¿todavía vacilamos? ¡No! ¡Cuanto más alto vayamos, más gloriosa será la muerte!

Completamente deslastrado el globo de todos los objetos que contenía, fuimos arrastrados a alturas que no pude apreciar. El aerostato vibraba en la atmósfera. El menor ruido hacía estallar las bóvedas celestes. Nuestro globo, el único objeto que sorprendía mi vista en la inmensidad, parecía estar a punto de aniquilarse.

Por encima de nosotros las alturas del cielo estrellado se perdían en las tinieblas profundas.

¡Vi al individuo que se ponía en pie delante de mí!

-Ha llegado la hora - me dijo -. Hay que morir. Los hombres nos rechazan. Nos desprecian. Aplastémoslos.

-Gracias - le dije.

-¡Cortemos estas cuerdas! ¡Abandonemos esta barquilla en el espacio! ¡La fuerza de atracción cambiará de dirección, y nosotros llegaremos hasta el sol!

La desesperación me galvanizó. Me precipité sobre el loco. Comenzamos a combatir cuerpo a cuerpo, en una lucha espantosa. Pero fui derribado, y mientras mantenía la rodilla sobre mi pecho, el loco iba cortando las cuerdas de la barquilla.

-¡Una! - dijo.

-¡Dios mío!

-¡Dos!... ¡Tres!...

Yo hice un esfuerzo sobrehumano, me levanté y empujé violentamente al insensato.

-¡Cuatro! - dijo.

La barquilla cayó, pero instintivamente me aferré a los cordajes y trepé por las mallas de la red.

El loco había desaparecido en el espacio.

El globo fue elevado a una altura inconmensurable. Se dejó oír un crujido espantoso... El gas, demasiado dilatado, había reventado la envoltura. Yo cerré los ojos.

Algunos instantes después, me sentí reanimado por un calor húmedo. Me hallaba en medio

de nubes que ardían. El globo daba vueltas produciéndome un vértigo espantoso. Impulsado por el viento, hacía cien leguas a la hora en una carrera horizontal, y a su alrededor los relámpagos iban y venían.

Sin embargo, mi caída no era muy rápida. Cuando volví a abrir los ojos, divisé tierra. Me encontraba a dos millas del mar, y el huracán me empujaba hacia él con fuerza cuando una brusca sacudida me hizo soltarme. Mis manos se abrieron, una cuerda se deslizó rápidamente entre mis dedos y me encontré en tierra.

Era la cuerda del ancla que, barriendo la superficie del suelo, se había enganchado en una grieta, y mi globo, deslastrado por última vez, iba a perderse más allá de los mares.

Cuando recuperé el conocimiento estaba tumbado en casa de un campesino, en Harderwick, pequeña aldea de la Gueldre, a quince leguas de Amsterdam, a orillas del Zuyderzee.

Un milagro me había salvado la vida, pero mi viaje no fue más que una serie de imprudencias efectuadas por un loco al que yo no conseguí detener.

Que este terrible relato, al instruir a los que me leen, no desaliente a los exploradores de las rutas del aire.

1. Juego de palabras basado en los nombres: Maullando, Juan Minino, Pícaro.

Españoles y mestizos

El dorado disco del sol se había ocultado tras los elevados picos de las cordilleras; pero a través del transparente velo nocturno en que se envolvía el hermoso cielo peruano, brillaba cierta luminosidad que permitía distinguir claramente los objetos.

Era la hora en que el viento bienhechor, que soplaba fuera de las viviendas, permitía vivir a la europea, y los habitantes de Lima, envueltos en sus ligeros abrigo y conversando seriamente de los más fútiles asuntos, recorrían las calles de la población.

Había, pues, gran movimiento en la plaza Mayor, ese foro de la antigua Ciudad de los Reyes. Los artesanos disfrutaban de la frescura de la tarde, descansando de sus trabajos diarios, y los vendedores circulaban entre la muchedumbre,

pregonando a grandes voces la excelencia de sus mercancías. Las mujeres, con el rostro cuidadosamente oculto bajo la toca, circulaban alrededor de los grupos de fumadores. Algunas señoras en traje de baile, y con su abundante cabello recogido con flores naturales, se paseaban gravemente en sus carretelas. Los indios pasaban sin levantar los ojos del suelo, no creyéndose dignos de mirar a las personas, pero conteniendo en silencio la envidia que los consumía. Los mestizos, relegados como los indios a las últimas capas sociales, exteriorizaban su descontento más ruidosamente.

En cuanto a los españoles, orgullosos descendientes de Pizarro, llevaban la cabeza erguida, como en el tiempo en que sus antepasados fundaron la Ciudad de los Reyes, envolviendo en su desprecio a los indios, a quienes habían vencido, y a los mestizos nacidos de sus relaciones con los indígenas del Nuevo Mundo. Los indios, como todas las razas reducidas a la servi-

dumbre, sólo pensaban en romper sus cadenas, confundiendo en su profunda aversión a los vencedores del antiguo Imperio de los incas y a los mestizos, especie de clase media orgullosa e insolente.

Los mestizos, que eran españoles por el desprecio con que miraban a los indios, e indios por el odio que profesaban a los españoles, se consumían entre estos dos sentimientos igualmente vivos.

Cerca de la hermosa fuente levantada en medio de la plaza Mayor, había un grupo de jóvenes, todos mestizos, que, envueltos en sus ponchos, como manta de algodón de cuadros, larga y perforada con una abertura que da paso a la cabeza, vestidos con anchos pantalones rayados de mil colores, y cubiertos con sombreros de anchas alas hechos de paja de Guayaquil, hablaban, gritaban y gesticulaban.

- Tienes razón, Andrés – decía un hombrecillo muy obsequioso, llamado Milflores.

Este Milflores era una especie de parásito que padecía Andrés Certa, joven mestizo, hijo de un rico mercader que había caído muerto en uno de los últimos motines promovidos por el conspirador Lafuente. Andrés Certa había heredado un gran caudal, que derrochaba en obsequio de sus amigos, de quienes, a cambio de sus puñados de oro, sólo exigía complacencias.

- Los cambios de poder, los pronunciamientos eternos, ¿para qué sirven? - preguntó Andrés en alta voz -. Si aquí no reina la igualdad, poco importa que gobierne Gambarra o Santa Cruz.

- ¡Bien dicho, bien dicho! – exclamó el pequeño Milflores, quien con gobierno igualitario o sin él jamás habría podido ser igual a un hombre de talento.

- ¡Cómo! – añadió Andrés Certa -. Yo, hijo de un negociante, ¿no podré tener carroza sino tirada por mulas? ¿No han traído mis buques la riqueza y la prosperidad a este país? ¿Es que la aristocracia del dinero no vale tanto como la de la sangre que ostenta sus vanos títulos en España?

- ¡Es una vergüenza! – respondió un joven mestizo -. Veán ustedes, ahí pasa don Fernando en su carruaje tirado por dos caballos. ¡Don Fernando de Aguillo! Apenas tiene con qué mantener a su cochero y se pavonea orgulloosamente por la plaza. Bueno; ¡ahí viene otro, el marqués de Vegal!

Una magnífica carroza desembocaba en aquel momento en la plaza Mayor: era la del marqués de Vegal, caballero de Alcántara, de Malta y de Carlos III, que iba sólo al paseo por aburrimiento y no por ostentación. Abismado en profundos pensamientos, ni siquiera oyó las reflexiones que la envidia sugería a los mestizos, cuan-

do sus cuatro caballos se abrieron paso a través de la multitud.

- ¡Odio a ese hombre! – dijo Andrés Certa.

- ¡No será por mucho tiempo! – respondió uno de los jóvenes.

- No, porque a todos esos nobles va a concluirseles pronto el lujo, y hasta puedo decir a dónde van a parar su vajilla y las joyas de la familia.

- Efectivamente, tú debes saber algo, porque frecuentas la casa del judío Samuel, en cuyos libros de cuentas se inscriben los créditos aristocráticos, como se amontonan en sus cofres los restos de esas grandes riquezas; cuando todos los españoles sean unos mendigos como su César de Bazán, llegará la nuestra.

- La tuya, sobre todo, Andrés, cuando te encarames sobre tus millones - respondió Milflores-.

Y ahora estás a punto de duplicar tu capital...
A propósito, ¿cuándo te casas con la hija del
viejo Samuel, esa hermosa limeña que no tiene
de judía más que su nombre de Sara?

- Dentro de un mes – respondió Andrés Certa -
, en cuya fecha será mi caudal el mayor de todo
el Perú.

- Pero – preguntó uno de los jóvenes mestizos -
, ¿por qué no has elegido por esposa a una es-
pañola de alto rango?

- Porque desprecio tanto como aborrezco esa
clase de gente.

Andrés Certa no quería confesar que había
sido desdeñado por varias familias nobles en
las que había tratado de introducirse.

En aquel momento recibió un fuerte empujón
de un hombre de elevada estatura y algo cano-

so, cuya corpulencia hacía suponer que tenía gran fuerza muscular.

Aquel hombre, que era un indio de las montañas, vestía chaqueta parda, debajo de la cual se veía una camisa de gruesa tela y cuello alto que no ocultaba por completo su pecho velludo; su calzón corto, rayado de listas verdes, se unía por medio de ligas rojas a unas medias de color de tierra; calzaba sandalias de piel de vaca e iba tocado con sombrero puntiagudo, bajo el cual brillaban grandes pendientes.

Después de haber tropezado con Andrés Certa, lo miró fijamente.

- ¡Miserable indio! – exclamó el mestizo, alzando el brazo en actitud amenazadora.

Sus compañeros lo detuvieron.

-¡Andrés, Andrés, ten cuidado!- exclamó Milflores.

- ¡Atreverse a empujarme un vil esclavo!

- Es el Zambo, un loco.

El Zambo continuó mirando al mestizo, a quien había empujado intencionadamente; pero éste, que no podía contener su cólera, sacó un puñal que llevaba en el cinturón, e iba a precipitarse sobre su agresor, cuando resonó en medio del tumulto un grito gutural y el Zambo desapareció.

- Brutal y cobarde – murmuró Andrés Certa.

- No te precipites – aconsejó Milflores – y salgamos de la plaza. Las limeñas se muestran aquí muy orgullosas.

Luego, el grupo de jóvenes se dirigió al centro de la plaza.

El sol había desaparecido ya en el horizonte, y las limeñas, con el rostro oculto bajo el manto,

continuaban discurriendo por la plaza Mayor, que estaba todavía muy animada.

Los guardias a caballo, apostados delante del pórtico central del palacio del virrey, situado al norte de la plaza, hacían grandes esfuerzos para mantenerse en su puesto en medio de aquella multitud bulliciosa. Parecía que los industriales más diversos se habían dado cita en aquella plaza, convertida en inmenso bazar de objetos de toda especie. El piso bajo del palacio del virrey y el pórtico de la catedral, ocupados por un sinnúmero de tiendas, hacían de aquel conjunto un mercado inmenso, abierto a todos los productos tropicales.

En medio del ruido de la muchedumbre resonó el toque de oraciones del campanario de la catedral, e inmediatamente cesó el bullicio, sucediendo a los grandes clamores el murmullo de la oración. Las mujeres cesaron de pasear y se pusieron a desgranar el rosario.

Y, mientras todos los transeúntes acortaban el paso o se detenían, inclinando la cabeza para orar, una anciana, que acompañaba a una joven, pugnaba por abrirse paso entre la multitud, provocando grandes protestas.

La joven, al oír las increpaciones que se les dirigían por perturbar el rezo de las personas piadosas, quiso detenerse; pero la dueña la obligó a seguir.

- ¡Hija del demonio! – murmuraron cerca de ella.

- ¿Quién es esa condenada bailarina?

- Es una pelandusca.

La joven se detuvo confusa.

Un arriero acababa de ponerle de pronto la mano en el hombro para obligarla a arrodillarse; pero en aquel momento, un brazo vigoroso lo echó a rodar por tierra. A esta escena, rápida

como un relámpago, siguió un momento de confusión.

- Huya usted, señorita – le aconsejó una voz suave y respetuosa a la joven.

Ésta, pálida de terror, se volvió y vio un joven indio, de elevada estatura, que, con los brazos cruzados, esperaba a pie firme a su adversario.

- Por mi alma, estamos perdidas – exclamó la dueña, arrastrando consigo a la joven.

El arriero, maltrecho a consecuencia de la caída, se levantó; pero no creyendo prudente pedir cuentas a un adversario tan vigoroso y re-suelto como parecía ser el joven indio, se dirigió a donde estaban sus mulas, murmurando inútiles amenazas.

La ciudad de Lima está situada en un rincón del valle del Rimac, y a nueve leguas de su embocadura. Las primeras ondulaciones del terreno, que forman parte de la gran cordillera de los Andes, comienzan al Norte y al Este. El valle está formado por las montañas de San Cristóbal y de los Amancaes. Estas montañas se levantan detrás de Lima y terminan en sus arrabales. La ciudad, que se encuentra en un lado del río, se comunica con el arrabal de San Lorenzo, que está en la orilla opuesta, por un puente de cinco arcos, cuyos pilares anteriores oponen a la corriente su arista triangular.

Los posteriores ofrecen bancos a los paseantes en los que se sientan los desocupados en las tardes de verano, para contemplar desde allí una hermosa cascada.

La ciudad tiene dos millas de longitud de Este a Oeste, y milla y cuarto de anchura, desde el puente hasta las murallas. Éstas, de doce pies de altura y diez de espesor en su base, están

construidas con ladrillos secados al sol, formados de tierra arcillosa, mezclada con paja machacada, capaces de resistir los temblores de tierra, bastante frecuentes en aquel país. El recinto tiene siete puertas y tres postigos y termina en el extremo sudeste por la pequeña ciudadela de Santa Catalina.

Tal es la antigua Ciudad de los Reyes, que el conquistador Pizarro fundó el día de la Epifanía del Señor de 1534. Desde entonces ha sido y continúa siendo teatro de revoluciones, siempre renacientes. Lima fue en otro tiempo el principal depósito del comercio de América en el océano Pacífico, gracias a su puerto del Callao, construido en 1779 de un modo singular. Se hizo encallar en la playa un viejo navío de gran tamaño lleno de piedras, de arena y de restos de toda especie, y en torno de aquel casco se clavaron en la arena estacadas de manglares enviadas de Guayaquil e inalterables al agua,

formándose así una base indestructible, sobre la que se levantó el muelle del Callao.

El clima, más templado y suave que el de Cartagena o Bahía, situadas en la costa opuesta de América, hace de Lima una de las ciudades más agradables del Nuevo Mundo. El viento tiene allí dos direcciones invernales: o sopla del Sudoeste y se refresca al atravesar el océano Pacífico, o sopla del Sudeste, refrescando el ambiente con la frescura que ha recogido en los helados picachos de las cordilleras.

En las latitudes tropicales son puras y hermosas las noches, durante las cuales desciende el benéfico rocío que fecunda el suelo, expuesto a los rayos de un cielo sin nubes. Así, cuando el sol desaparece tras el horizonte, los habitantes de Lima se congregan en las casas, refrescadas por la oscuridad, quedando en seguida desiertas las calles, y apenas si algún café o taberna es visitado por los bebedores de aguardiente o de cerveza.

La noche en que comienza la acción de este relato, la joven, seguida por la dueña, llegó sin dificultad ninguna al puente del Rimac, prestando atención al menor ruido cuya naturaleza no le permitía distinguir su emoción, pero sólo oyó las campanillas de una recua de mulas o el silbido de un indio.

Aquella joven, llamada Sara, volvía a casa de su padre, el judío Samuel. Vestía falda de color oscuro con pliegues medio elásticos y muy estrechos por abajo, lo que la obligaba a dar pasos muy menudos con esa gracia delicada, particular de las limeñas. Aquella saya, guarnecida de encaje y de flores, iba en parte cubierta por un manto de seda que subía hasta la cabeza, cubriéndola con un capuchón. Bajo el gracioso vestido aparecían medias finísimas y zapatitos de raso; rodeaban los brazos de la joven brazaletes de gran valor, y toda su persona tenía ese poderoso atractivo a que en España se da el nombre de *donaire*.

Milflores había estado acertado al decir que la novia de Andrés Certa no debía tener de judía más que el nombre, porque era el tipo exacto de las admirables señoras cuya hermosura es superior a toda alabanza.

La dueña, vieja judía en cuyo rostro se reflejaban la avaricia y la codicia, era una fiel sirvienta de Samuel, que apreciaba sus servicios en su justo valor y los pagaba con equidad.

Al llegar las dos mujeres al arrabal de San Lorenzo, un hombre con hábito de fraile, que llevaba la cabeza cubierta con la cogulla, pasó al lado de ellas, mirándolas con atención. Aquel hombre, de gran estatura, tenía uno de esos semblantes apacibles que respiran calma y bondad. Era el padre Joaquín de Camarones, y al pasar dirigió una sonrisa de inteligencia a Sara, que miró a su sirvienta, después de hacer al fraile una cariñosa señal con la mano.

- Muy bien, señorita – dijo la anciana con voz áspera -, ¿cómo, después de haber sido insultada por los hijos de Cristo, se atreve usted a saludar a un clérigo? ¿Es que hemos de verla a usted algún día, con el rosario en la mano, practicar las ceremonias de la Iglesia Católica?

Las ceremonias de la Iglesia eran la ocupación principal de las limeñas, las cuales las seguían con ferviente devoción.

- Hace suposiciones extrañas – respondió la joven, ruborizándose.

- Extrañas como la conducta de usted. ¿Qué diría mi amo Samuel si se enterara de lo que ha ocurrido esta noche?

- ¿Soy, acaso, culpable de que un arriero brutal me haya insultado?

- Yo me entiendo, señorita – dijo la vieja, moviendo la cabeza -, y no hablo del arriero.

- Entonces, ¿aquel joven hizo mal al defenderme contra las injurias del populacho?

- ¿Es la primera vez que encontramos a ese indio en nuestro camino? - preguntó la dueña.

Afortunadamente, la joven tenía en aquel momento el rostro cubierto con la mano, porque, de otro modo, la oscuridad no habría sido suficiente para ocultar la turbación de su semblante a la mirada investigadora de la vieja sirvienta.

- Dejemos al indio donde está – repuso ésta -. Mi obligación es vigilar la conducta de usted, y de lo que me quejo es de que, por no molestar a los cristianos, quiso usted detenerse hasta que ellos hubieran hecho su oración y hasta ha experimentado usted deseos de arrodillarse como ellos. ¡Ah, señorita! Su padre de usted me despediría tan pronto como supiera que he permitido semejante apostasía.

Pero la joven no la escuchaba. La observación de la vieja respecto al joven indio, había traído a su memoria pensamientos más agradables. Creía que la intervención del joven había sido providencial y se había vuelto muchas veces para ver si la seguía. Sara tenía en el corazón cierta audacia que le sentaba perfectamente. Orgullosa como española, si se habían fijado sus ojos en aquel hombre, era porque aquel hombre era altivo y no había solicitado una mirada como premio de su protección.

Al suponer que el indio la había seguido con la vista, Sara no se había equivocado. Martín Paz, después de haberla socorrido, quiso asegurar la retirada y, cuando el grupo de gente se dispersó, se puso en seguimientos sin que ella lo advirtiese.

Martín Paz era un hermoso joven, que vestía el traje nacional del indio de las montañas; de su sombrero de paja, de anchas alas, se escapaba una hermosa cabellera negra, que contrastaba

con el tono cobrizo de su rostro. Sus ojos brillaban con dulzura infinita, y su boca y su nariz eran correctas, cosa rara en los hombres de su raza. Era uno de los más valerosos descendientes de Manco Capac, y por sus venas debía correr sangre ardorosa, que le impulsaba a la realización de grandes hazañas.

Vestía, con aire marcial, poncho de colores brillantes y en la cintura llevaba uno de esos puñales aztecas, terribles en una mano ejercitada, porque parece que forman una sola pieza con el brazo que los maneja. En el norte de América, a las orillas del lago Ontario, aquel indio habría sido jefe de una de las tribus errantes que tan heroicamente lucharon con los ingleses.

Martín Paz sabía que Sara era hija de Samuel el judío y novia del opulento mestizo Andrés Certa; pero sabía también que, por su nacimiento, posición y riquezas, no podían casarse, aunque

olvidaba todos estos imposibles para seguir los impulsos de su corazón hacia ella.

Abismado en sus reflexiones, apresuraba la marcha, cuando se acercaron a él dos indios que lo detuvieron.

- Martín Paz – le dijo uno de ellos -, ¿no vas a volver esta noche a las montañas donde están nuestros hermanos?

- Cierto – respondió fríamente el indio.

- La goleta *Anunciación* se ha dejado ver a la altura del Callao, ha dado algunas bordadas, y después, protegida por la punta, ha desaparecido. Seguramente se habrá acercado a tierra, hacia la embocadura del Rimac, y será conveniente que nuestras canoas vayan a aligerarla de sus mercancías. Es preciso que estés allí.

- Martín Paz hará lo que deba hacer.

- Te hablamos en nombre del Zambo.

- Y yo respondo en el mío.

- ¿No temes que le parezca inexplicable tu presencia en el arrabal de San Lázaro a estas horas?

- Estoy donde me place.

- ¿Delante de la casa del judío?

- Los que no crean buena mi conducta, me hallarán esta noche en la montaña.

Los ojos de aquellos tres hombres lanzaron chispas.

Los indios enmudecieron y volvieron a la orilla del Rimac, perdiéndose el ruido de sus pasos en la oscuridad.

Martín Paz se había acercado apresuradamente a la casa del judío, casa que, como todas las de Lima, tenía un solo piso, construido de ladrillos y techado con cañas unidas entre sí y cubiertas

de yeso. Todo el edificio, dispuesto para resistir los temblores de tierra, imitaba por medio de una hábil pintura los ladrillos de las primeras hiladas; y el techo, de figura cuadrada, estaba cubierto de flores, formando una azotea llena de perfumes.

Se llegaba al patio penetrando por una gran puerta cochera, situada entre dos pabellones, que, como era costumbre, no tenían ninguna ventana que se abriese a la calle.

Daban las once en la iglesia parroquial, cuando Martín Paz se detuvo frente a la casa de Sara, en cuyas inmediaciones reinaba un profundo silencio.

¿Por qué permanecía inmóvil el indio delante de aquellas paredes? Era que una sombra blanca había aparecido en la azotea, entre las flores, a las que la oscuridad de la noche daba una forma vaga sin quitarles su perfume.

Martín Paz levantó las dos manos involuntariamente y las cruzó sobre su pecho.

La sombra blanca desapareció como asustada.

Martín Paz se volvió y se encontró frente a Andrés Certa.

- ¿Desde cuándo pasan la noche los indios en contemplación? – preguntó iracundo Andrés Certa.

- Desde que los indios pisan el suelo de sus antepasados – respondió Martín Paz.

Andrés Certa avanzó hacia su rival, que permanecía inmóvil.

- ¡Miserable! ¿Me dejarás libre el sitio?

- No – contestó Martín Paz.

Y, dicho esto, ambos adversarios sacaron a relucir los puñales.

Los contendientes eran de igual estatura y parecían de igual fuerza.

Andrés Certa levantó rápidamente su brazo, dejándolo caer más rápidamente aún. Su puñal había encontrado el puñal azteca del indio y rodó en seguida a tierra, herido en el hombro.

- ¡Socorro, socorro! – gritó.

Se abrió la puerta de la casa del judío y acudieron varios mestizos de una casa inmediata, algunos de los cuales persiguieron al indio, que huía rápidamente, mientras los otros levantaron al herido.

- ¿Quién es este hombre? – preguntó uno de ellos -. Si es marino, llevémoslo al hospital del Espíritu Santo; y si es indio, al hospital de Santa Ana.

En aquel momento se acercó un anciano al herido, y apenas lo hubo mirado, exclamó:

- ¡Lleven a este joven a mi casa! ¡Vaya una desgracia extraña!

Aquel anciano no era otro que el judío Samuel, quien acababa de reconocer en el herido al novio de su hija.

Mientras tanto, Martín Paz corría con toda la rapidez que sus robustas piernas le permitían, confiando en poder librarse de sus perseguidores merced a su ligereza y a la oscuridad de la noche. Le iba en ello la vida. Si hubiera podido llegar al campo, se habría encontrado seguro; pero las puertas de la ciudad, que se cerraban a las once, no volvían a abrirse hasta las cuatro de la mañana siguiente.

Al llegar al puente de piedra, los mestizos y algunos soldados que iban en su persecución estaban ya a punto de alcanzarlo, cuando una patrulla desembocó por el extremo opuesto. Martín Paz, no pudiendo adelantar ni retroceder, subió al parapeto y se lanzó a la corriente

del río, que se deslizaba sobre un lecho de piedra.

Los perseguidores abandonaron el puente y corrieron hacia las orillas del río para apoderarse del fugitivo en el momento en que saliera a tierra; pero fue inútil; Martín Paz no volvió a aparecer.

Capítulo

III

Por seguir a una mujer

Cuando Andrés Certa, que fue conducido a la casa de Samuel y acostado en una cama preparada a toda prisa, recobró los sentidos, estrechó la mano del viejo judío.

El médico, avisado por un criado, no tardó en presentarse.

La herida era leve; el hombro del mestizo había sido atravesado de tal modo por el puñal de su adversario que el acero sólo había penetrado

entre la piel y la carne. Andrés Certa no debía tardar muchos días en poder abandonar el lecho.

Cuando Samuel y Andrés Certa se encontraron solos, dijo éste:

- ¿Quiere usted hacerme el favor de cerrar la puerta que conduce a la azotea, maese Samuel?

- ¿Pues qué teme? –preguntó el judío.

- Temo que Sara vuelva a mostrarse a la contemplación de los indios. No es un ladrón el que me ha atacado, sino un rival de quien me he librado milagrosamente.

- ¡Ah! ¡Por las santas tablas de la ley – exclamó el judío – usted se engaña! Sara será una esposa perfecta, que mantendrá incólume su honor.

- Maese Samuel – repuso el herido, incorporándose sobre el lecho -, usted no recuerda que le pago la mano de Sara en cien mil duros.

- Andrés Certa – exclamó el judío con cierta sonrisita de avaro -, lo recuerdo tanto que estoy dispuesto a cambiar este recibo por dinero con-tante y sonante – y, al decir esto, Samuel sacó de su cartera un papel que Andrés Certa rechazó con la mano.

- No existe trato entre nosotros mientras Sara no sea mi esposa, y no lo será jamás si he de verme obligado a disputársela a semejante ri-val. Usted sabe, maese Samuel, cuál es mi propósito. Me caso con Sara para igualarme a toda esa nobleza, que no tiene para mí sino miradas de desprecio.

- Y se igualará usted, Andrés Certa, porque, una vez casado, verá a los más orgullosos es-pañoles acudir apresuradamente a sus salones.

- ¿Dónde ha ido Sara esta noche?

- A orar al templo israelita, con la vieja Am-mon.

- ¿Por qué la obliga usted a seguir sus ritos religiosos?

- Soy judío – replicó Samuel – y Sara no sería mi hija si no cumpliera los deberes de mi religión.

El judío Samuel era un infame, que traficaba con todo y en todas partes, como descendiente en línea recta de aquel Judas que entregó a su maestro por treinta dineros. Hacía ya diez años que se había instalado en Lima, fijando su morada, por gusto y por cálculo, en el extremo del arrabal de san Lázaro, donde con mayor facilidad podía dedicarse a sus vergonzosas especulaciones. Después, poco a poco, fue ostentando gran lujo, a cuyo efecto había montado su casa suntuosamente, contratado numerosos criados y adquirido brillantes carrozas, que inducían a creer que poseía riquezas inmensas.

Cuando Samuel fue a establecerse a Lima, Sara sólo tenía ocho años de edad. Niña graciosa y

bella, agradaba a todos y parecía ser el ídolo del judío. Algunos años después, su hermosura atraía todas las miradas, y el mestizo Andrés Certa se enamoró de ella. Lo que parecía inexplicable era que hubiese ofrecido cien mil duros por la mano de Sara, pero aquel contrato era secreto.

Por lo demás, Samuel traficaba no sólo con los productos indígenas, sino con los sentimientos, y banquero, prestamista, mercader y armador, tenía el talento de hacer negocios con todo el mundo. La goleta *Anunciación*, que aquella noche debía atracar junto a la embocadura del Rimac, pertenecía al judío Samuel.

Éste, a pesar del mucho tiempo que dedicaba a los negocios, no dejaba de cumplir, por obstinación tradicional, todos los ritos de su religión con superstición religiosa, y su hija había sido cuidadosamente instruida en las prácticas israelitas.

Así, cuando hablando con el mestizo, éste le manifestó su disgusto respecto a este punto, el anciano permaneció mudo y pensativo. Andrés Certa fue quien rompió el silencio, diciendo:

- Olvida que el motivo que me mueve a casarme con Sara, la obligará a convertirse al catolicismo.

- Tiene razón – respondió Samuel, entristecido -; pero juro por la Biblia que Sara será judía mientras sea mi hija.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación dando paso al mayordomo.

- ¿Han capturado al asesino? – preguntó Samuel.

- Todo induce a creer que ha muerto – respondió el interpelado.

- ¡Muerto! – exclamó Andrés Certa, con mani-fiesta alegría.

- Viéndose entre nosotros, que le íbamos a los alcances, y una partida de soldados que venía de la ciudad, se ha arrojado al Rimac por el parapeto del puente.

- Pero ¿quién te asegura que no ha podido salir a la orilla? – preguntó Samuel.

- La mucha nieve derretida que desciende de las montañas ha aumentado la corriente del río, hasta convertirlo en un torrente en aquel paraje – respondió el mayordomo -. Además, nos hemos apostado en las dos orillas, y el fugitivo no ha vuelto a aparecer, y he puesto centinelas en las orillas del Rimac, con orden de que pasen toda la noche vigilando.

- Bien – dijo el anciano - : se ha hecho justicia a sí mismo. ¿Lo han conocido en su fuga?

- Perfectamente, era Martín Paz, el indio de las montañas.

- ¿Acaso ese hombre seguía a Sara desde hace algún tiempo? – preguntó el judío.

- Lo ignoro – respondió la dueña -; pero cuando los gritos de los criados me han despertado, he corrido a la habitación de la señorita, y la he encontrado casi sin sentido.

- Continúa – dijo Samuel.

- A mis reiteradas preguntas respecto a la causa de su malestar, no ha querido responder, se ha acostado sin aceptar mis servicios y me ha mandado retirar.

- Ese indio, ¿la seguía con frecuencia?

- No puedo asegurarlo, señor. Sin embargo, lo he encontrado muchas veces en las calles del arrabal de San Lázaro, y esta noche ha socorrido a la señorita en la plaza Mayor.

- ¿Que la ha socorrido? ¿Cómo?

La vieja refirió lo ocurrido.

- ¡Ah! ¡Mi hija quería arrodillarse entre los cristianos, y yo ignoraba todo eso! ¿Tú quieres que te despida?

- Señor, perdóneme usted.

- Márchate – repuso con acritud el anciano.

La dueña salió de la estancia.

- Ya ve usted que es necesario casarnos al momento – dijo Andrés Certa; pero necesito descansar, y le ruego que ahora me deje solo.

Al oír esto, el anciano se retiró lentamente; pero antes de volver a su cuarto, quiso cerciorarse del estado de su hija, y entró sin hacer ruido en la habitación de Sara, que dormía con sueño agitado entre las cortinas de seda desplegadas a su alrededor.

Una lámpara de alabastro, suspendida del techo pintado de arabescos, esparcía una suave luz en el aposento, y la ventana, entreabierta, dejaba pasar al través de las persianas corridas la frescura del aire, impregnado de los perfumes penetrantes de los áloes y de las magnolias.

Los mil objetos de arte y de exquisito gusto que había esparcidos sobre los muebles, preciosamente esculpidos, de la habitación, revelaban a los vagos resplandores de la noche el gusto criollo. Parecía que el alma de la joven jugaba con aquellas maravillas.

El anciano se acercó al lecho de Sara y se inclinó sobre ella para contemplar su sueño. La joven judía parecía atormentada por un sentimiento doloroso, que le hizo exhalar un suspiro, después de lo cual murmuraron sus labios el nombre de Martín Paz.

Samuel volvió a su aposento.

Cuando, transcurridas algunas horas, la aurora abrió al sol las puertas del oriente, Sara se levantó a toda prisa, y Liberto, indio negro, su servidor especial, acudió a recibir sus órdenes, e inmediatamente ensilló una mula para su ama y un caballo para él.

Sara acostumbraba pasear por las montañas, seguida de un criado, que le era muy adicto.

Se vistió una saya de color pardo y un manto de cachemira de gruesas bellotas; se puso en la cabeza un sombrero de paja de alas anchas, dejando flotar sobre la espalda sus grandes trenzas negras, y, para mejor disimular su turbación, se colocó un cigarrillo de tabaco perfumado entre los labios.

Jinete ya sobre la mula, Sara salió de la ciudad y echó a correr por el campo con dirección al Callao. El puerto estaba muy animado; los guardacostas habían estado batallando toda la noche con la goleta *Anunciación*, cuyas manio-

bras indecisas revelaban el propósito de cometer algún fraude. La *Anunciación* parecía que había esperado algunas embarcaciones sospechosas hacia la embocadura del Rimac; pero antes de que éstas llegasen a ella, había huido, burlando la persecución de las chalupas del puerto.

Circulaban diversos rumores respecto al destino de aquella goleta, que, según unos, iba cargada de tropas de Colombia, encargadas de apoderarse de los principales buques del Callao, para vengar la afrenta inferida a los soldados de Bolívar, expulsados vergonzosamente del Perú.

Según otros, la goleta se ocupaba únicamente en el contrabando de lanas de Europa.

Sara, sin prestar atención a estas noticias, más o menos ciertas, porque su paseo al puerto no había sido más que un pretexto, regresó a Lima, llegó cerca de las orillas del Rimac y subió cos-

teando el río hasta el puente, donde había numerosos grupos de soldados y mestizos, apostados en diversos puntos.

Liberto había referido a la joven los sucesos ocurridos durante la noche anterior, y por orden suya interrogó a varios soldados que estaban inclinados sobre el parapeto, por quienes supo no solamente que Martín Paz se había ahogado, sino que no se había podido encontrar su cadáver.

Sara, próxima a desmayarse, se vio precisada a hacer un poderoso esfuerzo de voluntad para no abandonarse a su dolor.

Entre las personas que estaban a la orilla del río, vio a un indio de fisonomía feroz, que parecía dominado por la desesperación. Este indio era el Zambo.

Sara, al pasar cerca del viejo montañés, oyó estas palabras:

- ¡Desgracia! ¡Desgracia! ¡Han matado al hijo de Zambo, han matado a mi hijo!

La joven levantó la cabeza, indicó por señas a Liberto que la siguiera, y, sin cuidarse de si la veía o no, se dirigió a la iglesia de Santa Ana, dejó su cabalgadura al indio, entró en el templo cristiano, preguntó por el padre Joaquín, y, arrodillándose sobre las losas de piedra, encomendó a Dios el alma de Martín Paz.

Capítulo

IV

El noble español

Cualquier otro que no hubiera sido Martín Paz, habría perecido en las aguas del Rimac; pero él, que estaba dotado de una insuperable fuerza de voluntad y de una extraordinaria sangre fría, cualidades propias de todos los indios libres del Nuevo Mundo, logró salvarse de la muerte, aunque no sin gran esfuerzo.

Martín Paz sabía que los soldados agotarían todos sus recursos para prenderle debajo del puente, donde la corriente era casi inevitable; pero cortándola vigorosamente por esfuerzos repetidos, llegó a dominarla y, hallando menos resistencia en las capas inferiores del agua, logró llegar a la orilla y ocultarse detrás de una espesura de manglares.

Pero una vez fuera del agua, ¿qué resolución podría tomar que no lo comprometiera? Si los soldados que lo perseguían cambiaban de opinión y subían por la orilla arriba, Martín Paz sería infaliblemente capturado; pero como él no era hombre que tardara mucho en adoptar una resolución, decidió en seguida entrar en la ciudad y ocultarse en ella.

Para evitar que lo viesen los paseantes que habían demorado el regreso a sus casas, Martín Paz siguió una de las calles más anchas; pero al entrar en ella, le pareció que lo espiaban, y no pudiendo detenerse a reflexionar, miró en tor-

no suyo, buscando un refugio. Sus ojos se fijaron en una casa todavía brillantemente iluminada, y cuya puerta cochera estaba abierta para dar paso a los coches que salían del patio y llevaban a sus diferentes domicilios a las eminencias de la aristocracia española.

Martín Paz se introdujo sin ser visto en aquella casa, y apenas hubo entrado se cerraron sus puertas. Subió apresuradamente una rica escalera de madera de cedro, adornada con tapices de mucho precio, y llegó a los salones, que estaban todavía iluminados pero enteramente vacíos; los atravesó con la celeridad de un relámpago y ocultóse, en fin, en un oscuro cuarto.

Poco después, se extinguió la luz que brillaba en aquellos lujosos aposentos y la casa quedó en silencio.

Martín Paz se ocupó entonces en reconocer el sitio en que se encontraba, y vio que las venta-

nas de aquella habitación daban a un jardín interior.

Ya se disponía a huir por allí, creyéndolo factible, cuando oyó que le decían:

- Señor ladrón, ¿por qué no roba usted los diamantes que están sobre esa mesa?

Al oír esto, se volvió Martín Paz rápidamente y vio a un hombre de altiva fisonomía que le mostraba con el dedo un estuche lleno de diamantes.

Martín Paz, insultado de aquel modo, se acercó al español, cuya serenidad parecía inalterable, sacó su puñal y, volviendo la punta contra su pecho, dijo sordamente:

- Señor, si repite usted semejante insulto, me daré muerte a sus pies.

El español, admirado, contempló con atención al indio, y sintió hacia él una especie de simpa-

tía, en virtud de lo cual se dirigió a la ventana, la cerró suavemente y, volviéndose hacia el indio, cuyo puñal había caído en tierra, le preguntó:

- ¿Quién es usted?

- El indio Martín Paz. Me persiguen los soldados porque me he defendido contra un mestizo que me atacaba y lo he derribado a tierra de una puñalada. Mi adversario es el novio de una joven a quien amo; y ahora, que sabe ya quién soy, puede usted entregarme a mis enemigos, si lo cree conveniente.

- Muchacho – replicó simplemente el español -, mañana salgo para los baños de Chorrillos. Puedes acompañarme si quieres, y estarás por el momento al abrigo de toda persecución. Si lo haces, no tendrás nunca que quejarte de la hospitalidad del marqués de Vegal.

Martín Paz se limitó a inclinarse con respeto.

- Puedes acostarte en esa cama y descansar esta noche – añadió el marqués -, sin que nadie sospeche que te encuentras aquí.

El español salió de la estancia dejando al indio conmovido con su generosa confianza. Después, Martín Paz, abandonándose a la protección del marqués, se durmió tranquilamente.

Al día siguiente, al salir el sol, el marqués dio las órdenes necesarias para la partida, y envió recado al judío Samuel de que fuese a verlo; pero antes fue a oír la primera misa de la mañana.

Ésta era una piadosa práctica que no dejaban de observar todos los miembros de la aristocracia peruana, porque Lima, desde su fundación, había sido siempre muy católica, y además de sus muchas iglesias, contaba todavía con veintidós conventos de frailes, diecisiete de monjas y cuatro casas de retiro para las mujeres que no pronunciaban votos religiosos. Como cada uno

de estos establecimientos tenía una iglesia particular, existían en Lima más de cien edificios dedicados al culto, donde ochocientos clérigos seglares o regulares, trescientas religiosas y hermanos legos, celebraban las ceremonias del culto católico.

Al entrar en Santa Ana el marqués de Vegal, vio a una joven arrodillada, que oraba fervorosamente y lloraba con desconsuelo. Parecía presa de dolor tal, que el marqués no pudo contemplarla sin cierta emoción, y ya se disponía a dirigirle algunas palabras de conmiseración, cuando llegó el padre Joaquín, y le dijo en voz baja:

- Señor marqués, por favor, no se le acerque usted.

Luego, el fraile hizo una señal a Sara y ésta lo siguió a una capilla oscura y desierta.

El marqués se dirigió al altar y oyó la misa, después de lo cual regresó a su casa, pensando involuntariamente en aquella joven, cuya imagen había quedado profundamente grabada en su imaginación.

En el salón de su casa encontró al judío Samuel, que estaba esperándole, y parecía haber olvidado los sucesos de la noche anterior. Su semblante estaba iluminado por la esperanza del lucro.

- ¿Qué manda su señoría? – preguntó al español.

- Necesito treinta mil duros antes de una hora.

- ¡Treinta mil duros! ¿Y quién los tiene? Por el santo rey David, señor marqués, va a costarme más trabajo encontrarlos que lo que su señoría se imagina.

- Aquí tengo joyas de gran valor – repuso el marqués, sin hacer caso de las palabras del judío -, y además puedo vender a usted por poco precio un terreno muy extenso que tengo cerca del Cuzco.

- ¡Ah, señor! – exclamó Samuel -, las tierras nos arruinan, porque nos faltan brazos para cultivarlas. Los indios se retiran a las montañas y las cosechas no producen lo que cuesta la recolección.

- ¿En cuánto valora usted esos diamantes? – preguntó el marqués.

Samuel sacó del bolsillo una balanza pequeña de precisión, y se puso a pesar las piedras con minuciosa detención, pero sin dejar de hablar, despreciando, como de costumbre, la prenda que se le ofrecía.

- ¡Los diamantes...! ¡Mala hipoteca...! No producen nada. Es lo mismo que enterrar el dine-

ro... Observará, su señoría, que el agua de este diamante no es de una limpieza perfecta... Ya sabe su señoría que estos adornos tan costosos no son fáciles de vender, por lo que me vería obligado a enviarlos a las provincias de la Gran Bretaña. Los norteamericanos me los comprarán seguramente; pero será para cederlos a los hijos de Albión. Quieren, por consiguiente, y es justo, ganar una comisión honrosa, que cae sobre mis costillas... Supongo que diez mil duros contentará a su señoría. Es poco, sin duda, pero...

- Ya he dicho – repuso el español despectivamente – que necesito mucho más de diez mil duros.

- Señor, no puedo dar un centavo más.

- Llévese las joyas y envíeme inmediatamente el dinero. Para completar los treinta mil duros que necesito, le daré esta casa en hipoteca. ¿No le parece bastante sólida?

- ¡Ah, señor, en esta ciudad, donde son tan frecuentes los terremotos, no se sabe quién vive ni quién muere, ni quién cae, ni quién se mantiene en pie!

Y mientras decía esto, Samuel se empinaba sobre la punta de los pies, dejándose luego caer sobre los talones varias veces, para apreciar la solidez del piso.

- En fin, como tengo verdaderos deseos de servir a su señoría – dijo -, pasaré por lo que quiera, aunque en este momento no me conviene desprenderme de metálico, porque voy a casar a mi hija con el caballero Andrés Certa... ¿Lo conoce su señoría?

- No lo conozco, y le ordeno a usted de nuevo que me envíe en seguida la cantidad que le he pedido. Lévese esas joyas.

- ¿Quiere su señoría un recibo? – preguntó el judío.

El marqués, sin responderle, pasó a la habitación inmediata.

- ¡Orgulloso español...! – murmuró Samuel, entre dientes -. Quiero confundir tu insolencia del mismo modo que voy a disipar tus riquezas. ¡Por Salomón, soy hombre hábil, porque mis intereses corren parejas con mis sentimientos!

El marqués, al separarse del judío, encontró a Martín Paz profundamente abatido.

- ¿Qué tienes? – le preguntó cariñosamente.

- Señor, la joven a quien amo es la hija de ese judío.

- ¡Una judía! – exclamó el marqués, con sentimiento de repulsión que le fue imposible dominar.

Pero, al advertir la tristeza del indio, añadió:

- Marchemos, amigo mío, ya hablaremos de esas cosas con detenimiento.

Una hora más tarde, Martín Paz, disfrazado, salía de la ciudad en compañía del marqués, que no llevaba consigo a ninguno de sus criados.

Los baños de mar de Chorrillos se encuentran a dos leguas de Lima. Es una parroquia india que posee una bonita iglesia, y durante la estación del calor es el punto de reunión de la sociedad elegante limeña. Los juegos públicos, prohibidos en Lima, están abiertos en Chorrillos durante el verano, y a ellos concurren las señoras de dudosa moralidad, que, actuando de diablillos, hacen perder a más de un rico caballero su caudal en pocas noches.

Como Chorrillos estaba a la sazón poco frecuentado aún, el marqués y Martín Paz, retirados en una casita edificada a orillas del mar,

pudieron vivir en paz, contemplando las vastas llanuras del Pacífico.

El marqués, miembro de una de las más antiguas familias del Perú, era el último descendiente de la soberbia línea de antepasados, de la que con razón se mostraba orgulloso; pero en su rostro advertíanse las huellas de una profunda tristeza. Después de haber intervenido durante algún tiempo en los asuntos políticos, había experimentado una repugnancia infinita hacia las revoluciones incesantes, hechas en beneficio de ambiciones personales, y se había retirado de la política y apartado de la sociedad, viviendo casi en retiro, sólo interrumpido a raros intervalos por deberes de estricta cortesía.

Su inmenso caudal se iba disipando poco a poco. El abandono en que quedaban sus tierras por la falta de brazos, le obligaba a hacer empréstitos onerosos; pero la perspectiva de una ruina próxima no le espantaba. La indolencia

natural de la raza española, unida al aburrimiento de su existencia inútil, le había hecho insensible a las amenazas del porvenir. Esposo en otro tiempo de una mujer adorable, y padre de una niña encantadora, se había encontrado de pronto solo, a consecuencia de una horrible catástrofe que le arrebató aquellos dos objetos de su amor... Desde entonces, ningún afecto le unía al mundo, y dejaba deslizarse su vida al impulso de los acontecimientos.

Creía que su corazón había muerto por completo, cuando lo sintió palpar de nuevo al contacto de Martín Paz. Aquella naturaleza ardiente despertó el fuego encubierto bajo la ceniza; la orgullosa presencia de ánimo del indio repercutía en el noble caballero, que, cansado de los españoles de su clase, en quienes no tenía ya confianza, y disgustado de los mestizos egoístas, que querían equipararse con él, se complacía en aproximarse a aquella raza primitiva, que tan valientemente había disputado el suelo

americano a los soldados del conquistador Pizarro.

El indio pasaba por muerto en Lima, según las noticias que el marqués había adquirido; pero éste, considerando el amor de Martín Paz hacia una judía como cosa peor que la muerte misma, resolvió salvarlo de nuevo, dejando casar a la hija de Samuel con Andrés Certa.

Así, mientras que Martín Paz estaba profundamente apenado y la tristeza le invadía el corazón, el marqués evitaba toda alusión a lo pasado, y hablaba al joven indio de cosas sin importancia.

Un día, sin embargo, agitado por sus tristes pensamientos, le preguntó:

- ¿Por qué, amigo mío, una pasión vulgar te ha de hacer renegar de la nobleza de tus abuelos? ¿No descendes del valiente Manco Capac, a quien su patriotismo elevó a la categoría de

héroe? ¿Qué papel representaría un hombre que se dejara abatir por una pasión indigna? ¿Acaso han desistido los indios de reconquistar algún día su independencia?

- Para eso trabajamos, señor – contestó Martín Paz -, y no está lejos el día en que mis hermanos se levantarán en masa.

- Ya te entiendo. Aludes a esa guerra sorda que tus hermanos están preparando en las montañas. A una señal bajarán a la ciudad con las armas en la mano; pero serán vencidos, como lo han sido siempre. Ya ves cómo sus intereses desaparecen en medio de las revoluciones perpetuas de las que es teatro el Perú; revoluciones que perderán al mismo tiempo a los indios y a los españoles, en beneficio de los mestizos.

- Nosotros salvaremos al país – repuso Martín Paz.

- Sí, lo salvarán, si comprenden su misión – dijo el marqués. Óyeme, pues que te amo como a un hijo. Lo digo con dolor, pero a nosotros, los españoles, hijos degenerados de una raza poderosa, nos falta la energía necesaria para levantar un Estado, y, por consiguiente, a ustedes les toca triunfar de este desdichado *americanismo* que tiende a rechazar a los colonos extranjeros. Sí, sábelo; sólo una inmigración europea puede salvar el antiguo Imperio peruano, y, en vez de esa guerra intestina que preparan, y que tiende a excluir todas las castas, a excepción de una sola, deben tender francamente la mano a los hombres trabajadores del Viejo Mundo.

- Los indios, señor, considerarán siempre como enemigos a los extranjeros, cualesquiera que sean, y jamás han de permitir que respiren impunemente el aire de sus montañas. El dominio que ejerzo sobre ellos quedaría sin efecto el día en que no jurase la muerte de sus opresores.

Además, ¿qué soy ahora? – añadió Martín Paz con gran tristeza. Un fugitivo que no viviría tres horas si me encontraran en Lima.

- Amigo, es preciso que me prometas que no has de volver a salir.

- ¡Ah! No puedo prometérselo a usted, señor marqués, porque si lo prometiese mentiría.

El marqués enmudeció; la pasión del joven indio se acrecentaba de día en día, y el noble caballero temblaba ante la idea de verlo correr a una muerte cierta, si volvía a presentarse en Lima, por lo que deseaba que se celebrara cuanto antes el matrimonio de la judía, matrimonio que, si le hubiera sido posible, habría él apresurado, según sus deseos.

Para cerciorarse del estado de las cosas, salió de Chorrillos una mañana y fue a la ciudad, donde supo que Andrés Certa, restablecido de su herida, salía ya a la calle, y que su próximo

matrimonio era el objeto de todas las conversaciones.

El marqués quiso conocer a la joven amada por Martín Paz, y con este objeto se dirigió a la plaza Mayor, donde a ciertas horas había siempre una gran multitud, y donde encontró al padre Joaquín, su antiguo amigo. El venerable fraile se quedó profundamente sorprendido cuando el marqués le dijo que Martín Paz no había muerto, apresurándose a prometer que velaría por la vida del joven indio, y que le daría todas las noticias que le interesaran.

De improviso, las miradas del caballero se dirigieron a una joven arrebujaada en un manto negro que iba sentada en una carretela.

- ¿Quién es esa hermosa muchacha? – preguntó al padre Joaquín.

- La hija del judío Samuel, prometida de Andrés Certa.

- ¡Ella! ¡La hija de un judío!

El marqués se quedó profundamente admirado y, estrechando la mano del padre Joaquín, volvió a tomar el camino de Chorrillos.

Su sorpresa era natural, porque había reconocido en la pretendida judía a la joven a quien había visto orar fervorosamente en la iglesia de Santa Ana.

Capítulo

V

Preparativos de insurrección

Cuando las tropas de Colombia, que Bolívar puso a las órdenes del general Santa Cruz, fueron arrojadas del Bajo Perú, cesaron las sediciones militares en este país, que empezó a disfrutar de calma y tranquilidad; las ambiciones particulares no volvieron a turbar el reposo público, y el presidente Gambarra se había afianzado en su palacio de la plaza Mayor. Sin embargo, el peligro verdadero, inminente, no

procedía de las sediciones, que se extinguían tan pronto como estallaban y que parecían complacer a los americanos por sus ostentaciones militares.

El peligro no lo veían los españoles, demasiado altos para poder verlo, ni tampoco los mestizos, que jamás descendían a mirar lo que se hallaba por debajo de ellos.

Esto no obstante, se agitaban de un modo extraordinario los indios de la ciudad, mezclándose con frecuencia con los habitantes de las montañas, como si hubieran sacudido su apatía natural. En vez de envolverse en su poncho con los pies hacia el sol, se extendían por el campo, se detenían uno a otro, se entendían por señales particulares y frecuentaban las posadas más desiertas, en las que podían hablar sin peligro de ser escuchados.

Aquel movimiento era más visible en una de las plazas apartadas de la ciudad, en donde

había una casa que sólo tenía una habitación baja, y cuya apariencia miserable llamaba la atención de las gentes.

Era una taberna de ínfima categoría, propiedad de una vieja india, que servía a sus parroquianos cerveza de maíz y una bebida hecha con caña de azúcar.

Los indios no se reunían en esta plaza sino cuando en el techo de la citada taberna se ponía un palo largo, que servía de señal. Entonces, los indígenas de todas profesiones, conductores de carros, arrieros y cocheros entraban uno a uno y desaparecían inmediatamente en la gran sala. La tabernera dejaba entonces a su criada el cuidado de la taberna, y corría a servir personalmente a sus parroquianos.

Pocos días después de la desaparición de Martín Paz, se celebró una asamblea numerosa en la sala de la taberna, donde apenas podían distinguirse los rostros de los concurrentes, a cau-

sa de la oscuridad que en ella reinaba y que el humo del tabaco hacía aumentar. En torno de una larga mesa, había unos cincuenta individuos, mascando los unos una especie de hoja de té mezclada con tierra odorífera, y bebiendo los otros en grandes jarros el licor de maíz fermentado; pero estas ocupaciones no les distraían de la principal, que era escuchar atentamente el discurso que les estaba pronunciando un indio.

El orador era el Zambo, cuyas miradas tenían una extraña fijeza.

Después de examinar uno por uno a todos sus oyentes, el Zambo tomó la palabra y dijo:

- Los hijos del Sol pueden hablar de sus asuntos, porque no hay aquí oídos pérfidos que puedan escucharnos. En la plaza, algunos de nuestros amigos, disfrazados de cantores, distraen a los transeúntes para que nos dejen disfrutar de entera libertad en esta casa.

Y así era, efectivamente, porque fuera de la taberna resonaban los acordes de una guitarra.

Los indios, satisfechos de encontrarse seguros, prestaron gran atención a las palabras del Zambo, en quien ponían toda su confianza.

- ¿Qué noticias puede darnos el Zambo, de Martín Paz? – preguntó uno.

- Ninguna. Únicamente el Gran Espíritu puede saber si ha muerto o no; pero estoy esperando a algunos hermanos que han bajado por el río hasta su embocadura, y quizás hayan encontrado el cuerpo de Martín Paz.

- Era un buen jefe – dijo Manangani, indio feroz y muy temido -. Pero ¿por qué no se encontraba en su puesto el día en que la goleta nos traía las armas?

El Zambo, sin responder, inclinó la cabeza.

- ¿No saben mis hermanos – continuó diciendo Manangani – que la *Anunciación* ha sido atacada por los guardacostas y que la captura de ese buque habría frustrado todos nuestros proyectos?

Un murmullo de asentimiento acogió las palabras del indio.

- Harán bien – dijo entonces el Zambo – los que esperan para juzgar. ¡Quién sabe si mi hijo Martín Paz se presentará entre nosotros dentro de pocos días...! Oigan ahora lo que tengo que decirles: las armas que nos han enviado de Sechura han llegado a nuestro poder, están escondidas en las montañas de la cordillera y dispuestas para desempeñar su oficio cuando ustedes estén preparados para cumplir su deber.

- ¿Acaso hay algo que nos detenga? – preguntó un joven indio -. Hemos afilado nuestros puñales y esperamos.

- Esperen, pues, que llegue la hora – respondió el Zambo -. ¿Saben mis hermanos cuál es el enemigo a quien primero deben herir?

- Los mestizos, que nos tratan como esclavos – repuso uno de los asistentes -. Esos insolentes que nos azotan con la mano y con el látigo, como a mulas falsas.

- De ningún modo – repuso otro -. Nuestros mayores enemigos son los que monopolizan todas las riquezas del suelo.

- Están equivocados. Nuestros primeros golpes deben herir a otros – dijo el Zambo, animándose -. Esos hombres no son los que se atrevieron, hace trescientos años, a poner el pie en la tierra de sus antepasados. Esos ricos no son los que han hecho sucumbir a los hijos de Manco Capac. Los orgullosos españoles son los verdaderos vencedores y los que los han reducido a la esclavitud. Si no tienen ya riquezas, tienen autoridad y, a pesar de la emancipación peruana,

conculcan nuestros derechos naturales. Olvidemos, pues, lo que somos, para recordar lo que nuestros padres fueron.

- Sí, sí – prorrumpió la asamblea, con murmullo de aprobación.

Al asentimiento general de los concurrentes sucedieron algunos momentos de silencio que interrumpió el Zambo para preguntar a diversos conjurados si sus amigos de Cuzco y de toda Bolivia estaban dispuestos a levantarse, como un solo hombre.

Después, prosiguiendo su discurso, dijo:

- Valiente Manangani, si todos nuestros hermanos de la montaña tienen en el corazón el mismo odio y valor que tú, ¿no caerán sobre Lima como una tromba desde lo alto de las cordilleras?

- El Zambo no se quejará de su audacia el día señalado – respondió Manangani -. Si el Zambo sale de la ciudad no necesitará ir muy lejos para ver surgir en torno suyo indios que arden en deseos de venganza. En las gargantas de San Cristóbal y de los Amancaes, más de uno, envueltos en su poncho y con el puñal en la cintura, están esperando que se confíe a sus manos una carabina, porque tampoco han olvidado ellos que tienen que vengar en los españoles la derrota de Manco Capac.

- Perfectamente, Manangani – repuso el Zambo -. El dios de la venganza habla por tu boca. Mis hermanos no tardarán en saber quién es el elegido de sus jefes, y como el presidente Gamba-rra sólo trata de consolidarse en el poder, Bolívar está lejos y Santa Cruz ha sido derrotado, podemos obrar sobre seguro. Dentro de pocos días se entregarán nuestros opresores al placer, con motivo de la fiesta de los Amancaes, y, por consiguiente, deben disponerse todos nuestros

hermanos a marchar, haciendo antes que la noticia llegue hasta las aldeas más remotas de nuestra raza.

En aquel momento entraron tres indios en el salón, e inmediatamente se acercó el Zambo a ellos.

- ¿Qué noticias traen? – les preguntó.

- El cuerpo de Martín Paz no ha sido hallado – respondió uno de aquellos indios -. Hemos sondeado el río en todos los sentidos; nuestros más hábiles nadadores lo han explorado detenidamente y creemos que el hijo del Zambo no ha muerto en las aguas del Rimac.

- ¡Lo habrán asesinado! ¿Qué habrá sido de él? ¡Oh, desdichados los que hayan dado muerte a mi hijo...! Sepárense mis hermanos en silencio, y vuelva cada cual a su puesto, mire, vigile y espere.

Los indios salieron y se dispersaron. El Zambo se quedó con Manangani, que le preguntó:

- ¿Sabe el Zambo por qué había ido aquella noche su hijo al barrio de San Lázaro? ¿Está el Zambo seguro de su hijo?

Los ojos del indio despidieron tales relámpagos de cólera que Manangani retrocedió asustado.

Pero el Zambo se contuvo, y dijo:

- Si Martín Paz traicionara a sus hermanos, yo mataría a todos aquellos a quienes ha dado su amistad y a todas aquellas a quienes hubiese dado su amor; después lo mataría a él y, por último, me mataría yo, para no dejar en este suelo un solo miembro de una raza deshonrada.

En aquel momento abrió la tabernera la puerta de la sala, se acercó al Zambo y le entregó un billete.

- ¿Quién te ha encargado esto? – preguntó.

- No lo sé – respondió la tabernera -. Este papel ha debido quedársele olvidado a algún bebedor, porque lo he encontrado sobre una mesa.

- ¿No han venido aquí más que indios?

- Nadie más que indios.

La tabernera salió, y el Zambo desdobló el billete, que leyó en alta voz:

“Una joven ha orado por Martín Paz, porque no olvida al indio que ha expuesto su vida por ella. Si el Zambo tiene noticias de su hijo o esperanza de encontrarlo, átese al brazo un pañuelo encarnado como señal. Hay ojos que lo ven pasar todos los días.”

El Zambo estrujó el billete entre sus manos.

- El desgraciado se ha dejado seducir por una mujer.

- ¿Y quién es esa mujer? – preguntó Manangani.

- No es india – respondió el Zambo, mirando el billete -. Es, sin duda, una mujer elegante... ¡Ah, Martín Paz, estás desconocido!

- ¿Harás lo que esa mujer te pide?

- No – respondió rápidamente el indio -. Debe perder toda esperanza de volver a ver a mi hijo, para que muera de dolor.

Y, dicho esto, el Zambo rompió el billete con rabia.

- Sin duda alguna ha sido un indio quien ha traído este billete – observó Manangani.

- ¡Oh, no puede ser de los nuestros! Se habrá sabido que yo venía con frecuencia a esta taberna, pero no volveré a poner los pies en ella. Regrese mi hermano a las montañas, mientras yo vigilo en la ciudad. Veremos para quiénes resultará alegre la fiesta de los Amancaes, si para los opresores o para los oprimidos.

Los dos indios se separaron.

El plan no podía estar mejor combinado ni la hora de la ejecución mejor elegida. El Perú, casi despoblado entonces, sólo contaba con un reducido número de españoles y de mestizos. La invasión de los indios, que acudirían desde los bosques del Brasil y desde las montañas de Chile, como de las llanuras del Río de la Plata, debía cubrir con un ejército formidable el teatro de la rebelión. Después que quedaran destruidas las grandes ciudades, Lima, Cuzco y Puno, no era de temer que las tropas de Colombia, recientemente vencidas por el Gobierno peruano, acudieran en socorro de sus enemigos, por

grave que fuese el peligro en que éstos se encontraran.

Aquel trastorno social debía, por consiguiente, efectuarse sin resistencia, si los indios guardaban fielmente el secreto, y así debía ocurrir, porque entre ellos no había traidores.

Sin embargo, ignoraban que un hombre había obtenido una audiencia particular del presidente Gambarra; ignoraban que aquel hombre le había notificado que la goleta *Anunciación* había desembarcado en la embocadura del Rimac armas de toda especie en piraguas indias, y que aquel hombre iba a reclamar una fuerte indemnización por el servicio que había prestado al Gobierno peruano, denunciando aquellos hechos.

Indudablemente, aquel hombre jugaba con cartas dobles, porque después de haber alquilado su buque a los agentes del Zambo a un

precio muy elevado, había vendido al presidente el secreto de los conjurados.

El hombre que tal infamia había cometido no era otro que el judío Samuel, a quien suponemos que el lector habrá reconocido en este rasgo.

Capítulo

VI

El juego y las confianzas

Andrés Certa, completamente restablecido y creyendo que Martín Paz había dejado de existir, apresuraba su matrimonio, deseando que llegara el día de pasear por las calles de Lima a la joven judía.

Sara no dejaba de tratarlo con altiva indiferencia, pero él no hacía caso, porque consideraba a la joven como un objeto de valor que había comprado por cien mil duros.

Sin embargo, Andrés Certa desconfiaba del judío, y no le faltaba motivo para ello, porque si el contrato era poco honrado, los contratantes lo eran menos.

El mestizo, pues, quiso tener con Samuel una entrevista secreta, a cuyo fin lo llevó un día a Chorrillos, deseando también probar su suerte en el juego antes de la boda.

Los juegos habían empezado pocos días después de la llegada del marqués de Vegal, y desde entonces se veía constantemente concurrido el camino de Lima. Algunos, que iban a Chorrillos a pie, volvían en carruaje, mientras otros dejaban allí los últimos restos de su fortuna.

El marqués y Martín Paz no tomaban parte en aquellos placeres; el joven indio estaba profundamente preocupado por causas más nobles.

Después de pasear con el marqués, volvía todas las noches a su aposento y se ponía de codos en la ventana, donde pasaba largas horas meditando.

El marqués no olvidaba a la hija de Samuel, a quien había visto orar en el templo católico; pero no se había atrevido a revelar aquel secreto a Martín Paz, aunque le iba instruyendo poco a poco en las verdades cristianas. Temía reanimar en su corazón sentimientos que deseaba extinguir, porque el indio proscrito debía renunciar a toda esperanza de contraer matrimonio con la hija del judío. Mientras tanto, la Policía había concluido por abandonar la persecución de Martín Paz, y, transcurrido algún tiempo, merced a la influencia de su protección, el indio quizá lograra ocupar un puesto en la sociedad peruana.

Pero sucedió que, Martín Paz, desesperado, resolvió averiguar qué había sido de la joven, y, con este propósito, se introdujo, vestido con un

traje español, en una sala de juego para escuchar las conversaciones de los concurrentes. Andrés Certa, que era hombre muy conocido, y su matrimonio, que seguramente estaría ya próximo, debían ser objeto de alguna conversación.

Así, pues, una noche, en vez de encaminarse, como de ordinario, a la orilla del mar, se dirigió a las altas rocas donde están situadas las principales casas de Chorrillos, y entró en una de ellas, dotada de una ancha escalera de piedra.

Aquella era una casa de juego, donde aquel día habían perdido grandes cantidades algunos limeños, y donde otros, fatigados de la tarea de la noche precedente, descansaban en el suelo, envueltos en sus ponchos.

A la sazón, no faltaban jugadores delante del tapete verde, dividido en cuatro cuadros por dos líneas, que se cortaban en el centro en ángulo recto. En cada uno de estos cuadros se

hallaban las primeras letras de las palabras “azar” y “suerte”: A. S. Los jugadores apuntaban a una u otra de aquellas letras, y el banquero tenía las puestas, mientras arrojaba sobre la mesa dos dados, cuyos puntos combinados hacían ganar a la A o a la S.

La partida estaba muy animada, y un mestizo apuntaba al azar con ardor febril.

- ¡Dos mil duros! – exclamó.

El banquero agitó los dados y el jugador estalló en imprecaciones.

- ¡Cuatro mil duros! – dijo de nuevo, y volvió a perder.

Martín Paz, protegido por la sombra del salón, pudo ver el rostro del jugador.

Era Andrés Certa.

Al lado de éste se encontraba el judío Samuel.

- Bastante ha jugado usted, señor – le dijo Samuel -, y ya ha podido convencerse de que hoy no tiene suerte.

- ¿A usted qué le importa? – respondió con acritud el mestizo.

Samuel se inclinó a su oído para decirle:

- Si a mí no me importa, a usted le interesa abandonar esas costumbres en los días que preceden a su matrimonio.

- ¡Ocho mil duros! – gritó Andrés Certa, apuntando a la S.

Salió la A y el mestizo lanzó una blasfemia.

- ¡Juego! – volvió a decir el banquero.

Andrés Certa sacó un puñado de billetes de su bolsillo para aventurar una suma considerable al juego, llegando a ponerla en uno de los cuadros. El banquero agitaba ya los dados, cuando

una seña de Samuel lo detuvo. El judío volvió a inclinarse al oído del mestizo, y le dijo:

- Si no le queda a usted la cantidad necesaria para llevar a efecto nuestro contrato, esta noche quedará roto.

Andrés Certa se encogió de hombros, hizo un gesto de rabia y, recobrando su dinero, salió rápidamente de la estancia.

- Continúe usted ahora – dijo Samuel al banquero -; ya arruinará a este señor después de que se haya casado.

El banquero se inclinó con sumisión ante Samuel, que era fundador y propietario de los juegos de Chorrillos. Dondequiera que había algo que ganar, se encontraba aquel hombre.

Samuel siguió al mestizo, y cuando hubieron llegado a la escalinata, le dijo:

- Tengo cosas muy graves que decirle. ¿Dónde podemos hablar sin que nos oigan?

- Donde usted quiera – respondió bruscamente Andrés Certa.

- Tenga calma y no pierda el porvenir por un momento de mal humor. No me inspiran confianza los aposentos mejor cerrados, ni las llanuras más desiertas, porque lo que tengo que decir a usted es un secreto que vale la pena que se guarde.

Mientras hablaban, los dos hombres habían llegado a la playa, frente a las casetas destinadas a los bañistas; pero ignoraban que tras ellos iba Martín Paz, deslizándose en la oscuridad como una serpiente.

- Tomemos una canoa y salgamos al mar – dijo Andrés Certa.

Andrés Certa desató de la orilla una pequeña embarcación, después de dar algunas monedas al guarda; Samuel y el mestizo se embarcaron, y el último empujó la barca mar adentro.

Martín Paz, al verla alejarse, se ocultó en el hueco de unas peñas, se desnudó apresuradamente, se arrojó al agua y nadó hacia la canoa, llevando consigo su cinturón y su puñal.

El sol acababa de sepultar sus últimos rayos en las olas del Pacífico, y el cielo y el mar estaban envueltos en las tinieblas.

Martín Paz no había pensado siquiera en el peligro que corría, a causa de los tiburones que surcaban aquellos funestos parajes.

Se detuvo, no lejos de la embarcación en que iban el mestizo y el judío y al alcance de su voz.

- Pero ¿qué prueba de la identidad de la joven puedo yo dar a su padre? – preguntaba en aquel momento Andrés Certa al judío.

- Puede usted recordarle las circunstancias en que perdió a la niña.

- ¿Y cuáles son?

- Voy a decírselo.

Martín Paz, sosteniéndose sobre las olas, escuchaba, pero sin comprender por completo lo que hablaban.

- El padre de Sara, que es el gran señor que usted conoce – dijo el judío-, vivía en la Concepción, comarca de Chile; pero entonces su caudal corría parejas con su nobleza. Obligado a venir a Lima para asuntos de interés, salió solo de la Concepción, dejando allí a su mujer y a su hija; esta última de quince meses de edad. Como el clima del Perú le convino, envió a la

marquesa orden de que viniera a reunirse con él. La marquesa se embarcó en el *San José*, de Valparaíso, con algunos criados de su confianza, y en el mismo buque venía yo al Perú. El *San José* debía hacer escala en Lima; pero a la altura de la isla de Juan Fernández, se desató un huracán terrible que lo desarboló y lo arrojó sobre la costa. Los hombres de la tripulación y los pasajeros se refugiaron en la chalupa; pero al ver el mar tan enfurecido, la marquesa se negó a embarcarse en ella; estrechó a su hija entre sus brazos y se quedó en el buque; yo me quedé con ella. La chalupa se alejó, y a cien brazas del *San José* se sepultó en el mar con toda la gente que llevaba y nos quedamos solos. La tempestad rugía cada vez con mayor violencia; pero como mi caudal no iba a bordo, no perdí la esperanza de salvarme. El *San José*, que tenía cinco pies de agua en la cala, fue arrastrado por la corriente y se estrelló contra las rocas de la costa. La marquesa fue arrojada al mar con la niña: pero, afortunadamente, pude apo-

derarme de ésta, y, mientras la madre perecía a mi vista, yo, sano y salvo, con la niña, pude ganar la orilla.

- Todos esos detalles ¿son exactos?

- Completamente exactos, y el padre no lo desmentirá. Yo realicé aquel día un buen negocio, porque me va a valer los cien mil duros que usted ha de entregarme.

“¿Qué quiere decir esto?”, se preguntaba asombrado Martín Paz.

- Aquí tiene mi cartera con los cien mil duros – respondió Andrés Certa.

- Gracias, señor – dijo Samuel, apoderándose del tesoro -. Tome usted este recibo, en el que me comprometo a restituirle doble cantidad de la que me ha entregado si en virtud de su matrimonio no llega usted a formar parte de una de las primeras familias de España.

El indio, obligado a sumergirse para evitar el choque de la embarcación, no había oído esta última frase; pero al ocultarse bajo las aguas, sus ojos pudieron ver una masa informe, que se deslizaba rápidamente hacia donde él estaba.

Era una tintorera, tiburón de la especie más cruel.

Martín Paz vio que el animal se aproximaba y se sumergió profundamente, mas pronto se vio obligado a volver a la superficie del agua para respirar. El tiburón dio entonces un coletazo a Martín Paz, que sintió que las escamas viscosas del monstruo le rozaban el pecho. El tiburón se volvió sobre la espalda, entreabriendo su mandíbula, armada de una triple fila de dientes, para morder su presa; pero Martín Paz, al ver brillar el vientre blanco del animal, lo hirió con su puñal.

La sangre del monstruo marino tiñó de rojo las aguas, y Martín Paz, al advertirlo, volvió a sumergirse.

Cuando, algunos instantes después, salió de nuevo a la superficie, a diez brazas de allí, la embarcación del mestizo había desaparecido. El indio se dirigió entonces a la costa, a la que no tardó en llegar, pero después de haber olvidado que acababa de librarse de una muerte terrible.

Al amanecer del día siguiente abandonó Martín Paz la quinta de Chorrillos sin despedirse de su protector, y el marqués, lleno de inquietud, volvió a toda prisa a Lima para buscarlo.

Capítulo

VII

La boda interrumpida

El matrimonio de Andrés Certa con la hija del judío Samuel era un verdadero acontecimiento, y las señoras no se daban punto de reposo, con-

feccionando los lujosos trajes que se proponían lucir en la fastuosa ceremonia.

En casa del judío Samuel, que deseaba celebrar con gran pompa el matrimonio de Sara, se hacían también grandes preparativos. Los frescos que adornaban su morada, según la costumbre española, habían sido restaurados suntuosamente; los tapices más ricos caían en anchos pliegues sobre los huecos de las ventanas y las paredes de la habitación; los muebles, esculpidos de maderas preciosas u odoríferas, se amontonaban en los grandes salones impregnados de deliciosa frescura; los arbustos exóticos, los productos de las tierras calientes se elevaban serpenteando a lo largo de las balaustradas y de las azoteas.

La joven había perdido la esperanza de volver a ver a Martín Paz, puesto que el Zambo no la tenía, como lo demostraba el hecho de no llevar en el brazo la señal de la esperanza. Liberto

había espiado los pasos del viejo indio, pero no había logrado descubrir nada.

¡Ah! Si la pobre Sara hubiera podido realizar sus deseos, se habría refugiado en un convento para acabar en él su vida. Impulsada por atracción misteriosa e irresistible hacia los dogmas del catolicismo y convertida secretamente por el padre Joaquín a la única religión verdadera, había ingresado en el seno de nuestra santa madre la Iglesia, que tanto simpatizaba con las creencias de su alma.

El padre Joaquín, a fin de evitar todo escándalo, y sabiendo leer mejor en su breviario que en el corazón humano, había dejado a Sara en la creencia de que Martín Paz había muerto, porque lo más importante para él era la conversión de la joven, que creía asegurada con el matrimonio con Andrés Certa, ignorando, naturalmente, las condiciones en que se había concertado.

El día, pues, de la boda, tan alegre para unos y tan triste para otros, había llegado. Andrés Certa había invitado a la ceremonia a toda la ciudad; pero sus invitaciones no fueron atendidas por las familias nobles, que se excusaron, pretextando motivos más o menos plausibles.

Llegada la hora en que debía efectuarse el contrato, la joven no compareció.

El judío Samuel estaba profundamente disgustado, y Andrés Certa fruncía el ceño, mostrando su impaciencia. Una especie de confusión se reflejaba en los rostros de los invitados, mientras millares de bujías, cuya imagen multiplicaban los espejos, inundaban los salones de resplandeciente luz.

En la calle, un hombre se paseaba presa de una ansiedad mortal.

Era el marqués de Vegal.

La fuga

Mientras tanto, Sara, profundamente angustiada, permanecía sola en su habitación, de donde no se atrevía a salir. Sofocada por la emoción, se apoyó en el balcón que daba a los jardines interiores, y allí estaba abismada en sus pensamientos cuando vio, de pronto, a un hombre que procuraba ocultarse en las calles de magnolias. Aquel hombre era Liberto, su servidor, que parecía espiar a algún enemigo invisible, ya ocultándose detrás de una estatua, ya echándose a tierra.

De repente, Sara palideció. Liberto luchaba con un hombre de alta estatura, que lo había derribado a tierra, y algunos suspiros ahogados, que se escapaban de la boca del negro, revelaban que una mano robusta le apretaba el cuello.

La joven iba a gritar en demanda de socorro, cuando vio levantarse a los dos hombres: el negro miraba a su adversario y le decía:

- ¡Usted, usted! ¿Es usted?

Y siguió a aquel hombre que, antes que Sara pudiera lanzar un solo grito, se presentó ante ella como un fantasma del otro mundo. Así como el negro, derribado bajo las rodillas del indio, no había podido hablar sino lo que hemos anotado arriba, la joven, bajo la mirada de Martín Paz, no pudo a su vez decir sino las mismas palabras:

- ¡Usted, usted! ¿Es usted?

Martín Paz, con los ojos clavados en ella, dijo:

- ¿Oye la novia los ruidos de la fiesta? Los invitados se congregan en los salones para ver irradiar la felicidad en su rostro. ¿Es por ventura una víctima destinada al sacrificio la que va a

presentarse a sus ojos? ¿Puede la novia mostrarse a su prometido con ese rostro pálido y fatigado por el dolor?

Sara apenas oía lo que Martín Paz estaba diciéndole.

El joven indio prosiguió:

- Puesto que la joven llora, mire más allá de la casa de su padre, más allá de la ciudad donde padece.

Sara levantó la cabeza, y Martín Paz, adoptando una actitud altiva, con el brazo extendido hacia las cordilleras, le mostraba el camino de la libertad.

Sara se sintió arrastrada por un poder irresistible; las voces de algunas personas que se acercaban a su habitación llegaron hasta ella; su padre iba a entrar sin duda, y tal vez su novio lo acompañaba. Martín Paz apagó de repente la

lámpara suspendida sobre su cabeza, y se oyó un silbido, semejante al que se había oído ya en la Plaza Mayor.

De pronto, se abrió la puerta de la estancia y entraron en ésta Samuel y Andrés Certa. La oscuridad era profunda; acudieron algunos servidores con luces y encontraron el aposento vacío.

- ¡Maldición! – exclamó el mestizo.

- ¿Dónde está? – preguntó Samuel.

- Usted me responde de ella – dijo brutalmente Andrés Certa.

Al oír esto, el judío se sintió inundado de un sudor frío que le penetraba hasta los huesos.

- ¡Venga conmigo! – gritó.

Y seguido por sus criados se lanzó corriendo fuera de la casa.

Mientras tanto, Martín Paz huía por las calles de la ciudad con cuanta rapidez era posible. A doscientos pasos de la casa del judío encontró a varios indios, a quienes el silbido lanzado por él había reunido allí.

- ¡A nuestras montañas! – exclamó.

- ¡A casa del marqués de Vegal! – dijo una voz detrás de él.

Se volvió Martín Paz, al oír esto, y vio al español detrás de él.

- ¿No quieres confiarme esa joven? – preguntó el marqués.

El indio inclinó la cabeza y dijo sorprendido:

- ¡A casa del marqués de Vegal!

Martín Paz, cediendo al ascendiente del marqués, le había confiado la joven, seguro de que en casa del español no corría el menor riesgo;

pero, comprendiendo lo que el honor exigía, no quiso pernoctar bajo el techo del marqués.

Salió, pues, presa de violenta excitación, que le hacía hervir la sangre en las venas.

Pero no había andado aún cien pasos, cuando cinco o seis hombres se arrojaron sobre él y, a pesar de su tenaz resistencia, lograron atarlo. Martín Paz lanzó un rugido de desesperación; creía haber caído en poder de sus enemigos.

Pocos instantes después, le quitaron la venda con que le habían cubierto los ojos, y se encontró en la sala baja de la taberna en que sus hermanos habían organizado la rebelión.

El Zambo, que había presenciado el rapto de la joven, se encontraba allí, rodeado por Manangani y los demás indios sediciosos. Los ojos de Martín Paz despidieron relámpagos de cólera.

- Mi hijo no se apiada de mis lágrimas – dijo el Zambo -, puesto que durante tanto tiempo me deja en la incertidumbre de si está vivo o muerto.

- ¿Es acaso la víspera de una insurrección cuando Martín Paz, nuestro jefe, debe encontrarse en el campo de nuestros enemigos? – preguntó Manangani.

Martín Paz no respondió a su padre ni al indio.

- Es decir, ¿qué nuestros más graves intereses han sido sacrificados en holocausto de una mujer?

Y, mientras decía esto, Manangani se acercó a Martín Paz con el puñal en la mano; pero Martín Paz no lo miró siquiera.

- Hablemos primero – dijo el Zambo -; después de las palabras vendrán los hechos. Si mi hijo ha faltado a sus hermanos, sabré castigar su

traición; pero que tenga cuidado, porque la hija del judío Samuel no está tan oculta que se nos pueda escapar. Mi hijo reflexionará: está condenado a muerte, y no hay en la ciudad una piedra donde pueda reclinar su cabeza. Si, por lo contrario, liberta a su país, para él serán el honor y la libertad.

Martín Paz guardó silencio, pero en su corazón se libraba un terrible combate, porque el Zambo había hecho vibrar las cuerdas de su altiva naturaleza.

Los insurgentes tenían necesidad de Martín Paz para llevar a la práctica sus proyectos de rebelión, porque él ejercía la autoridad suprema entre los indios de la ciudad, los manejaba a su capricho, y una sola señal suya podía llevarlos a la muerte.

Se le quitaron las ligaduras por orden del Zambo y Martín Paz se levantó.

- Hijo mío – le dijo el indio, que lo observaba con atención -, mañana, durante la fiesta de los Amancaes, nuestros hermanos caerán como una tromba sobre los limeños desarmados. Éste es el camino de las cordilleras, y este otro el de la ciudad; eres libre, y puedes ir adonde te plazca.

- ¡A las montañas...! – exclamó Martín Paz -. ¡A las montañas, y ay de nuestros enemigos!

Y cuando, aquel amanecer, apareció el sol por el Oriente, iluminó con sus primeros rayos el conciliábulo que los jefes indios celebraban en el seno de la cordillera.

Capítulo El combate

IX

Y como todo llega al fin en la vida cuando debe llegar, también llegó el 24 de junio, día de la gran fiesta de los Amancaes, en el que todos los habitantes de Lima, a pie, a caballo o en carrua-

je, se dirigieron a la célebre meseta, situada a media legua de distancia de la ciudad. Mestizos e indios se mezclaban en la fiesta común y marchaban alegremente por grupos de parientes o de amigos. Cada uno de estos grupos llevaba sus provisiones e iba precedido por un tocador de guitarra que cantaba los aires más populares. Avanzaban a través de los campos de maíz, cruzando los bosques de bananeros o por entre las calles de sauces en busca de los bosques de limoneros y naranjos, cuyos perfumes se confundían con los aromas suaves de la montaña. A lo largo del camino, había puestos ambulantes que ofrecían a los paseantes aguardiente y cerveza, siendo tan numerosas las libaciones de estos líquidos, que indios y mestizos reían a carcajadas, medio ebrios. Los que iban a caballo hacían caracolear sus monturas en medio de la multitud, compitiendo unos con otros en celeridad, habilidad y destreza.

Reinaban en la fiesta, que toma el nombre de las florecillas de la montaña, un ardor y una libertad inconcebibles, a pesar de lo cual jamás se promovía una disputa que turbara la alegría pública. Algunos lanceros a caballo, con corazas resplandecientes, mantenían el orden.

Cuando la multitud llegó a la meseta de los Amancaes, se oyó un inmenso clamor de admiración, que fue repetido por los ecos de la montaña.

A los pies de los espectadores se extendía la antigua Ciudad de los Reyes, cuyas torres y campanarios llenos de sonoras campanas, se elevaban osadamente hacia el cielo. San Pedro, San Agustín y la catedral atraían las miradas hacia sus torres, que brillaban heridas por los rayos del sol. Santo Domingo, la rica iglesia cuya Virgen no lleva jamás dos días seguidos el mismo manto, levantaba más que sus vecinas la flecha elegante de su campanario. A la derecha, el océano Pacífico hacía ondular sus extensas

Ilanuras azules al soplo de la brisa, y la vista, volviendo del Callao a Lima, se deleitaba en la contemplación de todos aquellos monumentos funerarios que contenían los restos de la gran dinastía de los Incas. En la lejanía, el cabo Morro-Solar encerraba como en un cuadro los esplendores de aquel espectáculo.

Pero mientras los limeños contemplaban admirados tan espléndidos panoramas, se preparaba un drama sangriento en las heladas cumbres de la cordillera.

Efectivamente, al paso que los habitantes de la ciudad la iban abandonando, penetraban gran número de indios, que vagaban por sus calles. Los hombres, que, por lo general, tomaban parte activa en la fiesta de los Amancaes, se paseaban entonces silenciosamente y con aire singularmente pensativo. De vez en cuando, algún jefe les daba apresuradamente una orden secreta y reanudaban su marcha; pero todos se iban

reuniendo poco a poco en los barrios más ricos de la ciudad.

Cuando el sol comenzó a desaparecer en el horizonte, la aristocracia limeña emprendió el camino de los Amancaes, luciendo sus trajes más costosos y sus más valiosas alhajas. Una interminable fila de coches desfiló entre los árboles, confundida con las gentes que marchaban a caballo o a pie.

En el reloj de la catedral dieron las cinco.

Un griterío inmenso resonó en la ciudad. De todas las plazas, de todas las calles, de todas las casas, salieron indios con las armas en la mano. Los barrios más hermosos fueron inundados de insurrectos, algunos de los cuales agitaban por encima de sus cabezas teas encendidas.

- ¡Mueran los españoles! ¡Mueran nuestros opresores! – se oía gritar con voces estentóreas.

Casi al mismo tiempo, se cubrieron las cimas de los cerros también de indios, que se dispusieron a unirse a sus hermanos de la ciudad.

Lima ofrecía en aquel momento un aspecto extraño. Los insurrectos se habían esparcido por todos los barrios y a la cabeza de una de sus columnas iba Martín Paz, agitando la bandera negra, en dirección a la Plaza Mayor, mientras los demás indios atacaban las casas previamente designadas para ser demolidas. Cerca de él, Manangani lanzaba feroces aullidos.

En la plaza, los soldados del Gobierno, prevenidos contra la rebelión, se habían formado en orden de batalla delante del palacio del presidente, y los insurgentes, al entrar en la plaza, fueron recibidos por una nutrida granizada de balas.

Sorprendidos al principio por aquella descarga, que estaban muy lejos de esperar, y que

arrebató a muchos la vida, se lanzaron contra la tropa con ímpetu insuperable, produciéndose una horrible confusión en que los contendientes llegaron a pelear cuerpo a cuerpo. Martín Paz y Manangani hicieron prodigios de valor; pero sólo por milagro se libraron de la muerte.

Necesitaban tomar el palacio y fortificarse en él a todo trance.

- ¡Adelante! – gritó Martín Paz.

Y a su voz se precipitaron los indios al asalto.

Aunque de todas partes eran rechazados, lograron los indios a su vez hacer retroceder a la tropa que rodeaba el palacio, y ya Manangani se lanzaba a los primeros escalones del pórtico, cuando se detuvo repentinamente.

Las filas de los soldados se habían abierto y por el espacio que habían dejado libre asoma-

ban sus bocas dos piezas de artillería, colocadas allí para ametrallar a los sitiadores.

No había tiempo que perder. Era absolutamente preciso saltar sobre la batería y apoderarse de ella, antes que disparase.

- ¡Vamos los dos! – exclamó Manangani, dirigiéndose a Martín Paz.

Pero éste acababa de alejarse y no escuchaba ya nada, porque un negro le había dicho al oído estas palabras:

“Están saqueando la casa del marqués de Vegal, y quizás asesinándolo.”

Al oír esto, Martín Paz retrocedió; y Manangani quiso arrastrarlo consigo hacia delante; pero, en aquel momento, los cañones dispararon y la metralla diezmó las filas de los indios.

- ¡Sígueme! – gritó Martín Paz.

Varios compañeros, que le eran muy adictos, se unieron a él, y con la ayuda de éstos consiguió el indio abrirse paso entre los soldados.

Aquella fuga tuvo todas las apariencias y resultado de una traición, porque, creyéndose los indios abandonados por su jefe, fue imposible reunirlos de nuevo, a pesar de los esfuerzos que realizó Manangani para llevarlos al combate. Envueltos en una nube espesa de tropas que los fusilaban sin piedad, se produjo una espantosa confusión y su derrota completa. Las llamas, que se elevaban al cielo en ciertos barrios, atrajeron a algunos fugitivos sedientos de pillaje; pero los soldados los persiguieron espada en mano, dando muerte a gran número de ellos.

Entretanto, Martín Paz llegó a casa del marqués, donde se sostenía una lucha encarnizada, dirigida por el mismo Zambo. El indio tenía sumo interés en entrar allí, porque, combatiendo al español, deseaba al mismo tiempo apoderarse de Sara, prenda de la fidelidad de su hijo.

Derribadas la puerta y las paredes del patio, se presentó el marqués con la espada en la mano, rodeado por sus servidores para rechazar a la turba que invadía su palacio. La altivez de aquel hombre y su valor tenían algo de sublimes. No sólo no trataba de evitar el peligro, sino que parecía buscarlo con tal de sembrar la muerte en su derredor.

Pero, ¿qué podía hacer contra aquella multitud de indios que, lejos de disminuir, aumentaba por momentos con la llegada de los vencidos de la Plaza Mayor?

Viendo el marqués disminuir sus fuerzas y sus defensores, estaba ya decidido a dejarse matar sin oponer resistencia, en vista de la inutilidad de sus esfuerzos, cuando Martín Paz, con la rapidez del rayo, acometió a los agresores, obligándolos a volverse contra él y, consiguiendo llegar hasta el marqués, en medio de las balas, para servirle de escudo con su cuerpo.

- ¡Bien, hijo mío, bien! – dijo el marqués a Martín Paz, estrechándole la mano.

Pero el joven indio estaba triste y no desarrugaba el ceño.

- ¡Bien, Martín Paz! – repitió otra voz que le llegó al alma.

Conoció a Sara, y su brazo trazó un ancho círculo de sangre en torno suyo. La tropa del Zambo empezaba a ceder. Aquel nuevo Bruto había dirigido por segunda vez los golpes contra su hijo sin poder alcanzarlo, en tanto que Martín Paz, cuando en el ardor de la lucha veía que el enemigo sobre quien iba a descargar el hacha era su padre, desviaba el arma para no herirlo.

De repente, Manangani, cubierto de sangre, se puso al lado del Zambo, diciéndole:

- Has jurado vengar la traición de un infame en sus parientes, en sus amigos y en él mismo, y ha llegado el momento de que cumplas tu palabra, porque los soldados se acercan y el mestizo Andrés Certa viene con ellos.

- Ven, pues, Manangani – dijo el Zambo, riéndose ferozmente -; ven.

Y saliendo ambos de la casa del marqués, corrieron hacia la tropa que llegaba al paso de carga. Las tropas les apuntaron; pero el Zambo, sin intimidarse, se fue derecho al mestizo.

- Si es usted Andrés Certa – le dijo -, sepa que su novia se encuentra en casa del marqués, y Martín Paz va a llevársela a las montañas.

Y, dicho esto, los indios desaparecieron.

El Zambo había puesto frente a frente a los dos enemigos mortales, y los soldados, engañados

por la presencia de Martín Paz, se precipitaron contra la casa del marqués.

Andrés Certa, loco de furor y de celos, se arrojó contra Martín Paz, tan pronto como lo vio.

- Ahora nos las entenderemos nosotros dos – gritó el joven indio, y abandonando la escalera de piedra, que tan valientemente había defendido, corrió hacia donde se encontraba el mestizo.

Allí se encontraron pecho contra pecho, tocándose las caras y confundiéndose las miradas en un relámpago de odio. Ni amigos ni enemigos podían acercarse a ellos, que, estrechamente abrazados, ni respiraban siquiera.

Andrés Certa se irguió contra Martín Paz, a quien se le había caído el puñal; pero, al levantar el brazo el mestizo, logró el indio asirlo antes de que le hiriese. Andrés Certa intentó inútilmente desprenderse de su enemigo, quien,

volviendo su puñal contra aquél, se lo clavó hasta el puño en el corazón.

Después, se arrojó en brazos del marqués de Vegal.

- ¡A las montañas, hijo mío! – exclamó el marqués -. Huye a las montañas, te lo ordeno.

En aquel momento, se presentó el judío Samuel y se precipitó sobre el cadáver de Andrés Certa, arrancándole la cartera que llevaba en el bolsillo; pero Martín Paz, que lo había visto, se apresuró a apoderarse de ella, la abrió, la hojeó, exhaló un grito de alegría y, avanzando hacia el marqués, le puso en la mano un papel que decía lo siguiente:

“He recibido del señor Andrés Certa cien mil duros, cantidad que me comprometo a devolverle si Sara, a quien salvé del naufragio del *San José*, no es hija y única heredera del marqués de Vegal.”

“Samuel.”

- ¡Mi hija! – exclamó el español, y se precipitó en el aposento de Sara; pero ésta no estaba allí. El padre Joaquín, que, bañado en su propia sangre, se encontraba en aquella estancia, no pudo articular más que estas palabras:

- El Zambo..., robada..., río de Madera.

Capítulo

X

El rapto y sus consecuencias

- ¡En marcha! – dijo Martín Paz.

Y el marqués siguió en silencio al indio. Le habían robado a su hija y necesitaba encontrarla.

Se pusieron ambos calzones con correas en las rodillas, se cubrieron con grandes sombreros de paja, montó cada uno en una mula, después de haber puesto en las pistoleras buenas pistolas, y emprendieron la marcha, llevando, además, al

costado una carabina. Martín Paz llevaba también un lazo, cuyo extremo iba sujeto al arzón de la silla.

Martín Paz conocía las llanuras y las montañas que iban a atravesar y sabía a qué país perdido llevaba el Zambo a su novia. ¡Su novia...! ¿Se atrevería a dar este nombre a la hija del marqués?

El español y el indio, sin más que una sola idea y con un solo propósito, penetraron en las gargantas de la cordillera, donde crecían los cocoteros y los pinos. Los cedros, los algodoneros, los álces quedaban tras ellos en las llanuras cubiertas de maíz. Algunos cactus espinosos picaban a veces a sus cabalgaduras, haciéndolas vacilar sobre la pendiente de los precipicios.

A la sazón era empresa difícilísima atravesar las montañas, porque las nieves se derretían a los rayos del sol de junio. El agua formaba cataratas espumeantes y estruendosas que se des-

prendían de las cumbres de los montes y rodaban hasta insondables abismos.

Esto no obstante, el marqués y Martín Paz corrían día y noche sin descanso un solo instante, hasta que llegaron a la cumbre de los Andes, a catorce mil pies sobre el nivel del mar. Allí no había ya árboles ni vegetación, y con frecuencia se veían envueltos en las terribles tempestades de la cordillera que levantaban torbellinos de nieve sobre los picos más elevados. El marqués se detenía a veces a su pesar, pero Martín Paz lo sostenía y lo abrigaba contra las inmensas ventiscas de nieve.

En aquel punto, el más elevado de los Andes, sometidos a un estado enfermizo, que hace temblar al hombre más intrépido, necesitaron hacer grandísimos esfuerzos de voluntad para resistir a la fatiga.

En la vertiente oriental de la cordillera encontraron, al fin, las huellas de los indios, y bajaron de las montañas.

Al llegar a las inmensas selvas vírgenes que tanto abundan en las llanuras situadas entre el Perú y el Brasil, Martín Paz tuvo necesidad de hacer uso de su extraordinaria sagacidad india para caminar a través de aquellos bosques inextricables.

Un fuego medio apagado, señales de pasos, la rotura de algunas ramas, la naturaleza de los vestigios, todo era para él objeto de un detenido examen.

El marqués temía que a su desgraciada hija la hubieran obligado a caminar a pie por las piedras y las arenas; pero el indio le mostró algunos guijarros incrustados en tierra que revelaban la presión de la pata de un animal; por encima de sus cabezas vieron ramas que habían sido desviadas en la misma dirección, y que no

podían ser alcanzadas sino por una persona a caballo. El marqués cobraba esperanzas, y Martín Paz iba tan confiado y era tan hábil, que no había para él ni obstáculos insuperables ni peligros invencibles.

Una noche, Martín Paz y el marqués se vieron obligados a detenerse a causa del cansancio.

Habían llegado a las orillas de un río: eran las primeras corrientes del Madera, que el indio reconoció al punto. Inmensos manglares se inclinaban por encima de las aguas, uniéndose a los árboles de la otra orilla por medio de bejucos entrelazados de modo caprichoso.

¿Habían subido los raptores por la orilla? ¿Habían bajado la corriente del río o la habían atravesado en línea recta? Éstas eran las preguntas que se hacía Martín Paz. Siguiendo con pena infinita algunas huellas que había encontrado, llegó, costeano la orilla, hasta una explanada, algo menos oscura que el resto del bosque,

donde encontraron huellas que revelaban que una partida de hombres había atravesado el río en aquel paraje.

Cuando Martín Paz trataba de orientarse, vio que se movía detrás de un matorral una especie de masa negra; preparó su lazo y se dispuso al ataque; pero, adelantándose algunos pasos, encontró una mula tendida en tierra y presa de las convulsiones de la agonía. El pobre animal, expirante, debía haber sido herido lejos del sitio adonde había llegado, como lo revelaba el largo rastro de sangre que encontró Martín Paz. Este hallazgo le hizo suponer que los indios, no pudiendo obligarla a atravesar el río, habían tratado de matarla a puñaladas. Desde aquel momento, ya no vaciló acerca de la dirección de sus enemigos y volvió al lado del marqués, a quien dijo:

- Mañana llegaremos.

- Marchemos enseguida – respondió el español.

- Pero tenemos que atravesar ese río.

- Lo atravesaremos a nado.

Ambos se desnudaron; Martín Paz reunió en un lío los vestidos, se puso éste sobre su cabeza, y los dos entraron silenciosamente en el agua para no despertar la atención de los peligrosos caimanes, que en gran número frecuentan los ríos del Brasil y del Perú.

Al llegar a la otra orilla, se apresuró Martín Paz a buscar las huellas de los indios; pero, por más que examinó las hojas y las piedras, no descubrió nada. Como la rapidísima corriente del río los había llevado bastante abajo, subieron por la orilla, donde encontraron señales evidentes del paso de los indios.

El Zambo había atravesado por allí el Madera con su tropa, que se había acrecentado al paso. Efectivamente, los indios de las llanuras y de las montañas, que esperaban impacientemente el triunfo de la rebelión, al conocer la traición de que habían sido objeto, lanzaron rugidos de cólera y siguieron a la tropa del viejo indio para sacrificar la víctima de que se habían apoderado.

La joven, casi sin conciencia de lo que pasaba en torno suyo, andaba porque las manos de los indios la empujaban hacia delante; pero, si la hubieran abandonado en aquellas soledades, no habría avanzado un paso para librarse de la muerte. A veces recordaba al joven indio, y entonces caía como una masa inerte sobre el cuello de su mula. Cuando al otro lado del río se vio precisada a seguir a pie a sus raptos, dos indios la obligaron a andar rápidamente dejando tras de sí una huella de sangre.

Al Zambo le importaba poco que aquella sangre revelase la dirección que había tomado, porque estaba ya cerca del objeto de su excursión y pronto las cataratas del río resonaron con fuerza cerca de ellos.

Los indios llegaron a una especie de pueblecillo, compuesto de un centenar de cabañas de pinos entrelazados y de tierra.

Al verlos acercarse, salió del pueblo una multitud de mujeres y de niños, dando grandes gritos de alegría; pero la alegría se trocó en cólera cuando se enteraron de la defección de Martín Paz.

Sara, inmóvil ante sus enemigos, miraba, casi sin verlos, todos aquellos rostros horribles que gesticulaban en torno suyo, profiriendo en sus oídos las más terribles amenazas.

- ¿Dónde está mi esposo? – decía una -. Tú eres quien lo ha matado.

- ¿Qué has hecho de mi hermano, que no volverá ya a su cabaña?

- ¡Qué muera! ¡Cada uno de nosotros debe tener un pedazo de su carne! ¡Que muera!

Y aquellas mujeres, blandiendo puñales, agitando teas encendidas y levantando piedras enormes, acercábanse terriblemente amenazadoras a la joven.

- ¡Atrás! – gritó el Zambo -. Que esperen todos la decisión de los jefes.

Las mujeres retrocedieron al oír las palabras del viejo indio, lanzando terribles miradas a la joven.

Sara, cubierta de sangre, se encontraba tendida sobre los guijarros de la orilla.

Más abajo de la aldea, se estrechaba el Madera, en un lecho profundo, precipitando sus masas de agua con rapidez fulminante desde una al-

tura de más de cien pies. Los jefes condenaron a Sara a ser arrojada a aquellas cataratas, sentencia que debía ejecutarse al salir el sol, a cuya hora la víctima sería atada a una canoa de corteza y abandonada a la corriente del Madera.

Así lo decidió el consejo, y si retardó hasta la mañana siguiente el suplicio de la víctima, fue con el propósito de ocasionarle mayor sufrimiento, haciéndole pasar una noche de angustias y terrores.

Cuando se conoció la sentencia, fue acogida con aullidos de júbilo por todos los indios, de quienes se apoderó un delirante regocijo.

Fue una noche de orgía. El aguardiente fermentó en aquellas cabezas exaltadas, y una multitud de indios danzando y gritando rodearon a la joven, mientras otros corrían al través de los campos incultos, blandiendo teas de pino inflamadas.

Cuando el sol, disipando las sombras de la noche, mostró su disco de oro por Oriente, la mayoría de los indios se encontraban completamente borrachos.

La joven fue desatada del poste en que había pasado la noche y cien brazos quisieron a la vez arrastrarla al suplicio.

Cuando el nombre de Martín Paz se escapaba de sus labios, le respondían inmediatamente gritos de odio y de venganza. Fue preciso subir por entre una inmensa aglomeración de rocas, los senderos abruptos que conducían al nivel superior del río, adonde llegó la víctima toda ensangrentada. Una canoa de corteza de árbol la esperaba a cien pasos de la catarata, y en ella fue puesta y atada con ligaduras que le penetraban en las carnes.

- ¡Venganza! – exclamó la tribu entera a una voz.

La canoa fue arrojada a las aguas, y arrastrada rápidamente por la corriente, giró sobre sí misma...

Dos hombres aparecieron en aquel momento en la orilla opuesta. Eran Martín Paz y el marqués.

- ¡Mi hija, mi hija! – exclamó el marqués, cayendo de rodillas sobre la playa.

La canoa estaba ya a punto de precipitarse en la catarata, hacia donde corría con extraordinaria rapidez.

Martín Paz, de pie sobre una roca, lanzó su lazo, que giró en torno de su cabeza en el instante preciso en que la embarcación iba a ser precipitada; se desenrolló la larga correa de cuero y su nudo corredizo apresó la canoa.

- ¡Muera! – rugió la horda salvaje de los indios.

Martín Paz se levantó, y la canoa, suspendida sobre el abismo, no tardó en llegar hasta él.

Silbó una flecha en los aires y Martín Paz cayó sobre la barca de la víctima, yendo a sumergirse con Sara en el torbellino de la catarata.

Casi en el mismo instante cayó el marqués con el corazón atravesado por otra flecha.

El indio Martín Paz, y Sara, hija del marqués de Vegal, se habían desposado en el seno de las espumosas aguas de la catarata, para entrar en la vida eterna.

En su suprema reunión, la joven cristiana había impreso, con un ademán, en la frente del indio regenerado, el sello del bautismo, y ambos debieron hallar gracia ante el Altísimo, a cuya infinita misericordia confiaron sus almas momentos antes de abandonar la vida.

Una noche de invierno

La ciudad de Ginebra está situada en la punta occidental del lago al que ha dado o debe su nombre. El Ródano, que la cruza a su salida del lago, la divide en dos barrios distintos, y se divide a su vez, en el centro de la ciudad, por una isla que se alza entre sus dos orillas. Esta disposición topográfica se reproduce con frecuencia en los grandes centros comerciales o industriales. Sin duda, los primeros habitantes quedaron seducidos por las facilidades de transporte que les ofrecían los brazos rápidos de los ríos, "esos caminos que andan solos", según la frase de Pascual. Con el Ródano, son caminos que corren.

En la época en que todavía no se alzaban sobre esa isla, anclada como una goleta holandesa en medio del río, construcciones nuevas y regulares, la maravillosa agrupación de casas monta-

das unas sobre otras ofrecía a los ojos una confusión llena de encantos. La escasa extensión de la isla había obligado a varias de esas construcciones a encaramarse sobre estacas, colocadas en desorden en las rudas corrientes del Ródano. Esos gruesos maderos, ennegrecidos por el tiempo, carcomidos por las aguas, se parecían a las patas de un cangrejo inmenso y producían un efecto fantástico. Algunas redes amarillentas, auténticas telas de araña tendidas en el seno de aquella construcción secular, se agitaban a la sombra como si fueran el follaje de aquellos viejos bosques de robles, y el río, abismándose en medio de aquel bosque de estacas, espumeaba con lúgubres mugidos.

Una de las viviendas de la isla sorprendía por su carácter de extraña vetustez. Era la casa del viejo relojero maese Zacarías, de su hija Gérande, de Aubert Thun, su aprendiz, y de su vieja sirvienta Escolástica.

¡Qué hombre tan extraordinario era Zacarías!
¡Su edad parecía indescifrable! Ninguno de los
más viejos de Ginebra habría podido decir ha-
cía cuánto tiempo su cabeza enjuta y puntiagu-
da se bamboleaba sobre sus hombros, ni qué
día se le vio caminar por primera vez por las
calles de la ciudad dejando flotar al viento su
larga cabellera blanca. Aquel hombre no vivía,
oscilaba como la péndola de sus relojes. Su ca-
ra, flaca y cadavérica, tenía tintes sombríos.
Como los cuadros de Leonardo da Vinci, tiraba
a negro.

Gérande ocupaba el cuarto más hermoso de la
vieja casa, desde donde su mirada iba a posarse
melancólicamente, por una estrecha ventana,
sobre las cimas nevadas del Jura; pero el dormi-
torio y el taller del viejo ocupaban una especie
de cava, situada a ras del río y cuyo piso se
apoyaba sobre las estacas mismas. Desde tiem-
po inmemorial maese Zacarías sólo salía a las
horas de las comidas y cuando iba a regular los

diferentes relojes de la ciudad. Pasaba el resto del tiempo junto a un banco cubierto por numerosos instrumentos de relojería, que en su mayor parte él mismo había inventado.

Porque era un hombre hábil. Sus obras se admiraban en toda Francia y Alemania. Los operarios más industrioses de Ginebra reconocían en voz alta su superioridad, y constituía un honor para aquella ciudad, que lo mostraba diciendo:

-¡A él corresponde la gloria de haber inventado la rueda catalina!

En efecto, de esta invención, que los trabajos de Zacarías hicieron comprender más tarde, data el nacimiento de la auténtica relojería.

Y después de trabajar tan prolongada como maravillosamente, Zacarías volvía a colocar con lentitud las herramientas en su sitio, recubría con ligeros globos de cristal las finas piezas que

acababa de ajustar y dejaba en reposo la activa rueda de su torno; luego levantaba una trampilla practicada en el suelo de su reducto, y allí, inclinado horas enteras mientras el Ródano se precipitaba con estrépito bajo sus ojos, se embriagaba con sus brumosos vapores.

Una noche de invierno, la vieja Escolástica sirvió la cena, en la que, según las antiguas costumbres, participaba junto con el joven operario. Maese Zacarías no comió, aunque en una hermosa vajilla azul y blanca le ofrecieran manjares cuidadosamente dispuestos. Apenas respondió a las dulces palabras de Gérande, a quien la taciturnidad más sombría de su padre preocupaba visiblemente, y el parloteo de Escolástica no hirió más su oído que los gruñidos del río en los que ya no reparaba. Tras aquella cena silenciosa, el viejo relojero abandonó la mesa sin besar a su hija ni dar a todos las buenas noches de costumbre. Desapareció por la estrecha puerta que llevaba a su retiro y, bajo

sus pesados pasos, la escalera gimió con graves quejas.

Gérande, Aubert y Escolástica permanecieron algunos instantes sin hablar. Aquella noche el tiempo era sombrío; las nubes se arrastraban pesadas a lo largo de los Alpes y amenazaban con resolverse en lluvia; la severa temperatura de Suiza llenaba el alma de tristeza mientras los vientos del sur merodeaban por los alrededores y lanzaban siniestros silbidos.

-¿Sabe, mi querida señorita - dijo por fin Escolástica -, que nuestro amo está ensimismado desde hace algunos días? ¡Virgen Santísima! Comprendo que no tenga hambre porque las palabras se le quedan en el estómago, ¡y muy hábil tiene que ser el diablo que le saque alguna!

-Mi padre tiene algún secreto motivo de pesar que yo no puedo sospechar siquiera - respon-

dió Gérande mientras una dolorosa inquietud se imprimía en su rostro.

-Señorita, no permita que tanta tristeza invada su corazón. Ya conoce los singulares hábitos de maese Zacarías. ¿Quién puede leer sobre su frente sus pensamientos secretos? Habrá tenido sin duda algún disgusto, pero mañana no lo recordará y se arrepentirá de veras por haber apenado a su hija.

Era Aubert el que así hablaba, clavando sus miradas en los hermosos ojos de Gérande. Aubert, el único operario que maese Zacarías admitió nunca en la intimidad de sus trabajos - porque apreciaba su inteligencia, su discreción y su gran bondad de alma -, Aubert se había vinculado a Gérande con esa fe misteriosa que preside los afectos heroicos.

Gérande tenía dieciocho años. El óvalo de su rostro recordaba el de las ingenuas madonas que todavía la veneración cuelga en las esqui-

nas de las calles de las viejas ciudades de Bre-
taña. Sus ojos respiraban una sencillez infinita.
Se la amaba como a la más dulce realización del
sueño de un poeta. Sus vestidos tenían colores
poco chillones, y la ropa blanca que se plegaba
sobre sus hombros poseía ese tinte y ese olor
particulares de la ropa de iglesia. Vivía una
existencia mística en aquella ciudad de Ginebra
que todavía no se había entregado a la seque-
dad del calvinismo.

Mientras mañana y tarde leía sus preces latinas
en su misal de broche de hierro, Gérande había
descubierto un sentimiento oculto en el corazón
de Aubert Thun: el afecto profundo que el jo-
ven operario sentía por ella. Y en efecto, a sus
ojos, el mundo entero se condensaba en esta
vieja casa del relojero, y todo su tiempo lo pa-
saba junto a la joven cuando, una vez termina-
do el trabajo, abandonaba el taller.

La vieja Escolástica lo veía, pero no decía nada.
Su locuacidad se ejercía preferentemente sobre

las desgracias de su edad y las pequeñas miserias domésticas. Nadie trataba de detenerla. Era como esas cajitas de música que se fabricaban en Ginebra: una vez dada cuerda, había que romperla para que no tocara todas sus melodías.

Al ver a Gérande sumida en su dolorosa taciturnidad, Escolástica dejó la vieja silla de madera, puso un cirio en la punta de un candelero, lo encendió y lo colocó junto a una pequeña virgen de cera protegida en su nicho de piedra. La costumbre era arrodillarse delante de aquella madona protectora del hogar doméstico, pidiéndole que extendiese su gracia benevolente sobre la noche próxima; pero aquella noche Gérande permaneció silenciosa en su sitio.

-Bueno, mi querida señorita - dijo Escolástica sorprendida -, se ha terminado la cena y ya es la hora de la despedida. ¿Quiere usted, pues, cansarse los ojos en vigiliadas prolongadas?... ¡Ay, Santísima Virgen! Ha llegado, sin embargo, el

momento de irse a la cama y de encontrar un poco de alegría en unos bellos sueños. En esta época maldita en que vivimos, ¿quién puede prometerse un día de felicidad?

-¿No convendría enviar en busca de un médico para mi padre? - preguntó Gérande.

-¡Un médico! - exclamó la vieja sirvienta -. ¡Maese Zacarías jamás ha hecho caso de todas sus imaginaciones y sentencias! ¡Puede haber médico para los relojes, pero no para los cuerpos!

-¿Qué hacer? - murmuró Gérande -. ¿Se ha puesto a trabajar de nuevo? ¿Se dedica a descansar?

-Gérande - respondió dulcemente Aubert -, alguna contrariedad moral appena a maese Zacarías, eso es todo.

-¿La conoce usted, Aubert?

-Tal vez, Gérande.

-Cuéntenos eso - exclamó vivamente Escolástica, apagando despacio su cirio.

-Desde hace varios días, Gérande - dijo el joven operario -, ocurre un hecho absolutamente incomprensible. Todos los relojes que su padre hizo y vendió desde hace años se paran de pronto. Se los han traído en gran número. Los ha desmontado con cuidado: los muelles estaban en buen estado y los engranajes perfectamente bien. Ha vuelto a montarlos con más cuidado todavía; pero a pesar de su habilidad no han funcionado.

-¡Es obra del diablo! - exclamó Escolástica.

-¿Qué quieres decir? - preguntó Gérande -. Lo que ocurre me parece natural. Todo es limitado en la tierra, y el infinito no puede salir de la mano de los hombres.

-No es menos cierto - respondió Aubert - que en esto hay algo extraordinario y misterioso. Yo mismo he ayudado a maese Zacarías a buscar la causa del desajuste de sus relojes. No he podido encontrarla, y más de una vez, desesperado, las herramientas se me han caído de las manos.

-Entonces - continuó Escolástica -, ¿por qué dedicarse a todo ese trabajo de réprobo? ¿Es natural que un pequeño instrumento de cobre pueda caminar completamente solo y marcar las horas? ¡Tendríamos que atenernos al reloj de sol

-No hablaría así, Escolástica - respondió Aubert -, si supiera que el reloj de sol fue inventado por Caín. - ¡Dios mío! ¿Qué me dice?

-¿Cree - continuó ingenuamente Gérande - que se puede pedir a Dios que devuelva la vida a los relojes de mi padre?

-Sin duda alguna - respondió el joven operario.

-¡Bueno! Serán plegarias inútiles - gruñó la vieja sirvienta -, pero el cielo perdonará debido a la intención.

Volvieron a encender el cirio. Escolástica, Gérande y Aubert se arrodillaron en las losas del cuarto, y la joven rezó por el alma de su madre, por la santificación de la noche, por los viajeros y los prisioneros, por los buenos y los malos y, sobre todo, por las tristezas desconocidas de su padre. Luego, aquellas tres devotas personas se levantaron con alguna confianza en el corazón, porque habían puesto su pena en el seno de Dios.

Aubert se fue a su cuarto, Gérande se sentó muy pensativa junto a la ventana mientras las últimas luces se apagaban en la ciudad de Ginebra, Escolástica, después de haber derramado un poco de agua sobre los tizones encendidos y corrido los dos enormes cerrojos de la

puerta, se arrojó sobre su cama, donde no tardó en soñar que se moría de miedo.

Mientras tanto, el horror de aquella noche de invierno había aumentado. A veces, con los torbellinos del río, el viento se arremolinaba bajo las estacas y la casa se estremecía entera; pero la joven, absorta en su tristeza, no pensaba más que en su padre. Después de las palabras de Aubert Thun, la enfermedad de maese Zacarías había tomado a su ojos proporciones fantásticas, y le parecía que aquella querida existencia, vuelta puramente mecánica, sólo se movía a duras penas sobre sus gastados ejes.

De súbito, el tejadillo, violentamente impulsado por la ráfaga, chocó contra la ventana del cuarto. Gérande se estremeció y se levantó de un salto, sin comprender la causa de aquel ruido que sacudió su adormecimiento. Cuando su emoción se hubo calmado, abrió las contraventanas. Las nubes habían reventado y una lluvia torrencial crepitaba sobre los techos circundan-

tes. La joven se inclinó hacia fuera para agarrar el postigo que el viento bamboleaba, pero tuvo miedo. Le pareció que la lluvia y el río, mezclando sus aguas tumultuosas, sumergían aquella frágil casa cuyos ejes se resquebrajaban por todas partes. Quiso huir de su habitación; pero percibió debajo de ella el reverbero de una luz que debía proceder del reducto de maese Zacarías, y en una de esas calmas momentáneas durante las que los elementos callan, su oído fue herido por sonidos de queja. Trató de volver a cerrar su ventana y no pudo lograrlo. El viento la rechazaba con violencia, como un malhechor que se introduce en una habitación.

¡Gérande pensó que se volvería loca de terror! ¿Qué hacía entonces su padre? Abrió la puerta, que se le escapó de las manos y golpeó ruidosamente bajo el impulso de la tempestad. Gérande se encontró entonces en la sala oscura del comedor. Tanteando logró ganar la escalera

que llevaba al taller de maese Zacarías y se deslizó por ella pálida y desfallecida.

El viejo relojero estaba de pie en medio de aquella habitación que llenaban los rugidos del río. Sus cabellos erizados le daban un aspecto siniestro. ¡Hablabá, gesticulaba, sin ver, sin oír! Gérande permaneció en el umbral.

-¡Es la muerte! - decía maese Zacarías con voz sorda -. ¡Es la muerte!... ¿Qué me queda por vivir, ahora que he dispersado mi existencia por el mundo? ¡Porque yo, maese Zacarías, soy el creador de todos esos relojes que he fabricado! ¡Es una parte de mi alma lo que he encerrado en cada una de esas cajas de hierro, de plata o de oro! ¡Cada vez que uno de esos malditos relojes se para, siento que mi corazón cesa de latir, porque yo regulé sus pulsaciones!

Y al hablar de esta extraña forma, el viejo pasó sus ojos por el banco. Allí se encontraban todas las partes de un reloj que había desmontado

cuidadosamente. Tomó una especie de cilindro hueco, llamado tambor, en el que está encerrado el muelle, y retiró la espiral de acero que, en lugar de distenderse siguiendo las leyes de su elasticidad, permaneció enrollada sobre sí misma, igual que una víbora dormida, parecía anudada, como esos viejos impotentes cuya sangre ha terminado por coagularse. Maese Zacarías trató en vano de desenrollarla con sus flacos dedos, cuya silueta se alargaba desmesuradamente sobre la pared, pero no pudo lograrlo, y pronto, con un terrible grito de cólera, la tiró por la trampilla a los torbellinos del Ródano.

Gérande, con los pies clavados en el suelo, permanecía sin aliento y sin moverse. Quería y no podía acercarse a su padre. Vertiginosas alucinaciones se apoderaron de ella. De pronto oyó en la sombra una voz que murmuraba a su oído:

-Gérande, mi querida Gérande. El dolor la tiene aún despierta. Vuelva, se lo ruego, la noche es fría.

-¡Aubert! - murmuró la joven a media voz -.
¡Usted! ¡Usted!

-¿No debía inquietarme por lo que le inquieta?
- respondió Aubert.

Estas dulces palabras hicieron que la sangre volviera a fluir al corazón de la joven. Se apoyó en el brazo del operario y le dijo:

-Mi padre está muy enfermo, Aubert. Sólo usted puede curarle, porque esa enfermedad del alma no cedería ante los consuelos de su hija. Su espíritu ha sido herido por un accidente muy natural, y, trabajando a su lado reparando sus relojes, le devolverá la razón. ¿No es cierto, Aubert - añadió ella todavía muy impresionada -, que su vida se confunde con la de sus relojes?

Aubert no respondió.

-Pero ¿sería entonces el oficio de mi padre un oficio reprobado por el cielo? - dijo Gérande estremeciéndose.

-No sé - respondió el operario, que calentó con sus manos las manos heladas de la joven -. ¡Pero vuelva a su cuarto, mi pobre Gérande, y con el descanso recobre alguna esperanza!

Gérande regresó lentamente a su habitación y se quedó allí hasta el alba sin que el sueño pasase sobre sus párpados, mientras maese Zacarías, siempre mudo e inmóvil, miraba el río fluir ruidosamente a sus pies.

Capítulo

II

El orgullo y la ciencia

La seriedad del comerciante ginebrino en los negocios se ha vuelto proverbial. Es de una probidad rígida y de una rectitud excesiva.

¡Cuál no sería, pues, la vergüenza de maese Zacarías cuando vio que aquellos relojes que él había montado con tanta solicitud volvían de todas partes!

Pero lo cierto era que aquellos relojes se paraban súbitamente y sin ninguna razón aparente. Los mecanismos estaban en buen estado y perfectamente armados, pero los resortes habían perdido toda elasticidad. El relojero trato en vano de sustituirlos: las ruedas siguieron inmóviles. Aquellos desajustes inexplicables produjeron un daño inmenso a maese Zacarías. Sus magníficos inventos habían dejado planear muchas veces sobre él sospechas de brujería, que desde entonces tomaron consistencia. El rumor llegó hasta Gérande, y ella tembló con frecuencia por su padre cuando las miradas malintencionadas se fijaban en él.

Sin embargo, al día siguiente de aquella noche de angustias, maese Zacarías pareció ponerse al trabajo con cierta confianza. El sol de la mañana

le devolvió algún ánimo. Aubert no tardó en reunirse con él en su taller y recibió un "buenos días" lleno de afabilidad.

-Me encuentro mejor - dijo el viejo relojero -. No sé qué extraños dolores de cabeza me obsesionaban ayer, pero el sol los ha expulsado todos junto con las nubes de la noche.

-Palabra, maestro, que no me gusta la noche ni para usted ni para mí - respondió Aubert.

-Y haces bien, Aubert. Si alguna vez te conviertes en un hombre superior, comprenderás que el día es tan necesario como el alimento. Un sabio de gran mérito se debe a los homenajes del resto de los hombres.

-Maestro, vuelve a dominarlo el pecado del orgullo.

-¡Orgullo, Aubert! ¡Destruye mi pasado, aniquila mi presente, disipa mi futuro, y entonces

me será permitido vivir en la oscuridad! ¡Pobre muchacho que no comprendes las sublimes cosas con las que mi arte se relaciona por entero! Sólo eres una herramienta entre mis manos.

-Sin embargo, maese Zacarías - continuó Aubert, más de una vez he merecido su felicitación por la forma en que ajustaba las piezas delicadas de sus relojes.

-Desde luego, Aubert - respondió maese Zacarías -, eres un buen operario al que aprecio; pero cuando trabajas, no crees que tienes entre los dedos más que cobre, oro, plata, y no sientes a esos metales, que mi genio anima, palpitar como carne viviente. ¡Por eso tú no te sentirás morir si ves que tus obras mueren!

Maese Zacarías permaneció en silencio tras estas palabras; pero Aubert trató de proseguir la conversación.

-¡A fe mía, maestro - dijo -, que me gusta verlo trabajar de esta forma, sin descanso! Estará listo para la fiesta de nuestra corporación, porque veo que el trabajo de ese reloj de cristal avanza con rapidez.

-Desde luego, Aubert - exclamó el viejo relojero -, y no será pequeño honor para mí haber podido tallar y cortar esta materia que tiene la dureza del diamante. ¡Ah, Louis Berghem ha hecho bien perfeccionando el arte de los diamantistas, que me ha permitido pulir y atravesar las piedras más duras!

Maese Zacarías tenía en aquel momento unas pequeñas piezas de relojería en cristal tallado y de un trabajo exquisito. Las ruedas, los ejes, la caja de aquel reloj eran de la misma materia, y, en esta obra de la mayor dificultad, había desplegado un talento inimaginable.

-¿Verdad que será muy hermoso - continuó mientras sus mejillas se llenaban de púrpura -

ver palpar este reloj a través de su envoltura transparente y poder contar los latidos de su corazón?

-Apuesto a que no variará un segundo de más o de menos al año, maestro - respondió el joven operario.

-¡Y apostarás bien! ¿No he puesto en él lo más puro de mí mismo? ¿Varía acaso mi corazón?

Aubert no se atrevió a levantar los ojos hacia su maestro.

-Dime con toda franqueza - continuó melancólicamente el viejo -. ¿Nunca me has tomado por loco? ¿No crees que a veces me he entregado a locuras desastrosas? Sí, ¿verdad? En los ojos de mi hija y en los tuyos he leído frecuentemente mi condena. ¡Oh! - exclamó con dolor -, ¡no ser comprendido siquiera por los seres que más se ama en el mundo! Pero a ti, Aubert, te probaré victoriosamente que tengo razón. No muevas la

cabeza, porque quedarás estupefacto. ¡El día en que sepas escucharme y comprenderme, verás que he descubierto los secretos de la existencia, los secretos de la unión misteriosa del alma y del cuerpo!

Al hablar de este modo, maese Zacarías se mostraba soberbio. Sus ojos brillaban con un fuego sobrenatural y el orgullo le corría por todas las venas. Y en verdad, si alguna vez pudo haber alguna vanidad legítima, ésta habría sido la de maese Zacarías.

En efecto: hasta él, la relojería había permanecido casi en la infancia del arte. Desde el día en que Platón, cuatrocientos años antes de la era cristiana, inventó el reloj nocturno, especie de clepsidra que indicaba las horas de la noche mediante el sonido y el juego de una flauta, la ciencia permaneció casi estacionada. Los maestros trabajaron más el arte que la mecánica, y fue entonces la época de los hermosos relojes de hierro, de cobre, de madera, de plata, que

estaban esculpidos finamente, como un aguamanil de Cellini. Se conseguía una obra maestra de cinceladura, que medía el tiempo de forma muy imperfecta, pero se conseguía una obra maestra. Cuando la imaginación del artista ya no se volvió hacia la perfección plástica, se ingenió para crear esos relojes con personajes móviles, de campanas melódicas y cuya disposición escénica estaba regulada de forma muy divertida. Además, ¿quién se preocupaba en aquella época por regular la marcha del tiempo? Las demoras jurídicas no estaban inventadas; las ciencias físicas y astronómicas no establecían sus cálculos sobre medidas escrupulosamente exactas: no había ni establecimientos que cerraran a hora fija, ni convoyes que partieran en el segundo previsto. Al atardecer sonaba el toque de queda y por la noche se gritaban las horas en medio del silencio. Desde luego, se vivía menos tiempo que ahora, si es que la existencia se mide por la cantidad de asuntos resueltos, pero se vivía mejor. El espíritu se enri-

quecía con esos nobles sentimientos nacidos de la contemplación de las obras maestras y el arte no se hacía a la carrera. Se construía una iglesia en dos siglos; un pintor sólo era sombrío; las nubes se arrastraban pesadas a lo largo de los Alpes y amenazaban con resolverse en lluvia; la severa temperatura de Suiza llenaba el alma de tristeza mientras los vientos del sur merodeaban por los alrededores y lanzaban siniestros silbidos.

Cuando por fin las ciencias exactas progresaron, la relojería siguió su desarrollo, aunque siempre permaneciera detenida por una dificultad insuperable: la medida regular y continua del tiempo.

Ahora bien, fue en medio de ese acontecimiento cuando maese Zacarías inventó la catalina, que le permitió obtener una regularidad matemática sometiendo el movimiento del péndulo a una fuerza constante. Este invento había trastornado la cabeza del viejo relojero. El orgullo,

que subió en su corazón como el mercurio en el termómetro, había alcanzado la temperatura de las locuras trascendentes. Por analogía se había dejado llevar a consecuencias materialistas, y al fabricar sus monstruos pensaba que había sorprendido los secretos de la unión del alma con el cuerpo.

Por eso, aquel día, viendo que Aubert le escuchaba con atención, le dijo en un tono sencillo y convencido :

-¿Sabes lo que es la vida, hijo mío? ¿Has comprendido la acción de esos resortes que producen la existencia? ¿Has mirado dentro de ti mismo? No, y, sin embargo, con los ojos de la ciencia habrías podido ver la relación íntima que existe entre la obra de Dios y la mía, porque yo he copiado la combinación de los mecanismos de mis relojes de su criatura.

-Maestro - replicó con viveza Aubert -, ¿puede usted comparar una máquina de cobre y de

acero con ese aliento de Dios llamado alma, que anima los cuerpos como la brisa comunica el movimiento a las flores ? ¿Pueden existir ruedas imperceptibles que hagan mover nuestras piernas y nuestros brazos? ¿Qué piezas estarían tan bien ajustadas que pudieran engendrar en nosotros los pensamientos?

-La cuestión no es ésta - respondió con dulzura maese Zacarías, pero con la obstinación del ciego que camina hacia el abismo -. Para comprenderme, recuerda el destino de la rueda catalina que inventé. Cuando vi la irregularidad de la marcha de un reloj, comprendí que el movimiento encerrado en ella no bastaba y que había que someterlo a la regularidad de otra fuerza independiente. Pensé, por tanto, que la péndola podría prestarme ese servicio si conseguía regularizar sus oscilaciones. Y, ¿no fue una idea sublime la que se me ocurrió al hacerle recobrar su fuerza perdida mediante el movi-

miento mismo del reloj que él se encargaba de regular?

Aubert hizo una señal de asentimiento.

-Ahora, Aubert - continuó el viejo relojero animándose -, echa una mirada sobre ti mismo. ¿No comprendes, pues, que hay dos fuerzas distintas en nosotros: la del alma y la del cuerpo, es decir un movimiento y un regulador? El alma es el principio de la vida; por tanto es el movimiento. Que se produzca gracias a un peso, a un muelle o a una influencia material, no por ello deja de estar en el corazón. Pero sin el cuerpo, ese movimiento sería desigual, irregular, imposible. Por eso el cuerpo sirve para regular el alma y, como la péndola, está sometido a oscilaciones regulares. Y esto es tan cierto que nos encontramos mal cuando la bebida, la comida, el sueño, en una palabra: las funciones del cuerpo, no están reguladas de forma conveniente. Lo mismo que en mis monstruos, el alma da al cuerpo la fuerza perdida por sus

oscilaciones. Y bien, ¿qué es, pues, lo que produce esa unión íntima del cuerpo y del alma sino una catalina maravillosa por la que los mecanismos de uno vienen a engranarse en los mecanismos de la otra? ¡Y eso fue lo que yo adiviné y apliqué, y para mí no hay más secretos en esta vida, que después de todo no es más que una ingeniosa mecánica!

Maese Zacarías resultaba sublime de ver en medio de aquella alucinación que lo transportaba hasta los últimos misterios del infinito. Pero su hija Gérande, parada en el umbral de la puerta, lo había oído todo. Se precipitó en los brazos de su padre, que la estrechó de forma convulsa sobre su pecho.

-¿Qué te pasa, hija mía? - le preguntó maese Zacarías.

-Si yo no tuviera un resorte aquí - dijo ella poniendo su mano sobre el corazón - no lo amaría tanto, padre mío!

Maese Zacarías miró fijamente a su hija y no respondió.

De pronto lanzó un grito, se llevó vivamente la mano al corazón y cayó desfallecido sobre un viejo sillón de cuero.

-¡Padre mío! ¿Qué le ocurre?

-¡Ayuda! - exclamó Aubert -. ¡Escolástica!

Pero Escolástica no acudió al instante. Habían golpeado la aldaba de la puerta de entrada. Marchó a abrir y cuando volvió al taller, antes de que hubiera abierto la boca, el viejo relojero, que acababa de recuperar el sentido, le decía:

-¡Adivino, mi vieja Escolástica, que me traes otro de esos monstruos malditos que se ha parado!

-¡Jesús! Esa es la pura verdad - respondió Escolástica, entregando un reloj a Aubert.

-¡Mi corazón no puede engañarse! - dijo el viejo con un suspiro.

Mientras tanto, Aubert había dado cuerda al reloj con el mayor cuidado, pero no andaba.

Capítulo

III

Una extraña visita

La pobre Gérande habría visto apagarse su vida junto con la de su padre de no existir Aubert, que la unía a este mundo.

El viejo relojero se iba poco a poco. Sus facultades tendían evidentemente a debilitarse al concentrarse sobre un pensamiento único. Debido a una funesta asociación de ideas, remitía todo a su monomanía, y la vida terrestre parecía haberse retirado de él para dejar sitio a esa existencia extranatural de las potencias intermedias. Por eso, algunos rivales malintencionados reavivaron los rumores diabólicos que se

habían difundido sobre los trabajos de maese Zacarías.

La confirmación de los inexplicables desarreglos que experimentaban sus relojes causó un efecto prodigioso entre los maestros relojeros de Ginebra. ¿Qué significaba aquella repentina inercia en los mecanismos, y por qué aquellas extrañas relaciones que parecían tener con la vida de Zacarías? Era uno de esos misterios que nunca se consideran sin un secreto terror. En las diversas clases de la ciudad, desde el aprendiz hasta el señor, que utilizaban los relojes del viejo relojero, no hubo nadie que no pudiera juzgar por sí mismo la singularidad del hecho. Quisieron, aunque en vano, llegar hasta maese Zacarías. Este cayó enfermo de gravedad, cosa que permitió a su hija sustraerle a aquellas visitas incesantes, que degeneraban en reproches y recriminaciones.

Las medicinas y los médicos fueron impotentes ante aquel deterioro orgánico cuya causa se

desconocía. A veces parecía que el corazón del viejo dejaba de latir, y luego sus latidos empezaban de nuevo con una irregularidad inquietante.

En aquel tiempo existía la costumbre de someter las obras de los maestros a la apreciación de la gente. Los jefes de los diferentes gremios trataban de distinguirse por la novedad o la perfección de sus obras, y fue entre ellos donde el estado de maese Zacarías encontró la piedad más visible, pero era una piedad interesada. Sus rivales le compadecían de mejor grado porque ahora le temían menos. Seguían recordando los éxitos del viejo relojero cuando exponía aquellos magníficos relojes de figuras móviles, aquellos relojes de campanario, que causaban la admiración general y alcanzaban precios tan altos en las ciudades de Francia, de Suiza y de Alemania.

Sin embargo, gracias a los constantes cuidados de Gérande y de Aubert, la salud de maese Za-

carías pareció reafirmarse un poco, y en medio de la inquietud que le dejó su convalecencia, logró liberarse de los pensamientos que le absorbían. Desde que pudo caminar, su hija le sacó fuera de casa, donde los clientes descontentos afluían sin cesar. En cuanto a Aubert, se quedaba en el taller dando cuerda una y otra vez inútilmente a aquellos relojes rebeldes, y el pobre muchacho, que no comprendía nada, se apretaba a veces la cabeza entre las manos, con el temor a volverse loco como su maestro.

Gérande dirigía entonces los pasos de su padre hacia los paseos más risueños de la ciudad. Unas veces, sosteniendo el brazo de maese Zacarías, tiraba hacia Saint-Antoine, desde donde la vista se extiende sobre la ladera de Coligny y sobre el lago. A veces, cuando la mañana era buena, podían verse los picos gigantes del monte Bruet elevarse en el horizonte. Gérande decía los nombres de aquellos lugares casi olvidados por su padre cuya memoria parecía

confundida, y éste experimentaba un placer infantil al saber todas aquellas cosas cuyo recuerdo se había extraviado en su cabeza. Maese Zacarías se apoyaba en su hija, y aquellas dos cabelleras, blanca y rubia, se unían en el mismo rayo de sol.

Sucedió también que el viejo relojero se dio cuenta al fin de que no estaba solo en este mundo. Al ver a su hija joven y hermosa, y él viejo y quebrantado, pensó que después de su muerte ella se quedaría sola, sin apoyo, y miró alrededor de él y de ella. Muchos jóvenes operarios habían cortejado ya a Gérande; pero ninguno había tenido éxito en el retiro impenetrable en que vivía la familia del relojero. Fue, pues, completamente natural que, durante aquella mejoría de su cerebro, la elección del viejo se detuviese en Aubert Thun. Una vez lanzado este pensamiento, observó que aquellos jóvenes se habían educado en las mismas ideas y las mismas creencias, y las oscilaciones

de su corazón le parecieron "isócronas", como dijo cierto día a Escolástica.

La vieja sirvienta, literalmente encantada con la palabra aunque no la comprendiese, juró por su santa patrona que la ciudad entera lo sabría antes de un cuarto de hora. A duras penas consiguió calmarla maese Zacarías, que por fin obtuvo de ella guardar sobre la comunicación un silencio que ella no conservó nunca.

De tal modo que, sin saberlo Gérande y Aubert, toda Ginebra ya hablaba de su próxima unión. Pero también sucedió que, durante estas conversaciones, se oía con frecuencia una risa singular y una voz que decía:

-Gérande no se casará con Aubert.

Si los que hablaban se volvían, se encontraban frente a un viejecito que no conocían.

¿Qué edad tenía aquel ser singular? ¡Nadie habría podido decirlo! Se adivinaba que debía existir desde hacía un gran número de siglos, pero nada más. Su gruesa cabeza aplastada descansaba en unos hombros cuya anchura igualaba la altura de su cuerpo, que no superaba los tres pies. Este personaje hubiera hecho buena figura sobre un soporte de péndulo, porque la esfera se habría colocado de forma natural sobre su cara, y la péndola habría oscilado con holgura en su pecho. De buena gana se habría tomado su nariz por el estilete de un reloj de sol, por lo delgada y aguda que era; sus dientes, separados y de superficie epicicloide, se parecían a los engranajes de una rueda y rechinaban entre sus labios; su voz tenía el sonido metálico de un timbre, y podía oírse latir su corazón como el tic-tac de un reloj. Aquel hombrecito, cuyos brazos se movían a la manera de las agujas de una esfera, caminaba a sacudidas, sin retroceder nunca. Si se le seguía,

resultaba que caminaba una legua por hora y que su camino era casi circular.

Hacía poco tiempo que aquel ser extraño erraba así, o más bien daba vueltas por la ciudad; pero ya habían podido observar que todos los días, en el momento en que el sol pasaba al meridiano, se detenía ante la catedral de San Pedro, y que seguía su camino después de las doce campanadas del mediodía. Salvo ese momento preciso, parecía surgir en todas las conversaciones en que se hablaba del viejo relojero, y todos se preguntaban, con terror, qué relación podía existir entre él y maese Zacarías. Además, se había notado que no perdía de vista al viejo y a su hija durante los paseos.

Un día, en la Treille, Gérande vio a aquel monstruo que la miraba riendo, Se apretó contra su padre con un movimiento de terror.

-¿Qué te pasa, Gérande? - preguntó maese Zacarías.

-No sé - respondió la joven.

-Te encuentro cambiada, hija mía - dijo el viejo relojero -. ¿No irás tú a caer enferma ahora? Bueno - añadió con una sonrisa triste -, tendré que cuidarte y te cuidaré bien.

-¡Oh, padre mío, no será nada! Tengo frío, y me imagino que es...

-¿Qué, Gérande?

-La presencia de ese hombre que nos sigue constantemente - respondió ella en voz baja.

Maese Zacarías se volvió hacia el vejete.

-¡Palabra que va bien! - dijo con aire de satisfacción -. Porque precisamente son las cuatro. ¡No tengas miedo, hija, no es un hombre, es un reloj!

Gérande miró a su padre aterrorizada. ¿Cómo había podido leer maese Zacarías la hora en el rostro de aquella extraña criatura?

-A propósito - continuó el viejo relojero sin preocuparse más de aquel incidente, no veo a Aubert desde hace varios días.

-Sin embargo sigue con nosotros, padre respondió Gérande, cuyos pensamientos adoptaron un tono más dulce.

-¿Qué hace entonces?

-Trabaja, padre.

-¡Ah! - exclamó el viejo, trabaja en reparar mis relojes, ¿verdad? No lo conseguiré jamás. Porque no es una reparación lo que necesitan, sino una resurrección.

Gérande permaneció en silencio.

- Necesito saber - añadió el viejo - si aún no han traído algunos de esos relojes malditos sobre los que el diablo ha lanzado una epidemia.

Luego, tras estas palabras, maese Zacarías cayó en un mutismo absoluto hasta el momento en que llegó a la puerta de su hogar y, por primera vez desde su convalecencia, mientras Gérande subía entristecida a su cuarto, él bajó a su taller.

En el momento en que franqueaba la puerta, uno de los numerosos relojes colgados de la pared dio las cinco. Por regla general, las diferentes campanas de aquellos aparatos, admirablemente regulados, se dejaban oír al mismo tiempo, y su concordancia alegraba el corazón del viejo; pero aquel día, todos aquellos timbres sonaron uno tras otro, de tal modo que durante un cuarto de hora su oído fue ensordecido por los sucesivos ruidos. Maese Zacarías sufría horriblemente; no podía quedarse quieto, iba de uno a otro de aquellos relojes y marcaba su

compás, como un jefe de orquesta que ya no fuera dueño de sus músicos.

Cuando el último sonido se apagó, se abrió la puerta del taller y maese Zacarías se estremeció de pies a cabeza al ver delante de él al vejete, que le miró fijamente y le dijo:

-Maese, ¿no puedo hablar un momento con usted?

-¿Quién es usted?- preguntó con brusquedad el relojero.

-Un colega. Soy yo quien se encarga de regular el sol.

-¡Ah!, ¿es usted el que regula el sol? - replicó vivamente maese Zacarías sin pestañear -. Pues bien, no lo felicito. Su sol va mal, y para ponerle de acuerdo con él, nos vemos obligados unas veces a adelantar nuestros relojes y otras a retrasarlos.

-¡Por el pie hendido del diablo! - exclamó el monstruoso personaje -. Tiene razón, maestro. Mi sol no marca siempre las doce del mediodía en el mismo momento que sus relojes; pero un día se sabrá que se debe a la desigualdad del movimiento de traslación de la tierra, y se inventará un mediodía medio que regulará esa irregularidad.

-¡Viviré yo aún en esa época? - preguntó el viejo relojero, cuyos ojos se animaron.

-Sin duda - replicó el vejete riendo. ¿No puede creer acaso que nunca habrá de morir?

-¡Ay!, sin embargo me encuentro muy enfermo.

-A propósito, hablemos de eso. ¡Por Belcebú, eso nos llevará a lo que quiero hablar con usted!

Y al decir esto, aquel ser extraño saltó sin modales sobre el viejo sillón de cuero y cruzó las piernas, a la manera de esos huesos descarnados que los pintores de colgaduras funerarias cruzan sobre las cabezas de muerto. Luego prosiguió en tono irónico:

-Veamos, maese Zacarías, ¿qué ocurre en esta buena ciudad de Ginebra? Dicen que su salud se altera, que sus relojes necesitan médicos.

-Ah, ¿cree acaso que hay una relación íntima entre su existencia y la mía? - exclamó maese Zacarías.

-Yo creo que esos relojes tienen defectos, vicios incluso. Si esos bribones no se portan de forma regular, es justo que sufran el castigo de su desarreglo. Mi opinión es que necesitarían sentar la cabeza.

-¿A qué llama defectos? - preguntó maese Zacarías, ruborizándose por el tono sarcástico con

que habían sido pronunciadas estas palabras -.
¿No tienen derecho acaso a estar orgullosos de su origen?

-¡No demasiado, no demasiado! - respondió el vejete -. Llevan un nombre célebre, y en su esfera aparece grabada una firma ilustre, cierto, y tienen el privilegio exclusivo de introducirse entre las más nobles familias; pero desde hace algún tiempo, se estropean, y usted no puede hacer nada, maese Zacarías; el más inepto de los aprendices de Ginebra se lo reprocharía.

-¡A mí, a mí, a maese Zacarías! - exclamó el viejo con un terrible gesto de orgullo.

-¡A usted, maese Zacarías, que no puede dar vida a sus relojes!

-Pero es que estoy con fiebre y también ellos la tienen - respondió el viejo relojero mientras un sudor frío le corría por todos los miembros.

-Bueno, morirán con usted, puesto que usted está tan impedido para dar un poco de elasticidad a sus muelles.

-¡Morir! No, usted lo ha dicho. Yo no puedo morir, yo, el primer relojero del mundo, yo, que en medio de estas piezas y de estos mecanismos diversos he sabido regular el movimiento con una precisión absoluta. ¿No he sometido el tiempo a leyes exactas? ¿No podré disponer de él como soberano? Antes de que un genio sublime viniese a disponer regularmente esas horas extraviadas, ¿en qué vacío inmenso estaba sumido el destino humano? ¿A qué momento seguro podían referirse los actos de la vida? Pero usted, hombre o diablo, quienquiera que sea, ¿no ha pensado nunca en la magnificencia de mi arte, que llama a todas las ciencias en su ayuda? No, no. Yo, maese Zacarías, no puedo morir, porque si he regulado el tiempo, el tiempo terminará conmigo. ¡Él volvería a ese infinito del que mi genio supo arrancarle, y se

perdería irreparablemente en el abismo de la nada! No, no puedo morir, como tampoco puede hacerlo el Creador de este universo sometido a sus leyes. Me he convertido en su igual, y he compartido su poder. Maese Zacarías ha creado el tiempo si Dios ha creado la eternidad.

El viejo relojero parecía entonces el ángel caído rebelándose contra el Creador. El vejete le acariciaba con la mirada y parecía soplarle todo aquel arrebatado impío.

¡Bien dicho, maestro! - replicó -. Belcebú tenía menos derechos que usted para compararse con Dios. Es necesario que su gloria no perezca. Por eso, su servidor quiere proporcionarle el medio de domar esos relojes rebeldes.

-¿Cuál es? ¿Cuál es? - exclamó maese Zacarías.

-Lo sabrá al día siguiente de aquel en que me haya concedido la mano de su hija.

-¿De mi Gérande?

-De la misma.

-El corazón de mi hija no es libre - respondió maese Zacarías a esta petición, que no pareció chocarle ni sorprenderle.

-¡Bah!... No es la menos bella de sus relojes, pero también terminará por pararse...

-Mi hija Gérande..., ¡No!...

-Bueno, vuelva a sus relojes, maese Zacarías. ¡Móntelos y desmóntelos! ¡Prepare el matrimonio de su hija y de su operario! ¡Temple resortes hechos con su mejor acero! ¡Bendiga a Aubert y a la hermosa Gérande, pero recuerde que sus relojes no andarán jamás y que Gérande no se casará con Aubert!

Y tras esto, el vejete salió, pero tan deprisa que maese Zacarías no pudo oír dar las seis en su pecho.

La iglesia de San Pedro

Mientras tanto, el espíritu y el cuerpo de maese Zacarías se debilitaban cada vez más. Sólo una sobreexcitación extraordinaria le empujó con mayor violencia que nunca hacia sus trabajos de relojería, de los que su hija no consiguió apartarle.

Su orgullo creció después de aquella crisis a la que su extraño visitante le había impulsado traidoramente, y resolvió dominar, a fuerza de genio, la influencia maldita que pesaba sobre su obra y sobre él. Inspeccionó primero los diferentes relojes de la ciudad, confiados a sus cuidados. Con escrupulosa atención se aseguró de que los mecanismos estaban en buen estado, de que los ejes eran sólidos y de que los contrapesos se hallaban exactamente equilibrados. No dejó de auscultar el campanario y lo hizo con el recogimiento de un médico interrogando el pecho de un enfermo. Nada indicaba, por tanto,

que aquellos relojes estuvieran en vísperas de ser atacados por la inercia.

Gérande y Aubert acompañaban con frecuencia al viejo relojero en estas visitas. Hubiera debido sentirse complacido al verlos solícitos para seguirle, y, desde luego, no se habría preocupado tanto de su próximo fin si hubiera pensado que su existencia debía continuarse en la de aquellos seres queridos, si hubiera comprendido que en los hijos siempre queda algo de la vida de un padre.

El viejo relojero, una vez de regreso a su casa, proseguía sus trabajos con asiduidad febril. Aunque persuadido de no vencer, sin embargo le parecía imposible que ocurriese, y montaba y desmontaba sin cesar los relojes que llevaban a su taller.

Por su lado, Aubert se las ingeniaba en vano para descubrir las causas de aquel mal.

-Maestro - decía -, sólo puede ser debido al desgaste de los ejes y de los engranajes.

-¿Te diviertes matándome a fuego lento? - le respondía con violencia maese Zacarías -. ¿Son esos relojes obra de un niño? ¿Acaso por temor a hacerme daño en los dedos no he pulido en el torno la superficie de estas piezas de cobre? ¿No las he forjado yo mismo para conseguir una dureza mayor? ¿No están templados estos muelles con una perfección rara? ¿Se pueden utilizar aceites más finos para impregnarlos? ¡Estarás de acuerdo conmigo en que es imposible, y habrás de confesar por último que el diablo está metido en esto!

Y luego, de la mañana a la noche, los clientes descontentos afluían en tropel a la casa, y conseguían llegar hasta el viejo relojero, que no sabía a cuál atender.

- Este reloj se atrasa sin que yo consiga regularlo - decía uno.

-¡Este - continuaba otro - tiene una auténtica obstinación, y se ha parado ni más ni menos que el sol de Josué!

-Si es cierto que su salud influye sobre la salud de sus relojes - repetían la mayoría de los descontentos -, maese Zacarías, ¡cúrese cuanto antes!

El viejo miraba a todas aquellas gentes con ojos huraños y sólo respondía moviendo la cabeza o con tristes palabras:

-¡Esperen a la primavera, amigos míos! ¡Es la estación en que la existencia se reaviva en los cuerpos fatigados! ¡Necesitamos que el sol venga a reanimarnos a todos!

-¡Bonito negocio si nuestros relojes tienen que estar enfermos durante el invierno! - le dijo uno de los más rabiosos -. ¿Sabe, maese Zacarías, que su nombre está inscrito con todas sus letras

en la esfera? ¡Por la Virgen, no hace usted honor a su firma!

Finalmente sucedió que el viejo, avergonzado por estos reproches, retiró algunas piezas de oro de su viejo arcón y empezó a comprar los relojes estropeados. Ante esta noticia, los parroquianos acudieron en tropel, y el dinero de aquel pobre hogar se escapó muy deprisa; pero la probidad del mercader quedó a salvo. Gérande aplaudió de buena gana aquella delicadeza, que la llevaba directamente a la ruina, y pronto Aubert hubo de ofrecer sus economías a maese Zacarías.

-¿Qué será de mi hija? - decía el viejo relojero, aferrándose a veces, en aquel naufragio, a los sentimientos del amor paterno.

Aubert no se atrevió a responder que se sentía con ánimo para el futuro y que tenía un gran cariño por Gérande. Aquel día Zacarías le habría llamado yerno y desmentido las funestas

palabras que todavía zumbaban en sus oídos:
"Gérande no se casará con Aubert".

No obstante, con este sistema el viejo relojero llegó a quedarse sin un céntimo. Sus viejos jarrones antiguos fueron a parar a manos extrañas; se deshizo de los magníficos paneles de roble finamente esculpido que revestían las paredes de su hogar; algunas ingenuas pinturas de los primeros pintores alemanes no alegraron más los ojos de su hija, y todo, hasta las preciosas herramientas que su genio había inventado, fue vendido para indemnizar a los que reclamaban.

Sólo Escolástica no quería oír hablar de semejante tema; pero sus esfuerzos no podían impedir que los importunos llegasen hasta su amo y que salieran en seguida con algún objeto precioso. Entonces su parloteo resonaba en todas las calles del barrio, donde se la conocía desde hacía mucho. Se dedicaba a desmentir los rumores de brujería y de magia que corrían a

cuenta de Zacarías; pero como en el fondo estaba convencida de que eran verdad, rezaba y rezaba para redimir sus piadosas mentiras.

Habían observado que desde hacía mucho el relojero no cumplía con sus deberes religiosos. En otra época acompañaba a Gérande a los oficios y parecía encontrar en la plegaria ese encanto intelectual con que impregna las inteligencias hermosas. Aquel alejamiento voluntario del viejo de las prácticas sagradas, unido a las prácticas secretas de su vida, había legitimado en cierto modo las acusaciones de sortilegio dirigidas contra sus trabajos. Por eso, con el doble motivo de que su padre volviera a Dios y al mundo, Gérande decidió llamar a la religión en su ayuda. Pensó que el catolicismo podría devolver alguna vitalidad a aquella alma moribunda; pero estos dogmas de fe y de humildad tenían que combatir en el alma de Zacarías con un insuperable orgullo, y chocaban contra esa soberbia de la ciencia que remite

todo a ella misma, sin remontarse a la fuente infinita de donde derivan los principios primeros.

Fue en estas circunstancias cuando la joven emprendió la conversión de su padre, y su influencia resultó tan eficaz que el viejo relojero prometió asistir el domingo siguiente a la misa mayor en la catedral. Gérande experimentó un momento de éxtasis, como si el cielo se hubiera entreabierto a sus ojos. La vieja Escolástica no pudo contener su alegría y tuvo, por fin, argumentos incontestables contra las malas lenguas que acusaban a su amo de impiedad. Lo comentó con sus vecinas, con sus amigas, con sus enemigas, tanto con quien la conocía como con quien no la conocía;

-Palabra que casi no creemos lo que nos anuncia, señora Escolástica - le respondieron -. Maese Zacarías siempre ha obrado de acuerdo con el diablo.

-¿No ha visto - proseguía la buena mujer - los hermosos campanarios que repican donde baten los relojes de mi amo? ¿Cuántas veces ha hecho sonar la hora del rezo y de la misa?

-Desde luego - le respondían -. ¿Pero no ha inventado acaso máquinas que hablan completamente solas y que consiguen hacer el trabajo de un hombre verdadero?

-¿Acaso unos hijos del demonio - contestaba la señora Escolástica furiosa - habrían podido hacer el hermoso reloj de hierro del castillo de Andernatt, que la ciudad de Ginebra no pudo comprar por no ser lo bastante rica? ¡Cada hora aparecía una hermosa leyenda, y un cristiano que hubiera regido su vida por ellas habría ido todo recto al paraíso! ¿ Es por eso trabajo del diablo?

Aquella obra maestra, fabricada hacía veinte años antes, había elevado hasta las nubes, en efecto, la gloria de maese Zacarías; pero incluso

en esta ocasión las acusaciones de brujería habían sido generales. Además, la vuelta del viejo a la iglesia de San Pedro debía reducir las malas lenguas al silencio.

Sin acordarse, desde luego, de la promesa hecha a su hija, maese Zacarías había vuelto al taller. Después de comprobar su impotencia para devolver la vida a sus relojes, intentó fabricar otros nuevos. Abandonó todos aquellos cuerpos inertes y se dedicó a terminar el reloj de cristal que debía ser su obra maestra; pero por más que hizo, por más que utilizó sus herramientas más perfectas, por más que empleó los rubíes y el diamante idóneos para resistir los frotamientos, ¡el reloj le estalló entre las manos la primera vez que quiso darle cuerda!

El viejo no habló a nadie de esto, ni siquiera a su hija; pero desde entonces su vida declinó rápidamente. No eran más que las últimas oscilaciones de un péndulo que van disminuyendo cuando nada puede darle ya su movimiento

primitivo. Parecía como si las leyes de la gravedad, actuando directamente sobre el viejo, le arrastraran de forma irresistible hacia la tumba.

Aquel domingo tan ardientemente deseado por Gérande llegó al fin. El tiempo era bueno y la temperatura vivificante. Los habitantes de Ginebra paseaban tranquilos por las calles de la ciudad, con alegres frases sobre la vuelta de la primavera. Gérande, tomando con cuidado el brazo del viejo, se dirigió hacia San Pedro, mientras Escolástica los seguía, llevando sus libros de horas. Les miraban pasar con curiosidad. El viejo se dejaba conducir como un niño, o más bien como un ciego. Casi con un sentimiento de terror, los fieles de San Pedro le vieron franquear el umbral de la iglesia, e incluso se retiraron a medida que se acercaba.

Los cantos de la misa mayor habían empezado a sonar. Gérande se dirigió hacia su banco habitual y se arrodilló con el recogimiento más pro-

fundo. Maese Zacarías se quedó a su lado, de pie.

Las ceremonias de la misa se desarrollaron con la solemnidad majestuosa de esas épocas de creencia, pero el viejo no creía. No imploró la piedad del cielo con los gritos de dolor del Kyrie; con el *Gloria in excelsis*, no cantó las magnificencias de las alturas celestes; la lectura del Evangelio no le sacó de sus ensoñaciones materialistas, y olvidó asociarse a los homenajes católicos del Credo. Aquel orgulloso viejo permanecía inmóvil, insensible y mudo como una estatua de piedra; e incluso en el momento solemne en que la campanilla anunció el milagro de la transubstanciación, no se inclinó y miró de frente a la hostia divinizada que el sacerdote alzaba por encima de los fieles.

Gérande miraba a su padre, y abundantes lágrimas mojaron su libro de misa.

En aquel momento, el reloj de San Pedro dio la media de las once.

Maese Zacarías se volvió con viveza hacia aquel viejo campanario que todavía hablaba. Le pareció que la esfera interior le miraba fijamente, que las cifras de las horas brillaban como si hubieran sido grabadas con trazos de fuego, y que las agujas soltaban una chispa eléctrica por sus agudas puntas.

Acabó la misa. La costumbre ordenaba que el Angelus se dijera a las doce en punto; los oficiantes, antes de abandonar el atrio, esperaban a que la hora sonase en el reloj del campanario. Dentro de unos instantes aquella plegaria subiría a los pies de la Virgen.

Pero de pronto se dejó oír un ruido estridente. Maese Zacarías lanzó un grito...

La aguja grande de la esfera, que acababa de llegar a las doce, se había detenido súbitamente, y las doce no sonaron.

Gérande se precipitó en ayuda de su padre, que había caído boca arriba sin movimiento, y al que llevaron fuera de la iglesia.

-¡Es el golpe mortal! - se dijo Gérande sollozando.

Maese Zacarías, una vez trasladado a su casa, fue acostado en un estado de aniquilamiento total. La vida sólo existía en la superficie de su cuerpo, como las últimas nubes de humo que vagan en torno a una lámpara recién apagada.

Cuando se recobró, Aubert y Gérande estaban inclinados sobre él. En aquel momento supremo, el futuro adoptó a sus ojos la forma del presente. Vio a su hija sola y sin apoyo.

-Hijo mío - le dijo a Aubert-, te entrego a mi hija.

Yy extendió la mano hacia sus dos hijos que de este modo quedaron unidos en aquel lecho de muerte.

Pero al punto maese Zacarías se levantó movido por la rabia. Las palabras del vejete volvieron a su cerebro.

¡Yo no puedo morir! - exclamó -. ¡Yo no puedo morir! ¡Yo, maese Zacarías, no debo morir!... ¡Mis libros!... ¡Mis cuentas!...

Y diciendo esto, saltó fuera de su cama hacia un libro en el que se encontraban inscritos los nombres de sus clientes así como el objeto que les había vendido. Hojeó aquel libro con avidez y su dedo descarnado se detuvo sobre una de sus hojas.

-¡Ahí! - dijo -. ¡Ahí...! ¡El viejo reloj de hierro, vendido al tal Pittonaccio! ¡Es el único que todavía no me han devuelto! ¡Existe! ¡Funciona! ¡Sigue viviendo! ¡Ay, lo quiero y lo encontraré! Lo cuidaré tan bien que la muerte ya no tendrá poder sobre mí.

Y se desvaneció.

Aubert y Gérande se arrodillaron al lado de la cama del viejo y rezaron juntos.

Capítulo

V

La hora de la muerte

Pasaron todavía algunos días y maese Zacarías, aquel hombre casi muerto, se levantó de su cama y volvió a la vida gracias a una excitación sobrenatural. Vivía de orgullo. Pero Gérande

no se equivocó: el cuerpo y el alma de su padre estaban perdidos para siempre.

Vieron entonces al viejo ocupado en reunir sus últimos recursos, sin preocuparse de su familia. Derrochaba una energía increíble, andando, registrando y murmurando palabras misteriosas.

Una mañana, Gérande bajó a su taller. Maese Zacarías no estaba allí.

Le esperó durante todo aquel día. Maese Zacarías no volvió.

Aubert recorrió la ciudad y tuvo la triste certeza de que el viejo la había dejado.

-¡Busquemos a mi padre! - exclamó Gérande cuando el joven operario le llevó esas dolorosas noticias.

-¿Dónde puede estar? - se preguntó Aubert.

Una inspiración iluminó de pronto su espíritu. Vinieron a su memoria las últimas palabras de maese Zacarías. ¡El viejo relojero ya no vivía más que pensando en aquel viejo reloj de hierro que no le habían devuelto! Maese Zacarías debía haberse puesto a buscarlo.

Aubert comunicó su pensamiento a Gérande.

-Veamos el libro de mi padre - le respondió ella.

Los dos bajaron al taller. El libro estaba abierto sobre el banco. Todos los relojes de pared o de bolsillo hechos por el viejo relojero y que le habían devuelto debido a su desarreglo estaban tachados, excepto uno.

"Vendido al señor Pittonaccio un reloj de hierro, con campanario y personajes móviles, entregado en su castillo de Andernatt".

Era aquel reloj "moral" del que la vieja Escolástica había hablado con tantos elogios.

-¡Mi padre ha ido allí! - exclamó Gérande.

-Corramos - respondió Aubert -. Todavía podemos salvarle...

-No para esta vida - murmuró Gérande -, pero al menos para la otra.

-¡Que sea lo que Dios quiera, Gérande! El castillo de Andernatt está situado en las gargantas de los *Dents-du-Midi*, a unas veinte horas de Ginebra. Vayamos.

Aquella misma tarde, Aubert y Gérande, seguidos por su vieja sirvienta, caminaban a pie por la ruta que bordea el lago de Ginebra. Hicieron cinco leguas por la noche, sin detenerse ni en Bessigne, ni en Ermance, donde se alza el célebre castillo de los Mayor. Vadearon no sin esfuerzo el torrente del Dranse. En todos los

lugares preguntaban por maese Zacarías, y pronto tuvieron la certeza de que caminaban tras sus pasos.

Al día siguiente, a la caída del sol, después de haber pasado Thonon llegaron a Evian, desde donde se ve la costa de Suiza desarrollarse ante la vista en una extensión de doce leguas. Pero los dos prometidos no se fijaron siquiera en aquellos parajes encantadores. Caminaban impulsados por una fuerza sobrenatural. Aubert, apoyado en un bastón de nudos, ofrecía su brazo unas veces a Gérande y otras a la vieja Escolástica, y sacaba de su corazón una suprema energía para sostener a sus compañeras. Los tres hablaban de sus dolores, de sus esperanzas, y seguían de este modo aquel hermoso camino a flor de agua, sobre la llanura estrecha que une las orillas del lago con las altas montañas del Chalais. Pronto alcanzaron Bouveret, el lugar en que el Ródano entra en el lago de Ginebra.

A partir de esta ciudad abandonaron el lago, y su fatiga aumentó en medio de aquellas comarcas montañosas. Vionnaz, Chesset, Collombay, aldeas medio perdidas, quedaron pronto a sus espaldas. Sin embargo, sus rodillas se doblaron, sus pies se desgarraron en aquellas crestas agudas que erizan el suelo como matas de granito. ¡Ningún rastro de maese Zacarías!

Pero había que encontrarle, y los dos prometidos no pidieron descansar ni en las cabañas aisladas ni en el castillo de Monthey, que con sus dependencias formó la dote de Margarita de Saboya. Por último, hacia el final de aquella jornada, alcanzaron, casi moribundos de fatiga, la ermita de *Notre-Dame du Sex*, que está situada en la base del *Dent-du-Midi*, a seiscientos pies por encima del Ródano.

El ermitaño los recibió a los tres a la caída de la noche. No habrían podido dar un paso más, y allí tuvieron que tomar algún reposo.

El ermitaño no les dio noticia alguna de maese Zacarías. Apenas podían esperar encontrarle vivo en medio de aquellas sombrías soledades. La noche era profunda, el huracán silbaba en la montaña y las avalanchas se precipitaban desde la cima de las rocas vacilantes.

Los dos prometidos, acurrucados ante el hogar del ermitaño, le contaron su dolorosa historia. Sus capas, impregnadas de nieve, se secaban en un rincón. En el exterior el perro del ermitaño lanzaba lúgubres ladridos que se mezclaban a los silbidos del viento.

-El orgullo - dijo el ermitaño a sus huéspedes - perdió a un ángel creado para el bien. Es la piedra de toque donde chocan los destinos del hombre. Al orgullo, ese principio de todo vicio, no se puede oponer ningún razonamiento, porque, por su naturaleza misma, el orgulloso se niega a oírlos... ¡Por eso lo único que cabe hacer es rezar por su padre!

Los cuatro se arrodillaron cuando aumentaron los ladridos del perro, y, al poco, llamaron a la puerta de la ermita.

-¡Abra, en nombre del diablo!

La puerta cedió bajo violentos esfuerzos y apareció un hombre desgredado, de mirada extrañada, apenas vestido.

-¡Padre! - exclamó Gérande.

Era maese Zacarías.

-¿Dónde estoy? - dijo -. ¡En la eternidad!...

El tiempo se ha terminado... las horas ya no suenan... las agujas se paran.

-¡Padre! - continuó Gérande con una emoción tan desgarradora que el viejo pareció volver al mundo de los vivos.

-¿Tú aquí, Gérande mía? - exclamó -. ¡Y tú también, Aubert! ¡Ah, mis queridos hijos, vengan a casarse a nuestra vieja iglesia!

-Padre mío - dijo Gérande tomándole del brazo -, vuelva a su casa de Ginebra, vuelva con nosotros.

El viejo escapó al abrazo de su hija y se lanzó hacia la puerta, en cuyo umbral la nieve se amontonaba en grandes copos.

-¡No abandone a sus hijos! - exclamó Aubert.

-¿Por qué - respondió con tristeza el viejo relojero -, por qué volver a esos lugares que mi vida ya ha dejado y donde una parte de mí mismo está enterrada para siempre?

-¡Su alma no ha muerto! - dijo el ermitaño con voz grave.

-¡Mi alma!... ¡Oh, no!... ¡Sus mecanismos son buenos!... La siento latir a compás...

-¡Su alma es inmortal! ¡Su alma es inmortal! -
continuó el ermitaño con fuerza.

-¡Sí... como mi gloria! ¡Pero está encerrada en el
castillo de Andernatt, y quiero volver a verla!

El ermitaño se santiguó. Escolástica estaba casi
desvanecida. Aubert sostenía a Gérande en sus
brazos.

-El castillo de Andernatt está habitado por un
condenado - dijo el ermitaño -, un condenado
que no saluda a la cruz de mi ermita.

-¡Padre, no vaya allí!

-¡Quiero mi alma! ¡Mi alma es mía!

-¡Reténganlo, retengan a mi padre! - exclamó
Gérande.

Pero el viejo había franqueado el umbral y se
había lanzado a través de la noche gritando:

-¡Mía, mi alma es mía!

Gérande, Aubert y Escolástica se precipitaron tras sus pasos. Caminaron por senderos impracticables que maese Zacarías seguía como el huracán, impulsado por una fuerza irresistible. La nieve formaba remolinos a su alrededor y mezclaba sus copos blancos con la espuma de los torrentes desbordados.

Al pasar delante de la capilla levantada en memoria de la masacre de la legión tebana, Gérande, Aubert y Escolástica se santiguaron muy deprisa. Maese Zacarías no se descubrió.

Por fin apareció la aldea de Evionnaz en medio de aquella región desértica. El corazón más duro se hubiera conmovido al ver este poblado perdido en medio de aquellas horribles soledades. El viejo siguió adelante. Se dirigió hacia la izquierda y se abismó por la más profunda de las gargantas de aquellos *Dents-du-Midi* que muerden el cielo con sus agudos picos.

Muy pronto una ruina, vieja y sombría como las rocas de su base, se irguió ante él.

-¡Ahí está! ¡Ahí!... - exclamó acelerando de nuevo su desenfrenada carrera.

En aquella época, el castillo de Andernatt no era ya más que un montón de ruinas. Una maciza torre, gastada, hecha trizas, lo dominaba y parecía amenazar con su caída los viejos aguilones que se erguían a sus pies. Aquellos vastos amontonamientos de piedras causaban horror a la vista. En medio de los escombros se presentían algunas sombrías salas de techos desmoronados, inmundos receptáculos de víboras.

Una poterna estrecha y baja que se abría sobre un foso lleno de escombros daba acceso al castillo de Andernatt. ¿Qué habitantes habían pasado por allí? No se sabe. Sin duda algún margrave, mitad bandido, mitad señor, moró en aquel edificio. Al margrave le sucedieron los bandidos o los monederos falsos, que fueron

ahorcados en el teatro de su crimen. Y la leyenda decía que, en las noches de invierno, Satán iba a dirigir sus zarabandas tradicionales en la pendiente de las profundas gargantas donde se sepultaban las sombras de aquellas ruinas.

Maese Zacarías no se asustó por aquel aspecto siniestro. Llegó a la poterna. Nadie le impidió pasar. Un patio grande y tenebroso se ofreció a su mirada. Nadie le impidió atravesarlo. Subió una especie de plano inclinado que llevaba a uno de aquellos largos corredores, cuyos arcos parecían aplastar la luz bajo sus pesados arranques. Nadie se opuso a su paso. Gérande, Aubert y Escolástica seguían tras él.

Maese Zacarías, como si una mano invisible le guiase, parecía seguro de su ruta y caminaba con paso rápido. Llegó a una vieja puerta carcomida que se derrumbó bajo sus golpes, mientras los murciélagos trazaban alrededor de su cabeza círculos oblicuos.

Una sala inmensa, mejor conservada que las demás, apareció ante él. Altos paneles esculpidos revestían sus muros, en los que las larvas, los vampiros, las tarascas parecían agitarse confusamente. Algunas ventanas alargadas y angostas, semejantes a troneras, se estremecían bajo las descargas de la tempestad.

Cuando maese Zacarías llegó al centro de aquella sala, lanzó un grito de alegría.

Sobre una repisa de hierro empotrada en la muralla descansaba aquel reloj donde ahora residía su vida entera. Aquella obra maestra sin par representaba una vieja iglesia romana, con sus contrafuertes de hierro forjado y su pesado campanario, en el que se encontraba un campanario completo para la antifona del día, el angelus, la misa, vísperas, completas y bendición. Encima de la puerta de la iglesia, que se abría a la hora de los oficios, había ahuecado un rosetón, en cuyo centro se movían dos agujas, y cuya archivolta reproducía las doce horas de la

esfera esculpidas en relieve. Entre la puerta y el rosetón, como había contado la vieja Escolástica, aparecía una máxima referida al empleo de cada instante en una esfera de cobre. Maese Zacarías había regulado en otro tiempo aquella sucesión de leyendas con una solicitud completamente cristiana; las horas de rezo, de trabajo, de descanso, de recreo y de reposo se seguían según la disciplina religiosa, y debían procurar de modo infalible la salvación de un observador escrupuloso de sus recomendaciones.

Maese Zacarías, ebrio de alegría, iba a apoderarse de aquel reloj cuando una risa espantosa estalló a sus espaldas.

Se volvió y, a la luz de una lámpara humeante, reconoció al vejete de Ginebra.

-¡Usted aquí! - exclamó.

Gérande tuvo miedo. Se apretó contra su prometido.

-Buenos días, maese Zacarías - dijo el monstruo.

-¿Quién es usted?

-¡El señor Pittonaccio, para servirle! ¡Ha venido a darme a su hija! Se ha acordado usted de mis palabras: "Gérande no se casará con Aubert".

El joven operario se lanzó contra Pittonaccio, que se esfumó como una sombra.

-Detente, Aubert - ordenó maese Zacarías.

-Buenas noches - dijo Pittonaccio, que desapareció.

-¡Padre - exclamó Gérande -, huyamos de estos lugares malditos!... ¡Padre mío!

Maese Zacarías ya no estaba allí. A través de los pisos desmoronados perseguía el fantasma de Pittonaccio. Escolástica, Aubert y Gérande permanecieron, anonadados, en aquella sala

inmensa. La joven había caído sobre un sillón de piedra; la vieja sirvienta se arrodilló a su lado y se puso a rezar. Aubert permaneció de pie, velando por su prometida. En la sombra serpenteaban unas luces pálidas y el silencio sólo era interrumpido por el trabajo de esos pequeños animales que roen las maderas viejas y cuyo ruido marca los compases del "reloj de la muerte".

A los primeros rayos del día, los tres se aventuraron por las escaleras sin fin que circulaban bajo aquel montón de piedra. Durante dos horas, vagaron de ese modo sin encontrar alma viviente y sin oír otra cosa que un eco lejano respondiendo a sus gritos. Unas veces se encontraban hundidos a cien pies bajo tierra, otras dominaban desde la altura aquellas montañas salvajes.

La casualidad los devolvió por último a la vasta sala que los había amparado durante aquella noche de angustias. Ya no estaba vacía. Maese

Zacarías y Pittonaccio hablaban juntos en ella, uno de pie y rígido como un cadáver, el otro acurrucado en una mesa de mármol.

Al ver a Gérande, maese Zacarías la tomó de la mano y la llevó hacia Pittonaccio diciendo:

-¡Aquí tienes a tu amo y señor, hija mía! ¡Gérande, aquí tienes a tu esposo!

Gérande se estremeció de pies a cabeza.

-¡Nunca! - exclamó Aubert -, porque es mi prometida.

-¡Nunca! - respondió Gérande como un eco lastimero.

Pittonaccio se echó a reír.

-¿Quieres acaso mi muerte? - exclamó el viejo -. Ahí, en ese reloj, el último que todavía anda de todos los que han salido de mis manos, está encerrada mi vida, y este hombre me ha dicho:

"Cuando yo tenga a tu hija, ese reloj te pertenecerá. ¡Y ese hombre no quiere darle cuerda! Puede romperlo y precipitarme en la nada. ¡Ay, hija mía!, entonces ya no me amarás.

-Padre mío - murmuró Gérande recuperándose del desvanecimiento.

-¡Si supieras cuánto he sufrido lejos de este principio de mi existencia! - continuó el viejo -. ¡Tal vez no cuiden este reloj! ¡Tal vez dejen que sus resortes se gasten, que sus mecanismos se atasquen! Pero ahora, voy a sostener con mis propias manos esta salud tan querida, porque no es necesario que yo muera, yo, el gran relojero de Ginebra. ¡Mira, hija mía, cómo avanzan esas agujas con paso seguro! ¡Mira, van a dar las cinco! ¡Escucha y mira la hermosa máxima que se ofrecerá a tus ojos!

Sonaron las cinco en el campanario del reloj con un ruido que resonó dolorosamente en el alma de Gérande, y en letras rojas aparecieron

estas palabras: Hay que comer los frutos del árbol de la ciencia.

Aubert y Gérande se miraban llenos de estupefacción. ¡Aquéllas no eran ya las leyendas ortodoxas del relojero católico! Era preciso que el aliento de Satán hubiera pasado por allá. Pero Zacarías no se preocupaba, y continuó:

-¿Oyes, Gérande mía? ¡Yo vivo, vivo todavía! ¡Escucha mi respiración!, ¿No ves la sangre circular en mis venas?... No, no querrás matar a tu padre, y aceptarás a este hombre por esposo para que yo me vuelva inmortal y alcance por último el poder de Dios.

Ante estas palabras impías, la vieja Escolástica se santiguó y Pittonaccio lanzó un rugido de alegría.

-¡Además, Gérande, serás feliz con él! ¡Mira a este hombre! ¡Es el Tiempo! ¡Su existencia será regulada con una precisión absoluta! ¡Gérande,

puesto que yo te he dado la vida, devuelve la vida a tu padre!

-Gérande - murmuró Aubert -, yo soy tu prometido.

-¡Es mi padre! - respondió Gérande desplomándose sobre ella misma.

-¡Tuya es! - dijo maese Zacarías -. Pittonaccio, has de cumplir tu promesa.

-¡Toma la llave de este reloj! - respondió el horrible personaje.

Maese Zacarías se apoderó de aquella larga llave que se parecía a una culebra estirada, y corrió hacia el reloj, al que empezó a dar cuerda con una rapidez fantástica. El rechinamiento del muelle hacía daño en los nervios. El viejo relojero daba vueltas y más vueltas una y otra vez sin que su brazo se detuviese, y parecía que aquel movimiento de rotación era independien-

te de su voluntad. Dio vueltas de este modo, cada vez más deprisa y con contorsiones extrañas, hasta que cayó exhausto.

-¡Ya le he dado cuerda para un siglo! - exclamó.

Aubert salió de la sala como loco. Después de largos rodeos, encontró la salida de aquella morada maldita y se lanzó al campo. Volvió a la ermita de *Notre-Dame du Sex* y habló al santo hombre con palabras tan desesperadas que éste consintió acompañarle al castillo de Andernatt.

Si durante estas horas de angustia Gérande no lloró fue porque las lágrimas se habían agotado en sus ojos.

Maese Zacarías no había abandonado aquella inmensa sala. Iba a cada minuto a escuchar los latidos regulares del viejo reloj.

Mientras tanto, acababan de sonar las seis, y, para gran espanto de Escolástica, sobre la esfera de plata habían aparecido estas palabras: El hombre puede volverse igual a Dios.

El viejo no sólo no se sentía sorprendido por estas máximas impías, sino que las leía con delicia y se complacía en esos pensamientos de orgullo mientras Pittonaccio daba vueltas a su alrededor.

El acta de matrimonio debía firmarse a las doce de la noche. Gérande, casi inanimada, ya no veía ni oía. El silencio sólo era interrumpido por las palabras del viejo y por las risotadas de Pittonaccio.

Sonaron las once. Maese Zacarías se estremeció, y con voz sonora leyó esta blasfemia: El hombre debe ser esclavo de la ciencia, y por ella sacrificar padres y familia.

-Sí - exclamó -, sólo existe la ciencia en este mundo.

Las agujas serpenteaban sobre aquella esfera de hierro con silbidos de víbora, y el movimiento del reloj batía con golpes precipitados.

Maese Zacarías ya no hablaba. Había caído al suelo, lanzaba estertores, y de su pecho oprimido no salían más que estas palabras entrecortadas:

-¡La vida! ¡La ciencia!

Aquella escena tenía entonces dos nuevos testigos: el ermitaño y Aubert. Maese Zacarías permanecía tumbado en el suelo. Gérande, a su lado, más muerta que viva, rezaba...

De pronto, se oyó el ruido seco que precede al campanario de las horas.

Maese Zacarías se levantó.

-¡Las doce! - exclamó.

El ermitaño tendió la mano hacia el viejo reloj... y las doce de la noche no sonaron.

Maese Zacarías lanzó entonces un grito, que debió ser oído en el infierno, cuando aparecieron estas palabras: Quien trate de hacerse igual a Dios será condenado por toda la eternidad.

El viejo reloj estalló con un ruido de rayo, y el muelle saltó escapando a través de la sala con mil fantásticas contorsiones. El viejo se levantó, corrió detrás de él tratando en vano de atraparlo, y exclamó:

-¡Mi alma! ¡Mi alma!

El muelle saltaba delante de él, hacia un lado y hacia otro, sin que lograra atraparlo.

Por último, Pittonaccio se apoderó de él y, profiriendo una horrible blasfemia, desapareció bajo tierra.

Maese Zacarías cayó de espaldas. Estaba muerto.

El cuerpo del relojero fue inhumado en medio de los picos de Andernatt. Luego, Aubert y Gérande volvieron a Ginebra, y durante los largos años que Dios les concedió, se esforzaron por redimir con oraciones el alma del réprobo de la ciencia.

Una invernada entre los hielos

Capítulo I

El pabellón negro

El párroco de la vieja iglesia de Dunkerque se despertó a las cinco el 12 de mayo de 18..., para decir, siguiendo su costumbre, la primera misa a la que asistían algunos piadosos pescadores.

Revestido de sus hábitos sacerdotales, iba a dirigirse al altar cuando un hombre entró en la sacristía, alegre y asustado a la vez. Era un marino de unos sesenta años, pero todavía vigoroso y sólido, con cara buena y honrada.

-Señor cura – exclamó –, ¡alto ahí, por favor!

-¿Qué le pasa ya tan de mañana, Juan Cornbutte? – replicó el cura.

-¿Qué me pasa?... Unas ganas locas de saltar a su cuello ahora mismo.

-Bueno, después de la misa a la que usted va a asistir.

-¡La misa! – respondió riendo el viejo marino –. ¿Cree que va a decir ahora misa, y que yo se lo permitiré?

-¿Por que no habría de decir misa? – preguntó el cura –, ¡Explíquese! Ya ha sonado el tercer toque de campana...

-Haya sonado o no – contesto Juan Cornbutte – , sonará muchas veces más hoy, señor cura, porque usted me prometió bendecir con sus propias manos el matrimonio de mi hijo Luis y de mi sobrina María.

-¿Es que ha llegado? – preguntó alegremente el cura,

-Está a punto de hacerlo – respondió Cornbutte frotándose las manos –. ¡El vigía ha avistado al

alba nuestro *brick*, el mismo que usted bautizó con el hermoso nombre de *La joven audaz!*

-Le felicito de todo corazón, mi buen Cornbutte – dijo el cura despojándose de la casulla y de la estola –. Conozco nuestro pacto. El vicario me sustituirá, y yo estaré a disposición de usted para cuando llegue su querido hijo.

-¡Y yo le prometo que no le hará ayunar mucho tiempo! – respondió el marino –. Las amonestaciones ya fueron hechas por usted mismo, y no tendrá que hacer sino absolverle de los pecados que se pueden cometer entre el cielo y el agua en los mares del norte. Buena idea tuve al querer que la boda se celebrara el mismo día de la llegada y que mi hijo Luis sólo saliera de su *brick* para ir a la iglesia.

-Vamos, pues, a disponerlo todo, Cornbutte.

-Corro a hacerlo, señor cura. ¡Hasta luego!

El marino volvió de prisa a su casa, situada en el muelle del puerto mercante, y desde donde se divisaba el mar del Norte, cosa de la que se mostraba orgulloso.

Juan Cornbutte había amasado alguna fortuna en su trabajo. Después de haber mandado durante largo tiempo los navíos de un rico armador del Havre, se asentó en su villa natal, donde por su propia cuenta hizo construir el *brick La joven audaz*. Tuvo éxito en varios viajes al Norte, y el navío siempre logro vender a buen precio sus cargamentos de madera, de hierro y de alquitrán. Juan Cornbutte cedió entonces el mando a su hijo Luis, valiente marino de treinta años que, según decían todos los capitanes de cabotaje, era el marino más valiente de Dunquerque.

Luis Cornbutte había partido sintiendo un gran cariño por María, la sobrina de su padre, que encontraba muy largos los días de ausencia. María tenía veinte años apenas. Era una

hermosa flamenca, con algunas gotas de sangre holandesa en las venas. Su madre la había confiado al morir a su hermano Juan Cornbutte. Por eso el valiente marino la quería como a su propia hija, y veía en la proyectada unión una fuente de auténtica y duradera felicidad.

La llegada del *brick*, señalada a lo largo de los pasos marinos, remataba una importante operación comercial de la que Juan Cornbutte esperaba buenos beneficios. *La joven audaz*, que había salido hacía tres meses, volvía, como último lugar, de Bodoë, en la costa occidental de Noruega, y había realizado rápidamente su viaje.

Al volver al hogar, Juan Cornbutte encontró toda la casa en pie. María, con la frente radiante, se ponía su traje de novia.

-¡Con tal que el *brick* no llegue antes que nosotros! decía.

-Date prisa – respondió Juan Cornbutte –, porque los vientos proceden del norte y *La joven audaz* boga muy bien cuando está en alta mar.

-¿Están avisados nuestros amigos, tío? – preguntó María.

-¡Están avisados!

-¿Y el notario y el cura?

-¡Estate tranquila! Sólo tendremos que esperar-te a ti.

En ese momento entró el compadre Clerbaut.

-Bueno, amigo Cornbutte – exclamo, ¡esto sí que es suerte! Tu navío llega precisamente cuando el Gobierno acaba de sacar a subasta la adjudicación de grandes suministros de madera para la marina.

-¿Y a mí qué me importa eso? – respondió Juan Cornbutte -.¡Es cosa del Gobierno!

-Claro, señor Clerbaut – dijo María–, sólo hay una cosa que nos importa: el regreso de Luis.

-No niego que... – respondió el compadre –. Pero, en fin, esos suministros...

-Y usted vendrá a la boda – replicó Juan Cornbutte que interrumpió al comerciante y le estrecho la mano hasta hacerle daño.

-Esos suministros de madera...

-Y con todos nuestros amigos de tierra y nuestros amigos del mar, Clerbaut, ya he avisado a mi gente, e invitaré a toda la tripulación del *brick*.

-¿E iremos a esperarle a la estacada? – preguntó María.

-Ya lo creo – respondió Juan Cornbutte –. ¡Desfilaremos de dos en dos, con los violines al frente!

Los invitados de Juan Cornbutte llegaron sin tardanza. Aunque fuese muy temprano, nadie faltó a la llamada. Todos felicitaron a porfía al valiente marino, al que apreciaban. Mientras tanto, María, arrodillada, transformaba delante de Dios sus ruegos en agradecimiento. Pronto regresó, hermosa y adornada, a la sala común, y su mejilla fue besada por todas las comadres, su mano vigorosamente estrechada por todos los hombres; luego, Juan Cornbutte dio la señal de partida.

Fue un espectáculo curioso ver aquella jovial tropa tomar el camino del mar cuando el sol se alzaba. La noticia de la llegada del *brick* había circulado por el puerto y muchas cabezas con gorro de dormir se asomaron a las ventanas y a las puertas entreabiertas. Por todas partes llegaba un honesto cumplido o un saludo halagüeño.

La comitiva llegó a la estacada en medio de un concierto de alabanzas y de bendiciones. El tiempo se había puesto magnífico y el sol parecía ser uno más de la partida. Un buen viento del norte hacía espumear las olas, y algunas chalupas de pescadores que se dirigían hacia la salida del puerto surcaban el mar con su rápida estela entre las estacadas.

Las dos escolleras de Dunkerque que prolongan el muelle del puerto se adentran mucho en el mar. Las gentes de la comitiva ocupaban toda la anchura de la escollera del norte, y pronto llegaron a una pequeña casilla situada en su extremo, donde vigilaba el jefe del puerto.

El *brick* de Juan Cornbutte se había vuelto cada vez más visible. El viento refrescaba y *La joven audaz* corría velozmente bajo sus gavias, su mesana, su cangreja, sus juanetes y sus mastelerillos. La alegría debía reinar evidentemente tanto a bordo como en tierra, Juan Cornbutte, con

un catalejo en la mano, respondía alegre a las preguntas de sus amigos.

-¡Ahí viene mi hermoso *brick!* – exclamaba –. ¡Limpio y ordenado como al salir de Dunkerque! ¡Ni una avería! ¡Ni un cordaje de menos!

-¿Ve a su hijo, capitán? – le preguntaban.

-No, todavía no. ¡Estará dedicado a sus tareas!

-¿Por qué no iza su pabellón? – preguntó Clerbaut.

-No lo sé, amigo, pero sin duda tiene un motivo.

-Deme el catalejo, tío – pidió María arrancándole el instrumento de las manos –. Quiero ser la primera en divisarle.

-Pero señorita, ¡qué es mi hijo!

-Hace treinta años que es su hijo – respondió riendo la joven –, ¡y sólo dos que es mi prometido!

La joven audaz era completamente visible. La tripulación ya hacía sus preparativos de fondeo. Las velas altas habían sido cargadas. Podía reconocerse a los marineros que se lanzaban a los aparejos. Pero ni María ni Juan Cornbutte habían podido saludar con la mano todavía al capitán del *brick*.

-¡Ahí está el segundo, André Vasling! – exclamó Clerbaut.

-Y ahí Fidele Misonne, el carpintero de abra – dijo uno de los asistentes.

-¡Y nuestro amigo Penellan! – dijo otro, haciendo una señal al marino así llamado.

La joven audaz sólo se encontraba a tres cables del puerto cuando un pabellón negro ascendió a la punta de la cangreja... ¡Había luto a bordo!

Un sentimiento de terror corrió por todas las almas y asaltó el corazón de la joven novia.

El *brick* llegaba tristemente al puerto, y un silencio glacial reinaba sobre su puente. Pronto pasó la extremidad de la estacada. María, Juan Cornbutte y todos los amigos se precipitaron hacia el muelle en que iba a atracar, y un instante después estaban a bordo.

-¡Hijo mío! – exclamó Juan Cornbutte, que no pudo articular más que estas palabras.

Los marineros del *brick* le mostraron, con la cabeza descubierta, el pabellón de luto.

María lanzó un grito de angustia y cayó en brazos del viejo Cornbutte.

André Vasling había dirigido el regreso de *La joven audaz*; pero Luis Cornbutte, el novio de María, no estaba ya a bordo.

Capítulo

II

El proyecto de Juan Cornbutte

Cuando la joven confiada a los cuidados de caritativos amigos hubo abandonado el *brick*, el segundo, André Vasling, informó a Juan Cornbutte del horrible suceso que le privaba de ver nuevamente a su hijo, y que el diario de a bordo refería en estos términos:

«A la altura del Maelström¹, el 20 de abril, habiéndose puesto a la capa debido a una gran tempestad y a los vientos del suroeste, divisó señales de socorro que le hacía una goleta bajo el viento. La goleta, que había perdido la mesana, corría hacia el abismo con las velas plega-

das. El capitán Luis Cornbutte, viendo al navío encaminarse a una catástrofe inminente, resolvió ir a bordo. A pesar de los ruegos de su tripulación, hizo descender al mar la chalupa y bajó a ella con el marinero Cortrois y el timonel Pierre Nouquet. La tripulación los siguió con la vista hasta el momento en que desaparecieron en medio de la bruma. Llegó la noche. El mar se puso cada vez peor. *La joven audaz*, atraída por las corrientes que rondan por esos parajes, corría el riesgo de ser engullida por el Maelström. Se vio obligada a huir contra el viento. En vano cruzó durante varios días el lugar del siniestro; la chalupa del *brick*, la goleta, el capitán Luis y los dos marineros no volvieron a aparecer. André Vasling reunió entonces a la tripulación, tomó el mando del navío y puso vela hacia Dunkerque»

Después de haber leído este relato, seco como un simple hecho de abordó, Juan Cornbutte lloró largo tiempo y, si tuvo algún consuelo,

vino del pensamiento de que su hijo había muerto por querer socorrer a sus semejantes. Luego, el pobre padre abandonó aquel *brick* cuya vista le hacía daño y volvió desolado a su casa.

La triste noticia se difundió inmediatamente por todo Dunkerque. Los numerosos amigos del viejo marino fueron a ofrecerle sus vivas y sinceras condolencias. Luego, los marineros de *La joven audaz* dieron detalles más completos sobre el suceso, y André Vasling hubo de contar a María, en todos sus detalles, la abnegación de su prometido.

Juan Cornbutte reflexionó después de haber llorado, y al día siguiente mismo del fondeo, al ver entrar a André Vasling en su casa, le dijo:

-¿Está completamente seguro, André, de que mi hijo ha perecido?

-Sí, por desgracia, señor – respondió André Vasling.

-¿Hizo usted todas las búsquedas necesarias para encontrarle?

-¡Todas, sin que faltara ninguna, señor Cornbutte! Pero, por desgracia, es demasiado cierto que los dos marineros y él fueron engullidos por el abismo del Maelström.

-¿Le gustaría, André, seguir en el mando como segundo del navío?

-Eso dependerá del capitán, señor Cornbutte.

-El capitán seré yo, André – respondió el viejo marino -. Voy a descargar rápidamente mi navío, a preparar mi tripulación y a correr en busca de mi hijo.

-¡Su hijo ha muerto! – respondió André Vasling insistiendo.

-Es posible, André – replicó con viveza Juan Cornbutte –, pero también es posible que se haya salvado. Quiero registrar todos los puertos de Noruega adonde pudiera haber sido empujado, y cuando tenga la certeza de no volver a verle jamás, sólo entonces regresaré para morir aquí.

Comprendiendo que esta decisión sería inquebrantable, André Vasling no insistió más y se retiró.

Juan Cornbutte participó inmediatamente a su sobrina su proyecto, y vio brillar alguna luz de esperanza a través de sus lágrimas. Al espíritu de la joven no había llegado aún la idea de que la muerte de su prometido pudiera ser problemática; pero apenas fue lanzada esta nueva esperanza a su corazón, se entregó a ella sin reserva.

El viejo marino decidió que *La joven audaz* se haría al punto a la mar. Aquel *brick*, sólidamen-

te construido, no tenía avería ninguna que reparar. Juan Cornbutte hizo anunciar que si los marineros querían embarcar nuevamente, la composición de la tripulación no se alteraría. Sólo él sustituiría a su hijo en el mando del navío.

Ninguno de los compañeros de Luis Cornbutte faltó a la llamada, y allí había marineros audaces: Alain Turquette, el carpintero Fidele Misonne, el bretón Penellan, que sustituía a Pierre Nouquet como timonel de *La joven audaz*, y luego Gradlin, Aupic, Gervique, marineros valientes y experimentados.

Juan Cornbutte propuso de nuevo a André Vasling que ocupara su puesto a bordo. El segundo del *brick* era un hábil maniobrista, que había pasado su prueba llevando a *La joven audaz* a buen puerto. Sin embargo, no se sabe por qué motivo, André Vasling puso algunas dificultades y pidió tiempo para reflexionar.

-Como usted quiera, André Vasling – respondió Cornbutte –. Recuerde únicamente que si acepta será bienvenido entre nosotros.

Juan Cornbutte tenía un hombre adicto en el bretón Penellan, que durante mucho tiempo había sido compañero de viaje suyo. La pequeña María pasaba, en otro tiempo, las largas veladas de invierno en los brazos del timonel, mientras éste estaba en tierra. Por eso había conservado una amistad de padre hacia ella, que la joven le devolvía con amor filial. Penellan aceleró cuanto pudo el armamento del *brick*, con tanto mayor motivo cuanto que, en su opinión, André Vasling tal vez no había hecho todas las búsquedas posibles para dar con los naufragos, aunque le excusaba por la responsabilidad que sobre él pesaba como capitán.

No habían transcurrido ocho días cuando *La joven audaz* se encontraba presta para hacerse a la mar. En lugar de mercancías, fue completamente provisionada de carnes saladas, de ga-

Iletas, de barriles de harina, de patatas, de cerdo, de vino, de aguardiente, de café, de té, de tabaco.

Se fijó la partida para el 22 de mayo. La noche de la víspera, André Vasling, que aún no había contestado a Juan Cornbutte, se dirigió a su casa. Estaba todavía indeciso y no sabía qué partido tomar.

Juan Cornbutte no se hallaba en casa, aunque la puerta se encontraba abierta. André Vasling penetró en la sala común, que daba al cuarto de la joven, y allí el rumor de una animada conversación sorprendió su oído. Escuchó atentamente y reconoció las voces de Penellan y de María.

Sin duda, la discusión duraba hacía algún tiempo, porque la joven parecía oponer una inquebrantable firmeza a las observaciones del marino bretón.

-¿Qué edad tiene mi tío Cornbutte? – decía María.

-Unos sesenta años – respondía Penellan.

-¡Y bien!, ¿no va a afrontar el peligros para recuperar a su hijo?

-Nuestro capitán es todavía un hombre robusto – replicaba el marino -. Tiene un cuerpo de roble y músculos duros como un timón de recambio.¡Por eso no me preocupa nada ver que se hace a la mar!

-Mi buen Penellan – continuó María -, una persona es fuerte cuando ama. Además, tengo plena confianza en el apoyo del cielo. Usted me comprende y me ayudará.

-No – decía Penellan -. Es imposible, María. ¡Quién sabe adonde llegaremos y qué males tendremos que sufrir! ¡Cuántos hombres vigorosos he visto dejar su vida en esos mares!

-Penellan – continuó la joven –, no pasará nada, y si usted me rechaza, pensaré que ya no me quiere.

André Vasling había comprendido la resolución de la joven. Reflexionó un instante y decidió.

-Juan Cornbutte – dijo avanzando hacia el viejo marino que entraba en ese momento –, iré con ustedes. Las causas que me impedían embarcar han desaparecido y puede usted contar con mi dedicación.

-Nunca había dudado de usted, André Vasling – respondió Juan Cornbutte estrechándole la mano –. ¡María, hija! – llamó en voz alta.

María y Penellan aparecieron al punto.

-Aparejamos mañana al alba con la marea baja
– dijo el viejo marino –. Mi pobre María, ésta será la última noche que pasemos juntos.

-¡Tío! – exclamó María cayendo en brazos de Juan Cornbutte.

-María, con la ayuda de Dios, te traeré a tu prometido.

-Sí, nosotros encontraremos a Luis – añadió André Vasling.

-¿Es usted entonces de los nuestros? – preguntó vivamente Penellan.

-Si, Penellan, André Vasling será mi segundo – respondió Juan Cornbutte.

-¡Oh, oh! – exclamó el bretón con un aire singular.

-Y sus consejos nos serán útiles, porque es hábil y emprendedor.

-Pero usted nos da cien vueltas, capitán – respondió André Vasling –, porque todavía conserva tanto vigor como saber.

-Bueno, amigos míos, hasta mañana. Vayan a bordo y tomen las ultimas disposiciones. ¡Hasta luego, André! ¡Hasta luego, Penellan!

El segundo y el marinero salieron juntos. Juan Cornbutte y María permanecieron juntos. Muchas lágrimas se vertieron durante esa triste velada. Juan Cornbutte, viendo a María tan desolada, decidió adelantar la separación abandonando la casa al día siguiente sin avisarla. Por eso aquella misma noche le dio su último beso, y a las tres de la mañana se levantó.

La partida había atraído a la estacada a todos los amigos del viejo marino. El cura, que debía bendecir la unión de María y de Luis, fue a dar una ultima bendición al navío. Rudos apretones de mano se intercambiaron en silencio, y Juan Cornbutte subió a bordo.

La tripulación estaba completa. André Vasling dio las últimas ordenes. Se largaron velas y el *brick* se alejó rápidamente con una brisa de no-roeste, mientras el cura, de pie en medio de los espectadores arrodillados, ponía el navío entre las manos de Dios.

¿A dónde va ese navío? ¡Sigue la ruta peligrosa por la que se han perdido tantos naufragos! ¡No tiene destino cierto! ¡Debe esperar todos los peligros y saber enfrentarse a ellos sin vacilar! ¡Sólo Dios sabe donde podrá atracar! ¡Que Dios le guíe!

1. Remolino de la costa noruega.

Capítulo

Destellos de esperanza

III

En aquella época del año la estación era favorable y la tripulación esperaba llegar pronto al lugar del naufragio.

El plan de Juan Cornbutte se encontraba trazado. Contaba con hacer escala en las islas Feroe, donde el viento del norte podía haber llevado a los náufragos; luego, si se cercioraba de que no habían sido recogidos en ningún puerto de aquellos parajes, debía llevar sus búsquedas mas allá del mar del Norte, registrar toda la costa occidental de Noruega, hasta Bodoë, el lugar más cercano al naufragio, y más allá todavía si era preciso.

Contrariamente a la opinión del capitán, André Vasling pensaba que debían explorar primero las costas de Islandia; pero Penellan hizo observar que durante la catástrofe, la borrasca venía del oeste; lo cual, admitiendo la esperanza de que los desventurados no habían sido arrastrados hacia el abismo del Maelström,

permitía suponer que fueron empujados a la costa noruega.

Resolvieron por tanto, seguir aquel litoral lo mas cerca posible, a fin de reconocer algunas huellas de su paso.

Al día siguiente de la partida, Juan Cornbutte, con la cabeza inclinada sobre un mapa, se hablaba abismado en sus reflexiones cuando una pequeña mano se apoyó en su hombro y una dulce voz le dijo al oído:

-¡Tenga ánimo, tío!

Se volvió y quedó estupefacto. María le rodeaba con sus brazos.

-¡María! ¡Mi hija a bordo! – exclamo.

-La mujer bien puede ir en busca de su marido cuando el padre se embarca para salvar a su hijo.

-¡Desventurada María! ¿Cómo soportarás tú nuestras fatigas? ¿Sabes que tu presencia puede perjudicar nuestra búsqueda?

-No, tío, porque soy fuerte.

-¿Quién sabe dónde seremos arrastrados, María? Mira este mapa. Nos acercamos a estos parajes tan peligrosos, incluso para nosotros los marinos, curtidos en todas las fatigas del mar. Y tu, débil niña...

-Pero tío, soy de una familia de marinos. ¡Estoy acostumbrada a los relatos de combates y de tempestades! ¡Estoy junto a usted y a mi viejo amigo Penellan!

-¡Penellan! Ha sido él quien te ha escondido a bordo.

-Sí, tío, pero sólo cuando ha visto que yo estaba decidida a hacerlo sin su ayuda.

-¡Penellan! – gritó Juan Cornbutte.

Penellan entró.

-Penellan, lo hecho, hecho, pero recuerda que eres responsable de la existencia de María.

-Esté tranquilo, capitán – respondió Penellan –. La pequeña tiene fuerza y valor, y nos servirá de ángel guardián. Además, capitán, ya conoce usted mi idea: en este mundo todo va del mejor modo posible.

La joven fue instalada en un camarote que los marineros dispusieron para ella en pocos instantes y que hicieron lo más confortable posible.

Ocho días más tarde, *La joven audaz* hacía escala en las Feroe; pero las minuciosas exploraciones no dieron fruto alguno. Ningún naufrago, ningún resto de navío se había recogido en las costas. La noticia misma del suceso era completamente desconocida. El *brick* continuó su viaje, después de diez días de escala, hacia el 10 de

junio. El estado de la mar era bueno, los vientos firmes, El navío se vio rápidamente impulsado hacia las costas de Noruega, que exploró sin mejores resultados.

Juan Cornbutte resolvió dirigirse a Bodoë. Tal vez allí sabría el nombre del navío naufragado, en socorro del cual se habían precipitado Luis Cornbutte y sus dos marineros.

El 30 de junio el *brick* fondeaba en ese puerto.

Allí las autoridades entregaron a Juan Cornbutte una botella encontrada en la costa y que contenía el siguiente documento:

Este 2 de abril, a bordo del Froöern, después de haber sido abordados por la chalupa de *La joven audaz*, somos arrastrados por las corrientes hacia los hielos. ¡Que Dios tenga piedad de nosotros!

El primer impulso de Juan Cornbutte fue dar gracias al cielo. ¡Se encontraba tras las huellas de su hijo! El Froöern era una goleta noruega de la que hacía tiempo no se tenían noticias, pero que, evidentemente, había sido arrastrada hacia el norte,

No había tiempo que perder. *La joven audaz* fue preparada para afrontar los peligros de los mares polares. Fidele Misonne, el carpintero, la inspeccionó escrupulosamente y aseguró que su sólida construcción podría resistir el choque de los témpanos.

Gracias a las recomendaciones de Penellan, que ya había hecho la pesca de la ballena en los mares árticos, embarcaron a bordo mantas de lana, ropas de pieles, numerosos mocasines de piel de foca y madera necesaria para la fabricación de trineos destinados a correr por las llanuras de hielos. Aumentaron en gran propor-

ción las provisiones de alcohol y de carbón de tierra, porque era posible que tuvieran que invernar en algún punto de la costa groenlandesa. Asimismo, a precio caro y con gran esfuerzo, consiguieron cierta cantidad de limones, destinados a prevenir o curar el escorbuto, esa terrible enfermedad que diezma las tripulaciones en las regiones heladas. Todas las provisiones de viandas saladas, de galletas, de alcohol, aumentadas en prudente medida, comenzaron a llenar una parte de la cala del *brick*, porque el pañol no daba abasto. Asimismo se proveyeron de una gran cantidad de pernmican, preparación india que concentra muchos elementos nutritivos en un pequeño volumen.

Por orden de Juan Cornbutte se embarcaron a bordo de *La joven audaz* sierras destinadas a cortar los campos de hielo, así como picos y cuñas aptas para separarlos. El capitán dejó, para cuando llegasen a la costa groenlandesa, la

tarea de comprar los perros necesarios para el tiro de los trineos.

Toda la tripulación se entregó a estos preparativos y desplegó gran actividad. Los marineros Aupic, Gervique y Gradlin seguían con diligencia los consejos del timonel Penellan, que desde ese momento les indujo a no acostumbrarse a las ropas de lana, aunque la temperatura ya fuera baja en aquellas latitudes, situadas por encima del círculo polar.

Sin decir nada, Penellan observaba las menores acciones de André Vasling. Aquel hombre, holandés de origen, venía de no se sabe dónde, y, aunque buen marino, había hecho sólo dos viajes a bordo de *La joven audaz*. Penellan no podía reprocharle nada todavía, salvo ser demasiado solícito con María, pero le vigilaba de cerca.

Gracias a la actividad de la tripulación, el *brick* estuvo armado hacia el primero de julio, quince días después de su llegada a Bodoë. Era la épo-

ca favorable para intentar exploraciones en los mares árticos; el deshielo venía produciéndose hacía dos meses y las búsquedas podían realizarse más al norte. *La joven audaz* aparejó y se dirigió hacia el cabo Brewster, situado en la costa oriental de Groenlandia, a setenta grados de latitud.

Capítulo

IV

En los pasos

Hacia el 23 de julio, un reflejo elevado sobre el mar anunció los primeros bancos de hielos que, saliendo entonces del estrecho de Davis, se precipitaban al océano. A partir de este momento, se recomendó a los vigías una vigilancia muy activa, porque era importante no chocar con aquellas masas enormes.

La tripulación fue dividida en dos guardias; la primera estaba compuesta por Fidele Misonne, Gradlin y Gervique; la segunda, por André Vasling, Aupic y Penellan. Estas guardias no

debían durar más de dos horas, porque bajo esas frías regiones la fuerza del hombre queda disminuida en la mitad. Aunque *La joven audaz* sólo estuviese todavía a setenta y tres grados de latitud, el termómetro ya marcaba nueve grados centígrados bajo cero.

Con frecuencia caían la lluvia y la nieve en abundancia. Durante los claros, cuando el viento no soplaba con demasiada violencia, María permanecía en el puente, y sus ojos se acostumbraban a las rudas escenas de los mares polares.

El primero de agosto se paseaba por la popa del *brick* y hablaba con su tío, André Vasling y Penellan. *La joven audaz* entraba entonces en un paso de tres millas de ancho, por el que hileras de témpanos rotos bajaban rápidamente hacia el sur.

-¿Cuándo divisaremos la tierra? – preguntó la joven.

-Dentro de tres o cuatro días a más tardar – respondió Juan Cornbutte.

-¿Pero encontraremos en ella nuevos indicios del paso de mi pobre Luis?

-¿Tal vez, hija mía, pero mucho me temo que aun estemos lejos del término de nuestro viaje? Hemos de temer que el Froöern haya sido arrastrado más al norte.

-Así debe ser – añadió André Vasling –, porque la borrasca que nos separó del navío noruego duró tres días, y en tres días un navío hace mucho camino cuando está averiado al no poder resistir el empuje del viento.

-Permítame decirle, señor Vasling – respondió Penellan –, que fue en el mes de abril, que el deshielo no había comenzado entonces y que, por consiguiente, el Froöern debió ser detenido pronto por los hielos...

-Y sin duda se rompió en mil pedazos – respondió el segundo –, puesto que su tripulación ya no podía maniobrar.

-Pero esas llanuras de hielos – dijo Penellan – le ofrecían un medio fácil de alcanzar tierra, de la que no podía estar muy lejos.

-¡Esperémoslo! – dijo Juan Cornbutte interrumpiendo una discusión que se renovaba todos los días entre el segundo y el timonel –. Creo que veremos tierra dentro de poco.

-¡Ahí está! – exclamó María –. Miren esas montañas.

-No, hija mía – respondió Juan Cornbutte –. Son montañas de hielo, las primeras que encontramos. Nos aplastarían como si fuésemos guisanos si nos dejáramos atrapar entre ellas. Penellan y Vasling, vigilen la maniobra.

Aquellas masas flotantes que, en número superior a cincuenta, aparecían entonces en el horizonte se acercaron poco a poco al brick. Penellan tomó el gobernalle, y Juan Cornbutte, subido en las barras del juanete de proa, indicó la ruta a seguir.

Hacia el atardecer, el *brick* estaba completamente metido en aquellos escollos movedizos, cuya fuerza de aplastamiento es irresistible. Se trataba entonces de atravesar aquella flota de montañas porque la prudencia ordenaba avanzar. Otra dificultad se añadía a estos peligros: no podía comprobarse con utilidad la dirección del navío, pues todos los puntos circundantes se desplazaban sin cesar y no ofrecían ninguna perspectiva estable. La oscuridad aumentó al punto con la bruma. María bajó a su camarote y, por orden del capitán, los ocho hombres de la tripulación tuvieron que permanecer en el puente. Estaban armados con largos bicheros

provistos de puntas de hierro para preservar al navío del choque de los hielos.

La joven audaz entró al punto en un paso tan estrecho que a menudo la extremidad de sus vergas era rozada por las montañas a la deriva; sus botalones tuvieron que ser metidos. Se vieron obligados incluso a orientar la gran verga hasta rozar los obenques. Por suerte, esta medida no hizo perder al brick nada de su velocidad, porque el viento sólo podía alcanzar las velas superiores, y éstas bastaron para empujarlo con rapidez. Gracias a la finura de su casco, se hundió en aquellos valles que llenaban torbellinos de lluvia, mientras los témpanos chocaban entre sí con siniestros crujidos.

Juan Cornbutte bajó al puente. Sus miradas no podían taladrar las tinieblas circundantes. Fue necesario cargar las velas altas porque el navío amenazaba con chocar y en tal caso hubiera estado perdido.

-¡Maldito viaje! – gruñía André Vasling en medio de los marineros de proa que, con el bichero en la mano, evitaban los choques más amenazadores.

-Lo cierto es que si salimos de ésta, deberemos colocar una vela a Nuestra Señora de los Hielos -dijo Aupic.

-¡Quién sabe la cantidad de montañas flotantes que todavía nos queda por atravesar! – añadió el segundo.

-¡Y quién sabe lo que encontraremos tras ellas! – exclamó el marinero.

-No hables tanto, charlatán – dijo Gervique –, y vigila tu lado. ¡Cuándo hayamos pasado será el momento de refunfuñar! ¡Ten cuidado con el bichero!

En aquel momento, un enorme bloque de hielo, introducido en el estrecho paso que seguía

La joven audaz, se deslizaba rápidamente a contraborda; parecía imposible evitarlo porque obstaculizaba toda la anchura del canal y el *brick* se encontraba en la imposibilidad de virar.

-¿Sientes el timón? – preguntó Juan Cornbutte a Penellan.

-¡No, capitán! ¡El navío ya no gobierna!

-¡Vamos, muchachos! – grito el capitán a su tripulación -. No tengan miedo y apoyen con fuerza sus bicheros contra la borda.

El bloque tenía sesenta pies de alto aproximadamente, y si se lanzaba contra el *brick*, éste quedaría destrozada. Hubo un indefinible momento de angustia, y la tripulación se echó hacia atrás, abandonando su puesto a pesar de las órdenes del capitán.

Pero en el momento en que el bloque estaba sólo a medio cable de *La joven audaz*, se dejó oír

un ruido sordo y una verdadera tromba de agua cayó primero sobre la proa del navío, que se elevó luego en el lomo de una ola enorme.

Todos los marineros lanzaron un grito de terror; pero cuando sus miradas se dirigieron hacia proa, el bloque había desaparecido. El paso estaba libre y, más allá, una inmensa llanura blanca, iluminada por los últimos rayos del día, aseguraba una navegación fácil.

-¡Todo en este mundo va del mejor modo! – exclamo Penellan –. ¡Orientemos nuestras gaviotas y nuestra mesana!

Acababa de producirse un fenómeno muy común en estos parajes, Cuando esas masas flotantes se despegan unas de otras en la época del deshielo, bogan en un equilibrio perfecto; pero al llegar al océano, donde el agua es relativamente más caliente, no tardan en minarse

por la base, que se derrite poco a poco y que, además, es sacudida por el choque de otros témpanos, llega, pues, un momento en que el centro de gravedad de esas masas se encuentra desplazado, y entonces se dan la vuelta desmoronándose por completo. Si aquel bloque se hubiera dado la vuelta dos minutos más tarde se habría precipitado sobre el *brick* destrozándolo en su caída.

Capítulo

V

La isla Liverpool

El *brick* bogaba entonces por un mar casi completamente libre. Sólo en el horizonte una luz blancuzca, sin movimiento en esta ocasión, indicaba la presencia de llanuras inmóviles.

Juan Cornbutte seguía dirigiéndose hacia el cabo Brewster y se acercaba a regiones donde la temperatura es excesivamente fría porque los rayos del sol no llegan sino muy debilitados debido a su oblicuidad

El 3 de agosto el *brick* volvió a encontrarse en presencia de hielos inmóviles y unidos entre sí. Los pasos no tenían a menudo más que un cable de anchura, y *La joven audaz* se veía forzada a dar mil rodeos que a veces la colocaban contra el viento.

Penellan se ocupaba con una solicitud paternal de María, y a pesar del frío, la obligaba a subir todos los días para pasear dos o tres horas por el puente, porque el ejercicio se convertía en una de las condiciones indispensables de la salud.

Por otro lado, el valor de María no se debilitaba. Alentaba incluso a los marineros del *brick* con sus palabras, y todos sentían por ella verdadera adoración, André Vasling se mostraba más solícito que nunca y buscaba todas las ocasiones para hablar con ella; pero la joven, por una especie de presentimiento, no acogía sus servicios más que con cierta frialdad. Fácilmente se comprenderá que el futuro, más que el

presente, era el objeto de las conversaciones de André Vasling, que no ocultaba las pocas probabilidades que ofrecía el salvamento de los naufragos. Él pensaba que su pérdida era ahora un hecho confirmado y que la joven debía poner en manos de algún otro el cuidado de su existencia.

Sin embargo, María no había comprendido todavía los proyectos de André Vasling, porque, para gran disgusto de este último, estas conversaciones no se prolongaban mucho. Penellán siempre encontraba un medio de intervenir y destruir el efecto de las conversaciones de André Vasling con las palabras de esperanza que dejaba escapar de sus labios.

Por lo demás, María no permaneció sin hacer nada. Siguiendo los consejos del timonel, preparó sus ropas de invierno, y fue preciso cambiar por entero su vestimenta. El corte de sus vestidos de mujer no era apropiado para aquellas latitudes frías. Se hizo, por tanto, una espe-

cie de pantalón de piel, cuyos pies estaban guarnecidos de piel de foca, y sus estrechas faldas sólo le llegaban a media pantorrilla a fin de que no estuvieran en contacto con las capas de nieve con que el invierno iba a cubrir las llanuras de hielo. Una capa de piel, estrechada por la cintura y provista de un capuchón, le protegía la parte superior del cuerpo.

En el intervalo de sus trabajos, los hombres de la tripulación se confeccionaron también ropas capaces de resguardarles del frío. Hicieron gran cantidad de botas altas de piel de foca, que debían permitirles atravesar impunemente las nieves durante sus viajes de exploración. De este modo, trabajaron todo el tiempo que duró esta navegación por los pasos.

André Vasling, tirador muy diestro, abatió varias veces aves acuáticas, cuyas numerosas bandas daban vueltas en torno del navío. Una especie de *eiderduks* y de *ptarmigans* proporcio-

naron a la tripulación una carne excelente que les permitió descansar de las carnes saladas.

Al fin el *brick*, tras mil rodeos, llegó a la vista del cabo de Brewster. Echaron al mar una chalupe. Juan Cornbutte y Penellan ganaron la costa, que estaba absolutamente desierta.

En seguida, el *brick* se dirigió a la isla de Liverpool, descubierta en 1821 por el capitán Scoresby, y la tripulación lanzó gritos de júbilo al ver a los nativos acudir a la playa. Pronto se estableció comunicación entre ellos, gracias a algunas palabras que Penellan conocía de su lengua y a algunas frases usuales que ellos mismos habían aprendido de los balleneros que frecuentaban estos parajes.

Aquellos groenlandeses eran pequeños y regordetes, su estatura no pasaba de los cuatro pies y diez pulgadas; tenían la tez rojiza, la cara redonda y la frente baja; su pelo, liso y negro, les caía sobre la espalda; sus dientes estaban

estropeados, y parecían afectados por esa especie de lepra particular de las tribus ictiófagas¹.

A cambio de trozos de hierro y de cobre, por los que sienten gran avidez, aquellas pobres gentes entregaban pieles de oso, pieles de becerros marinos, de perros marinos, de lobos marinos y de todos esos animales generalmente comprendidos bajo el nombre de focas. Juan Cornbutte obtuvo a muy bajo precio todas estas pieles que iban a resultarle de gran utilidad,

El capitán hizo comprender entonces a los nativos que estaba buscando un navío naufragado y les preguntó si no tenían alguna noticia de él. Uno de ellos trazó inmediatamente sobre la nieve una especie de navío e indicó que un barco de aquella clase había sido arrastrado, hacía tres meses, en dirección norte; indicó también que el deshielo y la ruptura de los campos de hielos les habían impedido salir en su búsqueda, y, en efecto, sus piraguas, muy ligeras, que

maniobraban con pagayas, no podían afrontar el mar en aquellas condiciones.

Aunque imperfectas, estas noticias devolvieron la esperanza al corazón de los marineros, y a Juan Cornbutte no le costó ningún esfuerzo adentrarlos en el mar polar.

Antes de abandonar la isla de Liverpool, el capitán compró un tiro de seis perros esquimales, que pronto se aclimataron a bordo. El navío levó anclas el 10 de agosto por la mañana y con una fuerte brisa se hundió en los pasos del norte.

Aun no habían llegado a los días más largos del año, es decir, bajo esas elevadas latitudes, el sol, que no se ponía, alcanzaba el punto más alto de las espirales que describía por encima del horizonte.

Esta ausencia total de noche no era, sin embargo, muy sensible, porque la bruma, la lluvia y

la nieve rodeaban a veces al navío entre verdaderas tinieblas.

Decidido a ir lo más adelante que pudiese, Juan Cornbutte comenzó a tomar medidas de higiene. El entrepuente fue cerrado por completo y por la mañana se preocuparon de renovar el aire mediante corrientes. Se instalaron estufas, y los tubos se dispusieron de tal forma que dieran el mayor calor posible. Se recomendó a los hombres de la tripulación que no llevaran más que una camisa de lana encima de su camisa de algodón, y que cerrasen herméticamente su casaca de piel. Por lo demás, todavía no encendieron las calderas, porque importaba reservar las provisiones de madera y de carbón para los grandes fríos.

Regularmente se distribuyeron a los marineros, mañana y tarde, bebidas calientes, como el café y el té, y como era útil alimentarse de carnes, se dedicaron a la caza de patos y cercetas, que abundan en esos parajes.

También en la cima del mástil mayor instaló Juan Cornbutte un «nido de cornejas», especie de tonel hundido por un extremo, en el que siempre había un vigía para observar las llanuras de hielo.

Dos días después de que el *brick* hubiera perdido de vista la isla de Liverpool, la temperatura refrescó súbitamente bajo la influencia de un viento seco. Se percibieron algunos indicios del invierno, *La joven audaz* no tenía un momento que perder, porque pronto la ruta debía quedar absolutamente cerrada. Avanzó, pues, a través de los pasos que dejaban entre sí unas llanuras que tenían hasta treinta pies de espesor.

En la mañana del 3 de septiembre, *La joven audaz* llegó a la altura de la bahía de Gaël-Hamkes. La tierra se encontraba entonces a treinta millas a sotavento. Aquella fue la primera vez que el *brick* se detuvo ante un banco de hielo que no le ofrecía ningún paso y que medía por lo menos una milla de ancho. Hubieron

de emplear, por tanto, las sierras para cortar el hielo. Penellan, Aupic, Gradlin y Turquette se dedicaron al trabajo con aquellas sierras, que se habían instalado fuera del navío. El trazado de los cortes se hizo de tal modo que la corriente pudo llevarse los hielos desgajados del banco. Toda la tripulación reunida tardó casi veinte horas en aquella tarea. Los hombres hacían terribles esfuerzos para mantenerse sobre el hielo; con frecuencia se veían forzados a meterse en el agua hasta la cintura, y sus ropas de piel de foca no les preservaban sino muy imperfectamente de la humedad.

Por otro lado, bajo estas elevadas latitudes, todo trabajo excesivo muy pronto va seguido de una fatiga absoluta, porque falta la respiración y el más robusto se ve obligado a detenerse con frecuencia.

Por último, pudieron navegar libremente y el *brick* fue remolcado al otro lado del banco que durante tanto tiempo le había retenido.

1. Que se nutren exclusivamente de peces.

Capítulo

VI

El terremoto de hielos

Todavía durante algunos días, *La joven audaz* luchó contra obstáculos difíciles de superar. La tripulación tuvo casi siempre la sierra en la mano y a veces, incluso, se vio obligada a emplear la pólvora para hacer saltar los enormes bloques de hielo que cortaban el camino.

El 12 de septiembre el mar no pareció ya más que una llanura sólida, sin salida, sin paso, que rodeaba al navío por todos lados, de suerte que no podía avanzar ni retroceder. La temperatura media se mantenía en dieciséis grados bajo cero. Había llegado, por tanto, el momento de la invernada, y la estación de invierno venía con sus sufrimientos y sus peligros.

La joven audaz se encontraba entonces, aproximadamente, a 21° de longitud oeste y a 76° de latitud norte, a la entrada de la bahía de Gaël-Hamkes.

Juan Cornbutte hizo sus primeros preparativos de invernada. Ante todo, se ocupó de encontrar una caleta cuya posición pusiera el navío al abrigo de las ráfagas de viento y de los grandes deshielos. La tierra, que debía estar a una decena de millas al oeste, era la única que podía ofrecer abrigo seguro, y por eso decidió salir de exploración.

El 12 de septiembre se puso en marcha acompañado de André Vasling, de Penellan y de dos marineros, Gradlin y Turquette. Todos llevaban provisiones para dos días, porque no era probable que su excursión se prolongase más, e iban provistos de pieles de búfalo sobre las que debían acostarse.

La nieve, que había caído en gran abundancia, y cuya superficie no estaba helada, les retrasó considerablemente. A menudo se hundían hasta la cintura, y debían avanzar con extremada prudencia si no querían caer en las hendiduras. Penellan, que marchaba en cabeza, sondaba con mucho cuidado cada depresión del suelo mediante su bastón herrado.

Hacia las cinco de la tarde, la bruma comenzó a espesarse y el grupo hubo de detenerse. Penellan se ocupó de buscar un témpano que pudiera abrigoarlos del viento, y después de haber descansado algo, lamentando no disponer de ninguna bebida caliente, extendieron su piel de búfalo sobre la nieve, se envolvieron en ella, se apretaron unos contra otros el sueño pronto dominó sobre la fatiga.

Al día siguiente por la mañana, Juan Cornbutte y sus compañeros estaban sepultados bajo una capa de nieve de más de un pie de espesor. Por suerte, sus pieles, perfectamente impermeables,

los habían preservado, y aquella nieve había contribuido incluso a conservar el calor de los cuerpos al impedirle salir fuera.

Juan Cornbutte dio al punto la señal de partida y hacia mediodía sus compañeros y él divisaron por fin la costa, que al principio les costó distinguir. Algunos bloques de hielos, cortados perpendicularmente, se alzaban en la orilla; sus variadas cimas, de todas las formas y de todos los tamaños, reproducían en grande los fenómenos de la cristalización. Miríadas de pájaros acuáticos echaron a volar al acercarse los expedicionarios, y las focas, que se habían tumbado perezosamente sobre el hielo, se zambulleron de prisa.

-Palabra que no nos faltarán pieles ni caza – dijo Penellan.

-Esos animales parecen haber recibido ya la visita de los hombres – respondió Juan Corn-

butte –, porque en estos parajes completamente deshabitados no deberían mostrar tanto miedo.

-Sólo los groenlandeses frecuentan estas tierras – replicó André Vasling.

-No veo, sin embargo, ninguna huella de su paso; ni el menor campamento ni la menor choza – respondió Penellan, trepando a un pico elevado -. ¡Eh capitán! – gritó -. ¡Venga! Diviso una punta de tierra que nos libraré de los vientos del nordeste.

-¡Por aquí, hijos míos! – dijo Juan Cornbutte.

Sus compañeros le siguieron, y pronto todos se unieron a Penellan. El marinero había dicho la verdad. Una punta de tierra bastante elevada avanzaba como un promontorio, y, curvándose hacia la costa, formaba una pequeña bahía de una milla de profundidad como máximo. Algunos hielos móviles, rotos por aquella punta, flotaban en el medio, y la mar, abrigada de los

vientos más fríos, aun no estaba completamente helada.

Aquel lugar resultaba excelente para la inverna. Sólo quedaba llevar el navío hasta allí. Ahora bien, Juan Cornbutte observó que la llanura de hielo lindante era de gran espesor, y parecía muy difícil, entonces, abrir un canal para conducir el *brick* a su destino. Por tanto había que buscar alguna otra cala; pero resultó vano que Juan Cornbutte se adelantara hacia el norte. La costa seguía recta y abrupta en una gran longitud, y más allá de la punta se encontraba directamente expuesta a las ráfagas de viento del este. Esta circunstancia desconcertó al capitán, sobre todo cuando André Vasling le hizo ver, apoyándose en razones perentorias, lo mala que era la situación. A Penellan le costó mucho esfuerzo convencerse a sí mismo que, en aquella coyuntura, las quejas se hacían con la mejor voluntad.

Por lo tanto, el *brick* no tenía posibilidades de encontrar un lugar de internada más que en la parte meridional de la costa. Suponía volver atrás, pero no había motivo para titubeos. El pequeño grupo reemprendió el camino hacia el navío, y camino rápidamente porque los víveres comenzaban a escasear. A lo largo de la ruta, Juan Cornbutte buscó algún paso que fuese practicable, o al menos alguna fisura que permitiese cavar un canal a través de la llanura de hielo, pero todo fue en vano.

Hacia el atardecer, los marinos llegaron junto al témpano donde habían acampado la noche anterior. La jornada había transcurrido sin nieve, y aun pudieron reconocer la huella de sus cuerpos sobre el hielo. Todo estaba dispuesto, pues, para acostarse, y se tumbaron sobre sus pieles de búfalo.

Muy contrariado por el fracaso de su exploración, Penellan dormía bastante mal cuando, en un momento de insomnio, su atención fue

atraída por un fragor sordo. Prestó atención al ruido, y el fragor le pareció tan extraño que dio con el codo a Juan Cornbutte.

-¿Qué pasa? – pregunto este que, según la costumbre del marino, hizo despertar su inteligencia tan rápidamente como el cuerpo.

-¡Escuche, capitán! – respondió Penellan.

El ruido aumentaba con una violencia sensible.

-¡En una latitud tan elevada no puede ser el trueno! – dijo Juan. Cornbutte levantándose.

-Creo más bien que tenemos que vérnoslas con una manada de osos blancos – respondió Penellan.

-¡Diablo!, sin embargo todavía no los hemos visto.

-Antes o después – respondió Penellan – teníamos que encontrárnoslos. Empecemos por recibirlos bien.

Armado con un fusil, Penellan escaló con rapidez el bloque que les abrigaba. Como la oscuridad era muy espesa y el cielo estaba cubierto, no pudo descubrir nada; pero un nuevo incidente le demostró pronto que la causa del ruido no venía de los alrededores. Juan Cornbutte se le unió, y con espanto observaron que aquel fragor, cuya intensidad despertó a sus compañeros, se producía bajo sus pies.

Un peligro de una nueva especie llegaba amenazador. Al ruido, que pronto se parecía a los estallidos del trueno, se unió un movimiento de ondulación muy pronunciado del campo de hielo. Varios marineros perdieron el equilibrio y cayeron.

-¡Cuidado! – gritó Penellan.

-¡Sí! –le respondieron.

-¡Turquiette! ¡Gradlin!, ¿dónde estan?

-Aquí estoy – respondió Turquiette, agitando la nieve que ya le cubría.

-Por aquí, Vasling – grito Juan Cornbutte al segundo -. ¿Y Gradlin?

-¡Presente, capitán! ... ¡Pero estamos perdidos!
– exclamo Gradlin aterrado.

-No – dijo Penellan –, tal vez nos hayamos salvado.

Apenas acababa de decir estas palabras cuando se dejó oír un crujido espantoso. La llanura de hielo se quebró por todas partes y los hombres hubieron de aferrarse al bloque que oscilaba junto a ellos. A pesar de las palabras del timonel, se encontraban en una posición excesivamente peligrosa, porque se había producido un terremoto. Los témpanos acababan de «levar

anclas», según la expresión de los marineros. ¡El movimiento duró cerca de dos minutos, y era de temer que una grieta se abriese bajo los pies mismos de los desventurados marineros! Por eso esperaron el día en medio de un temor continuo, porque, so pena de perecer, no podían aventurarse a dar un paso. Permanecieron tumbados cuan largos eran para evitar ser engullidos.

A las primeras luces del día, a sus ojos se ofreció un cuadro completamente extraño. La vasta llanura, unida la víspera, se hallaba rota en mil puntos, y las olas levantadas por aquella conmoción submarina, habían quebrado la espesa capa que las recubría.

La idea de su *brick* vino a la mente de Juan Cornbutte.

-¡Mi pobre navío! – exclamo -. ¡Debe estar perdido!

La mas sombría de las desesperanzas comenzó a pintarse en el rostro de sus compañeros. La pérdida del navío entrañaba inevitablemente una muerte próxima.

-¡Valor, amigos míos! – continuó Penellan –. Piensen que el terremoto de esta noche nos ha abierto a través de los hielos un camino que permitirá llevar nuestro *brick* a la bahía de invernada. ¡Miren, no me equivoco! Ahí tienen a *La joven audaz*, que se ha acercado una milla hasta nosotros.

Todos se precipitaron hacia adelante, y con tanta imprudencia que Turquiette resbaló en una fisura y habría perecido irremediablemente si Juan Cornbutte no le hubiera agarrado por el capuchón. Se libró así de la muerte, recibiendo sólo un baño algo frío.

Efectivamente, el *brick* flotaba a dos millas de distancia. Después de esfuerzos infinitos, la pequeña tropa lo alcanzó. El *brick* estaba en

buen estado; pero su gobernalle, que habían olvidado quitar, se encontraba roto por los hielos.

Capítulo

VII

La instalación para la invernada

Penellan tenía razón una vez más; todo salía del mejor modo posible, y aquel terremoto de hielos había abierto al navío una ruta practicable hasta la bahía. Los marinos no tuvieron más que disponer hábilmente de las corrientes para dirigir por ellas los témpanos y seguir así una ruta.

El 19 de septiembre el *brick* quedó, por fin, fijado, con dos cables a tierra, en su bahía de invernada, y sólidamente anclado en un buen fondo. A partir del día siguiente, el hielo se había formado ya alrededor de su casco; pronto

se volvió lo bastante fuerte para soportar el peso de un hombre, y la comunicación pudo establecerse de modo directo con la tierra.

Según la costumbre de los navegantes árticos, el aparejo permaneció tal como estaba; las velas fueron cuidadosamente plegadas sobre las vergas y metidas en su funda, y el nido de cornejas se quedó en su sitio, tanto para permitir observar a lo lejos como para atraer la atención sobre el navío.

El sol ya apenas se levantaba por encima del horizonte. Desde el solsticio de junio, las espirales que había descrito eran cada vez más bajas, y no tardaría en desaparecer del todo.

La tripulación se apresuró a hacer sus preparativos. Penellan fue el gran ordenador de ellos. Pronto el hielo se espesó alrededor del navío, y era de temer que su presión resultase peligrosa; pero Penellan esperó a que, debido al vaivén de los témpanos flotantes y a su adherencia, hu-

biera alcanzado una veintena de pies de espesor; entonces le hizo cortar a bisel alrededor del casco, de modo que, por debajo del navío, cuya forma tomó, estuviese unido; enclavado en un lecho, el *brick* no tenía que temer, a partir de entonces, la presión de los hielos, que no podían hacer ningún movimiento.

Los tripulantes alzaron luego a lo largo de las cintas, y hasta la altura de las bordas, una muralla de cinco a seis pies de espesor que no tardó en endurecerse como una roca. Esta envoltura no permitía irradiar fuera el calor interior. Un toldo de lona, recubierto de pieles y herméticamente cerrado fue tendido a lo largo del puente y formó una especie de paseo cubierto para la tripulación.

Asimismo, en tierra construyeron un almacén con paredes de hielo, en el que amontonaron los objetos que atestaban el navío. Los tabiques de los camarotes fueron desmontados de modo que formaran una vasta habitación tanto a proa

como a popa. Esta pieza única era, además, más fácil de calentar, porque el hielo y la humedad encontraban menos rincones donde esconderse. Al mismo tiempo se podía airear sin dificultad mediante mangas de lona que se abrían por fuera.

Todos desplegaron una actividad extrema en estos diversos preparativos, y, hacia el 25 de septiembre, quedaron completamente terminados. André Vasling no se había mostrado el menos hábil en estas diversas instalaciones. Desplegó, sobre todo, una solicitud excesiva ocupándose de la joven, y aunque ésta, solo preocupada por su pobre Luis, no se dio cuenta, Juan Cornbutte comprendió pronto lo que pasaba. Habló de ello con Penellan; recordó varias circunstancias que le iluminaron por completo sobre las intenciones de su segundo; André Vasling amaba a María y esperaba pedírsela a su tío cuando ya no estuviera permitido dudar de la muerte de los náufragos: enton-

ces volverían a Dunkerque y André Vasling se quedaría muy satisfecho casándose con una muchacha hermosa y rica, ya que entonces sería la única heredera de Juan Cornbutte.

Pero, en su impaciencia, André Vasling careció a menudo de habilidad; en varias ocasiones había declarado inútiles las búsquedas emprendidas para encontrar a los naufragos, y a menudo un nuevo indicio venía a darle un mentís, que Penellan hacía resaltar con renovado placer. Por eso el segundo detestaba cordialmente al timonel, odio que Penellan le devolvía con creces. Este sólo temía una cosa: que André Vasling llegase a sembrar algún germen de discordia en la tripulación, e indujo a Juan Cornbutte a responderle con evasivas cuando llegase el momento.

Todos debieron hacer cada día un ejercicio saludable y no exponerse sin movimiento a la temperatura, porque con fríos de treinta grados bajo cero podía ocurrir que alguna parte del

cuerpo se helase súbitamente. En este caso, había que recurrir a fricciones de nieve, las únicas que podían salvar la parte afectada.

Penellan recomendó también el uso de abluciones frías todas las mañanas. Se necesitaba cierto valor para meter las manos y la cara en la nieve, que hacían deshelar en el interior del barco. Pero Penellan dio valientemente el ejemplo, y María no fue la última en imitarle.

Tampoco olvidó Juan Cornbutte las lecturas y las oraciones, porque se trataba de no dejar sitio en el corazón para la desesperación o el aburrimiento. No hay nada más peligroso en estas latitudes desoladas.

El cielo, siempre sombrío, llenaba el alma de tristeza, Una nieve espesa, azotada por vientos violentos, se sumaba al horror habitual. El sol iba a desaparecer pronto, Si las nubes no se hubieran amontonado encima de los navegantes, habrían podido gozar de la luz de la luna,

que durante esa larga noche de los Polos iba a convertirse realmente en su sol; pero con aquellos vientos del oeste, la nieve no cesó de caer. Todas las mañanas había que barrer los alrededores del navío y cortar de nuevo en el hielo una escalera que permitirse bajar a la llanura. Lo conseguían fácilmente con los cuchillos para nieve; una vez tallados los escalones, echaban en su superficie un poco de agua y se endurecía en seguida.

También hizo cavar Penellan un agujero en el hielo, no lejos del navío. Cada día rompían la nueva corteza que se formaba en la parte superior, y el agua que de allí sacaban a cierta profundidad estaba menos fría que en la superficie.

Todos estos preparativos duraron unas tres semanas. Después trataron de proseguir las búsquedas. El navío estaba aprisionado para seis o siete meses y sólo el próximo deshielo podía abrirle una nueva ruta a través de los

hielos. Por tanto tenían que aprovechar aquella inmovilidad forzosa para dirigir exploraciones hacia el norte.

Capítulo

VIII

Plan de exploración

El 9 de octubre Juan Cornbutte mantuvo consejo para trazar el plan de operaciones, y al fin de que la solidaridad aumentara el celo y valor de cada uno, admitió en la asamblea a toda la tripulación. Con el mapa en la mano, expuso con claridad la situación presente.

El lado oriental de Groenlandia avanza perpendicularmente hacia el norte. Los descubrimientos de los navegantes han proporcionado el límite exacto de estos parajes. En ese espacio de cinco leguas que separa, Groenlandia del Spitzberg, aun no se había explorado ninguna tierra. Una sola isla, la isla Shannon, se encontraba a un centenar de millas al norte de la ba-

hía de Gael-Hamkes, donde iba a invernar *La joven audaz*.

Por tanto, si el navío noruego, según todas las probabilidades, había sido arrastrado en aquella dirección, suponiendo que no hubiera logrado alcanzar la isla Shannon, Luis Cornbutte y los náufragos habían debido buscar asilo allí para el invierno.

Prevaleció esta opinión, a pesar de la oposición de André Vasling, y se decidió que dirigirían, las exploraciones al lado de la isla Shannon.

Inmediatamente se iniciaron los preparativos. En la costa de Noruega se habían procurado un trineo hecho a la manera de los esquimales, contruidos con tablas curvadas por delante y por detrás, y que servía para deslizarse por la nieve y el hielo. Tenía doce pies de largo por cuatro de ancho, y, por tanto, podía llevar provisiones para varias semanas en caso necesario. Fidele Misonne pronto lo puso en situación de

ser utilizado. Trabajo sobre él en el almacén de nieve al que habían sido trasladadas las herramientas. Por primera vez se montó una estufa de carbón en aquel almacén, porque sin ella todo trabajo hubiera sido imposible. El tubo de la estufa salía por una de las paredes laterales mediante un agujero excavado en la nieve; pero de esta disposición resultaba un grave inconveniente porque el calor del tubo hacía que se fundiese poco a poco la nieve en el lugar en que el tubo entraba en contacto con ella, y la abertura crecía a ojos vistas. A Juan Cornbutte se le ocurrió rodear esa porción de tubo con una tela metálica, cuya propiedad consiste en impedir la salida del calor. Y resultó perfecto.

Mientras Misonne trabajaba en el trineo, Pene-Ilan, ayudado por María, preparaba las ropas de recambio para la ruta. Afortunadamente abundaban las botas de piel de foca. Juan Cornbutte y André Vasling se ocuparon de las provisiones; cogieron un pequeño barril de

alcohol, destinado a calentar un hornillo portátil; tomaron en cantidad suficiente reservas de té y de café; una pequeña caja de galletas, doscientas libras de pemmican y algunas cantimploras de aguardiente completaron la parte alimentaria. La caza debía proporcionar cada día provisiones frescas. Cierta cantidad de pólvora fue repartida en varios saquitos. La brújula, el sextante y el catalejo fueron puestos al abrigo de cualquier choque.

El 11 de octubre el sol no reapareció sobre el horizonte. Se vieron obligados a tener encendida continuamente una lámpara en el lugar de la tripulación. No había tiempo que perder, debían iniciar las exploraciones, y he aquí por qué:

En el mes de enero, el frío sería tal que resultaría imposible poner fuera los pies sin peligro para la vida. Durante dos meses como mínimo, la tripulación se vería condenada al acuartelamiento más completo; luego comenzaría el deshielo, que se prolongaría hasta la época en

que el navío debiera abandonar los hielos. Ese deshielo impediría forzosamente cualquier exploración. Por otro lado, si Luis Cornbutte y sus compañeros todavía vivían, no era probable que pudiesen resistir los rigores de un invierno ártico. Por tanto era preciso salvarlos antes, o se perdería la última esperanza.

André Vasling sabía todo esto mejor que nadie. Por eso decidió aportar numerosos obstáculos a la expedición.

Los preparativos del viaje concluyeron hacia el 20 de octubre. Entonces hubo que escoger a los hombres que participarían en él. La joven no debía quedar sin la guarda de Juan Cornbutte o de Penellan. Pero ninguno de los dos podía faltar en la caravana.

El problema fue entonces saber si María soportaría las fatigas de semejante viaje. Hasta entonces había pasado por rudas pruebas sin sufrir mucho, ya que era hija de marino y estaba

habituada desde su infancia a las fatigas del mar. Realmente Penellan no se asustaba al verla, en medio de aquellos climas horribles, luchando contra los peligros de los mares polares.

Tras largas discusiones decidieron que la joven acompañaría a la expedición, y que, llegado el caso, se reservaría un sitio en el trineo, sobre el que se construyó una pequeña cabaña de madera herméticamente cerrada. En cuanto a María, vio todos sus deseos colmados, porque le resultaba muy desagradable la idea de separarse de sus dos protectores.

La expedición, por tanto, quedó formada de la siguiente manera: María, Juan Cornbutte, Penellan, André Vasling, Aupic y Fidele Misonne. Alain Turquette quedó especialmente encargado de la guardia del *brick*, en el que permanecerían también Gervique y Gradlin. Se prepararon nuevas provisiones de todo tipo porque Juan Cornbutte, a fin de conducir la exploración lo más lejos posible había decidido hacer

depósitos a lo largo del camino, cada siete u ocho días de marcha. Cuando el trineo estuvo preparado, lo cargaron inmediatamente, y fue recubierto con una tienda de pieles de búfalo. El conjunto formaba un peso de unas setecientas libras, que un tiro de cinco perros podía arrastrar con facilidad sobre el hielo.

El 22 de octubre, y siguiendo las previsiones del capitán, se produjo en la temperatura un cambio repentino. El cielo se aclaró, las estrellas lanzaron un resplandor muy vivo y la Luna brilló encima del horizonte para no dejarlo ya durante una quincena de días. El termómetro había descendido a veinticinco grados bajo cero. La partida se fijó para el día siguiente.

Capítulo

IX

La casa de nieve

El 25 de octubre, a las once de la mañana, con una hermosa Luna, la caravana se puso en marcha. Esta vez se habían tomado precauciones

para que el viaje pudiera prolongarse mucho tiempo si era preciso. Juan Cornbutte siguió la costa, remontando hacia el norte. Los pasos de los caminantes no dejaban huella alguna en aquel hielo resistente. Por eso, Juan Cornbutte se vio obligado a guiarse por puntos de referencia que escogió a lo lejos; unas veces caminaba sobre una colina completamente erizada de picos, otras sobre un enorme témpano que la presión había levantado encima de la llanura.

En el primer alto, tras una quincena de millas, Penellan hizo los preparativos de un campamento. La tienda fue adosada a un bloque de hielo. María no había sufrido demasiado con aquel riguroso frío, porque, por suerte, al calmarse la brisa, se hizo mucho más soportable; pero varias veces la joven había tenido que descender de su trineo para impedir que el embotamiento detuviese la circulación de su sangre. Por lo demás, su pequeña cabaña, tapizada de

pieles por el previsor Penellan, ofrecía todo el confort posible.

Cuando llegó la noche, o mejor dicho, el momento del descanso, aquella pequeña choza fue transportada bajo la tienda, donde sirvió de dormitorio a la joven. La cena se compuso de carne fresca, de pemmican y de té caliente. Juan Cornbutte, para prevenir los funestos efectos del escorbuto, hizo distribuir a toda su gente algunas gotas de zumo de limón. Luego todos se entregaron al sueño bajo la guarda de Dios.

Después de ocho horas de sueño, todos volvieron a su puesto de marcha. A los hombres y a los perros se les suministró un almuerzo sustancioso. Luego partieron. El hielo, excesivamente unido, permitía a los animales arrastrar el trineo con gran facilidad. A veces a los hombres les costaba seguirlo.

Pero un mal que varios hombres tuvieron pronto que sufrir fue el deslumbramiento. Au-

pic y Misonne comenzaron a padecer oftalmías. La luz de la Luna, al reflejarse sobre aquellas inmensas llanuras blancas, quemaba la vista y causaba en los ojos un escozor insoportable.

Se producía también un efecto de refracción bastante curioso. Al caminar, en el momento en que se creía poner el pie sobre un montículo, se descendía más abajo, lo cual ocasionaba frecuentes caídas, por fortuna sin gravedad, y que Penellan convertía en bromas. No obstante, recomendó no dar nunca un paso sin sondar antes el suelo con el bastón herrado con que todos iban provistos.

Hacia el primero de noviembre, diez días después de la partida, la caravana se encontraba a unas cincuenta leguas al norte. La fatiga empezaba a ser extrema para todo el mundo. Juan Cornbutte experimentaba deslumbramientos terribles y su vista se alteraba de modo evidente. Aupic y Fidele Misonne sólo caminaban a tientas porque sus ojos, bordeados de rojo,

parecían quemados por la reflexión blanca. María se había preservado de estos accidentes debido a su permanencia en la choza, donde se quedaba cuanto podía. Penellan, sostenido por un valor indomable, resistía todas estas fatigas. El que mejor se encontraba y sobre el que aquellos dolores, aquel frío, aquel deslumbramiento no parecían hacer mella era André Valsling. Su cuerpo de hierro estaba hecho a todas aquellas fatigas; entonces veía con placer cómo el desaliento ganaba a los más robustos, y ya preveía el momento, que no tardaría en llegar, en que tendrían que retroceder.

Así pues, el primero de noviembre, a causa de las fatigas, fue indispensable detenerse durante un día o dos.

Una vez que hubieron escogido el lugar del campamento, procedieron a su instalación, Resolvieron construir una casa de nieve, que apoyarían contra una de las rocas del promontorio. Fidele Misonne trazó inmediatamente las

bases, que medían quince pies de largo por cinco de ancho. Penellan, Aupic y Misonne, con la ayuda de sus cuchillos, recortaron vastos bloques de hielo que llevaron al lugar designado y los colocaron como unos albañiles hubieran hecho para construir un muro de piedra. Pronto, la pared del fondo alcanzó los cinco pies de altura con un espesor prácticamente igual, porque los materiales no faltaban e importaba que la obra resultara bastante sólida para durar algunos días. Los cuatro muros fueron acabados en unas ocho horas; en el lado sur habían dispuesto una entrada, y la lona de la tienda, que colocaron sobre aquellos cuatro muros, cayó hacia el lado de la entrada, tapándola. Ya no faltaba sino recubrir todo de anchos bloques, destinados a formar el techo de aquella efímera construcción.

Después de tres horas de un trabajo penoso, la casa quedó acabada, y todos se retiraron a ella presas de la fatiga y del desaliento. Juan Corn-

butte sufría hasta el punto de no poder dar un solo paso, y André Vasling explotó también su dolor que le arrancó la promesa de no proseguir su búsqueda en aquellas horribles soledades.

Penellan no sabía a qué santo encomendarse. Le parecía indigno y cobarde abandonar a sus compañeros por presunciones poco sólidas. Por eso trataba de destruirlas, pero resultó en vano.

Sin embargo, aunque hubieran decidido retroceder, el descanso resultaba tan necesario que durante tres días no hicieron ningún preparativo de partida.

El 4 de noviembre, Juan Cornbutte comenzó a enterrar en un punto de la costa las provisiones que no le resultaban necesarias. Una señal indicó el depósito, para el caso improbable de que nuevas exploraciones le llevaran hacia aquel lado. Cada cuatro días de marcha había dejado depósitos semejantes a lo largo de su ruta, cosa

que le aseguraba víveres para el regreso sin darse el trabajo de transportarlos en el trineo.

Fijaron la partida para las diez de la mañana del día 5 de noviembre. La tristeza más profunda se había apoderado de la pequeña tropa. María apenas podía retener sus lágrimas al ver a su tío tan desalentado. ¡Tantos sufrimientos inútiles, tantos trabajos perdidos! En cuanto a Penellan, estaba de un humor asesino; enviaba a todo el mundo al diablo y no cesaba, en cada ocasión, de irritarse contra la debilidad y la cobardía de sus compañeros, más tímidos y más cansados, según decía, que María, que iría al fin del mundo sin quejarse.

André Vasling no podía ocultar el placer que le causaba aquella determinación. Se mostró más solícito que nunca con la joven, a la que dio esperanzas, incluso, diciendo que después del invierno efectuarían nuevas exploraciones, ¡sabiendo de sobra que entonces sería ya demasiado tarde!

Sepultados vivos

La víspera de la partida, en el momento de cenar, Penellan estaba ocupado en romper cajas vacías para meter los pedazos en la estufa, cuando de pronto se vio sofocado por una espesa humareda. En el mismo momento, la casa de nieve fue como sacudida por un terremoto. Todos lanzaron un grito de terror, y Penellan se precipitó fuera.

La oscuridad era completa. Una tempestad espantosa, porque no se trataba de un deshielo, estallaba en aquellos parajes. Torbellinos de nieve se abatían con una violencia extrema, y el frío era tan excesivo que el timonel sentía sus manos helarse rápidamente. Se vio obligado a volver a entrar después de haberse frotado con nieve.

-Es la tempestad – dijo –. Quiera el cielo que nuestra casa resista, ¡porque si el huracán la destruye estaremos perdidos!

Al mismo tiempo que las ráfagas se desencadenaban en el aire, un ruido espantoso se producía bajo el suelo helado; los témpanos, rotos en la punta del promontorio, chocaban con estrépito y se precipitaban unos sobre otros; el viento soplaba con tal fuerza que a veces parecía que la casa entera se desplazaba; luces fosforescentes, inexplicables en aquellas latitudes, corrían a través del torbellino de nieve.

-¡María, María! – exclamó Penellan, tomando las manos de la joven.

-¡Esta vez estamos atrapados! – dijo Fidele Misonne.

-¡Y no sé si escaparemos de ésta! – replicó Aupic.

-¡Abandonemos esta casa de nieve! – dijo André Vasling.

-¡Es imposible! – contesto Penellan -. El frío es espantoso fuera; tal vez permaneciendo aquí podemos afrontarlo.

-Deme el termómetro – dijo André Vasling.

Aupic le pasó el instrumento, que marcaba diez grados bajo cero en el interior, aunque el fuego estaba encendido. André Vasling levantó la lona que caía delante de la abertura y lo deslizó fuera deprisa, porque hubiera podido ser herido por los trozos de hielo que el viento levantaba y que caían en una auténtica granizada.

-Y bien, señor Vasling – dijo Penellan –, ¿todavía sigue usted queriendo salir?... Ya ve que es aquí donde estamos más seguros.

-Sí – añadió Juan Cornbutte –, y debemos emplear todos nuestros esfuerzos en consolidar por dentro esta casa.

-Pero hay un peligro más terrible todavía que nos amenaza – dijo André Vasling.

-¿Cuál? – pregunto Juan Cornbutte.

-Que el viento rompa el hielo sobre el que estamos, como ha roto los témpanos del promontorio, y que nos veamos arrastrados o sumergidos.

-Eso me parece difícil – respondió Penellan –, porque hiela de tal forma que todas las superficies líquidas están heladas... Veamos qué temperatura hay.

Levanto la lona de forma que solo pasase el brazo, le costo algo encontrar el termómetro en medio de la nieve; pero al fin consiguió apoderarse de él, y acercándolo a la lámpara dijo:

-Treinta y dos grados bajo cero. Es el mayor frío que hemos soportado hasta ahora.

-Con diez grados más – añadió André Vasling – el mercurio tendrá que helarse.

Un sombrío silencio siguió a esta reflexión.

A las ocho de la mañana, Penellan trato de salir por segunda vez para juzgar la situación. Además, era preciso dar una salida al humo que el viento había lanzado varias veces al interior de la choza. El marino cerro herméticamente sus ropas, se aseguro la capucha mediante un pañuelo y levantó la lona.

La abertura estaba obstruida por capas de nieve. Penellan agarro su bastón herrado y logró hundirlo en aquella masa compacta; pero el terror heló su sangre cuando sintió que la extremidad de su bastón chocaba contra un cuerpo duro.

-Cornbutte – le dijo al capitán que se había acercado a él –, estamos enterrados bajo esta nieve.

-¿Qué dices? – exclamó Juan Cornbutte.

-Digo que la nieve se ha amontonado y helado a nuestro alrededor y encima de nosotros, ¡qué estamos enterrados vivos!

-Tratemos de empujar esa masa de nieve – respondió el capitán.

Los dos amigos se apoyaron contra el obstáculo que obstruía la puerta, pero no pudieron desplazarlo. La nieve formaba un témpano que tenía más de once pies de espesor y que se había solidificado con la casa.

Juan Cornbutte no pudo contener un grito que despertó a Misonne y a André Vasling. Un juramento estalló entre los dientes de este último, cuyos rasgos se contrajeron.

En aquel momento, una humareda más espesa que nunca refluyó al interior al no encontrar ninguna salida.

-¡Maldición! – exclamo Misonne -. ¡El tubo de la estufa está tapado por el hielo!

Penellan volvió a agarrar su bastón y desmontó la estufa, después de haber arrojado nieve sobre los tizones para apagarlos, lo que produjo tal humareda que apenas se podía percibir la luz de la lámpara; luego, con el bastón, trato de despejar el orificio, pero en todas partes no encontró más que una roca de hielo.

Solo quedaba esperar un fin horrible, precedido de una agonía horrorosa. Introduciéndose en la garganta de los desventurados, la humareda provocaba en ello un dolor insostenible, y el aire no tardaría en faltarles.

María se levanto entonces y su presencia, que desesperaba a Juan Cornbutte, devolvió algún

valor a Penellan. El timonel se dijo que aquella pobre niña no podía estar destinada a muerte tan horrible.

-Bueno – dijo la joven –, han hecho demasiado fuego. ¡La habitación está llena de humo!

-Sí, sí – respondió el timonel balbuceando.

-Ya se ve – continuó María –, porque no hace frío, e incluso hace mucho tiempo que no hemos experimentado tanto calor.

Nadie se atrevía a decirle la verdad.

-Veamos, María – dijo Penellan –, ayúdanos a preparar el almuerzo. Hace demasiado frío para salir.

-Aquí está el hornillo, el alcohol y el café. Vamos, ustedes, un poco de pemmican primero, ya que este maldito tiempo nos impide cazar.

Estas palabras reanimaron a sus compañeros.

-Comamos primero – añadió Penellan –, y luego veremos el medio de salir de aquí.

Penellan unió el ejemplo al consejo y devoró su porción. Sus compañeros le imitaron y bebieron luego una taza de café ardiendo, cosa que devolvió un poco de ánimo a sus corazones; luego, Juan Cornbutte decidió, con gran energía, que había que intentar inmediatamente algún medio de salvamento.

Fue entonces cuando André Vasling hizo esta reflexión:

-Si todavía dura la tempestad, cosa que es probable, debemos estar sepultados a diez pies bajo el hielo, porque no se oye ningún ruido de fuera.

Penellan miro a María, que comprendió la verdad, pero no tembló.

Lo primero que hizo Penellan fue poner la punta de su bastón herrado sobre la llama del hornillo hasta que se puso candente; luego lo introdujo, una tras otra, en las cuatro murallas de hielo, pero en ninguna encontró salida. Juan Cornbutte resolvió entonces excavar una abertura en la puerta misma. El hielo estaba tan duro que apenas lo cortaban los cuchillos. Los trozos que conseguían extraer pronto atestaron la choza. Al cabo de dos horas de este penoso trabajo, la galería excavada no tenía más que tres pies de profundidad.

Había, pues, que idear un medio más rápido y menos susceptible de sacudir la casa porque, a medida que avanzaban, el hielo, que se volvía duro, exigía esfuerzos más violentos para ser perforado. A Penellan se le ocurrió servirse del hornillo de alcohol para derretir el hielo en la dirección deseada. Era un medio aventurado, porque si el encarcelamiento tenía que prolongarse, aquel alcohol, del que los marinos solo

tenían una pequeña cantidad, les haría falta en el momento de preparar la comida. No obstante, el proyecto obtuvo el asentimiento de todos y fue puesto en práctica. Previamente excavaron un agujero de tres pies de profundidad por un pie de diámetro para recoger el agua que provendría del hielo derretido, y no tuvieron que arrepentirse de esa precaución, porque pronto el agua empezó a destilar bajo la acción del fuego, que Penellan paseaba a través de la masa de hielo.

La abertura fue excavándose poco a poco, pero no podían continuar mucho tiempo con tal género de trabajo porque el agua, al caer sobre la ropa, les calaba de arriba abajo. Al cabo de un cuarto de hora, Penellan se vio obligado a dejarlo y a retirar el hornillo para secarse él mismo. Misonne no tardó en ocupar su puesto, y no puso en él menos valor.

Después de dos horas de trabajo, aunque la galería ya tenía cincuenta pies de profundidad, el bastón herrado seguía sin encontrar salida.

-No es posible – dijo Juan Cornbutte – que la nieve haya caído en tal abundancia. Es preciso que haya sido amontonada por el viento en este punto. Tal vez habríamos debido pensar en escapar por otro lugar.

-No lo sé – respondió Penellan –. Aunque sólo sea para no desalentar a nuestros compañeros, debemos continuar excavando el muro en la misma dirección. Es imposible que no encontremos una salida.

-¿Nos quedaremos sin alcohol? - pregunto el capitán.

-Espero que no – respondió Penellan –, pero a condición, sin embargo, de que nos privemos de café o de bebidas calientes. Además, no es eso lo que más me preocupa.

-¿Qué es, Penellan? – pregunto Juan Cornbutte.

-Que nuestra lámpara va a apagarse por falta de aceite y que estarnos llegando al final de nuestros víveres. ¡En fin, que Dios nos ampare!

Luego Penellan fue a reemplazar a André Vasling que trabajaba con energía en la liberación común.

-Señor Vasling – le dijo –, voy a ocupar su sitio, pero le ruego que vigile bien para prevenir cualquier amenaza de desmoronamiento y tengamos tiempo de pararla

Había llegado el momento de descansar, y, cuando Penellan excavó un pie más de la galería, volvió a tumbarse junto a sus compañeros.

Al día siguiente, cuando los marinos se despertaron, se encontraron envueltos en una oscuridad completa. La lámpara se había apagado. Juan Cornbutte despertó a Penellan para pedirle el mechero, que éste le pasó. Penellan se levantó para encender el hornillo; pero al levantarse su cabeza chocó contra el techo de hielo. Quedó espantado, porque la víspera todavía podía permanecer de pie. Una vez encendido el hornillo, a la luz débil del alcohol se dio cuenta de que el techo había descendido un pie.

Penellan volvió al trabajo con rabia.

En aquel momento la joven, a los resplandores que proyectaba el hornillo en el rostro del timonel, comprendió que la desesperación y la voluntad luchaban sobre su ruda fisonomía. Se acercó a él, le tomó las manos y se las estrechó con cariño. Penellan sintió que recobraba el valor.

-¡Ella no puede morir así! – exclamó.

Volvió a apoderarse del hornillo y empezó nuevamente a arrastrarse por la estrecha abertura. Allí, con mano vigorosa, hundió su bastón herrado y no sintió resistencia. ¿Había llegado o las capas blandas de nieve? Retiró su bastón y un rayo brillante se adentró en la casa de hielo.

-¡Vengan, amigos! – gritó.

Y con los pies y las manos empujó la nieve, pero la superficie exterior no estaba deshelada como había creído. Con el rayo de luz, un frío violento penetró en la cabaña y se apoderó de todas las partes húmedas que se solidificaron en un momento. Con la ayuda de su cuchillo, Penellan agrandó la abertura y por fin pudo respirar aire libre. Cayó de rodillas para dar gracias a Dios y pronto se le unieron la joven y sus compañeros.

Una luna magnífica iluminaba la atmósfera, cuyo frío riguroso no pudieron soportar los marinos. Volvieron a entrar, pero antes Penellan miró a su alrededor. El promontorio no estaba ya allí, y la choza se encontraba en medio de una inmensa llanura de hielo. Penellan quiso dirigirse hacia el lado del trineo, donde estaban las provisiones: ¡el trineo había desaparecido!

La temperatura le obligó a entrar. No dijo nada a sus compañeros. Ante todo tenían que secar sus ropas, cosa que hicieron con la ayuda del hornillo de alcohol. El termómetro, que pusieron un momento en el exterior, bajó a treinta grados bajo cero.

Al cabo de una hora, André Vasling y Penellan decidieron afrontar el frío exterior. Se envolvieron en sus ropas todavía húmedas y salieron por la abertura, cuyas paredes ya habían adquirido la dureza de la roca.

Hemos sido arrastrados hacia el nordeste – dijo André Vasling orientándose por las estrellas que brillaban con un fulgor extraordinario.

-No habría mal en ello – respondió Penellan – si nuestro trineo nos hubiera acompañado.

-¿No está ya el trineo? – exclamó André Vasling – Entonces, ¡estamos perdidos!

-Busquemos – respondió Penellan.

Dieron la vuelta alrededor de la choza, que formaba un bloque de más de quince pies de altura. Una inmensa cantidad de nieve había caído durante la tempestad y el viento la había acumulado contra la única elevación que presentaba la llanura. El bloque entero había sido arrastrado por el viento, en medio de los témpanos helados, a más de veinticinco millas al nordeste, y los prisioneros habían sufrido el destino de su cárcel flotante. El trineo, soportado por otro témpano, había derivado, sin duda,

hacia otro lado, porque no se veía rastro alguno de él, y los los perros debían haber sucumbido en aquella espantosa tempestad.

André Vasling y Penellan sintieron que la desesperación se deslizaba en su alma. No se atrevían a volver a la casa de hielo. ¡No se atrevían a anunciar aquella fatal noticia a sus compañeros de infortunio! Treparon al bloque de hielo en que se encontraba excavada la gruta y no divisaron otra cosa que aquella inmensa blancura que los rodeaba por todas partes. El frío volvía rígidos sus miembros y la humedad de sus ropas se transformaba en témpanos que colgaban a su alrededor.

En el momento en que Penellan iba a bajar del montículo, echó una ojeada sobre André Vasling. Le vio mirar de pronto ávidamente hacia un lado, luego estremecerse y palidecer.

-¿Qué le pasa, señor Vasling? – le preguntó.

-No es nada – respondió éste –. Bajemos y procuremos abandonar cuanto antes estos parajes que nunca debimos haber pisado.

Pero en lugar de obedecer, Penellan volvió a subir y dirigió su vista hacia el lado que había atraído la atención del segundo. En él se produjo un efecto muy diferente, porque lanzó un grito de alegría y exclamo:

-¡Bendito sea Dios!

Al nordeste se elevaba una ligera humareda. No podía equivocarse. Allí respiraban seres animados. Los gritos de alegría de Penellan atrajeron a sus compañeros, y todos pudieron convencerse por sus propios ojos de que el timonel no se engañaba.

Inmediatamente, sin preocuparse por la falta de víveres, sin pensar en el rigor de la temperatura, cubiertos con sus capuchones, todos avanzaron deprisa hacia el lugar señalado.

La humareda se elevaba hacia el nordeste, y la pequeña tropa tomó rápidamente aquella dirección. La meta a alcanzar se encontraba a unas cinco o seis millas y resultaba muy difícil caminar hacia allí de modo directo. La humareda había desaparecido y ninguna elevación podía servir de punto de referencia porque la llanura de hielo estaba completamente unida. Era importante, sin embargo, no desviarse de la línea recta.

-Puesto que no podemos guiarnos por objetos alejados – dijo Juan Cornbutte –, el medio que utilizaremos es este: Penellan caminará delante, Vasling a veinte pasos tras él, yo a veinte pasos detrás de Vasling. Entonces podré juzgar si Penellan se aparta de la línea recta.

La marcha duraba ya media hora caminando de este modo cuando Penellan se detuvo de pronto y pregunto:

-¿No han oído nada?

-Nada – respondió Misonne.

-¡Qué raro! – dijo Penellan –. Me pareció que de aquel lado venían gritos.

-¿Gritos? – exclamó la joven –. Entonces es que estarnos cerca de nuestra meta.

-Esa no es una razón – respondió André Vasing –. Bajo estas latitudes elevadas y con estos fríos tan grandes, el sonido llega a distancias extraordinarias.

-Sea como fuere – dijo Juan Cornbutte –, sigamos caminando, porque si no nos helaremos.

-¡No! – exclamó Penellan –. ¡Escuchen!

Algunos sonidos débiles, pero sin embargo perceptibles, se dejaban oír. Aquellos gritos parecían gritos de dolor y de angustia, Se repitieron dos veces. Se hubiera dicho que alguien pedía ayuda. Luego todo volvió al silencio.

– No me he equivocado – dijo Penellan –. ¡Adelante!

Y echó a correr en dirección al lugar de donde provenían los gritos. Así caminó durante dos millas aproximadamente, y su estupefacción fue grande cuando divisó a un hombre tumbado en el hielo. Se acercó a él, lo levantó y alzó al cielo los brazos con desesperación. André Va-sling, que le seguía de cerca con el resto de los marineros, acudió y exclamó:

– ¡Es uno de los náufragos! Es nuestro marinero Cortrois.

– Está muerto – indicó Penellan – ¡muerto de frío!

Juan Cornbutte y María llegaron junto al cadáver, que el hielo ya había puesto rígido. La desesperación se pintó en todos los rostros. El muerto era uno de los compañeros de Luis Cornbutte.

-¡Adelante! – exclamó Penellan.

Todavía caminaron durante media hora, sin decir palabra, y alcanzaron a divisar una elevación del suelo, que con toda seguridad debía ser la tierra.

-Es la isla Shannon – dijo Juan Cornbutte. Al cabo de una milla distinguieron con nitidez una humareda que salía de una casa de hielo cerrada por una puerta de madera. Se pusieron a gritar. Dos hombres salieron fuera de la choza, y Penellan reconoció a Pierre Nouquet.

-¡Pierre! – exclamó. Este se había quedado como estupefacto, sin tener conciencia de lo que pasaba a su alrededor. André Vasling miraba con inquietud mezclada con cruel alegría a Pierre Nouquet, porque éste no reconocía a Luis Cornbutte.

-¡Pierre! ¡Soy yo! – exclamó Penellan -. ¡Somos tus amigos!

Pierre Nouquet volvió en sí y cayó en brazos de su viejo compañero.

-¿Y mi hijo? ¿Y Luis? – exclamó Juan Cornbutte con el acento de la desesperación más profunda.

Capítulo

XII

Regreso al buque

En aquel momento un hombre casi moribundo que salió de la choza se arrastró sobre el hielo. Era Luis Cornbutte.

-¡Hijo mío!

-¡Mi prometido!

Aquellos dos gritos brotaron al mismo tiempo, y Luis Cornbutte cayó desvanecido entre los brazos de su padre y de la joven, que le llevaron a la choza, donde sus cuidados le reanimaron.

-¡Padre! ¡María! – exclamó Luis Cornbutte –. Por lo menos los habré vuelto a ver antes de morir.

-¡Tu no morirás! – respondió Penellan –, porque todos tus amigos están a tu lado.

Era necesario que André Vasling sintiera mucho odio para no tender la mano a Luis Cornbutte, pero no se la tendió.

Pierre Nouquet no cabía en sí de alegría. Abrazaba a todo el mundo; luego echó madera en la estufa, y pronto la cabaña alcanzó una temperatura soportable.

En ella también había dos hombres que ni Juan Cornbutte ni Penellan conocían.

Eran Jocki y Herming, los dos únicos marineros noruegos que quedaban de la tripulación del *Froöern*.

-¡Amigos míos, nos hemos salvado! – dijo Luis Cornbutte -. ¡Padre mío! ¡María! ¡A cuántos peligros se han expuesto!

-No lo lamentamos, Luis mío – respondió Juan Cornbutte -. Tu *brick*, *La joven audaz*, está solidamente anclada en los hielos a sesenta leguas de aquí. Llegaremos a ella todos juntos.

-Cuando Cortrois vuelva – dijo Pierre Nouquet -, sí que se pondrá contento.

Un silencio triste siguió a esta reflexión, y Penellan informó a Pierre Nouquet y a Luis Cornbutte de la muerte de su compañero, al que había matado el frío.

-Amigos míos – dijo Penellan -, esperaremos aquí a que el frío disminuya. ¿Tienen víveres y madera?

-Sí, y quemaremos lo que nos queda del *Froöern*.

En efecto, el *Froöern* había sido arrastrado a cuarenta millas del lugar en que Luis Cornbutte invernaba. Allí fue destrozado por los témpanos que flotaban en el deshielo, y los náufragos se vieron arrastrados, con una parte de los restos con que habían construido su cabaña, a la orilla meridional de la isla Shannon.

Los náufragos eran entonces cinco: Luis Cornbutte, Cortrois, Pierre Nouquet, Jocki y Herming. En cuanto al resto de la tripulación noruega, se había hundido con la chalupa en el momento del naufragio.

Cuando Luis Cornbutte, arrastrado a los hielos, vio éstos cerrarse a su alrededor, tomó todas las precauciones para pasar el invierno. Era un hombre enérgico, de una gran actividad, así como de gran valor; pero a pesar de su firmeza, había sido vencido por aquel clima horrible, y, cuando su padre le encontró, no esperaba otra cosa que la muerte. Además, no había tenido que luchar sólo contra los elementos, sino

contra la mala voluntad de los dos marineros noruegos que, sin embargo, le debían la vida. Eran dos especie de salvajes, prácticamente inaccesibles a los sentimientos más naturales. Por eso, cuando Luis Cornbutte tuvo ocasión de hablar con Penellan, le recomendó que desconfiara de ellos. A cambio Penellan le puso al corriente de la conducta de André Vasling. Luis Cornbutte no lo podía creer, pero Penellan le demostró que, desde su desaparición, André Vasling siempre había actuado con el objetivo de asegurarse la mano de la joven.

Pasaron toda aquella jornada descansando y entregados al placer de volverse a ver. Fidele Misonne y Pierre Nouquet mataron algunas aves marinas, cerca de la casa, de la que no era prudente apartarse. Aquellos víveres frescos y el fuego que fue avivado devolvieron la fuerza a los más enfermos. Luis Cornbutte mismo experimentó una sensible mejoría. Era el primer momento de placer que experimentaban aquel-

las valerosas gentes. Por eso lo festejaron con entusiasmo, en aquella miserable cabaña, a seiscientas leguas en los mares del Norte, con un frío de treinta grados bajo cero.

Esta temperatura duró hasta el fin de la luna, y solo el 17 de noviembre, ocho días después de su reunión, Juan Cornbutte y sus compañeros pudieron pensar en la partida. No tenían ya el resplandor de las estrellas para guiarse, pero el frío era menos vivo, e incluso cayó un poco de nieve.

Antes de abandonar aquel lugar, cavaron una tumba para el pobre Cortrois. ¡Triste ceremonia que afectó vivamente a sus compañeros! Era el primero de ellos que no debía volver a ver su país.

Misonne había construido con las tablas de la cabaña una especie de trineo destinado al transporte de provisiones, y los marineros lo arrastraron alternándose. Juan Cornbutte diri-

gió la marcha por caminos ya conocidos. Los campamentos se organizaban, a la hora del descanso, con gran presteza. Juan Cornbutte esperaba reencontrar sus depósitos de provisiones, que se volvían casi indispensables con aquel aumento de cuatro personas. Por eso trató de no alejarse de la ruta.

Por una suerte providencial, recuperó su trineo, que había zozobrado junto con el promontorio en que todos habían corrido tantos peligros. Los perros, después de haber comido las correas para satisfacer su hambre, habían atacado las provisiones del trineo. Esto les había retenido, y fueron ellos mismos los que guiaron a la tropa hacia el trineo, donde aún había víveres en gran cantidad.

La pequeña tropa continuó su ruta hacia la bahía de internada. Los perros fueron uncidos al trineo y ningún nuevo incidente acaeció a la expedición.

Sólo comprobaron que Aupic, André Vasling y los noruegos se mantenían aparte y no se mezclaban con sus compañeros; pero, sin saberlo, eran vigilados de cerca. No obstante, aquel germen de disensión sembró más de una vez el terror en el alma de Luis Cornbutte y de Penellan.

Hacia el 7 de diciembre, veinte días después de su reunión, divisaron la bahía donde invernaba *La joven audaz*. ¡Cuál no sería su sorpresa al divisar al *brick* encaramado cerca de cuarenta metros en el aire sobre bloques de hielo! Corrieron, muy inquietos por sus compañeros, y fueron recibidos con gritos de alegría por Gervique, Turquette y Gradlin. Todos se encontraban con buena salud, y, sin embargo, también ellos habían corrido grandes peligros.

La tempestad se había dejado sentir en todo el mar polar. Los hielos habían sido rotos y desplazados, y, deslizándose unos sobre otros, habían invadido el lecho en que descansaba el

navío. Como su gravedad específica tiende a empujarlos fuera del agua, habían alcanzado una potencia incalculable, y el *brick* se encontró elevado de pronto fuera de los límites del mar.

Consagraron los primeros momentos a la alegría del regreso. Los marinos de la exploración se alegraban de encontrar todo en buen estado, cosa que les aseguraba un invierno rudo, sin duda, pero en última instancia soportable. El alzamiento no había estropeado el navío, y estaba perfectamente sólido. Cuando llegase la estación del deshielo, no habría que hacer otra cosa que deslizarlo sobre un plano inclinado, lanzarlo, en una palabra, a la mar que nuevamente estaría libre.

Pero una mala noticia ensombreció el rostro de Juan Cornbutte y de sus compañeros. Durante la terrible borrasca, el almacén de nieve construido sobre la costa había resultado completamente destrozado; los víveres que guardaba fueron dispersados y no había sido posible sal-

var la menor parte. Cuando supieron esta desgracia, Juan y Luis Cornbutte visitaron la cala y el pañol del *brick* para saber a qué atenerse sobre las provisiones que quedaban.

El deshielo no llegaría hasta el mes de mayo, y el *brick* no podía abandonar la bahía de invierno antes de esa época. Por tanto, tenían que pasar en medio de los hielos cinco meses, durante los cuales deberían alimentarse catorce personas. Una vez hechos los cálculos, Juan Cornbutte comprendió que, poniendo a todo el mundo a media ración, dispondrían de víveres como máximo hasta el momento de la partida. Según esto la caza resultaba imprescindible para conseguir alimentación en mayor abundancia.

Por temor a que se repitiese aquella desgracia, decidieron no depositar más provisiones en tierra. Todo quedó a bordo del *brick*, y asimismo dispusieron camas para los recién llegados en el alojamiento común de los marineros. Tur-

quiette, Gervique y Gradlin habían excavado, durante la ausencia de sus compañeros, una escalera en el hielo, que permitía llegar sin esfuerzo al puente del navío.

Capítulo

XIII

Los dos rivales

André Vasling había intimado con los dos marineros noruegos. Aupic también formaba parte de su banda, que por lo general se mantenía aparte, desaprobando en voz alta todas las nuevas medidas; pero Luis Cornbutte, al que su padre había entregado otra vez el mando del *brick*, no atendía razones en ese punto, y a pesar de los consejos de María, que le inducía a actuar con suavidad, hizo saber que quería ser obedecido en todo.

No obstante, dos días más tarde los dos noruegos consiguieron apoderarse de una caja de carne salada. Luis Cornbutte exigió que le fuera devuelta en el acto, pero Aupic se puso de

parte de ellos y André Vasling dio a entender, incluso, que las medidas sobre los víveres no podían durar mucho tiempo

No se trataba de probar a aquellos desventurados que se obraba en interés de todos, porque ellos lo sabían y no buscaban más que un pretexto para revelarse. Penellan avanzó hacia los dos noruegos, que sacaron sus cuchillos; pero, secundado por Misonne y Turquette, logró arrancarles de las manos la caja de carne salada. André Vasling y Aupic, viendo que el asunto se ponía contra ellos, no se mezclaron en el incidente. No obstante, Luis Cornbutte llevó aparte al segundo y le dijo:

-André Vasling, es usted un miserable. Conozco toda su conducta y sé adónde tienden sus actos; pero como me ha sido confiada la salvación de toda la tripulación, si alguno de ustedes piensa en conspirar para perderla, le apuñalo con mi propia mano.

-Luis Cornbutte – respondió el segundo –, le es lícito mostrar su autoridad, pero recuerde que la obediencia jerárquica no existe ya aquí y que sólo el más fuerte hace la ley.

La joven no había temblado ante los peligros de los mares polares, pero sintió miedo de aquel odio cuya causa era ella, y apenas si la energía de Luis Cornbutte pudo tranquilizarla.

Pese a esta declaración de guerra, las comidas se tomaron a las mismas horas y en común. La caza proporcionó todavía algunas ptarmigans y algunas liebres blancas; pero, con los grandes fríos que se acercaban, pronto les faltaría este recurso. Los fríos comenzaron en el solsticio, el 22 de diciembre, día en que el termómetro bajó a treinta y cinco grados bajo cero. Los hombres sentían dolores en los oídos, en la nariz, en todas las extremidades del cuerpo; se vieron dominados por un sopor mortal, mezclado a dolores de cabeza, y su respiración se volvía cada vez más difícil.

En tal estado ya no tenían valor para salir a cazar o hacer algún ejercicio. Permanecían acurrucados en torno a la estufa, que sólo les daba un calor insuficiente, y cuando se alejaban un poco de ella, sentían que su sangre se les enfriaba de súbito.

Juan Cornbutte vio gravemente comprometida su salud y no podía ya abandonar su alojamiento. Síntomas de escorbuto se manifestaron en él y sus piernas se cubrieron de manchas blancuzcas. La joven se encontraba bien y se preocupaba de cuidar a los enfermos con la solicitud de una hermana de la caridad. Por eso, todos aquellos valientes marineros la bendecían desde el fondo de su corazón.

El primero de enero fue uno de los días más tristes de la invernada. El viento era violento y el frío insoportable. No se podía salir sin exponerse a quedarse helado. Los más valientes debían limitarse a pasear sobre el puente abrigado por la tienda. Juan Cornbutte, Gervique y Gra-

dlin no se levantaron de la cama. Los dos noruegos, Aupic y André Vasling, cuya salud se sostenía, lanzaban miradas feroces sobre sus compañeros, a los que veían languidecer.

Luis Cornbutte llevó a Penellan al puente y le preguntó dónde estaban las provisiones de combustible.

-El carbón se ha agotado hace mucho – respondió Penellan – y vamos a quemar nuestros últimos trozos de madera.

Si no conseguimos combatir este frío – dijo Luis Cornbutte – estamos perdidos.

-Nos queda un medio – replicó Penellan -; quemar lo que podamos de nuestro *brick*, desde los empalletados hasta la línea de flotación, e incluso, llegado el caso, podemos demolerlo entero y construir un barco más pequeño.

-Es un medio extremo – respondió Luis Cornbutte –, y siempre habrá tiempo de utilizarlo cuando nuestros hombres recuperen el vigor, porque – dijo en voz baja – nuestras fuerzas disminuyen, mientras las de nuestros enemigos parecen aumentar. ¡Es incluso bastante extraordinario!

-Es cierto – dijo Penellan –, y sin la precaución que tenemos de velar día y noche, no sé lo que nos pasaría.

-Tomemos las hachas – dijo Luis Cornbutte – y vayamos a por nuestra cosecha de leña.

A pesar del frío, las dos subieron a los empalmeados de proa y abatieron toda la madera que no era de utilidad indispensable para el navío, Luego volvieron con aquella nueva provisión. La estufa fue atiborrada de nuevo y un hombre quedó de guardia para impedir que se apagase.

Pronto, sin embargo, Luis Cornbutte y sus amigos no daban más de sí. No podían confiar ningún detalle de la vida común a sus enemigos. Encargados de todos los cuidados domésticos, en seguida vieron agotarse sus fuerzas. En Juan Cornbutte se declaró el escorbuto y sufría dolores intolerables. Gervique y Gradlin comenzaron a tenerlo también. Sin la provisión de zumo de limón, que tenían en abundancia, aquellos desgraciados hubieran sucumbido pronto a sus sufrimientos. Por eso no se les escatimó aquel remedio soberano.

Pero un día, el 15 de enero, cuando Luis Cornbutte bajó al pañol para renovar su provisión de limones, quedó estupefacto al ver que los barriles en que estaban guardados habían desaparecido. Subió al lado de Penellan y le dio parte de esta nueva desgracia. Se había cometido un robo y era fácil reconocer a los autores. ¡Luis Cornbutte comprendió entonces por qué se sostenía la salud de sus enemigos! Los suyos

no tenían ya fuerzas suficientes para arrancarles aquellas provisiones, de las que dependían su vida y la de sus compañeros, y por primera vez quedó sumido en una sombría desesperación.

Capítulo

XIV

Suprema angustia

El 20 de enero la mayor parte de aquellos infortunados no tuvieron las fuerzas necesarias para dejar su cama. Cada uno de ellos, además de sus mantas de lana, disponía de una piel de búfalo como protección contra el frío; pero en el momento en que trataba de sacar el brazo al aire, sentía tal dolor que tenía que volver a meterlo al instante.

Sin embargo, cuando Luis Cornbutte encendió la estufa, Penellan, Misonne y André Vasling salieron de su cama y fueron a acurrucarse junto al fuego. Penellan preparó café ardiendo y

recuperaron algunas fuerzas, así como María, que fue a compartir su almuerzo.

Luis Cornbutte se acercó a la cama de su padre, que estaba casi paralizado y cuyas piernas se hallaban quebrantadas por la enfermedad. El viejo marino murmuraba algunas palabras sin ilación, que desgarraban el corazón de su hijo.

-¡Luis! – decía -. ¡Voy a morir! ... ¡Oh, cuánto sufro! ... ¡sálvame!

Luis Cornbutte tomó una resolución decisiva. Fue hacia el segundo y le dijo, logrando contenerse a duras penas:

-¿Sabe dónde están los limones, Vasling?

-En el pañol, supongo – respondió el segundo sin inmutarse.

-Sabe de sobra que allí ya no están, porque usted los ha robado.

-Usted es el jefe, Luis Cornbutte – respondió irónicamente André Vasling –, y le está permitido decir y hacer todo lo que quiera.

-Por piedad, Vasling, mi padre se muere. Usted puede salvarle. ¡Responda!

-No tengo nada que responder – respondió Vasling.

-¡Miserable! – exclamó Penellan lanzándose contra el segundo con el cuchillo en la mano.

-¡A mí los míos! – gritó André Vasling retrocediendo.

Aupic y los dos marineros noruegos saltaron de sus camas y se pusieron tras él. Misonne, Turquette, Penellan y Luis se prepararon para defenderse. Pierre Nouquet y Gradlin, aunque muy doloridos, se levantaron para secundarles.

-Todavía son más fuertes que nosotros – dijo entonces André Vasling –. No queremos batirnos sino a golpe seguro.

Los marinos se encontraban tan debilitados que no se atrevieron a precipitarse sobre aquellos cuatro miserables, porque en caso de fracaso estaban perdidos.

-André Vasling – dijo Luis Cornbutte con una voz sombría –, si mi padre muere, tú le habrás matado, y yo te mataré como a un perro.

André Vasling y sus cómplices se retiraron a la otra punta del alojamiento y no respondieron.

Hubo entonces que renovar la provisión de madera y, a pesar del frío, Luis Cornbutte subió al puente y se puso a cortar una parte de los empalletados del *brick*, pero se vio obligado a volver al cabo de un cuarto de hora porque corría el peligro de caer fulminado por el frío. Al pasar, echó un vistazo sobre el termómetro

exterior y vio el mercurio helado. El frío había superado por tanto los cuarenta y dos grados bajo cero. El tiempo era seco y claro, y el viento soplaba del norte.

El 26 el viento cambió, procedía del nordeste, y el termómetro marcó fuera treinta y cinco grados, Juan Cornbutte estaba en la agonía, y su hijo había buscado en vano algún remedio a sus dolores. Sin embargo, aquel día, lanzándose de improviso sobre André Vasling, consiguió arrancarle un limón que éste se aprestaba a chupar. André Vasling no dio un paso para recuperarlo. Parecía esperar la ocasión de cumplir sus odiosos proyectos.

El zumo de limón devolvió alguna fuerza a Juan Cornbutte, pero habría sido necesario continuar con aquel remedio. La joven fue a suplicar de rodillas a André Vasling, que no le respondió, y muy pronto oyó Penellan al miserable decir a sus compañeros:

-¡El viejo está moribundo! Gervique, Gradlin y Pierre Nouquet apenas si están mejor. Los otros van perdiendo día a día su fuerza. ¡Se acerca el momento en que sus vidas nos pertenecerán!

Entre Luis Cornbutte y sus compañeros se decidió entonces no esperar más y aprovechar la poca fuerza que les quedaba. Resolvieron actuar la noche siguiente y matar a aquellos miserables para no ser matados por ellos.

La temperatura se había elevado un poco. Luis Cornbutte se aventuró a salir con su fusil para traer alguna pieza de caza.

Se apartó unas tres millas del navío, y, engañado frecuentemente por los efectos de espejismo o de refracción, se alejó más de lo que hubiera querido. Era imprudente porque en el suelo aparecían huellas recientes de animales feroces. Luis Cornbutte no quiso, sin embargo, volver sin llevar algo de carne fresca, y prosiguió su ruta; pero entonces experimentaba la

sensación singular de que le daba vueltas la cabeza. Era lo que se llama «el vértigo blanco».

En efecto, la reflexión de los montículos de hielo y de la llanura le dominaba de la cabeza a los pies, y le parecía que aquel color penetraba en él y le causaba un desabrimiento irresistible. Sus ojos estaban impregnados de él, su mirada se desviaba. Creyó que iba a volverse loco como consecuencia de aquella blancura. Sin darse cuenta de este efecto terrible, continuó su camino y no tardó en levantar un ptargiman, que persiguió con ardor. Pronto cayó el pájaro, y, cuando iba a recogerlo, Luis Cornbutte, al saltar de un tímpano a la llanura, cayó pesadamente, porque había dado un salto de diez pies cuando la refracción le hacía pensar que sólo tenía que saltar dos. El vértigo se apoderó entonces de él, y, sin saber por qué, se puso a pedir ayuda durante algunos minutos, aunque no se hubiera roto nada en su caída. Al comenzar a in-

vadirle el frío, le volvió el sentimiento de conservación y se levantó penosamente.

De pronto, sin que supiera cómo, un olor a grasa quemada se adueñó de su olfato. Como estaba en el viento del navío, supuso que el olor venía de allí, y no comprendió con qué objeto podía quemarse aquella grasa, porque era muy peligroso, dado que la emanación podía atraer a manadas de osos blancos.

Luis Cornbutte continuó, pues, su camino hacia el *brick*, presa de una preocupación que, en su espíritu sobreexcitado, pronto degeneró en terror. Le pareció que masas colosales se movían en el horizonte, y se preguntó si no se estaba produciendo algún terremoto de hielos. Varias de aquellas masas se interpusieron entre él y el navío, y creyó ver que se alzaban en los flancos del *brick*. Se detuvo para mirarlas con más atención, y su terror fue extremo cuando reconoció una manada de osos gigantescos.

Aquellos animales habían sido atraídos por aquel olor a grasa que había sorprendido a Luis Cornbutte. Este se refugió detrás de un montículo, y contó tres que no tardaron en escalar los bloques de hielo sobre los que descansaba *La joven audaz*.

Nada le permitió suponer que aquel peligro se conociese en el interior del navío, y una angustia terrible encogió su corazón. ¿Cómo enfrentarse a aquellos temibles enemigos? ¿André Vasling y sus compañeros se unirían a los demás hombres de a bordo ante aquel peligro común? Penellan y los otros, semiprivados de alimento, embotados por el frío, ¿podrían resistir a aquellos temibles animales, excitados por un hambre insatisfecha? ¿No serían sorprendidos, además, por un ataque imprevisto?

Luis Cornbutte hizo estas reflexiones en un instante. Los osos habían escalado los témpanos y subían al navío. Luis Cornbutte pudo entonces abandonar el bloque que le protegía, se

acercó arrastrándose sobre el hielo, y pronto consiguió ver a los enormes animales desgarrar la tienda con sus patas y saltar al puente. Luis Cornbutte pensó en disparar un tiro para advertir a sus compañeros; pero si éstos subían sin estar armados, serían destrozados inevitablemente, y nada indicaba que tuviesen conocimiento de aquel nuevo peligro.

Capítulo

XV

Los osos blancos

Después de la marcha de Luis Cornbutte, Penellan había cerrado cuidadosamente la puerta del alojamiento, que se abría al pie de la escalera del puente. Regresó junto a la estufa, que se encargó de vigilar, mientras sus compañeros volvían a la cama para encontrar en ella un poco de calor.

Eran entonces las seis de la noche y Penellan se puso a preparar la cena. Bajó al pañol para buscar la carne salada, que quería reblandecer en

agua hirviendo. Cuando volvió a subir, encontró su sitio ocupado por André Vasling, que había puesto a cocer en el barreño unos trozos de grasa.

-Yo estaba aquí antes que usted – dijo brusca-mente Penellan a André Vasling -. ¿Por que ha ocupado mi sitio?

-Por la misma razón que le hace a usted reclamarlo – respondió André Vasling –, porque necesito cocer mi cena.

-Quite todo eso inmediatamente – replicó Penellan – o tendrá que vérselas conmigo.

-No tendré nada que ver con usted – respondió André Vasling –, y esta cena se calentará aquí mal que le pese.

-No ha de probarla – exclamó Penellan lanzándose sobre André Vasling, que se apoderó de su cuchillo gritando:

-¡Noruegos, a mí! ¡A mí, Aupic!

En un abrir y cerrar de ojos éstos se pusieron en pie, armados de pistolas y puñales. El golpe estaba preparado.

Penellan se precipitó sobre André Vasling, que sin duda se había adjudicado el papel de pelear con él completamente solo, porque sus compañeros acudieron a las camas de Misonne, de Turquette y de Pierre Nouquet. Este último, sin defensa, abrumado por la enfermedad, había sido entregado a la ferocidad de Herming. El carpintero agarró un hacha y dejando su cama saltó al encuentro de Aupic. Turquette y el noruego Jocki luchaban encarnizadamente. Gervique y Gradlin, presa de atroces sufrimientos, no tenían conciencia siquiera de lo que pasaba a su alrededor.

Pierre Nouquet recibió pronto una puñalada en el costado, y Herming se volvió contra Pe-

nellan, que se batía con rabia. André Vasling le tenía atrapado por la cintura.

Pero desde el principio de la lucha, el barreño había caído sobre el fuego, y al desparramarse la grasa sobre los carbones ardientes, impregnaba la atmósfera con un olor infecto. María se levantó lanzando gritos de desesperación y se precipitó hacia el lecho donde el viejo Juan Cornbutte lanzaba estertores.

André Vasling, menos vigoroso que Penellan, sintió pronto que sus brazos eran rechazados por los del timonel. Estaban demasiado cerca uno de otro para hacer uso de sus armas. El segundo, al ver a Herming, gritó:

-¡Ayúdame, Herming!

-¡Ayúdame, Misonne! – grito Penellan a su vez. Pero Misonne rodaba por tierra con Aupic, que trataba de clavarle el cuchillo. El hacha del carpintero era un arma poco favorable para su

defensa porque no podía manejarla, y le costaba todo el esfuerzo del mundo parar las puñaladas que Aupic le lanzaba.

Mientras tanto, la sangre corría en medio de rugidos y de gritos. Turquiette derribado por Jocki, hombre de una fuerza poco común, había recibido una puñalada en el hombro, y trataba en vano de apoderarse de una pistola que el noruego tenía al cinto. Pero este le atenazaba como si estuviera en un torno y le resultaba imposible cualquier movimiento.

Al grito de André Vasling, al que Penellan acorralaba contra la puerta de entrada, Herming acudió. En el momento en que iba a dar una puñalada en la espalda del bretón, éste lo tumbó en el suelo de una vigorosa patada. El esfuerzo que hizo permitió a André Vasling librar su brazo derecho de las tenazas de Penellan; pero la puerta de entrada, sobre la que cargaban con todo su peso, se hundió súbitamente, y André Vasling cayó boca arriba.

De pronto estalló un rugido terrible y un oso gigantesco apareció en los peldaños de la escalera. André Vasling fue el primero en verlo. Sólo estaba a cuatro pasos de él. En el mismo momento, se dejó oír una detonación y el oso, herido o asustado, retrocedió. André Vasling, que había conseguido levantarse, lo persiguió abandonando a Penellan.

El timonel volvió a colocar entonces la puerta desfondada y miró a su alrededor. Misonne y Turquette estrechamente agarrotados por sus enemigos, habían, sido arrojados a un rincón y hacían vanos esfuerzos por romper sus ataduras. Penellan se precipitó en su ayuda, pero fue derribado por los dos noruegos y Aupic. Sus fuerzas agotadas no le permitieron resistir a aquellos tres hombres que le ataron de forma que no pudiera moverse. Luego, a los gritos del segundo, éstos se lanzaron al puente, creyendo que tenían que vérselas con Luis Cornbutte.

Allí André Vasling se debatía contra un oso, al que ya había propinado dos puñaladas. El animal, hiriendo el aire con sus formidables patas, trataba de alcanzar a André Vasling. Este, arinconado poco a poco contra el empalmetado, estaba perdido cuando sonó una segunda detonación. El oso cayó. André Vasling alzó la cabeza y vio a Luis Cornbutte en el flechaste del mástil de mesana con el fusil en la mano. Luis Cornbutte había apuntado al corazón del oso, y el oso estaba muerto.

El odio fue superior a la gratitud en el corazón de Vasling; pero antes de satisfacerlo miró a su alrededor. Aupic tenía la cabeza rota por un golpe de pata y yacía sin vida sobre el puente. Jocki, con un hacha en la mano, paraba no sin esfuerzo los golpes que le daba un segundo oso, el que acababa de matar a Aupic. El animal había recibido dos puñaladas y, sin embargo, se batía con encarnizamiento. Un tercer oso se dirigía hacia la proa del navío.

André Vasling, seguido de Herming, corrió en ayuda de Jocki; pero Jocki, pillado entre las patas del oso, fue machacado, y cuando el animal cayó bajo los golpes de André Vasling y de Herming, que descargaron sobre él sus pistolas, entre sus patas sólo sostenía un cadáver.

-No quedamos más que nosotros dos – dijo André Vasling con aire sombrío y feroz –. Pero si sucumbimos, no será sin venganza.

Herming volvió a cargar, sus pistolas sin contestar.

Ante todo había que desembarazarse del tercer oso. André Vasling miró hacia la proa y no lo vio. Al alzar los ojos, lo divisó de pie en el empalletado y trepando ya a los flechastes para alcanzar a Luis Cornbutte. André Vasling dejó caer su fusil, que apuntaba al animal, y una feroz alegría se pintó en ojos.

-¡Ah! – exclamó –. Me debes esa venganza.

Mientras tanto, Luis Cornbutte se había refugiado en la cofa de mesana, El oso seguía subiendo y ya estaba sólo a seis pies de Luis cuando éste se echó a la cara su fusil y apuntó al corazón del animal.

Por su parte, André Vasling levantó el suyo para disparar contra Luis si el oso caía.

Luis Cornbutte disparó, pero no pareció haber tocado al oso, porque éste se lanzó de un salto sobre la cofa. Todo el mástil se estremeció.

André Vasling lanzó un grito de alegría.

-¡Herming! – grito al marinero noruego –. Vete a buscar a María. Vete a buscar a mi prometida.

Herming bajó la escalera del alojamiento. Mientras tanto, el animal, furioso, se había precipitado sobre Luis Cornbutte, que buscó refugio al otro lado del mástil; pero en el momento en que su pata enorme se abatía para

romperle la cabeza, Luis Cornbutte, agarrándose a uno de los estays, se dejó deslizar hacia tierra, no sin peligro porque a medio camino una bala silbó en sus oídos. André Vasling acababa de disparar contra él y había fallado. Los dos adversarios se encontraron, pues, uno frente al otro, con el cuchillo en la mano.

Aquel combate debía ser decisivo. Para saciar plenamente su venganza, para hacer asistir a la joven a la muerte de su prometido, André Vasling se había privado del socorro de Herming. No debía contar, pues, más que consigo mismo.

Luis Cornbutte y André Vasling se agarraron uno a otro del cuello, y se mantuvieron de forma que no pudieran retroceder. Uno de los dos debía caer muerto. Se lanzaron violentos golpes que sólo fueron parados a medias, porque pronto la sangre corrió de ambas partes. André Vasling trataba de poner su brazo derecho alrededor del cuello de su adversario para derribarle. Luis Cornbutte, sabiendo que el que

cayera estaría perdido, lo previno, y consiguió agarrarle de los dos brazos; pero en este movimiento el puñal se le escapó de las manos.

A su oído llegaron en aquel momento unos gritos horribles, era la voz de María, a la que Herming quería arrastrar. La rabia se apoderó de Luis Cornbutte; se enderezó para hacer que André Vasling se doblase, pero en aquel instante ambos adversarios se sintieron atrapados en un poderoso abrazo.

El oso, después de bajar de la cofa de mesana, se había precipitado sobre los dos hombres. André Vasling estaba apoyado contra el cuerpo del animal. Luis Cornbutte sentía entrar en sus carnes las garras del monstruo. El oso los abrazaba a los dos.

-¡Socorro, socorro, Herming! – pudo gritar el segundo.

-¡Socorro, Penellan! – exclamó Luis Cornbutte.

En la escalera se dejaron oír unos pasos. Apareció Penellan, armó su pistola y la descargó en la oreja del animal. Este lanzó un rugido. El dolor le hizo abrir un instante las patas y Luis Cornbutte, agotado, cayó inánime sobre el puente; pero el animal, al cerrar las patas con fuerza en su agonía, cayó arrastrando al miserable André Vasling, cuyo cadáver quedó destrozado bajo el oso.

Penellan corrió en ayuda de Luis Cornbutte. Ninguna herida grave ponía su vida en peligro, y sólo le había faltado el aliento durante un instante.

-¡María! ... – dijo al abrir los ojos.

-¡Salvada! – respondió el timonel -. Herming está tendido ahí, con una puñalada en el vientre.

-¿Y los osos?

-Muertos, Luis, como nuestros enemigos. Pero puede decirse que, sin esas bestias, estábamos perdidos. Realmente han venido en nuestra ayuda. ¡Demos gracias pues a la Providencia!

Luis Cornbutte y Penellan bajaron al alojamiento, y María se precipitó en sus brazos.

Capítulo
Conclusión

XVI

Herming, mortalmente herido, fue transportado a una cama por Misonne y Turquette, que habían conseguido romper sus ataduras. Aquel miserable agonizaba, y los dos marineros se ocuparon de Pierre Nouquet, cuya herida por suerte no ofrecía ninguna gravedad.

Pero una desgracia mayor debía afectar a Luis Cornbutte. Su padre no daba ninguna señal de vida. ¿Había muerto con la ansiedad de ver a su hijo entregado a sus enemigos? ¿Había sucumbido al presenciar aquella terrible escena? Nadie lo sabría ya nunca. El pobre y viejo marino, quebrantado por la enfermedad, había cesado de vivir.

Ante aquel golpe inesperado, Luis Cornbutte y María quedaron sumidos en una desesperación profunda, luego se arrodillaron junto al lecho y lloraron rezando por el alma de Juan Cornbutte.

Penellan, Misonne y Turquette los dejaron solos en aquel cuarto y subieron al puente. Los cadáveres de los tres osos fueron arrojados por la proa. Penellan decidió conservar su piel, que debía ser de gran utilidad, pero ni un solo momento se le ocurrió comer su carne. Además, el número de hombres que alimentar había disminuido mucho ahora. A los cadáveres de An-

dré Vasling, de Aupic y de Jocki, sepultados en una fosa cavada en la costa, se les unió pronto el de Herming. El noruego murió durante la noche sin arrepentirse y sin remordimientos, con la espuma de la rabia en la boca.

Los tres marinos repararon la tienda que, agujereada en varios puntos, permitía que la nieve cayese sobre el puente. La temperatura era excesivamente fría, y duró así hasta el retorno del sol, que no reapareció sobre el horizonte hasta el 2 de enero.

Juan Cornbutte fue sepultado en aquella costa. Había dejado su país para buscar a su hijo, y había ido a morir bajo aquel clima horrible. Su tumba fue excavada sobre una altura, y los marinos plantaron sobre ella una simple cruz de madera.

Desde aquel día, Luis Cornbutte y sus compañeros pasaron aun por terribles pruebas; pero

los limones, que habían recuperado, les devolvieron la salud.

Gervique, Gradlin y Pierre Nouquet pudieron levantarse quince días después de estos terribles acontecimientos y realizar un poco de ejercicio.

Pronto la caza se hizo más fácil y más abundante. Los pájaros acuáticos volvían en abundancia. Con frecuencia mataban una especie de pato salvaje que proporcionaba una carne excelente. Los cazadores no tuvieron que deplorar más pérdida que la de dos de sus perros, que desaparecieron durante una expedición para reconocer, a veinticinco millas al sur, el estado de la llanura de hielos.

El mes de febrero estuvo marcado por violentas tempestades y nieves abundantes. La temperatura media fue aun de veinticinco grados bajo cero, pero los hombres no sufrieron demasiado por ello. Por otra parte la vista del sol,

que cada vez se alzaba más en el horizonte, los alegraba anunciándoles el fin de sus tormentos. También hay que creer que el cielo se apiadó de ellos, porque el calor aquel año llegó antes. Desde el mes de marzo fueron divisados algunos cuervos revoloteando alrededor del navío. Luis Cornbutte capturó grullas que habían llevado hasta allí sus peregrinaciones septentrionales. Bandadas de patos salvajes se dejaron también vislumbrar en el sur.

Esta vuelta de los pájaros indicaba una disminución del frío. Sin embargo no había que fiarse demasiado porque, con un cambio de viento, o con el plenilunio, la temperatura descendía súbitamente y los marinos se veían forzados a recurrir a todo tipo de precauciones para prevenirse contra ella. Ya habían quemado todos los empalletados del navío para calentarse, los tabiques de la camareta alta que no habitaban y una gran parte del sollado. Era, pues, tiempo de que aquella invernada terminase. Por suerte,

a mediados de marzo no pasaron de los dieciséis grados bajo cero. María se ocupó de preparar nuevas ropas para aquella precoz estación del verano.

Desde el equinoccio, el sol se mantuvo de modo constante sobre el horizonte. Los ocho meses de luz habían comenzado. Aquella claridad perpetua y aquel calor incesante, aunque excesivamente débiles, no tardaron en obrar sobre los hielos.

Había que tomar grandes precauciones para lanzar *La joven audaz* desde su alto lecho de témpanos que la rodeaban. El navío, por consiguiente, fue apuntalado con solidez, y les pareció conveniente esperar a que los hielos se rompieran por el deshielo; pero los témpanos inferiores, que descansaban sobre una capa de agua ya más caliente, se fueron disolviendo poco a poco, y el *brick* bajo sensiblemente. Hacia los primeros días de abril, había recuperado su nivel natural.

Con el mes de abril vinieron lluvias torrenciales, que, difundidas a oleadas sobre la llanura de hielos, apresuraron todavía más su descomposición, El termómetro subió a diez grados bajo cero. Algunos hombres se quitaron sus vestimentas de pieles de foca y ya no fue necesario mantener encendida la estufa día y noche en el alojamiento. La provisión de alcohol, que no se había agotado, sólo se empleó para la cocción de los alimentos.

Pronto los hielos empezaron a romperse con sordos crujidos. Las grietas se formaban con gran rapidez y se volvía imprudente avanzar por la llanura sin un bastón para sondear los pasos, porque las fisuras serpenteaban por aquí y por allá. Más de una vez ocurrió que varios marineros cayeron en el agua, pero se libraron del percance sólo con un baño algo frío.

Las focas volvieron en esa época, y frecuentemente las cazaron porque su grasa debía ser utilizada. La salud de todos seguía siendo exce-

lente. El tiempo se ocupaba con los preparativos de partida y con la caza. Luis Cornbutte iba frecuentemente a estudiar los pasos, y, según la configuración de la costa meridional, decidió intentar el paso más al sur. Ya se había producido el deshielo en diferentes lugares, y algunos témpanos flotantes se dirigían hacia alta mar. El 25 de abril, el navío estaba en situación de navegar. Las velas, sacadas de sus fundas se hallaban en perfecto estado de conservación, y fue una auténtica alegría para los marinos verlas balancearse al soplo del viento. El navío se estremecía porque había vuelto a encontrar su línea de flotación, y aunque aun no pudiera moverse, descansaba sin embargo en su elemento natural.

En el mes de mayo el deshielo se efectuó rápidamente. La nieve que cubría la orilla se fundía por todos lados y formaba un barro espeso, que hacía casi inabordable la costa. Pequeños matorrales, de color rosáceo pálido, se mostraban

tímidamente entre los restos del hielo y parecían sonreír al escaso calor. El termómetro subió al fin por encima de cero.

A veinte millas del navío, en dirección sur, los témpanos completamente sueltos, bogaban hacia el océano Atlántico. Aunque la mar todavía no estuviera del todo libre en torno al navío, se formaban pasos que Luis Cornbutte quiso aprovechar.

El 21 de mayo, después de una última visita a la tumba de su padre, Luis Cornbutte abandono por fin la bahía de invernada. El corazón de aquellos valientes marinos se llenó al mismo tiempo de alegría y de tristeza, porque no se dejan sin pena los lugares en que se ha visto morir a un amigo. El viento soplaba del norte y favorecía la partida del *brick*. Frecuentemente se vio detenido por bancos de hielo, que tuvieron que cortar con la sierra; frecuentemente ante él se levantaron témpanos, y había que emplear barrenos para hacerlos saltar. Durante un mes

todavía la navegación estuvo llena de peligros, que a menudo pusieron al navío a dos dedos de su perdición; pero la tripulación era audaz y estaba acostumbrada a aquellas peligrosas maniobras. Penellan, Pierre Nouquet, Turquette, Fidele Misonne, hacían ellos solos el trabajo de diez marineros, y María tenía sonrisas de agradecimiento para todos.

La joven audaz se vio libre de los hielos a la altura de la isla Juan-Mayer. Hacia el 25 de junio, el *brick* encontró navíos que se dirigían al norte para la pesca de focas y ballenas. Había tardado cerca de un mes en salir del mar polar.

El 10 de agosto, *La Joven Audaz* se encontraba a la vista de Dunkerque. Había sido avistada por el vigía y toda la población del puerto acudió a la escollera. Los marinos del *brick* cayeron pronto en brazos de sus amigos. El viejo cura recibió a Luis Cornbutte y a María estrechándolos contra su corazón, y de las dos misas que dijo en los dos días siguientes la primera fue por el

reposo del alma de Juan Cornbutte y la segunda para bendecir a los dos prometidos, unidos desde hacía tanto tiempo por la desgracia.

Los forzadores de bloqueos: De Glasgow a Charleston

Capítulo I

El *Delfín*

Las primeras aguas de un río que espumaron bajo las ruedas de un vapor fueron las del Clyde. Fue en 1812. El buque se llamaba El Cometa y hacía un servicio regular entre Glasgow y Greenock, con una velocidad de seis millas por hora. Desde aquella época, millones de *steamers* y de *packet-boats* han remontado o descendido la corriente del río escocés, y los habitantes de la gran ciudad comercial deben estar singularmente familiarizados con los prodigios de la navegación a vapor.

Sin embargo, el 3 de diciembre de 1862, una multitud enorme compuesta de armadores, comerciantes, industriales, obreros, marinos, mujeres y niños llenaban las calles de Glasgow y se dirigían al *Kelvindock*, vasto establecimiento de construcciones navales, propiedad de los

señores Tod y Mac-Gregor. Este último nombre prueba hasta la saciedad que los descendientes de los famosos *Highlanders* se han convertido en industriales y que todos los vasallos de lo antiguos clans se habían trocado en obreros de fábrica.

Kelvindock, está situado a corta distancia de la ciudad, en la orilla derecha del Clyde y bien pronto sus inmensos astilleros fueron invadidos por los curiosos: ni una punta, del muelle, ni una tapia de *wharf*, ni un techo de almacén ofrecía el menor espacio desocupado.

El mismo río estaba cuajado de embarcaciones y en la orilla izquierda hormigueaban los espectadores en las alturas de Govan.

No se trataba, sin embargo, de una ceremonia, extraordinaria, sino sencillamente de la botadura de un buque y los habitantes de Glasgow debían estar acostumbrados a semejantes operaciones. El *Delfín* -éste era el nombre del vapor

construido por los señores Tod y Mac-Gregor-, ¿ofrecía acaso alguna particularidad? No, por cierto.

Era un gran buque de mil quinientas toneladas, de planchas de acero en el que todo se había combinado para obtener una marcha superior. Su máquina, salida de los talleres de Lancefield era de alta presión y dotada de una fuerza efectiva de quinientos caballos. Ponía en movimiento dos hélices gemelas situadas a ambos lados del codaste en las partes delgadas de la popa, y completamente independientes una de otra, nueva aplicación del sistema de los señores Milwal y Dudgeon, que da una gran velocidad a las naves y les permite evolucionar dentro de un círculo excesivamente reducido. En cuanto al calado del *Delfín*, era poco considerable y no se engañaban los inteligentes al decir que debía estar destinado a navegar por parajes de escasa profundidad.

Pero estos detalles no podían justificar de ninguna manera la aglomeración de público porque al fin y al cabo, el *Delfín* era una nave como otra cualquiera. ¿Ofrecía entonces la botadura algunas dificultades mecánicas? Tampoco. El Clyde había recibido en sus aguas buques de mayor tonelaje y el lanzamiento del *Delfín* debía verificarse de la manera más sencilla.

En efecto, cuando la mar estuvo igual en el momento en que cesó el reflujo, comenzaron las maniobras: los martillazos resonaron con perfecta uniformidad sobre las cuñas destinadas a levantar la quilla de la nave, por cuya maciza construcción no tardó en correr un estremecimiento: poco a poco empezó a levantarse y moverse, se determinó el deslizamiento, y a los pocos instantes el *Delfín* abandonó los rulos cuidadosamente ensebados y entró en el Clyde en medio de espesas volutas de espesos vapores blancos. Su popa chocó contra el fondo cenagoso del río, volvió a elevarse sobre el lomo

de una ola enorme y el magnífico *steamer*, arrastrado por su propio impulso, se abría estrellado contra los muelles de los astilleros de Govan si todas sus anclas, cayendo a un tiempo con formidable estrépito, no le hubieran contenido en su carrera.

La botadura se había verificado con éxito completo. El *Delfín* se balanceaba tranquilamente en las aguas del Clyde, y en el momento que tomó posesión de su elemento natural todos los espectadores rompieron en aplausos y hurras atronadores.

Mas, ¿por qué tales aplausos y aclamaciones? Seguramente, los espectadores más entusiastas habríanse visto en un apuro para explicar su entusiasmo. ¿De dónde provenía, pues, el interés particular despertado por aquella nave? Pura, y sencillamente del misterio que encubría su destino. No se sabía a qué género de comercio iba a ser dedicado, y la diversidad de opiniones emitidas por los grupos de curiosos

acerca del particular hubiera asombrado, con razón, a cualquiera.

Los que estaban mejor informados, o mejor dicho, los que presumían de estar enterados, aseguraban que el *steamer* estaba destinado a desempeñar un papel muy importante en la terrible guerra que diezmaba entonces a los Estados Unidos de América; pero no se sabía nada más; nadie podía decir si el *Delfín* era un corsario, un transporte, una nave confederada o un buque de la marina federal, en fin, que sobre este extremo la ignorancia de los espectadores era completa.

-¡Hurra! -exclamó uno, afirmando que el *Delfín* había sido construido por cuenta de los Estados del Sur.

-¡Hip! ¡hip! ¡hip! -gritó otro, jurando que jamás habría cruzado un buque más rápido por las costas americanas.

En una palabra, que para saber con exactitud a qué atenerse hubiera sido preciso ser amigo íntimo o asociado de Vicente Playfair y Compañía de Glasgow.

Rica, inteligente y poderosa era la casa de comercio que tenía por razón social Vicente Playfair y Compañía, antigua y honrada familia descendiente de los lores Tobacco, que levantaron los mejores barrios de la ciudad. Aquellos hábiles negociantes en cuanto fue firmado el acta de la Unión, fundaron las primeras factorías de Glasgow para traficar con el tabaco de Virginia y de Maryland. Se hicieron fortunas inmensas en aquel nuevo centro comercial. Glasgow no tardó en hacerse industrial y manufacturera; por todas partes se construyeron fábricas de hilados y fundiciones de hierro, y en pocos años llegó a su apogeo la prosperidad de la ciudad.

La casa Playfair permaneció fiel al espíritu emprendedor de sus antepasados y se lanzó a

las operaciones más atrevidas, sosteniendo el honor del comercio inglés. Su jefe actual, Vicente Playfair, hombre de unos cincuenta años, de temperamento esencialmente práctico y positivo, aunque audaz, era un armador de pura cepa. Fuera de las operaciones mercantiles, nada le impresionaba, ni el lado político de las transacciones. Por lo demás, era honrado y leal a carta cabal. Pero no podía reivindicar la idea de haber construido y armado el *Delfín*, porque esta gloria pertenecía a Jacobo Playfair, su sobrino, guapo mozo de treinta años, el más atrevido *skipper*¹ de la marina mercante del Reino Unido.

Cierto día, en *Tontine Coffee Room*, bajo los arcos de la sala de la ciudad, después de haber leído los periódicos norteamericanos, Jacobo Playfair participó a su tío un proyecto arriesgadísimo.

-Tío Vicente -le dijo ruborizándose como un colegial-, se pueden ganar dos millones en menos de un mes.

-¿Qué hay que arriesgar para ello? -le preguntó su tío Vicente.

-Un buque y su cargamento.

-¿Nada más?

-Sí, la vida de la tripulación y de su capitán, pero esa no importa.

-Vamos a ver de qué se trata -repuso Vicente, que era aficionado a este pleonasma.

-Es muy sencillo - repuso Jacobo Playfair -. ¿Ha leído usted *The Tribune*, el *New York Herald*, el *Times*, el *Enquirer Richmond* o el *American Review*?

-Veinte veces, querido sobrino.

-¿Cree usted, como yo, que la guerra de los Estados Unidos durará aún mucho tiempo?

-Mucho tiempo.

-¿Sabe usted cuánto perjudica esa guerra a los intereses de Inglaterra, y a los de Glasgow en particular?

-Y especialmente a los de la casa Playfair y Compañía -contestó el tío Vicente.

-Sobre todo a éstos -asintió el joven capitán.

-Cada día pienso más, querido Jacobo, y no sin una especie de terror en los desastres comerciales que esa guerra puede acarrear. No quiere esto decir, sobrino mío, que la casa Playfair no sea fuerte, pero sus corresponsales pueden quebrar. ¡Así se lleve el diablo a todos los esclavistas y abolicionistas de América!

Si desde el punto de vista de los grandes principios humanitarios, que están siempre por

encima de los intereses personales, Vicente Playfair hacía mal en hablar así, le sobraba razón considerado el asunto bajo su aspecto comercial. El artículo más importante de la exportación americana faltaba por completo en la plaza de Glasgow.

El hambre de algodón (literalmente *the cotton famine*), empleando la enérgica expresión inglesa, se hacía de día en día más amenazadora.

Millares de obreros se veían obligados a implorar la caridad pública. Glasgow poseía veinticinco mil telares mecánicos que antes de la guerra de los Estados Unidos producían seiscientos veinticinco mil metros de algodón hilado cada día, es decir, cincuenta millones de libras al año. Por estas cifras puede calcularse los trastornos ocurridos en el movimiento comercial e industrial de la ciudad cuando llegó a faltar casi por completo la materia textil. Las quiebras eran continuas, todas las fábricas sus-

pendían sus trabajos y los obreros perecían de hambre.

El cuadro de esta espantosa miseria fue lo que sugirió a Jacobo Playfair la idea su atrevido proyecto.

-Yo iría a buscar algodón -pensó - y lo traería aquí a toda costa.

Pero, como era tan «negociante» como su propio tío Vicente, resolvió proceder por vía de cambio y proponer la operación como un negocio comercial.

-Veamos mi idea -dijo.

-Veámosla.

-Es muy sencilla. Haremos construir una nave de gran velocidad y de mucha cabida.

-Adelante.

-La cargaremos de municiones de guerra, de víveres y de vestuario.

-Todo eso es fácil.

-Yo tomaré el mando del buque. Desafiare en velocidad a todos los navíos de la marina federal. Forzare el bloqueo de uno de los puertos del Sur...

-Venderás caro el cargamento a los confederados que los necesiten -añadió el tío.

-Y volveré cargado de algodón.

-Que te lo darán casi de balde.

-Exacto, tío Vicente. ¿Qué le parece mi proyecto?

-Muy bueno; pero, ¿podrás pasar?

-Pasaré, seguramente, si dispongo de un buen buque.

-Se construirá uno expresamente. Pero, ¿y la tripulación?

-Yo la encontraré: no tengo necesidad de muchos hombres. Basta los imprescindibles para las maniobras. No voy a batirme con los confederados, sino a burlarlos.

-Los burlarás -repuso el tío Vicente con resolución -. Pero dime, ¿a qué punto de las costas americanas piensas dirigirte?

-Hasta ahora, tío, algunas naves han forzado el bloqueo de Nueva Orleans, de Willmington y de Savannah, pero yo pienso entrar en derechura en Charleston. Ningún buque inglés ha podido anclar en su fondeadero, excepto *La Bermuda*; yo haré lo mismo que ésta, y si mi buque cala poco, iría hasta donde los buques federados no podrían seguirme.

-La verdad es -repuso el tío Vicente -, que Charleston está abarrotado de algodón. Lo quemar para desembarazarse de él.

-Sí -agregó Jacobo -. Beauregard está escaso de municiones y pagará mi cargamento a peso de oro.

-¡Muy bien, sobrino! ¿Cuándo quieres partir?

-Dentro de seis meses. Hay que esperar a las noches largas, a las noches de invierno, para pasar con menos dificultades.

-Se hará lo que deseas, sobrino.

-Está dicho, tío.

-Está dicho.

-Pues ni una palabra más, y punto en boca.

-Punto en boca.

He aquí explicado por qué, cinco meses después el *steamer* era lanzado al agua en los astilleros de *Kelvindock*, y por qué nadie sabía su verdadero destino.

1. Nombre que se da en Inglaterra a los capitanes de la marina mercante.

Capítulo El aparejo

II

El armamento del *Delfín* se llevaba a cabo con mucha rapidez: el aparejo estaba listo y sólo hubo que ajustarlo. El *Delfín* llevaba tres palos de goleta, lujo poco menos que superfluo, pues no contaba con el viento para escapar a los cruceros federados sino con las potentes máquinas encerradas en sus costados. Y hacía bien.

A fines de diciembre el *Delfín* verificó sus pruebas en el golfo del Clyde. Sería difícil decir si quedó más satisfecho el constructor que el capitán. El nuevo *steamer* cortaba el agua admirablemente y el *patentlog*¹ marcó una velocidad de 17 millas por hora², velocidad nunca alcanzada por un barco inglés, francés o americano. Evidentemente el *Delfín*, luchando con los buques más rápidos, habría ganado muchos cables de delantera en un match marítimo.

El 25 de diciembre comenzaron las operaciones del cargamento. El *steamer* fue atracado al *steam-boat-quay*, un poco más abajo de *Glasgow Bridge*, en el último puente, tendido sobre el Clyde antes de llegar a su desembocadura. Allí los vastos *wharfs* contenían una inmensa provisión de víveres, armas y municiones que pasaban rápidamente a la sentina del *Delfín*. La naturaleza del cargamento denunció el misterioso destino del buque, y la casa Playfair no pudo guardar por más tiempo el secreto. Por otra

parte, el *Delfín* no había de tardar en hacerse a la mar. En las aguas inglesas no se había señalado ningún crucero americano, y, además, ¿hubiera sido posible formar el rol y guardar silencio sobre el destino de la tripulación? No se podía embarcar a los hombres sin decirles adónde se les quería llevar, pues cuando uno arriesga su pellejo, quiere saber por qué lo arriesga.

Sin embargo, el peligro no retrajo a nadie. El salario era bueno y a cada tripulante se le reconocía una participación en los beneficios; así es que fueron muchos los marineros que quisieron figurar en el rol del *Delfín*. Jacobo Playfair pudo, pues, elegir bien y a su entera satisfacción, de manera que a las veinticuatro horas la lista de la tripulación era de treinta nombres de marineros que hubieran hecho honor al yate de Su Muy Graciosa Majestad. Se fijó la partida para el 3 de enero.

El 31 de diciembre el *Delfín* estaba ya listo. Sus sentinas se hallaban abarrotadas de municiones y víveres y su bodega de carbón. Nada le retenía ya.

El 2 de enero el *skipper* se hallaba a bordo dando el último vistazo a la nave para asegurarse de que todo estaba en orden, cuando se presentó en la escalera del *Delfín* un hombre diciendo que deseaba hablar con el capitán. Uno de los marineros le condujo a la toldilla.

Era un hombrón de anchas espaldas, coloradote, de aire sencillo, que no ocultaba, empero, cierta sagacidad e inteligencia. No parecía estar muy al corriente de las costumbres marítimas y miraba en torno suyo como el que no está habituado a pisar las cubiertas de los buques.

Sin embargo, se daba la importancia de un viejo lobo de mar y balanceaba el cuerpo al modo de los marineros.

Cuando llegó a presencia del capitán, le miró fijamente preguntando:

-¿El capitán Jacobo Playfair?

-Yo soy -respondió el *skipper* -. ¿Qué desea?

-Embarcarme a bordo de su buque.

-Ya no hay puesto; la tripulación está completa.

-¡Bah! un hombre más no estorba, al contrario.

-¿Eso crees? -preguntó el capitán mirando con fijeza a su interlocutor.

-Estoy seguro de ello -respondió el solicitante.

-¿Quién eres? -interrogó el capitán.

-Un rudo marinero, un hombre fuerte y decidido, se lo aseguro. Dos brazos vigorosos como los que tengo la dicha de poseer, no son de despreciar a bordo de una nave.

-Pero hay más buques que el *Delfín* y otros capitanes que no son Jacobo Playfair; ¿por qué has venido, pues, aquí?

-Porque sólo a bordo del *Delfín* y a las órdenes del capitán Jacobo Playfair quiero yo servir.

-Pues no te necesito.

-Siempre se necesita un hombre vigoroso; si quiere usted probar mis fuerzas con tres o cuatro hombres de los más robustos de la tripulación, estoy dispuesto.

-No es necesario. ¿Cómo te llamas?

-Crockston, para servirle.

El capitán retrocedió un paso para examinar mejor aquel hércules que se le presentaba de una manera tan curiosa. Su complexión, su figura, su aspecto, no desmentían sus palabras y sus alardes de robustez.

Debía estar dotado de una fuerza poco común y a la primera ojeada se comprendía que era hombre de pelo en pecho.

-¿Por dónde has navegado? -le preguntó Playfair.

-Un poco por todas partes.

-¿Sabes lo que va a hacer el *Delfín*?

-Por eso precisamente he venido.

-Pues bien, que Dios me condene si dejo escapar a un hombre de tu temple. Ve a buscar al segundo de a bordo, el señor Mathew, y que te inscriba.

Dicho esto, Jacobo Playfair esperaba ver a su hombre girar sobre sus talones y dirigirse a la proa, pero se engañó: Crockston no se movió.

-¿No me has entendido? -le preguntó el capitán.

-Sí, señor -repuso el marinero -; pero todavía no he concluido: tengo algo que proponerle.

-No me fastidies más -dijo bruscamente. Playfair -; no tengo tiempo que perder en baldías conversaciones.

-No lo molestaré mucho -replicó Crockston -. Con dos palabras despacho. Quería decir a usted que tengo un sobrino.

-¡Valiente tío tiene ese sobrino! -exclamó Playfair.

-¿Eh? ¡Cómo! -dijo Crockston.

-¿Acabarás? - dijo el capitán con impaciencia.

-Enseguida. Quién enrola al tío debe enrolar también al sobrino.

-¿De veras?

-Sí señor; es la costumbre el uno no puede ir a ninguna parte sin el otro.

-¿Y quién es tu sobrino?

-Un muchacho de quince años, un novato, al que estoy enseñando el oficio. Tiene muy buena voluntad y promete ser un excelente marinero.

-¿Crees acaso, maestro Crockston, que el *Delfín* es una escuela de grumetes? -exclamó Jacobo Playfair.

-No hable usted desdeñosamente de los grumetes, pues uno de ellos llegó a ser el almirante Nelson y otro el almirante Franklin.

-¡Voto a sanes! Tienes una manera de hablar que me hace gracia -repuso Jacobo -. Trae también a tu sobrino, y acabemos; pero te advierto que si el mozo no es como lo pinta el tío, el tío tendrá que habérselas conmigo. Vuelve antes de una hora.

Crockston no se lo hizo repetir dos veces: saludó torpemente al capitán del *Delfín* y bajó al muelle. Una hora después estaba de regreso a bordo, acompañado de su sobrino, un muchacho de catorce a quince años, flaco y pálido, tímido y asombrado, que no tenía de su tío ni sombra, de las cualidades morales y físicas del robusto Crockston. Este tuvo que animarle con algunas palabras.

-¡Vamos -le dijo -, un poco de valor! ¡No nos comerán, muchacho! Además, todavía estamos a tiempo de irnos.

-¡No, no! -replicó el chiquillo -. ¡Que Dios nos proteja!

Aquel mismo día el marinero Crockston y su sobrino Juan Stiggs fueron inscriptos en el rol de la tripulación del *Delfín*

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, activáronse los fuegos del buque y de nuevo re-

tembló el puente bajo las vibraciones de la caldera, y el vapor se escapaba silbando por las válvulas. Había llegado el momento de zarpar.

A pesar de la hora intempestiva, una muchedumbre inmensa se agrupaba en los muelles y en *Glasgow Bridge*. Iban a saludar por última vez al atrevido *steamer*. Vicente Playfair fue también para abrazar a su sobrino, pero, en aquella circunstancia, se portó como un viejo romano de los buenos tiempos. Su continente fue heroico: los dos sonoros besos que dio al joven capitán indicaban un alma de gran temple.

-Anda, Jacobo - le dijo -; anda ligero y vuelve más ligero aún.

Sobre todo no dejes de aprovechar la ocasión: vende caro, compra barato y merecerás aún más la estimación de tu tío.

Después de esta recomendación, tomada del Manual del Perfecto Comerciante, el tío y el sobrino se separaron y todos los visitantes abandonaron el buque.

En aquel momento, Crockston y Juan Stiggs, se hallaban reunidos en el castillo de proa, y el primero decía al segundo:

-¡Esto marcha! ¡esto marcha! Antes de diez horas estaremos en alta mar, y auguro bien de un viaje que empieza de esta manera.

Por toda respuesta, el muchacho estrechó la mano a Crockston.

Jacobo Playfair daba entretanto las últimas órdenes para la partida.

-¿Tenemos presión? - preguntó a su segundo.

-Sí, capitán -respondió *mister* Mathew.

-Está bien: larguen las amarras.

La maniobra fue ejecutada inmediatamente. Las hélices se pusieron en movimiento. El *Delfín* se puso en marcha, pasó por entre las naves del puerto y desapareció bien pronto a los ojos de la multitud que lo saludaba con sus últimos hurras.

La bajada del Clyde se verificó fácilmente. Se podría decir que aquellas riberas habían sido hechas por la mano del hombre, y hasta por mano maestra. Después de sesenta años, gracias a las dragas y a un trabajo constante, había ganado el río quince pies de profundidad y triplicado su anchura entre los muelles de la ciudad. No tardó en perderse entre los humos y la bruma el bosque de chimeneas y de mástiles.

La distancia apagó el ruido de los martillos de las fundiciones y de las hachas de los astilleros que se perdía en lontananza. A la altura del pueblo de Partick, las casas de campo y de recreo substituyeron a las fábricas. El *Delfín*, moderando su marcha, navegaba entre los diques

que contienen el río encajonándolo a veces en pasos muy estrechos, inconveniente de poca importancia, pues en un río navegable importa mucho más la profundidad que la anchura. El *steamer*, guiado por la mano de un excelente piloto del mar de Irlanda, se deslizaba sin vacilar entre las boyas flotantes y las columnas de piedra y de los *biggings*³ coronados por fanales que marcan el canal. Pronto dejó atrás el anejo de Renfrew. El Clyde se ensanchó entonces al pie de las colinas de Kilpatrick y delante de la bahía de Bowling, en el fondo de la cual se abre la boca del canal que une a Edimburgo con Glasgow.

Por fin, a cuatrocientos pies, en los aires, el castillo de Dumbarton dibujaba su silueta, apenas perfilada, entre la bruma, y pronto, en la orilla izquierda, las naves del puerto de Glasgow oscilaron bajo la acción de las olas agitadas por el *Delfín*. Algunas millas más allá quedó atrás Greenock, la patria de Jacobo Watt. El

Delfín se hallaba en la desembocadura del Clyde, a la entrada del golfo por el cual vierte sus aguas en el canal del Norte.

Allí sintió las primeras ondulaciones del mar y ganó las costas pintorescas de la isla de Arran. Por último, dobló el promontorio de Cantyre, que atraviesa el canal, reconoció la isla de Rathlin y el práctico volvió en el bote a su pequeño *cutter* que cruzaba al largo. El *Delfín*, devuelto a la autoridad de su capitán, tomó por el norte de Irlanda una ruta poco frecuentada por las naves y no tardó en perder de vista las últimas tierras europeas: se hallaba en medio del Océano.

-
1. Instrumento que por medio de agujas que se mueven sobre cuadrantes graduados marcan la velocidad de un buque.

2. 7 leguas y $87/100$. La milla marina equivale a 1.852 metros.
3. Pequeños montículos de piedras.

Capítulo

III

En el mar

El *Delfín* llevaba muy buena tripulación, no marinos de combate ni de abordaje, sino hombres que sabían maniobrar muy bien, que era lo que necesitaba. Aquellos muchachos eran todos resueltos, pero más o menos negociantes. Iban en busca de la fortuna, no de la gloria. No tenían pabellón que enseñar y defender a cañonazos. Toda la artillería de a bordo consistía en dos pequeños pedreros para las señales.

El *Delfín* navegaba velozmente; respondía a las esperanzas de los constructores y del capitán, y pronto salió de los límites de las aguas británicas. No se veía ningún buque. La gran ruta del

océano estaba libre. Por otra parte, ningún buque federal tenía derecho a atacar a una nave en la que ondease el pabellón inglés; únicamente podía seguirla para impedir que forzara el bloqueo. Por eso, para no ser seguido, Jacobo Playfair había sacrificado todo a la velocidad.

De todos modos, se hacía muy estrecha guardia a bordo. A pesar del frío, un hombre permanecía todo el día en la arboladura registrando el mar para señalar si se veía alguna vela en el horizonte. Cuando cerró la noche, el capitán Jacobo dio órdenes precisas a *mister Mathew*.

-No deje usted demasiado tiempo a los vigías en las barras -le dijo -. El frío les puede aterir, y no es posible hacer buena guardia en esas condiciones. Hay que relevarlos con frecuencia.

-Así se hará, capitán - respondió *mister Mathew*.

-Le recomiendo Crockston para ese servicio. El hombre alardea de tener muy buena vista, y hay que ponerlo a prueba. Inclúyale en el cuarto de la mañana, para que vigile las brumas matinales. Si ocurre alguna novedad, avíseme usted enseguida.

Dicho esto, Jacobo Playfair entró en su camarote. *Mister Mathew* mandó llamar a Crockston y le transmitió las órdenes del capitán.

-Mañana a las seis -le dijo -, ocuparás el puesto de observación en las barras de trinquete.

Crockston, por toda respuesta, dio un gruñido de los más afirmativos; pero el segundo no había tenido aún tiempo de volver las espaldas, cuando el marinero profirió unas palabras ininteligibles, y acabó diciendo:

-¿Qué demonios querrá decir eso de barras del trinquete?

En aquel momento fue a reunirse con él su sobrino Juan Stiggs, en el castillo de proa.

-¿Qué pasa, Crockston? - le preguntó.

-¿Que qué pasa? -repitió el marinero con forzada sonrisa -. Pues que este endemoniado barco se sacude las pulgas como un perro que sale del río, y tengo el estómago algo revuelto.

-¡Pobre amigo mío! -exclamó el muchacho mirando a Crockston con expresión de profundo agradecimiento.

-¡Cuando pienso que a mi edad no me permito el lujo de sentir el mareo! - prosiguió el marinero -. Pero, en fin, se hará lo que se haya de hacer... Son esas dichosas barras de trinquete las que me fastidian...

-Querido Crockston, es por mí...

-¡Por usted y por él! -interrumpió Crockston -. Pero, ni una palabra más sobre esto, Juan. Ten-

gamos confianza en Dios, que no ha de abandonarnos.

El viejo marino y el muchacho volvieron a la cámara de tripulación, pero el tío no se durmió hasta que vio a su sobrino tranquilamente, acostado en la estrecha litera que le había sido destinada.

A las seis de la mañana del día siguiente, Crockston se levantó para ir a ocupar su puesto. Subió a cubierta y el segundo le repitió la orden de trepar a la arboladura, y vigilar bien.

Al oír estas palabras, el marino pareció vacilar pero, enseguida, tomando su partido, dirigióse hacia la popa del *Delfín*.

-¿Adónde vas? - le gritó *mister Mathew*.

-Adonde usted me manda - respondió Crockston.

-Te he dicho que subas a las barras de trinquete.

-Pues allá voy - repuso, imperturbable, el marino, continuando hacia la toldilla.

-¿Te estás burlando? - exclamó el segundo con impaciencia-. ¿Vas a buscar las barras de trinquete en el palo mesana? Me parece que no sabes si quiera lo que es tomar un rizo. ¿A bordo de qué gabarra has navegado, amiguito? ¡A las barras de trinquete, estúpido, a las barras de trinquete!

Los marineros de servicio, que acudieron al oír los gritos del segundo, no pudieron por menos que reír a carcajadas al ver la perplejidad de Crockston que volvía hacia el castillo de proa.

-¿De manera - dijo mirando al palo, cuya extremidad, absolutamente invisible, se perdía en las brumas de la mañana -, de manera que es preciso que trepe allá arriba?

-Sí - respondió *mister* Mathew -, ¡y a escape! ¡Por vida de San Patricio! ¡Un buque federal podría meter su bauprés en nuestro aparejo antes que este bribón llegara a su puesto! ¿Acabarás?

Crockston, sin despegar los labios, se encaró penosamente a la borda; después comenzó a trepar, como quien no sabe hacer uso de sus pies ni de sus manos, y al llegar, tras no pocos esfuerzos a la cofa, en lugar de seguir subiendo con ligereza, se quedó inmóvil, agarrándose a la jarcia, como sobrecogido por el vértigo. *Mister* Mathew, estupefacto de tamaña torpeza, y sintiendo que la ira comenzaba a dominarle, le mandó bajar a cubierta.

-Este bribón - dijo al contraмаestre -, no ha sido marinero en su vida. Johnston, registre su maleta.

El contraмаestre, desapareció para cumplir la orden recibida.

Crockston, entretanto, bajaba penosamente, y habiendo perdido pie, agarróse a una cuerda, arriada en banda que cedió, y el pobre hombre cayó rodando sobre cubierta.

-Malandrín, bestia, marino de agua dulce -le dijo el segundo de a bordo a modo de consuelo -. ¿Qué has venido a hacer al *Delfín*? ¡Has querido hacerte pasar por un excelente marinero, y no sabes siquiera distinguir el trinquete del mesana! Pues bien, ya te ajustaré las cuentas.

Crockston guardaba silencio, encogiéndose de hombros, como dispuesto a recibir resignado todo lo que viniera. El contramaestre no tardó en volver de la cámara de la tripulación.

-Mire usted - dijo al segundo -, lo que he encontrado en la maleta de ese sujeto: una cartera llena de cartas sospechosas.

-Démelas -repuso *mister* Mathew -. Las cartas están timbradas en los Estados Unidos del

Norte... «M. Halliburtt, de Boston» ¡Un abolicionista! ¡un federal!... ¡Miserable! ¡eres un traidor!.. ¡Has venido a bordo para traicionarnos! Pero no tengas cuidado; la cosa está clara, y vas a probar las uñas del gato de nueve colas. Contramaestre, avise usted al capitán. Entretanto, que los otros vigilen a este bribón.

Crockston, al oír estos cumplidos, ponía cara de pocos amigos, pero no despegó los labios. Le habían atado al cabrestante y no podía mover los pies ni las manos.

Algunos minutos después Jacobo Playfair salía de su camarote y se dirigió al castillo de proa. *Mister Mathew* lo puso al corriente de todo.

-¿Qué tienes que responder a eso? - le preguntó el capitán conteniendo a duras penas su cólera.

-Nada, - respondió Crockston, -¿Qué has venido a hacer a bordo?

-Nada.

-¿Qué esperas entonces de mí?

-Nada.

-¿Quién eres ? Un americano, según se deduce de éstas cartas.

Crockston no contestó.

-Contraamaestre, - añadió Jacobo Playfair -, que le den cincuenta zurriagazos a este individuo para desatarle la lengua. ¿Serán bastantes, Crockston?

-Ya veremos - dijo sin pestañear el tío del grumete Juan Stiggs.

-¡Adelante, muchachos! -ordenó el contraamaestre.

Dos vigorosos marineros despojaron a Crockston de la chamarreta de lana. Levantaban ya el

terrible instrumento e iban a descargarlo sobre las espaldas del paciente, cuando se precipitó en el puente, pálido como un muerto, el muchacho Stiggs.

-¡Capitán! -gritó.

-¡Ah! el sobrinito - dijo Playfair.

-Capitán -repitió el muchacho, haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo -, lo que Crockston no ha querido decir lo diré yo. No ocultaré lo que él no ha querido revelar. Sí, es americano, y lo soy yo también; los dos somos enemigos de los esclavistas, pero no hemos venido a bordo para hacer traición al *Delfín* y entregarlo a los buques federales.

-Entonces, ¿qué les ha traído aquí? - preguntó el capitán en tono severo, y examinando con atención al grumete.

Este vaciló un instante antes de responder, y al fin dijo con voz segura:

-Capitán, quisiera hablarle a solas.

Mientras Juan Stiggs pronunciaba estas palabras, Jacobo Playfair le contemplaba con cuidado: la cara aniñada y amable del grumete, su voz singularmente simpática, la blancura, y delicadeza de sus manos, apenas disimuladas bajo una capa de brea, sus grandes ojos, cuya animación no podía extinguir su dulzura, todo el conjunto de la persona del muchacho hizo entrar en sospechas al capitán. Cuando Juan Stiggs formuló su petición, Playfair miró fijamente a Crockston, que se encogió de hombros; después clavó en el sobrino una mirada interrogadora, que aquél no pudo sostener, y le dijo únicamente:

-Ven.

Juan Stiggs siguió al capitán a la toldilla, y allí, Jacobo Playfair, abriendo la puerta de su camarote, dijo al grumete, que estaba pálido de emoción:

-Tenga la bondad de pasar, señorita.

Al oírse llamar así, el supuesto Juan enrojeció vivamente y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

-Tranquilícese, *miss* - añadió el capitán con tono afable -, y sírvase decirme a qué feliz casualidad debo el honor de tenerla a bordo de mi buque.

La joven vaciló un instante antes de responder pero, tranquilizada por la mirada del capitán, se decidió a hablar.

-Señor - dijo -, deseaba reunirme con mi padre en Charleston. La ciudad está cercada por tierra y bloqueada por mar, y desesperaba de poder

entrar en ella cuando supe que el *Delfín* se proponía forzar el bloqueo. Entonces decidí embarcarme en su buque señor, y le ruego que me perdone lo haya hecho sin su consentimiento, pues seguramente usted no me lo hubiera permitido.

-Cierto -respondió Playfair.

-Hice, pues, bien en no pedírselo -replicó la joven con voz más segura.

El capitán se cruzó de brazos, dio una vuelta por el camarote, y dijo luego:

-¿Cómo se llama usted?

-Jenny Halliburtt.

-Su padre, si no recuerdo mal las señas de las cartas encontradas en la maleta de Crockston, es de Boston.

-Sí, señor.

-¿Y un hombre del norte se halla en una ciudad del Sur en lo más recio de la guerra de los Estados Unidos?

-Mi padre ha sido hecho prisionero, señor. Se hallaba en Charleston cuando se dispararon los primeros tiros de la guerra civil y las tropas de la Unión fueron desalojadas del fuerte Sumter por los confederados. Las opiniones de mi padre le hacían odioso a los esclavistas, y con menosprecio de todos los derechos fue encerrado en una cárcel por orden del general Beauregard. Yo estaba entonces en Inglaterra en casa de un pariente que acaba de morir, sola, y sin más apoyo que el de Crockston, el más fiel servidor de mi familia, y he querido reunirme con mi padre para participar de su suerte.

-¿Qué era, pues, *mister* Halliburtt? - preguntó el capitán.

-Un leal y valiente periodista - repuso Jenny con orgullo -, uno de los más dignos redactores

de *La tribune*¹, el que con más intrepidez ha defendido la causa de los negros.

-¡Un abolicionista! -exclamó Playfair - ¡Uno de esos hombres que so pretexto de abolir la esclavitud cubre su Patria de sangre y ruinas!

-Señor - repuso Jenny Halliburtt, palideciendo al oír insultar a su padre -, le ruego que no olvide que soy yo aquí la única que puede defenderle.

Vivo rubor cubrió las mejillas del capitán, y una cólera, mezclada de vergüenza se apoderó de él. Iba tal vez a responder groseramente a la joven, pero logró contenerse, y abriendo la puerta de su camarote gritó:

-¡Contramaestre!

El contramaestre se presentó enseguida.

-Este camarote - le dijo Playfair -, será desde este momento el de *miss* Jenny Halliburtt. Que

se me prepare una cama en el fondo de la toldilla. No necesito nada más.

El contraamaestre miró estupefacto al grumete, a quien daban un nombre femenino, pero el capitán le hizo una seña y salió apresuradamente a cumplir la orden recibida.

-Está usted en su casa, *miss* - añadió Jacobo Playfair, y se retiró.

-
1. Periódico que defendía la abolición de la esclavitud.

Capítulo Astucias de Crockston

IV

Toda la tripulación supo bien pronto la historia de *miss* Halliburtt, pues Crockston no se hacía

rogar para contarla. Por orden del capitán le habían desatado del cabrestante, y el gato de siete colas había vuelto a su escondrijo.

-¡Lindo animal, sobre todo cuando no araña! - dijo Crockston.

Inmediatamente que se vio libre bajó a la cámara de los marineros, tomó una maleta pequeña y la llevó a *miss Jenny*. La joven volvió a recobrar sus vestidos de mujer, pero no salió del camarote, no se dejó ver más en la cubierta.

En cuanto a Crockston, habiendo reconocido todos que era tan marinero como un mozo de cuadra, quedó exento de todo servicio a bordo.

Entretanto, el *Delfín* atravesaba velozmente el Atlántico cuyas olas rompía con su doble hélice. Toda la maniobra consistía en vigilar activamente. El día siguiente en que desapareció el incógnito de *miss Jenny*, el capitán Playfair se paseaba por la toldilla, sin haber hecho nada

por volver al ver a la joven y reanudar la conversación.

Mientras paseaba, Crockston se cruzaba a cada instante con él y le miraba haciendo un gesto de satisfacción. Evidentemente, quería entablar conversación con el capitán y clavaba en él los ojos con tal obstinación, que acabó por hacerle perder la paciencia.

-Vaya, ¿qué quieres todavía? - preguntó Playfair, dirigiéndose al americano -. Estás dando vueltas en torno mío como un nadador en derredor de una boya. ¿Va a ser esto el cuento de nunca acabar?

-Dispense usted, capitán - repuso Crockston guiñando un ojo -. Tengo algo que decirle.

-¡Pues acaba de una vez!

-Es muy sencillo... Tenía que decirle que en el fondo, es usted un buen hombre a carta cabal.

-¿Nada más que en el fondo?

-Y en la superficie también.

-Para nada necesito tus cumplidos.

-No son cumplidos: los haré cuando haya usted terminado su obra.

-¿Hasta que haya terminado el qué?

-Su obra, capitán.

-¿De manera que tengo una obra que cumplir?

-Exacto. Ha recibido usted a bordo a una joven y a mí, y eso está muy bien. Ha cedido usted su camarote a *miss* Jenny Halliburtt, y eso está mejor. Me ha librado usted de las uñas del gato, y no es posible pedir más. Nos va a llevar usted a Charleston, y eso es el colmo de la bondad. Sin embargo, todavía falta algo.

-¿Cómo? ¿Todavía más? - exclamó Playfair, asombrado de las pretensiones de Crockston.

-Sí, señor -repuso éste en tono zumbón -. El padre está prisionero allá abajo.

-¿Y bien?

-Pues que hay que ponerlo en libertad.

-¿Poner en libertad al padre de *miss* Halliburtt?

-Eso mismo. Se trata de un hombre digno, de un buen ciudadano, y vale la pena de que se haga alguna cosa por él.

-Crockston -dijo Playfair arrugando el entrecejo -, me parece que eres muy amigo de chanzas, pero te advierto que no estoy de humor para bromas.

-Se engaña, usted, capitán -replicó el americano -. No me chanceo; hablo muy en serio. Lo que le propongo le parecerá absurdo al primer

momento, pero cuando haya usted reflexionado verá que no hay más remedio que hacerlo.

-¿Pretenderás, acaso, que sea yo quien ponga en libertad a *mister* Halliburtt?

-Estoy seguro de que lo hará usted. No tema que si se la pide usted, el general Bauregard le niegue la libertad del señor Halliburtt.

-¿Y si me la niega?

-Entonces -repuso Crockston imperturbable -, emplearemos los grandes medios y nos llevaremos al prisionero a despecho de los confederados.

-¿De manera - exclamó Playfair, al que la cólera empezaba a dominar-, de manera que además de pasar a través de las escuadras federadas y de forzar el bloqueo, tendré que fondear bajo el cañón de los fuertes para libertar a un

señor a quien ni siquiera conozco, a uno de esos abolicionistas que detesto, a un emborronador de cuartillas que derraman tinta en vez de sangre suya?

-¡Bah! Un cañonazo más o menos... -dijo Crockston.

-Escucha, amiguito -replicó el capitán -; si tienes la desgracia de volver a hablarme de este asunto, irás a parar al fondo de la sentina, para que aprendas a morderte la lengua.

Dicho esto, Playfair despidió al americano, que se alejó murmurando:

-No estoy descontento del resultado de la conversación. Le he hablado, que era lo importante. Ya sabe lo que me interesaba que supiera... ¡Esto marcha, Crockston, esto marcha!

Cuando Playfair dijo «un abolicionista que detesto», sin duda fue mucho más allá de lo que pensaba.

No era partidario de la esclavitud, pero no podía admitir que la cuestión de la servidumbre fuera lo predominante en la guerra civil, a despecho de las formales declaraciones del presidente Lincoln. ¿Pretendía, acaso, que los estados del Sur - ocho de treinta y seis - tenían derecho a separarse, puesto que se habían unido voluntariamente?

Tampoco detestaba a los del norte, y esto era todo. Los detestaba como antiguos hermanos separados de la familia, de verdaderos ingleses, que habían juzgado oportuno hacer lo que él, Jacobo Playfair, aprobaba a los estados confederados. Estas eran las opiniones políticas del capitán del *Delfín*; pero la guerra le perjudicaba, personalmente, y no podía querer a los que la mantenían. Se comprende, pues, que acogiera de mal talante la proposición que se le hiciera

de salvar a un antiesclavista y de ponerse en contra de los confederados, con los que se proponía traficar.

Sin embargo, las insinuaciones de Crockston no dejaban de preocuparle. Quería desecharlas de su mente, pero volvían a presentársele, y cuando a la mañana siguiente, *miss Jenny* subió un instante al puente, no se atrevió a mirarla cara a cara.

Y era una lástima, porque aquella joven de cabellera rubia y de mirar inteligente y dulce, merecía que se fijaran en ella; pero Jacobo se sentía cohibido en su presencia, comprendía que aquella encantadora criatura poseía un alma, fuerte y generosa, educada en la escuela de la desgracia; comprendía en fin que su silencio para con ella encerraba una negativa a los más vivos deseos de la muchacha. Por lo demás, *miss Jenny*, aunque no buscaba a Jacobo, tampoco le evitaba, y durante los primeros días no cambiaron una palabra. *Miss Halliburtt* salía

muy poco de su camarote, y seguramente no hubiera dirigido jamás una palabra al capitán del *Delfín* si Crockston no hubiera intervenido con una de sus estratagemas.

El buen americano era un fiel servidor de la familia Halliburtt. Había sido educado en casa de su amo, y su adhesión no tenía límites.

Su buen sentido igualaba a su valor. Tenía una manera particular de ver las cosas, una filosofía particular respecto a los acontecimientos; no se desanimaba nunca y sabía salir airoso de las circunstancias más graves.

Al excelente hombre se le había metido en la cabeza salvar a *mister* Halliburtt, emplear para conseguirlo la nave del capitán Playfair y al capitán mismo y regresar a Inglaterra en el *Del-fín*. Tal era su proyecto, aunque la joven sólo deseaba reunirse con su padre y participar de su suerte mientras estuviera prisionero. En consecuencia, Crockston trató primero de

convencer al capitán, y con ese propósito le atacó; pero el enemigo no se rindió, al contrario.

-Será preciso -penso entonces -, que la propia *miss* Jenny decida al capitán. Si seguimos así durante toda la travesía no adelantaremos nada. Es necesario que hablen, que discutan, que disputen, hasta que riñan, pero que hablen. ¡Qué me ahorquen si durante la conversación no es el propio capitán el que propondrá lo mismo que ahora rehusa!

Pero cuando observó que la joven y el capitán se evitaban, comenzó a preocuparse.

-Es preciso acabar de una vez -se dijo.

Y al cuarto día entró en el camarote de *miss* Jenny frotándose las manos con visible satisfacción.

-¡Buenas noticias! -exclamó - ¡Buenas noticias!
¿A que no adivina usted lo que me ha propues-
to el capitán? ¡Es un hombre excelente!

-¡Ah! -respondió la joven, cuyo corazón palpitó
con violencia -. ¿Qué te ha propuesto?

-Libertar a *mister* Halliburtt, arrebatarlo de las
manos de los confederados y llevarlo a Ingla-
terra.

-¿Es eso cierto? - exclamó *miss* Jenny.

-Tal como lo digo. ¡Qué gran corazón tiene ese
Jacobó Playfair! Ya ve usted lo que son los in-
gleses: o malos de remate o la bondad personi-
ficada. ¡Ah! puede contar con mi gratitud. Me
dejaría hacer pedazos por él por darle gusto.

Al oír las palabras de Crockston sintió la joven
una alegría inefable. ¡Libertar a su padre! Ella
misma no se había atrevido a concebir ese pro-

yecto. ¡Y el capitán del *Delfín* arriesgaría su nave y toda la tripulación!

-Creo *miss Jenny*, que merece que le dé usted las gracias.

Más que las gracias -profirió la joven -. ¡Una amistad eterna!

E inmediatamente salió del camarote para ir a expresar al capitán Playfair los sentimientos que embargaban su corazón.

-¡Esto marcha! ¡esto marcha! -murmuró el americano -. ¡Esto va que vuela!

Jacobo Playfair se paseaba por la toldilla, y como es de suponer, quedóse sorprendido, por no decir estupefacto, al ver a la joven que se acercaba a él con los ojos llenos de lágrimas de agradecimiento, y tendiéndole la mano, le decía:

-¡Gracias, señor, gracias por su abnegación que no me hubiera atrevido jamás a esperar de un extranjero!

-*Miss* -dijo el capitán, que no comprendía ni podía comprender-, no sé...

-Sin embargo, va usted a correr muchos peligros por mi, comprometiendo quizá sus intereses. ¡Y había hecho usted ya tanto admitiéndome a bordo de su buque y concediéndome una hospitalidad a la que no podía tener ningún derecho!

-Perdone usted, *miss Jenny*, pero le aseguro que no sé a qué se refiere... Me he portado con usted como debe portarse todo hombre bien educado, mi conducta no merece tanta gratitud ni que me dé usted las gracias.

-Señor Playfair -repuso la joven -, es inútil fingir: Crockston me lo ha contado todo.

-¡Ah! ¿Crockston se lo ha contado todo? Pues entonces comprendo mucho menos que haya usted abandonado su camarote para venir a decirme unas cosas.

Al hablar así el capitán se hallaba en una situación embarazosa. Se acordaba de la manera, nada afable, con que había acogido las proposiciones del americano; pero *miss* Jenny no le dio tiempo para explicarse, afortunadamente para él, pues le interrumpió diciendo:

-Señor Playfair, yo no abrigaba otro propósito que el de reunirme con mi padre cuando me embarqué en el *Delfín* para ir a Charleston donde, por crueles que sean los esclavistas, no habían de negar a una hija el triste consuelo de encerrarla en la misma prisión del autor de sus días. Esta era toda mi esperanza; nunca me hubiera atrevido a confiar en el regreso; pero, puesto que su generosidad quiere librar a mi padre de su prisión, puesto que quiere usted intentarlo todo para salvarle, debo testimo-

niarle mi profundo agradecimiento y rogarle que me permita estrecharle la mano.

Jacobo Playfair no sabía qué decir ni qué hacer, se mordía los labios, sin atreverse a tomar la mano de la joven. Crockston le había «comprometido» de modo que no pudiera volverse atrás. Sin embargo, no pensaba ni remotamente contribuir a la liberación de *mister* Halliburtt ni empeñarse en tan arriesgado asunto. Pero, ¿cómo destruir las esperanzas de aquella pobre hija? ¿Cómo convertir en lágrimas de dolor las lágrimas de gratitud que brotaban a raudales de sus ojos? Así, el joven trató de responder con evasivas, para conservar su libertad de acción y no soltar prenda para el porvenir.

-Miss Jenny -dijo -, crea usted que lo haría todo en el mundo por...

Y al tomar la pequeña mano de la joven, sintió con aquella dulce presión que el corazón se le derretía y perdía la cabeza. Le faltaron palabras

para acabar de expresar su pensamiento, y balbució:

-Por usted... *miss* Jenny... ¡por usted!

Crockston, que no los perdía de vista, se frotaba las manos murmurando:

-¡Esto va saliendo a pedir de boca! ¡Esto marcha, esto vuela!

¿Cómo hubiera salido Playfair de tan embarazosa situación? Difícil sería decirlo. Mas afortunadamente para él, aunque no para el *Delfín*, la voz del vigía gritó en aquel momento:

-¡Eh! ¡Oficial de cuarto!

-¿Qué hay? - contestó *mister* Mathew.

-Una vela a barlovento.

Jacobo Playfair se separó vivamente de la joven y corrió a los obenques de mesana.

Las balas del *Iroqués* y los argumentos de Miss Jenny

La navegación del *Delfín* había sido hasta entonces muy feliz y rápida. Ni una sola nave se había visto antes de aquella vela anunciada por el vigía.

El *Delfín* se hallaba entonces a los 32° 15' de latitud y 57° 43' de longitud oeste del meridiano de Greenwich, es decir, a los tres quintos de su carrera. Hacía cuarenta y ocho horas que se extendía sobre el océano una espesa niebla que empezaba a la sazón a levantarse.

Aquella niebla favorecía al *Delfín* porque ocultaba su marcha, pero impedía observar una gran extensión del mar y estaba expuesto a navegar bordo a bordo, por decir así, de los buques que quería evitar.

Esto era precisamente lo que había sucedido cuando la nave fue señalada, se encontraba a poco más de tres millas a barlovento.

Cuando Playfair llegó a las barras, distinguió perfectamente a través de la bruma una corbeta federal que marchaba a todo vapor con rumbo al *Delfín*, a fin de cortarle la ruta.

Cuando el capitán la hubo examinado atentamente, bajó al puente y llamó a su segundo.

-Señor Mathew - le preguntó-, ¿qué piensa usted de esa nave?

-Pues que se trata de un buque federal que sospecha de nuestras intenciones.

-En efecto, no cabe duda posible acerca de su nacionalidad -respondió Jacobo Playfair-. Mire usted.

En aquel instante la corbeta izaba, el estrellado pabellón de los Estados Unidos del Norte anunciando su presencia con un cañonazo.

-Nos invita a izar nuestra bandera - dijo *mister Mathew* -. Pues bien, vamos a enseñársela.

-¿Para qué? - repuso Jacobo Playfair. Nuestro pabellón no nos cubriría, ni impediría que esa gente viniera a hacernos una visita. No, vamos adelante.

-Y de prisa, - observó *mister Mathew*-, porque si no me engaño, he visto ya a esa corbeta en alguna parte, en los alrededores de Liverpool, donde vigilaba los buques en construcción. ¡Que pierda mi nombre sino se lee *Iroqués* en la tabla de su popa!

-¿Tiene buena marcha?

-Una de las mejores de la marina federal.

-¿Lleva cañones?

-Ocho.

-¡Bah!

-No se encoja usted de hombros, capitán - replicó muy seriamente su segundo-. De esos ocho cañones hay dos giratorios, uno de sesenta en el castillo de proa, y otro de ciento sobre cubierta, y ambos rayados.

-¡Cáspita! Son *Parrotts* que tienen tres millas de alcance.

-Sí, y más aún, capitán.

-Pues bien, señor Mathew, sean los cañones de cien o de cuatro y alcancen tres millas o quinientas yardas, todo es lo mismo cuando se corre bastante para evitar sus proyectiles. Mande usted que activen los fuegos.

El segundo transmitió al ingeniero¹ las órdenes del capitán, y bien pronto un gran penacho de humo brotó de las chimeneas del *steamer*.

Estos síntomas no parecieron ser del gusto de la corbeta, pues hizo al *Delfín* señal de que se pusiera al paio. Pero Jacobo Playfair desdeñó la indicación y continuó su rumbo.

-Ahora -dijo -, veremos lo que hace el *Iroqués*. Se le presenta una buena ocasión de probar sus cañones de cien y comprobar su alcance.

-Está bien -dijo *mister Mathew* -; no tardaremos mucho en recibir un saludo nada grato.

Al volver a la toldilla, encontró el capitán a *miss Halliburtt* sentada tranquilamente junto a la borda.

-*Miss Jenny* - le dijo -, probablemente tratará de darnos caza la corbeta que se ve allá a barlovento, y como sin duda nos hablará con la boca de sus cañones, le ofrezco el brazo para acompañarla a usted a su camarote.

-Gracias, señor Playfair - repuso la joven mirando fijamente al capitán -, pero como no he visto nunca un disparo de cañón...

-Sin embargo, *miss*, como a pesar de la distancia pudiera alcanzarnos una bala...

-¡Bah! no me han educado como a niña miedosa. Estoy acostumbrada a todos los peligros en América, y le aseguro que las balas del *Iroqués* no me harán bajar la cabeza.

-¡Es usted valiente, *miss* Jenny!

-Admitiendo, pues, que no soy cobarde, le ruego me permita permanecer a su lado.

-Nada le puedo negar, *miss* Jenny -respondió el capitán encantado de la admirable serenidad de la americanita.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando se vio una humareda blanca que salía de las bordas de la corbeta, y antes que se hu-

biera percibido el estampido, un proyectil cilindro-cónico, girando con espantosa rapidez y rasgando el aire se dirigió hacia el *Delfín*.

Podía seguirsele en su marcha; que se operaba con cierta lentitud relativa, porque los proyectiles salen de los cañones rayados con menor velocidad, inicial que de las piezas de ánima lisa.

Llegada a una veinte brazas del *Delfín*, la bala cuya trayectoria se deprimía sensiblemente, rebotó sobre las olas marcando su paso con una serie de surtidores; después, con nuevo empuje tocó la superficie líquida, remontóse, y pasó por encima del *Delfín*; pero le cortó el paso el brazo estribor de la verga de trinquete y se hundió a treinta brazas de distancia.

-¡Cáscaras! - exclamó Playfair -. Es preciso volar, porque no tardará en llegar la segunda bala.

-¡Oh! - repuso *mister* Mathew -, se necesita tiempo para volver a cargar esas piezas.

-A fe mía que es muy interesante ver eso - dijo Crockston que, con los brazos cruzados, presenciaba la escena con la mayor indiferencia.

¡Y pensar que son nuestros amigos los que nos envían semejantes regalitos!

-¡Hola! ¿eres tú? -exclamó Jacobo Playfair, mirando al americano de pies a cabeza.

-Sí, mi capitán - respondió Crockston sin inmutarse-. Ya ve usted cómo tiran esos valientes confederados. ¡Muy mal, por cierto!

El capitán iba a contestar con bastante acritud, pero en aquel momento un segundo proyectil se hundió en las aguas a poca distancia de la banda de estribor.

-¡Muy bien! - gritó Jacobo Playfair-. Llevamos dos cables de ventaja a ese *Iroqués*. Tus amigos andan como una boya, ¿verdad, Crockston?

-No diré lo contrario - repuso el americano -, y por primera vez en mi vida me alegro de eso.

Un tercer proyectil quedó mucho más atrás que los dos primeros y en menos de diez minutos el *Delfín* se puso fuera del alcance de los cañones.

-Esto vale más que todos los *patent-logs* del mundo, señor Mathew -dijo el capitán -; gracias a esas balas sabemos ya a qué atenernos acerca de la rapidez de nuestro buque. Ahora, mande usted que moderen el fuego. No hay que gastar carbón inútilmente.

-¡Es un excelente buque el que manda usted, capitán! - díjole la hija de Halliburtt.

-Sí, *miss Jenny*; mi valiente *Delfín* hace diecisiete nudos por hora, y antes que se ponga el sol habremos perdido de vista a esa corbeta federal.

Jacobo Playfair no exageraba respecto a las buenas condiciones de su buque, pues aun tardaría en declinar el sol a su ocaso cuando los mástiles de la nave americana habían desaparecido en el horizonte.

Este incidente permitió al capitán apreciar bajo un nuevo aspecto el carácter de *miss Halliburtt*. El hielo estaba ya roto. Durante el resto de la travesía las entrevistas fueron frecuentes y prolongadas entre el capitán del *Delfín* y su pasajera. Jacobo halló en *miss Jenny* una joven valerosa, fuerte, reflexiva, inteligente, franca en el hablar, como todas las americanas, con ideas fijas sobre todo, y las omitía, con una convicción que penetraba en el corazón de Jacobo, sin saberlo. La hija de *mister Halliburtt* amaba entrañablemente a su Patria, le seducía la idea de

la Unión y se expresaba acerca de la guerra de los Estados Unidos con un entusiasmo del que ninguna otra mujer hubiera sido capaz. En más de una ocasión Playfair no supo que contestarle. A menudo, el negociante exponía sus opiniones y *miss Jenny* las atacaba con no menos vigor, no queriendo transigir de ninguna manera. En un principio Jacobo discutía poco. Trataba de defender a los confederados contra los federales, de demostrar que la razón y el derecho estaban de parte de los secesionistas y de demostrar que los que voluntariamente se habían unido podían separarse con entera libertad. Pero la joven tampoco quiso ceder en este punto; demostró que la cuestión de la esclavitud era la primordial, la cuestión capital en la lucha de los americanos del norte y los del sur, que se trataba más bien de moral y de humanidad que de política, y Jacobo quedó completamente derrotado.

Desde entonces, en vez de hablar escuchaba siempre. No podríamos decir si le convencían tanto los argumentos de *miss* Halliburtt como le encantaba oírlos; pero sí que hubo de reconocer entre otras cosas, que el caballo de batalla en la guerra de los Estados Unidos era la esclavitud y que había que resolver de una vez esa cuestión y acabar con los últimos horrores de los tiempos bárbaros.

Por otra parte, según hemos dicho, las cuestiones políticas no preocupaban gran cosa al capitán del *Delfín*. Aunque hubiera tenido más fe en ellas las hubiera sacrificado a argumentos presentados bajo aquella forma y en tales condiciones. Pero el comerciante negó a verse atacado directamente en sus intereses más queridos, esto es, respecto al tráfico a que estaba destinado su buque y a propósito de las municiones que llevaba a los confederados.

-El agradecimiento, señor Playfair -decíale *miss* Jenny- no debe impedir que le hable con entera

franqueza; al contrario, es usted un excelente marino y un hábil comerciante, y la casa Playfair se cita como modelo de honradez; pero en esta ocasión falta a sus principios, no hace un negocio digno de ella.

-¡Cómo! - exclamó el capitán -. ¿No tiene quizá derecho la casa Playfair a hacer una operación comercial?

-A la que usted se refiere, no. Lleva municiones de guerra a los desdichados que están en plena rebelión contra el gobierno legítimo de su país; es prestar armas a una mala causa.

-No discutiré con usted, *miss Jenny*, el derecho de los confederados, pero no puedo por menos de decirle que soy negociante y que, como tal, sólo me preocupan los intereses de mi casa. Busco la ganancia dondequiera que se presente.

-Eso es justamente lo censurable -replicó la joven -. La ganancia no justifica nada. Cuando

vende usted a los chinos el opio que los embrutece es menos culpable que ahora proporcionando a los rebeldes del sur los medios de continuar una guerra criminal.

-¡Oh *miss* Jenny! por esta vez no puedo darle la razón; es usted demasiado injusta...

-No, lo que digo es cierto y justo, y así lo reconocerá usted mismo cuando haya reflexionado sobre el papel que representa usted en esta ocasión, cuando haya recapacitado sobre los resultados de que será usted responsable a los ojos de todo el mundo. Entonces me dará usted la razón en este punto como en tantos otros..

Playfair no sabía qué contestar y, conociendo que la cólera empezaba a dominarle, se separó de la joven, pues le humillaba su propia impotencia; se mostró enfadado como un chiquillo al que se contraría, pero volvió enseguida al lado

de la joven que le aturdiría con sus argumentos acompañados de tan seductoras sonrisas.

En una palabra, el capitán no era ya dueño de sí mismo.

No era el amo después de Dios a bordo de su buque.

Así, con gran alegría de Crockston, los asuntos de Halliburtt iban por buen camino. El capitán parecía decidido a arrostrarlo todo por libertar al padre de *miss Jenny*, a comprometer el *Delfín*, su cargamento y su tripulación y acarrearle las maldiciones de su tío Vicente.

1. Nombre que dan en la marina inglesa al maquinista.

Los forzadores de bloqueos: De Glasgow a Charleston

El canal de la isla Sullivan

Dos días después del encuentro con la corbeta *Iroqués*, sufrió el *Delfín*, a la altura de las Bermudas una violenta borrasca. En aquellos parajes son frecuentes los huracanes. Tienen una fama siniestra.

En ellos colocó Shakespeare las escenas de sus dramas *La Tempestad*, en el que Ariel y Caliban se disputan el imperio de las aguas.

El ciclón fue espantoso. Jacobo Playfair pensó un momento en recalar en *Mainland*, una de las Bermudas, donde tienen los ingleses una estación naval, lo cual hubiera sido un grave contratiempo; pero, afortunadamente, el *Delfín* se portó de una manera maravillosa durante la tempestad, y después de un día entero de luchar con el huracán pudo continuar su ruta hacia las costas norteamericanas.

Pero si Jacobo Playfair estaba satisfecho de su nave, no lo estaba menos del valor y sangre fría de la joven. *Miss Halliburtt* pasó a su lado en el puente las peores horas del ciclón, y el capitán, pensando seriamente en el caso, llegó a persuadirse de que un amor profundo, imperioso, irresistible, se había apoderado de todo su ser.

-Sí -se dijo -, esa valiente muchacha es la verdadera ama de mi barco. Me trae y me lleva como las olas a un buque sin gobierno. ¡Está visto que me voy a pique! ¿Qué dirá mi tío Vicente? ¡Ah! Debilidades humanas... Estoy seguro de que si *miss Jenny* me pidiera que echase al mar todo el cargamento de contrabando que llevo, lo haría sin vacilar ¡sólo por ella!

Afortunadamente para la casa Playfair y Compañía, *miss Jenny* no exigió semejante sacrificio. Sin embargo, el pobre capitán estaba tan bien prendido en las redes del amor, que Crockston podía leer en su corazón como en libro abierto y se frotaba las manos hasta levantarse la piel.

-¡Ya le tenemos, ya le tenemos! - repetía, el fiel servidor- y dentro de ocho días mi amo estará tranquilamente instalado a bordo en el mejor camarote del *Delfín*.

¿Cuando *miss Jenny* se dio cuenta de los sentimientos que inspiraba?, ¿se dejó llevar de ellos hasta el punto de corresponderlos? Nadie lo podría decir y Jacobo Playfair mucho menos. La joven se mantenía muy reservada, bajo la influencia de su educación americana, y su secreto permaneció sepultado profundamente en su corazón.

A medida que el amor hacía tales progresos en el alma del joven capitán, el *Delfín* navegaba con no menos rapidez hacia Charleston.

El 13 de enero el vigía señaló tierra a diez millas al oeste. Era una costa baja que casi se confundía a lo lejos con la línea de las olas.

Crockston examinaba atentamente el horizonte, y a las nueve de la mañana, señalando un punto luminoso, exclamó:

-¡El faro de Charleston!

Si el *Delfín* hubiera llegado de noche, aquel faro, situado en la isla Morris y elevado ciento cuarenta pies sobre el nivel del mar, hubiese sido visto desde muchas horas antes, porque la claridad de su fanal giratorio se percibe a una distancia de catorce millas.

Determinada la posición del *Delfín*, Jacobo Playfair no tuvo que hacer más que una cosa: decidir por qué punto penetraría en la bahía de Charleston.

-Si no encontramos ningún obstáculo -dijo -, dentro de tres horas estaremos al seguro en los *docks* del puerto.

La ciudad de Charleston está situada en el fondo de un estuario de siete millas de largo por dos de ancho, llamado *Charleston Harbour*, cuya entrada es muy difícil, pues la estrechaban la isla Morris al sur y la de Sullivan al norte. En la época en que el *Delfín* debía forzar el bloqueo, la isla de Morris estaba en poder de las tropas federales, y el general Gillmore había hecho emplazar baterías que dominaban la rada. La isla de Sullivan, por el contrario, pertenecía a los confederados que ocupaban el fuerte de Moultrie, situado en su extremidad; por consiguiente, el *Delfín* no tenía otro remedio que pasar rasando las orillas del norte para ponerse fuera del alcance de las baterías de la isla Morris.

Cinco pasos permitían penetrar en el estuario: el canal de la isla Sullivan, el del norte, el de *Overall*, el canal principal y el de *Lawford*; pero este último está vedado a los extranjeros, a menos que lleven abordo excelentes prácticos y

que el buque no cale más de siete pies. En cuanto a los canales del norte y *Overall*, estaban dominados por las baterías federales y no había ni que pensar en ellos. Si Jacobo Playfair hubiera podido escoger, seguramente hubiera adoptado por el principal, que es el mejor, pero había que amoldarse a las circunstancias y decidió estar a las resultas de los acontecimientos. Afortunadamente el capitán del *Delfín* conocía muy bien todos los secretos de aquella bahía, sus peligros, la profundidad de sus aguas en la bajar y sus corrientes; era, pues, capaz de gobernar su buque con entera seguridad así que hubiera embocado uno de aquellos estrechos canales.

La cuestión principal era entrar en ellos.

Pero esta maniobra exigía una gran experiencia del mar y un perfecto conocimiento de las cualidades del *Delfín*.

Dos fragatas federales cruzaban entonces las aguas de Charleston, y *mister Mathew* las señaló bien pronto a la atención de su capitán.

-Se preparan -dijo -a preguntarnos qué venimos a hacer a estos parajes.

-Pues bien, no se les contestará, -repuso Playfair -, y se quedarán con las ganas de satisfacer su curiosidad.

Los cruceros, entretanto, se dirigían a todo vapor hacia el *Delfín*, que continuaba su ruta, teniendo cuidado de no ponerse al alcance de sus cañones. Pero queriendo ganar tiempo, Playfair mandó poner la proa al sudoeste, tratando de engañar a los buques enemigos. En efecto, éstos creyeron que el *Delfín* intentaba lanzarse a los pasos de la isla Morris, donde las baterías, con un solo disparo, podrían echar a pique a la nave inglesa, y dejaron que el *Delfín* siguiera su rumbo hacia el sudoeste limitándose a observarlo sin darle caza de cerca.

Durante una hora no cambió la situación respectiva de las naves. Jacobo Playfair, queriendo entonces engañar mejor a sus enemigos respecto a la marcha del *Delfín*, ordenó moderar la velocidad y navegó a media máquina. Sin embargo, a juzgar por los torbellinos de humo que escapaban de sus chimeneas, daban a entender que deseaba obtener el máximo de presión y, por consiguiente, el de rapidez.

-¡Qué chasco se van a llevar cuando vean que escapamos de sus manos! - dijo Jacobo Playfair.

En efecto, cuando el capitán se vio bastante cerca de la isla de Morris y frente a una línea de cañones cuyo alcance no conocía, cambió bruscamente de dirección, hizo girar la nave sobre sí misma, viró al norte y dejó a los cruceros a dos millas a sotavento. Los federales comprendieron al fin la jugada y se lanzaron en persecución del *steamer*; pero ya era demasiado tarde: el *Delfín*, doblando su velocidad bajo la acción de sus hélices lanzadas a toda máquina,

les dejó muy atrás, acercándose a la costa. Los cruceros federales, por hacer algo, le enviaron algunas balas; pero los proyectiles quedaron a mitad del camino.

A las once de la mañana, el buque de Playfair, costeano la isla de Sullivan, gracias a su poco calado, entraba a todo vapor en el estrecho canal. Allí se hallaba al seguro, pues ningún buque federal se hubiera atrevido a seguirle en un paso que no tenía más de once pies de profundidad en la bajamar.

-¡Cómo! - exclamó Crockston-. ¿No hay que hacer nada más difícil que esto?

-Amigo mío - respondió Playfair-, lo difícil no es entrar, sino salir.

-¡Bah! -replicó el americano-. Eso me tiene sin cuidado. Con un barco como el *Delfín* y un capitán como el señor Playfair, se entra y se sale cuándo y cómo se quiera.

Mientras tanto, el capitán examinaba atentamente con el antejo la ruta que debían seguir. Tenía delante una carta costera que le permitía marchar sin temores ni vacilaciones.

Ya en medio del estrecho canal, que corre a lo largo de la isla Sullivan, Jacobo viró hacia el fuerte Moultrie, al oeste cuarto norte, hasta que el castillo de Pickney, que era fácil de reconocer por su color oscuro y situado en un islote de *Shute's Folly*, se mostró al norte nordeste. Al otro lado tenía la casa del fuerte Johnson, elevada a la izquierda y abierta a dos grados al norte del fuerte Sumter.

En aquel momento partieron dos proyectiles de las baterías de la isla Morris, que se quedaron cortos. El *Delfín* continuó su marcha, sin desviarse un punto, pasó delante de *Moultrieville*, situado en el extremo de la isla Sullivan, y desembocó en la bahía.

Pronto dejó a su izquierda el fuerte Sumter, quedando a cubierto de las baterías federales.

Este fuerte, célebre en la guerra de los Estados Unidos, está situado a tres millas y un tercio de Charleston y alrededor de una milla de cada margen de la bahía. Es un pentágono irregular, construido sobre una isla artificial, con granito de Massachusetts, y costó diez años de tiempo y más de novecientos mil dólares.

De este fuerte fueron desalojados Anderson y las tropas federales, y contra él dispararon sus primeros tiros los separatistas. No puede calcularse la cantidad de hierro y plomo que los cañones federales vomitaron sobre él. Sin embargo, resistió durante cerca de tres años.

Algunos meses después del paso del *Delfín*, cayó bajo las balas de trescientas libras de los cañones rayados *Parrott* que el general Gillmore emplazó en la isla Morris.

Pero, cuando llegó Playfair estaba en todo su vigor, y la bandera de los confederados ondeaba encima de aquel enorme pentágono de granito.

Pasado el fuerte, aparecía la ciudad de Charleston acotada entre los ríos Ashley y Cooper, formando una punta hacia la rada.

Jacobo Playfair pasó en medio de las boyas que marcaban el canal dejando al sur sudoeste el faro de Charleston, visible por encima de los terraplenes de la isla Morris. Había izado el pabellón de Inglaterra y navegaba con maravillosa rapidez por entre aquellos pasos.

Cuando hubo dejado a estribor la boya de la cuarentena, avanzó libremente por la bahía. *Miss Halliburtt* estaba en pie en la toldilla contemplando la ciudad donde su padre estaba cautivo, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Por fin el buque moderó su marcha; por orden del capitán rozó las puntas de las baterías del sur y del este y no tardó en estar amarrado al muelle en el *North commercial wharf*.

Capítulo

VII

Un general sudista

En el muelle de Charleston se reunió una multitud inmensa que acogió al *Delfín* con hurras y aplausos. Los habitantes, bloqueados por mar, no estaban acostumbrados a recibir visitas de buques europeos, y se preguntaban con estupor qué iba a hacer en sus aguas aquel magnífico barco que ostentaba con orgullo el pabellón inglés; pero, cuando se supo el objeto porque había franqueado los pasos de Sullivan, cuando cundió la voz de que su cargamento era contrabando de guerra, las aclamaciones se redoblaron y el entusiasmo no tuvo límites.

Jacobo Playfair se puso inmediatamente al habla con el general Beauregard, comandante

militar de la plaza, el cual recibió muy bien al joven capitán que llegaba en el momento más oportuno para proveer a sus soldados del vestuario y municiones que tanto necesitaban. Se convino en que la descarga se haría sin pérdida de momento, y numerosos brazos acudieron en ayuda de los marineros ingleses.

Antes de saltar a tierra, *miss* Halliburtt hizo a Jacobo las más apremiantes recomendaciones relativas al prisionero. El capitán se había consagrado por completo al servicio de la joven.

-*Miss* -le dijo-, puede usted contar conmigo. Haré hasta lo imposible por salvar a su padre, pero confío en que no será preciso vencer grandes dificultades. Hoy sino veré al general Baurgard y sin pedirle bruscamente la libertad de *mister* Halliburtt, sabré por él en qué situación se encuentra, si está libre bajo su palabra o encarcelado.

-¡Pobre padre mío! - sollozó la joven-. No sabe que su hija está tan cerca de él... ¡Ah! ¡que no pueda arrojarme en sus brazos!

-Un poco de paciencia, *miss* Jenny pronto le abrazará usted. No dude de que haré cuanto pueda, pero procediendo con circunspección y tino..

Fiel a su promesa, Jacobo, después de haber tratado como negociante los asuntos de su casa, entregado el cargamento del *Delfín* y ajustada la compra, a vil precio, de una inmensa cantidad de algodón, hizo recaer la conversación sobre los asuntos del día.

-Según eso -dijo al general Bauregard -, ¿cree usted en el triunfo de los esclavistas?

-No dudo ni por un momento de nuestra victoria respecto a Charleston; el ejército de Lee hará cesar muy pronto el cerco. Además, ¿qué se puede esperar de los abolicionistas? Suponga-

mos y es mucho suponer que caigan en su poder las ciudades comerciales de Virginia, de las dos Carolinas, de Georgia, de Alabama, del Mississippi ¿qué sucederá después? ¿Serán dueños de un país que jamás podrán ocupar?

No, por cierto. Por mi parte, creo que su victoria les pondrá en grave apuro.

-¿Está usted seguro de sus soldados? -pregunté el capitán-. ¿No teme que Charleston se canse de un sitio que es su ruina?

-¡No! no temo la traición. Además, los traidores serían sacrificados sin piedad. Yo mismo pasaría la ciudad a sangre y fuego si sorprendiera en ella el menor movimiento unionista. Jefferson Davis me ha confiado Charleston, y Charleston está en manos seguras.

-¿Tiene usted prisioneros nordistas? - dijo Jacobo llegando a lo más interesante para él.

-Sí, capitán. En Charleston empezó el fuego de la escisión. Los abolicionistas que se hallaban aquí, quisieron resistir, pero, después de haber sido batidos, quedaron prisioneros de guerra.

-¿Y son muchos?

-Unos cien.

-¿Que andan libres por la ciudad?

-Anduvieron hasta el día en que descubrí una conjuración formada por ellos. Su jefe había llegado a establecer comunicaciones con los sitiadores que estaban instruidos de la situación de la ciudad. Hice, pues, encerrar a esos huéspedes peligrosos, y muchos de esos federados sólo saldrán de la cárcel para subir al glacis de la ciudadela, donde diez balas confederadas darán al traste con su federalismo.

-¡Cómo! ¿fusilados? -exclamó el joven capitán, sobresaltándose a pesar suyo.

-Sí, y su jefe antes que todos. Es un hombre muy resuelto y peligroso en una ciudad sitiada. He enviado su correspondencia a la presidencia de Richmond y, antes de ocho días, su suerte se habrá fijado irrevocablemente.

-¿Quién es ese hombre?-preguntó Jacobo con la más perfecta indiferencia.

-Un periodista de Boston, un abolicionista rabioso, el alma condenada de Lincoln.

-¿Cómo se llama?

-Jonathan Halliburtt.

-¡Pobre hombre! -dijo Jacobo tratando de ocultar su emoción- Cualquiera que sea su delito me da lástima. ¿Y cree usted que será fusilado?

-Estoy seguro - respondió Bauregard-. ¿Qué le vamos a hacer? La guerra es la guerra. Cada cual se defiende como puede.

-En fin, no tengo nada que ver en este asunto; cuando esa ejecución se lleve a cabo, ya estaré muy lejos.

-¡Cómo! ¿piensa ya marchar?

-Sí, general, soy comerciante ante todo. Terminado el cargamento de algodón, saldré al mar. He entrado en Charleston, pero necesito salir. Esa es la cuestión. El *Delfín* es un buen barco, capaz de desafiar a la carrera a todos los buques federales, pero, por mucho que corra, más corre una bala de a ciento y uno de esos proyectiles en su casco o en su máquina, haría fracasar toda mi combinación comercial.

-Como usted guste, capitán -repuso Beauregard-. Nada puedo aconsejarle. Cumple usted con su deber, y hace bien. Yo haría lo mismo en su lugar. Además, la estancia en Charleston es poco agradable; una bahía en que llueven bombas no es un buen abrigo para un buque. Así, pues, puede zarpar cuando quiera. Pero, dí-

game, ¿qué fuerza y número tienen los cruceros federales que hay delante de Charleston?

Jacobo Playfair satisfizo lo mejor que pudo la curiosidad del general y se despidió con la mayor cortesía. Después volvió al *Delfín*, muy preocupado y triste.

-¿Qué diré a *miss Jenny*? -pensaba-. No puedo decirle la verdad. Mejor es que ignore los peligros que la amenazan. ¡Pobre hija!

Aun no había dado cincuenta pasos fuera de la casa del gobernador, cuando tropezó con Crockston. El digno americano le acechaba desde su salida.

-¿Qué hay, capitán?

Jacobo miró con fijeza a Crockston, y éste comprendió que las noticias no eran buenas.

-¿Ha visto usted a Bauregard? -preguntó.

Sí -respondió Jacobo.

-¿Le ha hablado de *mister* Halliburtt?

-No. Me ha hablado él.

-¿Y qué?

-Que... ¿se puede decir todo, Crockston?

-Todo, capitán.

-Pues bien, ¡el general Bauregard me ha dicho que tu amo será fusilado antes de ocho días!

En lugar de desesperarse, como hubiera hecho otro cualquiera, el americano sonrió ligeramente y exclamó:

-¡Bah! ¿Qué importa?

-¡Cómo qué importa! -exclamó Playfair- ¿No te he dicho que *mister* Halliburtt va a ser fusilado?

-Sí, pero antes de seis días estará a bordo del *Delfín*, y antes de siete, el *Delfín* estará en medio del océano...

-¡Bien! -dijo el capitán estrechando la mano de Crockston-. Te comprendo, valiente. Eres hombre de resolución, y yo, pese al tío Vicente y al cargamento del *Delfín*, me dejo hacer pedazos por *miss Jenny*.

-Nada de hacerse pedazos - respondió el americano -, porque con eso sólo los peces salen ganando. Lo esencial es salvar a *mister Halliburtt*.

-Será muy difícil, como comprendes.

-No tanto.

-Está estrechamente vigilado.

-Es claro.

-La evasión ha de ser casi milagrosa.

-¡Bah! -dijo Crockston -; un prisionero esta más poseído de la idea de salvarse que sus guardianes de la de conservarle preso. Luego un prisionero debe siempre conseguir libertarse. Todas las probabilidades están en su favor. *Mister Halliburtt*, gracias a nuestras maniobras, se salvará.

-Tienes razón.

-Siempre.

-Pero, ¿cómo te las compondrás? Se necesita un plan, es preciso tomar precauciones.

-Pensaré.

-Pero *miss Jenny*, así que sepa, que de un momento a otro puede llegar la sentencia de muerte de su padre...

-Eso se arregla no diciéndole nada.

-Sí, que lo ignore; vale más para ella y para nosotros.

-¿Dónde está encerrado *mister* Halliburtt? -preguntó Crockston.

-En la ciudadela -respondió Jacobo.

-Perfectamente. Ahora vamos a bordo.

-Vamos a. bordo, Crockston.

Capítulo

VIII

La evasión

Jenny, sentada en la toldilla del *Delfín*, esperaba impaciente y ansiosa la vuelta del capitán. Así que este regresó, sus labios no pudieron articular ni una palabra, pero sus ojos interrogaban a Jacobo Playfair con mayor elocuencia.

Jacobo y Crockston sólo hicieron saber a la joven los hechos relativos a la prisión de su padre. El capitán dijo que, habiendo sondeado

a Bauregard acerca de los prisioneros y no habiéndole hallado muy favorable a ellos, se había mantenido en prudente reserva para proceder según las circunstancias.

-No estando *mister* Halliburtt libre por la ciudad, será más difícil su fuga; pero le juro, *miss* Jenny, que el *Delfín* no dejará la rada de Charleston sin tener a bordo a su padre de usted.

-Gracias, señor Playfair -dijo Jenny-. Le doy gracias con toda mi alma.

Al oír estas palabras, Jacobo sintió que el corazón le daba saltos en el pecho. Se acercó a Jenny con la mirada húmeda y las palabras temblorosas. Tal vez iba a hablar, a confesar sus sentimientos, pero Crockston intervino.

-No es éste el momento de enternecerse -dijo -. Hablemos, y hablemos cuerdamente.

-¿Tienes algún plan, Crockston? - preguntó la joven.

-Siempre tengo un plan -respondió el americano-. Esa es mi especialidad.

-Pero, ¿es bueno? -dijo Jacobo.

-Excelente; todos los ministros de Washington juntos no podrían imaginar otro mejor. Es como si tuviéramos ya a bordo a *mister* Halliburtt.

Crockston hablaba con tanta seguridad y manifiesta adhesión que no había medio de dudar de sus palabras.

-Te escuchamos, Crockston -dijo Playfair.

-Usted, capitán, irá a pedir al general Beauregard un servicio que no le negara.

-¿Cuál?

-Le dirá que tiene usted un pícaro perdido que, durante la travesía, ha excitado la tripulación a la rebeldía; le pedirá que durante su permanencia en Charleston, lo tenga encerrado en la ciudadela; pero con la condición de devolverlo al partir, para que pueda usted entregarlo a la justicia de su país.

-Haré todo eso -dijo Jacobo sonriendo- ¿y el general aceptará gustoso?

-Estoy seguro de ello -repuso Crockston.

-Pero me falta una cosa.

-¿Qué?

-El pícaro.

-Está delante de usted.

-¡Cómo! ese pillastre...

-Soy yo, con su permiso.

-¡Oh corazón noble y valiente! -exclamó Jenny, apretando con sus pequeñas manos las callosas del americano.

-¡Crockston! ¡amigo mío! -dijo Playfair -, te comprendo; y sólo siento no poder ocupar tu puesto.

-Cada uno a su papel.-replicó Crockston. En mi puesto se vería usted mucho más apurado que yo. Bastante tendrá que hacer luego para salir de la rada, bajo el cañón de los federales y el de los confederados; cosa que yo haría bastante mal.

-Continúa.

-Una vez dentro de la ciudadela, que conozco al dedillo, veré cómo me las compongo, pero me las compondré bien. Entretanto, cargará usted su barco.

-¡Oh! los negocios me importan ya muy poco - exclamó el capitán.

-Nada de eso. ¿Qué diría el tío Vicente? Hagamos marchar a la par los sentimientos y las operaciones mercantiles. Así evitaremos sospechas. ¿Pueda usted estar preparado dentro de seis días?

-Sí.

-Pues haga que el *Delfín* esté dispuesto a salir el día 22.

-Lo estará.

El día 22, por la noche -fíjese bien -, vaya usted en una embarcación con sus mejores hombres a *White Point*, al extremo de la ciudad. Espere hasta las nueve y verá aparecer a *mister Halliburtt* con este su servidor.

-Pero, ¿cómo podrán huir los dos?

-Eso es cuenta mía.

-Querido Crockston -dijo Jenny-, ¡vas a arriesgar tu vida por mi padre!

-No tema por mí, *miss* Jenny, no arriesgo nada.

-¿Cuándo es preciso hacer que te encierren? -preguntó Jacobo.

-Hoy mismo. Estoy desmoralizando la tripulación. Cuanto antes mejor.

-¿Quieres dinero? Puede serte útil.

-¿Para comprar un carcelero? Nada de eso. El procedimiento es demasiado tonto, pues el carcelero suele quedarse con el dinero y con el preso. Tengo medios más seguros. Es preciso poder beber en caso de necesidad.

-Y emborrachar al carcelero.

-No; un carcelero borracho lo echa todo a perder. Tengo mi idea; déjeme hacer.

-Toma diez dólares.

-Es demasiado; pero le daré la vuelta.

-¿Estás dispuesto?

-Completamente dispuesto a ser un pillo redomado.

-Vamos, pues.

-Crockston -dijo la joven con voz conmovida-
eres el hombre más honrado que hay bajo la
capa del cielo!

-No me extrañaría -repuso el americano sol-
tando la carcajada. A propósito, capitán. Una
recomendación importante.

-Veamos.

-Si el general le propone ahorcar al tunante que quiere usted encerrar, pues ya sabe que los militares todo lo arreglan así...

-¿Qué?

-Le dirá usted que necesita reflexionar.

-Te lo prometo.

Aquel mismo día, con gran asombro de la tripulación, que no estaba en el secreto, Crockston, con esposas en las manos y cadenas en los pies, fue desembarcado entre diez marineros y media hora después a petición del capitán Jacobo Playfair, el malvado, atravesaba las calles de la ciudad y a pesar de su resistencia, era encerrado en la ciudadela de Charleston.

Durante aquel día, y el siguiente se descargó con rapidez el *Delfín*. Las grúas del vapor elevaban sin descanso el cargamento europeo para hacer sitio al indígena. La población de Char-

leston asistía a aquella interesante operación, ayudando y felicitando a los marineros.

Los sudistas les daban grandes muestras de afecto, pero Jacobo Playfair no les dejó tiempo de aceptar las atenciones de los americanos; no les dejaba a sol ni sombra, exigiéndoles una actividad de que los marineros del *Delfín* no sospechaban la causa.

Tres días después, el 18 de enero, empezaron a amontonarse en la sentina las primeras balas de algodón. Aunque Jacobo ya no se ocupaba en ella, la casa de Playfair y Compañía efectuaba una excelente operación, pues había comprado a ínfimo precio todo el algodón que obstruía los almacenes de Charleston.

Entretanto, no se había recibido ninguna noticia de Crockston.

Jenny, aunque no decía nada, sufría crueles angustias. Su rostro, alterado por el temor, ha-

blaba por ella. Y Jacobo procuraba tranquilizarla.

-Tengo plena confianza en Crockston - le decía.

-Es un fiel servidor; usted que le conoce mejor que yo, debe estar tranquila. Dentro de tres días podrá usted abrazar a su padre.

-¡Señor Playfair! -exclamó la joven-. ¿Cómo podremos mi padre y yo pagar su abnegación?

-Se lo diré cuando estemos en aguas inglesas - respondió el capitán.

Jenny le miró, bajó los ojos, que se llenaron de lágrimas, y regresó a su camarote.

Jacobo esperaba que hasta el momento en que el padre se hallara fuera de peligro, la joven ignoraría su terrible situación; pero en este último día, la indiscreción de un marinero descubrió la verdad. La respuesta del gabinete de Richmond había llegado la víspera, por una

estafeta, que había podido forzar la línea del bloqueo. Contenía la sentencia de muerte de Jonathan Halliburtt, que debía ser pasado por las armas al día siguiente por la mañana. La noticia había cundido por la ciudad, habiéndola llevado a bordo uno de los marineros del *Del-fín*.

La comunicó a su capitán, sin sospechar que *miss Jenny* podía oírla.

La joven lanzó un grito desgarrador y cayó sin conocimiento sobre cubierta. Jacobo la transportó a su camarote y fueron necesarios los cuidados más asiduos para volverla a la vida.

Cuando abrió los ojos, vio al capitán que con un dedo en los labios le recomendaba silencio. La joven se vio obligada a callar, conteniendo los arrebatos de su dolor, y el capitán, inclinándose hacia su oído, le dijo:

-Jenny, antes de dos horas su padre estará a salvo, a su lado, o yo habré muerto en la empresa.

Después, salió de la toldilla, diciendo para sí:

-Ahora es preciso apoderarse de él a toda costa, aun cuando deba pagar su libertad con mi vida y la de mi tripulación.

Había llegado la hora de obrar. La estiba del *Delfín* había terminado aquella mañana; sus bodegas estaban llenas de carbón. Podía partir dentro de dos horas. Jacobo le había hecho salir del *North Commercial wharf* y colocar en plena rada a fin de aprovechar la pleamar a las nueve de la noche.

Daban las siete cuando Jacobo se separaba de Jenny. El capitán hizo empezar los preparativos de marcha. Hasta entonces, el secreto había permanecido oculto dentro de él, Crockston y

Jenny, pero en aquel momento juzgó oportuno poner a su segundo al corriente de la situación.

Así lo hizo inmediatamente.

-Estoy a sus órdenes -respondió Mathew, sin hacer la menor observación-. ¿A las nueve?

-Sí. Haga usted encender los fuegos y que se activen.

-Perfectamente.

-Mande usted colocar un farol en el tope del palo mayor. La noche está oscura y se levanta la bruma. No conviene que podamos extraviarnos al regresar a bordo. Debe tomar también la precaución de hacer sonar la campana desde las nueve.

-Se cumplirán sus órdenes.

-Y ahora, señor Mathew -añadió Jacobo-, mande arriar la lancha y que la tripulen los seis

marineros más robustos y mejores remeros. Parto a *White Point*. Le recomiendo a *miss Jenny* durante mi ausencia. Dios nos proteja, señor Mathew.

-¡Dios nos proteja! -respondió el segundo.

E inmediatamente mandó encender los fogones y activar el fuego. En pocos minutos, el *Delfín* quedó preparado. Jacobo se despidió de Jenny y bajó a su lancha, desde la cual pudo ver los torrentes de negro humo que se perdían en la oscura niebla del cielo.

Profundas eran las tinieblas; había caído el viento; silencio absoluto reinaba en la inmensa rada, cuyas aguas parecían dormidas. Algunas luces apenas perceptibles temblaban en la bruma. Jacobo se había puesto al timón y con mano segura dirigía su embarcación hacia *White Point*. El trayecto era de dos millas. Durante el día, Jacobo había tomado puntos de orienta-

ción, de modo que le fue fácil llegar en línea recta al cabo de Charleston.

Las ocho daban en San Felipe cuando la proa de la lancha tocó en *White Point*.

Faltaba una hora para el momento preciso fijado por Crockston.

El muelle estaba absolutamente desierto; sólo el centinela de la batería del sur y del este se paseaban a veinte pasos. Jacobo devoraba los minutos. El tiempo no corría como deseaba y lo abrumaba la impaciencia.

A las ocho y media, se oyó ruido de pasos. Dejó a sus hombres con los remos preparados, y se lanzó hacia delante. Al cabo de diez minutos se encontró con una ronda de guardacostas; eran veinte hombres y Jacobo sacó un revólver de su cinturón, decidido a usarlo en caso de necesidad. Mas, ¿qué podía hacer contra aquellos soldados que descendieron hasta el muelle?

Allí, el jefe de la ronda se acercó a él y, viendo la lancha, preguntó a Jacobo:

-¿Qué embarcación es ésa?

-La lancha del *Delfín* -respondió el joven.

-¿Y usted quién es?

-El capitán Jacobo Playfair.

-Le creía en los pasos de Charleston.

-Voy a zarpar; debía estar ya en camino, pero...

-¿Pero?... - preguntó con insistencia el jefe de la ronda.

Una idea repentina, cruzó por la mente del capitán que respondió:

-Uno de mis marineros está encerrado en la ciudadela, y a fe mía, lo tenía olvidado. Afortunadamente, me he acordado cuando aun era

tiempo y ha enviado a algunos de mis marineros a buscarle.

-¡Ah! ¿aquel tunante que quiero usted llevar a Inglaterra?

-¡Aquí también le hubieran podido ahorcar! -dijo el soldado riendo.

-Lo creo -repuso Jacobo-, pero vale más hacer las cosas en debida forma.

-Vaya, buen viaje, capitán, y desconfíe de las baterías de la isla de Morris.

-No tenga usted cuidado, Creo poder salir como he entrado.

-Buen viaje.

Y la ronda se alejó, quedando silenciosa la playa.

En aquel momento, dieron las nueve. Era el momento señalado.

Jacobo oía los latidos de su corazón... Resonó un silbido... El capitán del *Delfín* respondió con otro, y después prestó atento oído, recomendando con la mano, el más absoluto silencio a sus marineros. Apareció un hombre, envuelto en una ancha manta, mirando a uno y a otro lado. Jacobo corrió hacia él

-¿Señor Halliburtt?

-Yo soy - respondió el hombre de la manta.

-¡Loado sea Dios! -exclamó Jacobo Playfair-. Embárguese usted enseguida... ¿Y Crockston?

-¡Crockston! -repitió *mister* Halliburtt-. ¿Qué quiere usted decir?

-Quien le ha salvado y conducido hasta aquí ha sido su fiel criado Crockston.

-El hombre que me acompañaba es el carcelero de la ciudadela.

-¡El carcelero! -exclamó Jacobo.

No entendía nada y le asaltaban mil temores.

-¡Ah sí, el carcelero! -dijo una voz muy conocida -. ¡El carcelero duerme como una marmota en mi calabozo!

-¡Crockston! ¡Eres tú! ¡tú! -gritó *mister Halliburtt*.

-Nada de conversación, mi amo. Todo se lo explicaremos. Le va la vida. ¡A bordo, a bordo!

Los tres hombres entraron en la lancha.

-¡Boga! -ordenó el capitán.

Los seis remos entraron en sus escálamos.

Y la lancha se deslizó como un pez sobre las oscuras olas de *Charleston Harbour*.

Entre dos fuegos

La lancha, impelida por seis robustos remeros, volaba. La niebla se iba condensando y Jacobo conseguía, no sin trabajo, mantenerse en la línea de sus señales. Crockston estaba hacia la proa y el señor Halliburtt hacia la popa, junto al capitán. El prisionero, asombrado de la presencia de su criado, había querido hablarle; pero éste le había rogado por señas que guardara silencio.

Pero, así que la lancha estuvo en plena rada, Crockston se decidió a hablar, pues comprendía la ansiedad de su amo.

-Sí, querido amo -dijo-, el carcelero ocupa mi lugar en el calabozo, gracias a dos puñetazos que le he propinado, uno en la nuca y otro en el estómago, a manera de narcótico, en el momento en que me entraba la cena. ¡Qué agradecido soy! Le he quitado la ropa y las llaves, le he ido

a buscar y le he conducido fuera de la ciudadela, a las barbas de los soldados. ¡No era muy difícil!

-Pero ¿y mi hija? -preguntó *mister Halliburtt*.

-A bordo del buque que nos ha de llevar a Inglaterra.

-¡Mi hija está aquí! -gritó el americano, levantándose del banco.

-¡Silencio! -exclamó Crockston-. Dentro de algunos minutos estaremos a salvo.

La embarcación corría velozmente pero algo a la ventura. En medio de la oscuridad, Jacobo no distinguía los faroles del *Delfín*. Vacilaba acerca de la dirección que debía seguir, y la oscuridad era tal que los marineros no veían las extremidades de sus remos.

-¿Qué sucede, señor Jacobo? -dijo Crockston.

-Debemos haber andado más de milla y media -respondió el capitán-. ¿No ves nada, Crockston?

-Nada, y tengo buena vista. Pero ¡bah! ya llegaremos. No saben nada allá abajo.

Aún no había pronunciado estas palabras cuando un cohete rasgó las tinieblas hasta una altura prodigiosa.

-¡Una señal! -exclamó Jacobo Playfair.

-¡Diablo! -dijo Crockston-. Debe venir de la ciudadela. Esperemos.

Otro cohete, y después otro siguieron al primero. Casi en el acto, la misma señal se repitió a una milla de distancia de la embarcación, hacia delante.

-Este viene del fuerte Sumter -exclamó Crockston-, y es la señal de la evasión. ¡Fuerza! ¡De remo! ¡Todo está descubierto!

-¡Remen firme, amigos míos! -gritó Jacobo, animando a sus marineros-. Esos cohetes han alumbrado mi camino. El *Delfín* no dista de nosotros cien yardas. Oigo la campana de a bordo. ¡Adelante! ¡Veinte libras para ustedes si llegamos en cinco minutos!

La barca parecía rozar sólo las olas. Todos los corazones palpitaban con violencia. Un cañonazo acababa de resonar en dirección a la ciudad, a veinte brazas de la embarcación. Crockston oyó pasar un cuerpo rápido que podía ser un proyectil.

La campana del *Delfín* se había lanzado a vuelo. La lancha se acercaba. Algunos golpes de remo hicieron que atracasen, y pocos segundos después, Jenny caía en brazos de su padre.

La lancha fue izada enseguida y Jacobo subió a la toldilla.

-Señor Mathew, ¿hay presión?

-Sí, capitán.

-Corte la amarra, y a toda máquina.

Algunos minutos después, las dos hélices llevaban el buque hacia el paso principal, separándole del fuerte Sumter.

-Señor Mathew -dijo Jacobo-, no podemos pensar en tomar los pasos de Sullivan, pues caeríamos bajo el fuego de los confederados.

Acerquémonos cuanto podamos a la derecha de la rada, aunque nos expongamos a recibir los proyectiles federales. ¿Tiene usted un hombre seguro en el timón?

-Sí, capitán.

-Mande apagar todas las luces. Demasiado nos venden los reflejos de la máquina que no se pueden ocultar.

El *Delfín* marchaba con suma rapidez; pero al acercarse a la derecha de *Charleston Harbour*, había tenido que seguir un canal que le acercaba momentáneamente al fuerte Sumter, y no se hallaba a media milla de éste, cuando todas sus cañoneras se iluminaron a la vez, y un diluvio de hierro pasó por delante del buque, resonando una espantosa detonación.

-¡Demasiado pronto, torpes! -gritó Jacobo soltando una carcajada

-¡Fuerce, maquinista! ¡Es preciso pasar entre dos andanadas!

Los fogoneros activaron. Todo el *Delfín* gemía a los esfuerzos de su máquina, como si fuera a deshacerse.

Resonó una segunda detonación y otra granizada de proyectiles silbó detrás del barco.

-¡Demasiado tarde, imbéciles! - exclamó el joven capitán.

-Ya nos hemos librado de uno -gritó Crockston desde la toldilla-. Dentro de algunos minutos no habrá que temer a los confederados.

-¿Crees que no tenemos ya más que temer del fuerte de Sumter? -preguntó Jacobo.

-Nada. Pero sí del fuerte Moultrie, al extremo de la punta Sullivan, aunque sólo nos molestará por espacio de medio minuto. Que apunten bien, si quieren tocarnos. Nos acercamos.

-¡Bien! la posición del fuerte Moultrie nos permite entrar de lleno en el canal principal. ¡Fuego, pues, fuego!

En el mismo instante, como si Jacobo hubiera mandado por sí mismo el fuego de las baterías, una triple línea de relámpagos iluminó el

fuerte. Se oyó un espantoso estrépito y se produjeron chasquidos a bordo del buque.

-¡Nos han tocado! - exclamó Crockston.

-¡Señor Mathew! - gritó el capitán a su segundo, que estaba en la proa -. ¿Qué hay?

-El penol del bauprés en el agua.

-¿Hay heridos?

-No.

-¡Pues al diablo la arboladura! Derechos al paso, ¡adelante! ¡Gobierne hacia la isla!

-¡Se han fastidiado los confederados! -gritó Crockston- ¡Si hemos de recibir balas, que sean del norte! ¡Se digieren mejor!

No se habían evitado todos los peligros; el *Delfín* no podía cantar victoria, pues aunque la isla de Morris no estaba aún armada con las

temibles piezas que se establecieron en ella algunos meses más tarde, sus cañones y morteros bastaban y sobraban para echar a pique buques como el *Delfín*.

El fuego de los fuertes Sumter y Moultrie había dado el alerta a los federales de la isla, y a los buques del bloqueo. Los sitiadores, aunque no comprendían aquel ataque nocturno, que no parecía dirigido contra ellos, debían estar dispuestos a responder.

Sobre esto reflexionaba Jacobo al avanzar hacia los pasos de Morris, y tenía motivo para temer, pues al cabo de un cuarto de hora multitud de luces surcaban las tinieblas cayendo una lluvia de granadas alrededor del buque, y haciendo saltar agua por encima de sus bordas; algunas llegaron a herir la cubierta del *Delfín*, pero por su base, lo cual le salvó de una pérdida segura. En efecto, aquellas granadas, como se supo después, debían romperse en cien fragmentos y cubrir cada una, una superficie de ciento veinte

pies cuadrados, con fuego griego imposible de apagar, y que ardía por espacio de veinte minutos.

Una sola de aquellas bombas podía incendiar una nave.

Afortunadamente para el *Delfín*, aquellos proyectiles de nueva invención, eran muy defectuosos; lanzados al aire, un falso movimiento de rotación los mantenía inclinados y en el momento del choque caían sobre su base, en vez de golpear con la punta donde estaba la espoleta de percusión. Ese defecto de construcción salvó al *Delfín*, pues la caída de aquellas granadas de poco peso, no le hizo gran daño y continuó avanzando por el paso.

En aquel momento, a pesar de las órdenes de Jacobo, Halliburtt y su hija fueron a reunirse a él sobre la toldilla. Jenny declaró que no se separaría del capitán aunque éste se opusiera. *Mister* Halliburtt, que acababa de saber cuán

noble había sido la conducta de Jacobo, le estrechó la mano sin poder articular una palabra.

El *Delfín* avanzaba con gran ligereza hacia alta mar; le bastaba seguir el paso durante otras tres millas para hallarse en el Atlántico; si el paso estaba libre en su entrada, se había salvado. Como Playfair conocía maravillosamente todos los secretos de la bahía de Charleston, dirigía su buque entre las tinieblas con admirable seguridad. Podía esperar que su atrevida marcha le proporcionaría un feliz resultado, cuando el vigía, gritó:

-¡Un buque!

-¿Un buque? - gritó Jacobo.

-¡Sí, por babor!

La niebla, que se había elevado, permitía distinguir una gran fragata, que maniobraba para cerrar el paso al *Delfín*. Era necesario a toda

costa ganarle en velocidad, pidiendo a la máquina, un exceso de fuerza impulsiva; si no todo estaba perdido.

-¡Toda barra a estribor! - gritó el capitán.

Y se lanzó al puente colocado sobre la máquina. Por orden suya, se detuvo el movimiento de una hélice, y por el impulso de la otra, el *Delfín* viró con rapidez maravillosa en un círculo muy reducido. Así evitó correr hacia la fragata federal y avanzó con ello hacia la entrada del paso. La cuestión era de rapidez.

Jacobo comprendió que en ello estribaba su salvación, la de Jenny y su padre, la de toda la tripulación. La fragata llevaba considerable delantera. Los torrentes de negro humo que brotaban de su chimenea, revelaban que forzaba sus fuegos. Jacobo no era hombre capaz de darse por vencido.

-¿Cómo estamos? -preguntó al maquinista.

-En el máximo de presión -contestó éste-. El vapor se escapa por todas las válvulas.

-¡Cárguelas! -mandó el capitán.

Sus órdenes se ejecutaron a riesgo de volar el buque.

El *Delfín* marchó aun más deprisa; los émbolos funcionaban con espantosa precipitación; todas las planchas de asiento de la máquina temblaban. El espectáculo hacia estremecer los corazones más templados.

-¡Fuercen! -gritaba Jacobo-. ¡Fuercen siempre!

-Imposible -respondió el maquinista-. Las válvulas están herméticamente cerradas y los hornillos están llenos hasta la boca.

-¿Qué importa? ¡se pueden atacar con algodón impregnado de espíritu de vino! ¡Es preciso a toda costa dejar atrás a la maldita fragata!

Al oír semejantes palabras, los más intrépidos marineros se miraron, pero nadie vaciló. Se echaron a la cámara de la máquina algunas balas de algodón, y se desfondó en ella un barril de espíritu de vino. La nueva materia combustible se introdujo, no sin peligro, en los incandescentes hornillos. El rugido de las llamas no permitía que los fogoneros se oyesen. Pronto las planchas de los hornillos llegaron al rojo blanco; los émbolos iban y venían como los de una locomotora; los manómetros marcaban una tensión espantosa; el barco volaba; sus juntas crujían; por sus chimeneas brotaban llamas mezcladas con el humo. Su velocidad era vertiginosa, insensata, pero ganaba espacio sobre la fragata; la rebasaba, y al cabo de diez minutos estaban fuera del canal.

-¡Nos hemos salvado! -gritó el capitán.

-¡Nos hemos salvado! -repitió la tripulación batiendo palmas.

Ya el faro de Charleston empezaba a desaparecer hacia el sudoeste, palideciendo su brillo, y parecía que el *Delfín* se hallaba fuera de peligro cuando una bomba, disparada por una cañonera que cruzaba al largo, zumbó en las tinieblas. Podía seguirse su rastro a causa de la espoleta, que dejaba tras sí una línea de fuego.

Aquél fue un momento de indescriptible ansiedad. Todos callaban mirando con espantados ojos la parábola descrita por el proyectil; nada podía hacerse para evitarla; después de medio minuto cayó con horrible estruendo sobre la proa del *Delfín*.

Los marineros, horrorizados, se refugiaron en la popa; nadie se atrevía a dar un paso, mientras la espoleta crepitaba.

Pero un hombre, valiente, entre los valientes, corrió hacia aquel formidable artificio de destrucción: era Crockston. Tomó la bomba en sus brazos vigorosos, y mientras millares de chis-

pas se desprendían de la espoleta, la arrojó, haciendo un sobrehumano esfuerzo, por encima de la borda.

Apenas había llegado a la superficie del agua, estalló la bomba con espantosa detonación.

-¡Hurra! ¡hurra! -exclamó en coro la tripulación mientras Crockston se frotaba las manos.

Poco después el Delfín surcaba las aguas del Atlántico; la costa americana desaparecía entre las tinieblas y los fuegos lejanos que se cruzaban en el horizonte indicaban que el ataque era general entre las baterías de la isla Morris y los fuertes de *Charleston Harbour*.

Capítulo San Mungo

X

Al amanecer del día siguiente, había desaparecido la costa americana. No se veía un buque. El *Delfín*, moderando la velocidad terrible de su

marcha, se dirigió más tranquilamente hacia las Bermudas.

Inútil es referir la travesía del Atlántico; durante el viaje de regreso no ocurrió nada digno de notarse, y diez días después de la salida de Charleston, se reconocían las costas de Irlanda.

¿Qué pasó entre Jacobo y Jenny, que no hayan adivinado los menos perspicaces? ¿Cómo podía *mister* Halliburtt pagar a su salvador valiente y generoso, sino haciéndole el más feliz de los hombres? Jacobo Playfair no esperó la llegada a las aguas inglesas para declarar al padre y a la hija la pasión que rebosaba de su corazón, y si hemos de dar crédito a Crockston, Jenny recibió semejante confesión con una alegría, que no trató de disimular.

Sucedió, pues, que el 14 de febrero del presente año, una multitud inmensa se hallaba reunida bajo las macizas bóvedas de San Mungo, la antigua catedral de Glasgow. Allí había un poco

de todo: marinos, comerciantes, industriales, magistrados. El valiente Crockston servía de testigo a *miss Jenny*, que lucía elegante vestida de novia; el buen hombre resplandecía en su traje de color verde manzana con botones de oro. El tío Vicente estaba orgulloso al lado de su sobrino.

En una palabra, se celebraba la boda de Jacobo Playfair, de la casa de Vicente Playfair y Compañía de Glasgow, con *miss Jenny Halliburtt* de Boston.

La ceremonia se efectuó con gran pompa. Todo el mundo conocía la historia del *Delfín*, y todo el mundo creía que el joven capitán recibía una justa recompensa: sólo él la consideraba excesiva.

Por la noche hubo gran fiesta en casa del tío Vicente, gran baile, gran comida y gran distribución de chelines a la multitud reunida en *Gordon Street*. En aquel memorable festín,

Crockston, sin salirse de los justos límites, hizo prodigios de voracidad.

Todos se alegraban de aquella boda: unos por ver labrada su felicidad propia; otros por ver la ajena, cosa que no siempre sucede en ceremonias de este género.

Tan pronto como se retiraron los convidados, Jacobo Playfair fue a abrazar a su tío, que lo besó en los dos carrillos.

-¿Y bien, tío Vicente? -dijo el sobrino.

-¿Y bien, sobrino Jacobo? - repitió el tío.

-¿Está usted satisfecho del cargamento que he traído a bordo del *Delfín*? -añadió el capitán Playfair, señalando a su valiente esposa.

-¡Ya lo creo! -respondió el digno comerciante-. He vendido el algodón con trescientos setenta y cinco por ciento de beneficio.

De cómo es inútil buscar, aun en los mejores mapas, la pequeña población de Quiquendone

Si buscan en un mapa de Flandes, antiguo o moderno, la pequeña población de Quiquendone, es probable que no la encuentren. ¿Es acaso una ciudad desaparecida? No. ¿Es una ciudad futura? Tampoco. Hace, sin embargo, que existe, a pesar de las geografías, de ochocientos a novecientos años.

Y hasta cuenta dos mil trescientas noventa y tres almas, admitiendo un alma por habitante. Se encuentra situada a trece kilómetros y medio al Noroeste de Audenarde, y a quince kilómetros y cuarto al Suroeste de Brujas, en plena Flandes. El Vaar, pequeño afluente del Escala, pasa por debajo de sus tres puentes, cubiertos todavía por una antigua techumbre de la Edad Media, como en Tournai. Se admira allí un ve-

tusto castillo, cuya primera piedra fue colocada en 1197 por el conde Balduino, futuro emperador de Constantinopla, y un apuntamiento con semiventanas góticas, coronadas por un rosario de almenas a las cuales domina un campanario de torrecillas que se eleva a trescientos cincuenta y siete pies sobre el suelo. Tienen sus campanas un repique de música de cinco octavas que suena todas las horas, verdadero piano aéreo que sobrepuja en fama al célebre campanario armónico de Brujas. Los extranjeros, si es que alguna vez han pasado por Quinquendone, no salen de esta curiosa población sin haber visitado la sala de los estatuders¹, adornada con el retrato de cuerpo entero de Guillermo de Nassau, por Brandon; el antecoro de la iglesia de San Maglori, obra maestra de la arquitectura del siglo XVI; el pozo de hierro forjado cuyo admirable ornato es debido al pintor-herrero Quintín Metsys²; el sepulcro antiguamente erigido a María de Borgoña, hija de Carlos el Temerario, que descansa ahora en la iglesia de

Nuestra Señora de Brujas, etc. Por último, la principal industria de Quinquendone es la fabricación de merengues y de alfeñiques³, en grande escala. Es administrada de padre en hijo por la familia van Tricasse. ¡Y sin embargo, Quinquendone no figura en el mapa de Flandes! ¿Es olvido de los geógrafos u omisión voluntaria? No lo puedo decir, pero Quinquendone existe realmente con sus calles estrechas, su recinto fortificado, sus casas españolas, su mercado y su burgomaestre⁴, y por más señas, ha sido reciente teatro de fenómenos sorprendentes, extraordinarios, tan inverosímiles como verídicos, y que van a ser fielmente consignados en la presente relación.

Ciertamente que nada hay de malo que decir ni pensar de los flamencos del Flandes occidental. Son honrados, sensatos, parsimoniosos, sociales, de buen humor, hospitalarios, tal vez algo pesados de habla y de entendimiento; pero esto no explica por qué una de las más intere-

santes poblaciones de su territorio no figura en la cartografía moderna.

Esta omisión es sensible seguramente. ¡Por fin, si la historia, o a falta de ésta las crónicas, o a falta de éstas la tradición del país, hicieran mención de Quiquendone! Más no; ni los atlas, ni las guías, ni los itinerarios, hablan de ella. El mismo señor Joanne, el perspicaz investigador de villorrios, no dice una sola palabra de tal pueblo. Fácil es comprender cuánto debe de perjudicar este silencio al comercio y a la industria de Quiquendone, pero carece de industria y de comercio, y se pasa sin ello del mejor modo del mundo, bastándole sus caramelos y merengues que se consumen allí mismo, sin exportarse.

Sus habitantes no necesitan de nadie. Tienen apetitos muy limitados y su existencia es modestísima; son calmosos, moderados, fríos, fleumáticos; en una palabra, flamencos, como los

que todavía se encuentran entre el Escalda y el mar del Norte.

1. Magistrado de la antigua república de los Países Bajos. Esta magistratura fue conferida por vez primera (1584) a Mauricio de Nassau.
2. Quintin Metsys (1465-1539) solo fue pintor; se dedicó especialmente a asuntos religiosos, retratos y cuadros de género.
3. Pasta de azúcar presentada en forma de barras delgadas y retorcidas.
4. Primer magistrado municipal de algunas ciudades de Alemania, Países Bajos, etc.

Capítulo

II

En el que el burgomaestre van Tricasse y el consejero Niklausse se entretienen con los asuntos de la villa

-¿Lo cree usted así? -preguntó el burgomaestre.

-Así lo creo -respondió el consejero después de algunos minutos de silencio.

-Es que no debe obrarse a la ligera -repuso aquél.

-Ya hace diez años que nos ocupamos de tan grave asunto -replicó el consejero Niklausse-, y le declaro, mi buen van Tricasse, que todavía no me atrevo a adoptar una resolución.

-Comprendo sus vacilaciones -repuso el burgo maestro después de un largo cuarto de hora de meditación-, comprendo sus vacilaciones y participo de ellas. Haremos muy bien en no decidir nada antes de un examen más amplio de la cuestión.

-Cierto es -respondió Niklausse- que esa plaza de comisario civil es inútil en una población tan pacífica como Quiquendone.

-Nuestro predecesor -respondió van van Tricasse con tono grave-, nuestro predecesor nunca decía, ni se hubiera atrevido a decir, que una cosa era cierta. Toda afirmación está sujeta a desagradables enmiendas.

El consejero hizo con la cabeza una señal de asentimiento, y luego permaneció silencioso por media hora durante la cual el burgomaestre y el consejero no movieron siquiera un dedo, y transcurrido ese tiempo, Niklausse preguntó a van Tricasse si su predecesor, unos veinte años antes, no había tenido también el pensamiento de suprimir el empleo de comisario civil que gravaba todos los años el presupuesto de Quiquendone con la suma de mil trescientos setenta y cinco francos y algunos céntimos.

-En efecto -respondió el burgomaestre, llevando con majestuosa lentitud la mano a su limpia frente-, en efecto, pero aquel hombre digno se murió antes de haberse atrevido a tomar una determinación, ni respecto de eso, ni respecto

de ninguna otra medida administrativa. Era todo un sabio. ¿Por qué no he de hacer lo mismo que él?

El consejero Niklausse hubiera sido incapaz de imaginar una razón que contradijera la opinión del burgomaestre.

-El hombre que se muere sin haberse decidido a nada en toda su vida -añadió gravemente van Tricasse-, está muy cerca de haber alcanzado la perfección en este mundo.

Dicho esto, el burgomaestre oprimió con la punta del dedo meñique un timbre de toque velado, que dejó oír un sonido menor que un suspiro, y casi al punto, unos pasos ligeros se deslizaron suavemente por las baldosas del corredor. Un ratoncillo no hubiera hecho menos ruido al corretear sobre una tupida moqueta¹.

Apareció una joven rubia de largas trenzas. Era Suzel van Tricasse, hija única del burgomaestre. Entregó a su padre, con la pipa henchida de tabaco, una escalfeta de latón, no pronunció una sola palabra y desapareció al punto sin que su salida hubiera producido más ruido que su entrada.

El honorable burgomaestre encendió el enorme hornillo de su instrumento, y no tardó en cubrirse con una nube de humo azulado, dejando al consejero Niklausse sumido en las más absortas reflexiones.

El aposento en que así departían esos dos notables personajes encargados de la administración de Quiquendone, era un gabinete ricamente adornado de esculturas en madera sombría. Una alta chimenea, vasto hogar en el cual se hubiera podido quemar una encina o asar una vaca ocupaba todo un lienzo del cuarto y daba frente a una ventana de enrejado, cuyos vidrios pintarrajeados tamizaban apacible-

mente la claridad del día. En un cuadro antiguo aparecía sobre la chimenea el retrato de un personaje cualquiera, atribuido a Hemling, y que debía representar un antepasado de los van Tricasse, cuya genealogía se remonta auténticamente al siglo XIV, época en que los flamencos y Guy de Dampierre tuvieron que luchar con el emperador Rodolfo de Habsburgo².

Ese cuarto formaba parte de la casa del burgomaestre, una de las más agradables de Quiquendone. Construida con gusto flamenco y con todo lo improvisado, caprichoso, pintoresco y fantástico que encierra la arquitectura oji-val, se la citaba entre los demás curiosos monumentos de la población. Un convento de cartujos o un establecimiento de sordomudos no hubieran sido más silenciosos que aquella habitación.

Allí no existía el ruido. No se andaba, sino que se procedía por deslizamiento; no se hablaba, sino que se susurraba. Y, sin embargo, no falta-

ban mujeres en la casa, que sin contar al burgomaestre, abrigaba a su mujer Brígida van Tricasse, a su hija Suzel van Tricasse y a su criada Lotche Janshen. Conviene citar también a la hermana del burgomaestre, la tía Heman-
cia, vieja solterona que aún respondía al nombre de Tatanemancia, que antiguamente le daba su sobrina Suzel cuando era niña. Pues bien, a pesar de todos estos elementos de discordia, ruido y charla, la casa del burgomaestre era tranquila como el desierto.

El burgomaestre era un personaje de cincuenta años, ni gordo ni flaco, ni bajo ni alto, ni viejo ni joven, ni subido de color ni pálido, ni alegre ni triste, ni contento ni aburrido, ni enérgico ni blando, ni engreído ni humilde, ni bueno ni malo, ni generoso ni avaro, ni valiente ni cobarde, ni mucho ni poco *-ne quid nimis,-* hombre moderado en todo; mas por la invariable lentitud de sus movimientos, por su mandíbula inferior algo colgante, su párpado superior in-

mutablemente levantado, su frente, lisa como una chapa de latón y sin ninguna arruga, sus músculos poco pronunciados, un fisonomista hubiera reconocido sin esfuerzo que el burgomaestre van Tricasse era la apatía personificada. Nunca, ni por la cólera ni por la pasión, habían acelerado las emociones los movimientos del corazón de aquel hombre, ni encendido su rostro; nunca sus pupilas se habían contraído bajo la influencia de un enfado, por pasajero que se pudiera suponer. Iba vestido invariablemente con buena ropa ni holgada ni estrecha, y que no conseguía deteriorar. Iba calzado con gruesos zapatos cuadrados, de triple suela y hebillas de plata, que por su duración desesperaban al zapatero. Iba cubierto con un estrecho sombrero que databa de la época en que Flandes quedó decididamente separada de Holanda, lo cual atribuía a ese venerable cubrecabezas una vida de cuarenta años. Pero, ¿qué quieren? Las pasiones son las que gastan el cuerpo, y nuestro burgomaestre, apático, indo-

lente e indiferente, no se apasionaba por nada. Ni usaba ni se usaba, y por eso mismo era precisamente el hombre necesario para administrar la vida de Quiquendone y a sus tranquilos habitantes.

La población, en efecto, no era menos sosegada que la casa de van Tricasse en cuya pacífica morada esperaba el burgomaestre alcanzar los límites más lejanos de la existencia humana, después de ver a la buena Brígida van Tricasse, su mujer, precederle al sepulcro donde no hallaría descanso más profundo que el disfrutado por ella durante sesenta años en la tierra.

Esto merece explicación.

La familia van Tricasse bien pudiera llamarse con razón «la familia Jeannot», y veamos por qué: Todos saben que la navaja de este personaje típico es tan célebre como su propietario, y no menos perenne que él, gracias a esa doble operación incesantemente renovada, que

consiste en poner mango nuevo cuando se gasta, y hoja nueva cuando ya no vale nada. Tal era la operación absolutamente idéntica, practicada desde tiempo inmemorial en la familia van Tricasse, y a la cual se había prestado la naturaleza con extraordinaria complacencia. Desde 1340 se había visto invariablemente a un van Tricasse, viudo, casarse con una van Tricasse más joven que él, la cual enviudando a su vez, se unía a otro van Tricasse más joven que ella, quien al enviudar, etc., sin solución de continuidad. Cada cual moría a su vez con una regularidad mecánica. Ahora bien, la digna Brígida van Tricasse llevaba ya su segundo marido, y a no faltar a sus deberes, debía preceder en el otro mundo a su esposo, diez años más joven que ella, para hacer lugar a otra van Tricasse. Y con esto contaba el honorable burgomaestre absolutamente, a fin de no romper las tradiciones de la familia.

Tal era aquella casa, pacífica y silenciosa, cuyas puertas no sonaban, cuyas vidrieras no retemblaban, cuyos suelos no crujían, cuyas chimeneas no zumbaban, cuyas veletas no rechinaaban, cuyos muebles no crepitaban, cuyas cerraduras no cascabeleaban, y cuyos habitantes no hacían más ruido que su propia sombra. El divino Harpócrates la hubiera seguramente escogido para templo del silencio..

1. Tejido de lana, con trama de cáñamo, con el que se confeccionan alfombras y tapices.
2. Rodolfo I de Hasburgo murió en 1291.

Capítulo

III

Donde el comisario Passauf hace una entrada tan ruidosa como inesperada

Cuando la interesante conversación que más arriba hemos referido entre el consejero y el

burgomaestre había comenzado, eran las tres menos cuarto de la tarde. A las tres y cuarenta y cinco minutos fue cuando van Tricasse encendió su ancha pipa que podía contener un cuarterón de tabaco y a las cinco y treinta y cinco minutos cuando acabó de fumar.

Durante todo este tiempo, ambos interlocutores no hablaron una sola palabra.

A las seis, el consejero, que siempre procedía por pretermisión¹, o aposiopesis, manifestó:

-¿Conque nos decidimos?

-A no decidir nada -replicó el burgomaestre.

-Creo, en suma, que tiene usted razón, van Tricasse.

-También lo creo, Niklausse. Tomaremos una resolución respecto del comisario civil cuando estemos mejor enterados; más tarde... No llevamos un mes apenas...

-Ni siquiera un año respondió Niklausse desdoblado su pañuelo del cual se servía, por otra parte, con perfecta discreción.

Se estableció otro silencio que duró todavía una hora larga, sin que nada turbase esta nueva parada en la conversación, ni aun la aparición del perro de la casa, el honrado Lento, que, no menos flemático que su amo, vino a dar con mucha suavidad una vuelta al aposento. ¡Digno perro! ¡Modelo para todos los de su especie! De cartón fuera, con ruedecillas en las patas, que no hubiera hecho menos ruido en su visita.

A eso de las ocho, después que Lotche trajo la lámpara antigua de vidrio deslustrado, el burgomaestre dijo al consejero:

-¿No tenemos otro asunto urgente que despachar, Niklausse?

-No, van Tricasse, ninguno que yo sepa.

-¿No me ha dicho, sin embargo -preguntó el burgomaestre- que la torre de la puerta de Audenarde amenaza ruina?

-En efecto -respondió el consejero-, y ciertamente que no me llevaría chasco si algún día aplastase a un transeúnte.

-¡Oh! Antes que suceda tal desgracia, espero que habremos tomado una decisión respecto de esa torre.

-Así lo espero, van Tricasse.

-Hay cuestiones más urgentes que resolver.

-Sin duda -respondió el consejero-; por ejemplo, la cuestión del mercado de cueros.

-¿Todavía sigue ardiendo? -preguntó el burgomaestre.

-Así sigue hace tres semanas.

-¿No hemos decidido en consejo dejarlo arder?

-Sí, van Tricasse, y eso a propuesta suya.

-¿No era el medio más seguro y sencillo de acabar con el incendio?

-Sin duda alguna.

-Pues bien, esperemos. ¿No hay más?

-No hay más -respondió el consejero, rascándose la frente, como para asegurarse de que no olvidaba algún asunto importante.

-¡Ah! -dijo el burgomaestre-. ¿No ha oído hablar también de un escape de agua que amenazaba inundar el barrio de Santiago?

-Efectivamente -respondió el consejero-. Y es de sentir que el escape no se haya declarado encima del mercado de cueros, porque hubiera naturalmente combatido el incendio, lo cual nos ahorraría los gastos de discusión.

-¿Qué quiere usted, Niklausse? No hay cosa que menos lógica tenga que los accidentes. No tienen enlace alguno entre sí y no es posible, como se quisiera, aprovechar el uno para atenuar el otro.

Esta aguda observación de van Tricasse exigió algún tiempo para que la saborease plenamente su interlocutor y amigo.

-Pero -repuso algunos instantes después el consejero Niklausse-, ni siquiera hablamos de nuestro gran negocio.

-¿Cuál? ¿Conque tenemos un gran negocio?

-¡Sin duda! Se trata del alumbrado de la población.

-¡Ah, sí! -respondió el burgomaestre-. Si mi memoria es fiel, me quiere usted hablar del alumbrado del doctor Ox.

-Precisamente.

-¿Y bien?

-La cosa marcha, Niklausse. Se está procediendo a la colocación de los tubos y la fábrica se encuentra del todo concluida.

-Quizá nos hemos precipitado mucho en ese negocio -dijo el consejero, torciendo la cabeza.

-Quizá; pero nos sirve de excusa que el doctor Ox hace todos los gastos del experimento y que no nos cuenta un céntimo.

-Esa es, en efecto, nuestra excusa. Además, es menester ir con el siglo. Si el experimento sale bien, Quiquendone será la primera población de Flandes que se alumbre con gas ox... ¿Cómo se llama ese gas?

-El gas oxhídrico.

-Vaya, pues, con el gas oxhídrico.

En aquel momento se abrió la puerta y Lotche vino a anunciar a su amo que la cena estaba lista.

El consejero Niklausse se levantó para despedirse de van Tricasse, a quien tantas decisiones adoptadas y tantos negocios tratados habían dado apetito. Después convinieron en reunir dentro de un plazo bastante largo el consejo de notables, a fin de resolver si se tomaría una medida provisional sobre la cuestión realmente urgente de la torre de Audenarde.

Los dos dignos administradores se dirigieron entonces hacia la puerta que daba a la calle, acompañando el uno al otro. El consejero, al llegar al último descansillo, encendió una pequeña linterna que debía guiarle por las calles oscuras de Quiquendone, no alumbradas todavía por el sistema del doctor Ox. La noche estaba oscura, era el mes de octubre, y una ligera neblina tendía su sombra sobre la población.

Los preparativos de la salida del consejero Niklausse exigieron un buen cuarto de hora, porque después de haber encendido la linterna, se calzó las almadreñas articuladas de becerro y se puso los espesos guantes de piel de carnero; después levantó el peludo cuello de su levita, abatió su visera sobre los ojos, aseguró en las manos el enorme paraguas de puño encorvado y se dispuso a salir.

En el momento en que Lotche, alumbrando a su amo, iba a retirar la barra de la puerta, estalló por fuera un ruido inesperado. ¡Sí! Por inverosímil que esto pareciera, un ruido, un verdadero ruido, tal como no lo había oído la villa desde la toma del torreón por los españoles en 1513, un espantoso ruido despertó los adormecidos ecos de la antigua casa van Tricasse. Llamaban a la puerta, virgen hasta entonces de todo brutal tocamiento. Se daban aldabonazos con un instrumento contundente que debía ser un palo nudoso o manejado por robusta mano.

A los golpes se añadían gritos como llamando, y se oían claramente estas palabras:

-Señor van Tricasse, señor burgomaestre, abran, abran pronto.

El burgomaestre y el consejero, absolutamente atolondrados, se miraron sin decir palabra, porque lo que pasaba era superior a lo que su imaginación podía concebir. Si se hubiese disparado la vieja culebrina del castillo, que no funcionaba desde el año 1385, no quedarían más estropeados, permítasenos esta palabra y sea excusable su trivialidad, en gracia de su expresión.

Entretanto, los golpes, los gritos, los llamamientos redoblaban, y Lotche, recobrando su serenidad, se atrevió a hablar.

-¿Quién está ahí? -preguntó ella.

-Soy yo, yo, yo.

-¿Y quién es yo?

-El comisario Passauf.

¡El comisario Passauf! Aquel mismo cuyo cargo se trataba de suprimir hacía diez años. ¿Qué sucedía, pues? ¿Habían invadido los borgoñeses a Quinquendone como en el siglo XIV? Nada menos que un acontecimiento de esa especie se necesitaba para conmover hasta ese punto al comisario Passauf, que en nada cedía al mismo burgomaestre en cuanto a calmoso y flemático.

A una seña de van Tricasse, porque el buen señor no hubiera podido articular una sola palabra, el barrote se apartó y se abrió la puerta.

El comisario Passauf se precipitó en el recibimiento cual si fuera un huracán.

-¿Qué hay, señor comisario? -preguntó Lotche, valiente chica que no perdía la cabeza en las circunstancias más graves.

-¿Lo que hay? -dijo Passauf, cuyos ojos abultados expresaban una emoción real-. Hay, que vengo de casa del doctor Ox, donde había recepción y allí...

-¿Allí? -dijo el consejero.

Allí he sido testigo de un altercado tal que... señor burgomaestre, han hablado de política.

-¡Política! -repitió van Tricasse mesándose la peluca hasta erizarla.

-¡Política! -repuso el comisario Passauf-. Lo cual no ha sucedido quizá en cien años en Quiquendone. Entonces la discusión se acaloró. ¡El abogado Andrés Schut y el médico Domingo Custos han tenido tan violenta discusión que quizá se vean precisados a ir al terreno!

-¡Al terreno! -exclamó el consejero. ¡Un duelo en Quiquendone! ¿Pues qué se han dicho el abogado Schut y el médico Custos?

-Esto textualmente, «Señor abogado -ha dicho el médico a su adversario-, va usted un poco lejos me parece, y no piensa en modo alguno en medir sus palabras.»

El burgomaestre van Tricasse juntó las manos. El consejero palideció y dejó caer su linterna. El comisario movió la cabeza.

¡Una frase tan provocadora pronunciada por dos notables del país!

-Ese médico Custos -susurró van Tricasse- es decididamente hombre peligroso, cabeza exaltada; ¡vengan, señores!

Y con esto, el consejero Niklausse y el comisario entraron en la casa con el burgomaestre van Tricasse..

1. También preterición: acción y efecto de preterir. En retórica, es la figura que consiste en aparentar que se quiere pasar por alto aquello que se dice encarecidamente. La palabra aposiopesis significa reticencia.

Capítulo

IV

Donde el doctor Ox se revela como fisiólogo de primer orden y audaz experimentador

¿Quién es, pues, ese personaje conocido con el extraño nombre de doctor Ox?

Seguramente que un ser original, pero al propio tiempo un sabio audaz, un fisiólogo cuyos trabajos son conocidos y apreciados en toda la Europa científica, un rival afortunado de Davy¹, Dalton, Bostock, Menzies, Godwin, Vierordt, ingenios todos que han elevado la fisio-

logía al primer puesto entre las ciencias modernas.

El doctor Ox era hombre medianamente grueso, de estatura regular, de edad de..., no lo podemos precisar, como tampoco su nacionalidad; pero importa poco. Basta saber que era un personaje extraño, de sangre caliente e impetuosa, verdadero excéntrico escapado de un tomo de Hoffmann y que formaba singular contraste con los habitantes de Quiquendone. Tenía imperturbable confianza en sus doctrinas y en sí mismo. Siempre sonriendo y marchando con la cabeza erguida fácil y libremente, de hombros bien marcados, las ventanas de la nariz bien abiertas, gran boca que absorbía el aire con fuertes aspiraciones, su persona era de complaciente aspecto. Revelaba mucha vida, muchísima; estaba bien equilibrado en todas las partes de su máquina, andaba bien, cual si tuviera azogue en las venas y cien agujas en los pies. Así es que nunca podía estarse quieto,

deshaciéndose en palabras precipitadas y en ademanes superabundantes.

¿Era rico aquel doctor Ox que emprendía a sus expensas la instalación del alumbrado de una población entera?

Probablemente, puesto que se permitía semejantes gastos y es la única respuesta que podemos dar a tan indiscreta pregunta.

Cinco meses hacía que el doctor Ox había llegado a Quiquendone en compañía de su ayudante que respondía al nombre de Gedeón Igeno, grande, seco, flaco, todo altura, pero no menos vivo que su amo.

¿Y por qué había tomado el doctor Ox por su cuenta el alumbrado de la villa? ¿Por qué había escogido precisamente a los apacibles quiquendoneses, flamencos entre los flamencos, y quería dotarlos con los beneficios de un alumbrado excepcional? ¿No pretendería, bajo este pre-

texto, ensayar algún gran experimento fisiológico, operando *in anima vili*? En una palabra, ¿qué iba a intentar este ser original? No lo sabemos, puesto que el doctor Ox no tenía otro confidente que su ayudante Igeno, que le obedecía ciegamente.

En apariencia al menos, el doctor Ox se había comprometido a alumbrar la población, que bien lo necesitaba, sobre todo de noche, como decía con cierta gracia el comisario Passauf. Así es que ya se había instalado una fábrica para la producción del gas, los gasómetros estaban dispuestos para funcionar, y la tubería, circulando debajo del empedrado de las calles, debía muy pronto derramarse y abrirse en forma de mecheros² por los edificios públicos y por las casas particulares de ciertos amigos del progreso.

En su calidad de burgomaestre, Tricasse, y en su calidad de consejero, Niklausse, y además otros notables habían creído deber autorizar en

sus habitaciones la introducción del moderno alumbrado.

Si el lector no lo ha olvidado, durante la larga conversación del consejero y del burgomaestre se dijo que el alumbrado debía conseguirse no por la combustión del vulgar hidrógeno carbonado obtenido por la destilación del carbón mineral, sino por el empleo de un gas más moderno y veinte veces más brillante, el gas oxhídrico, que consiste en el oxígeno e hidrógeno mezclados.

Ahora bien, el doctor, químico hábil e ingeniero, sabía obtener ese gas en gran cantidad y barato, no empleando el manganato de sosa, según el procedimiento de Tessié de Motay, sino descomponiendo simplemente el agua ligeramente acidulada por medio de una pila con elementos nuevos e inventada por él. No se usaban sustancias costosas, ni platino, ni retortas, ni combustibles, ni aparatos delicados para producir aisladamente los dos gases. Una cor-

riente eléctrica atravesaba unas vastas tinas de agua, y el elemento líquido se descomponía en sus dos partes constitutivas, el oxígeno y el hidrógeno. El oxígeno se iba por un lado, y el hidrógeno, en doble volumen que su asociado, se marchaba por otro.

Los dos se recogían en receptáculos separados; precaución importante, porque su mezcla hubiera producido una espantosa explosión encendiéndose. Y luego los tubos debían conducirlos separadamente a los diversos mecheros, dispuestos de modo que se precaviese esa explosión. Se produciría entonces una llama cuyo brillo rivalizaría con la luz eléctrica, que según los experimentos de Casselmann, es igual a la de mil ciento setenta y una bujías, ni una más ni una menos.

Cierto es que la villa de Quiquendone obtendría con esta generosa combinación un alumbrado espléndido, pero de esto era de lo que

menos se preocupaban el doctor Ox y su preparador, como más adelante lo veremos.

Precisamente, al día siguiente al del que el comisario Passauf había aparecido ruidosamente en el gabinete del burgomaestre, Gedeón Igeno y el doctor Ox hablaban ambos en el laboratorio que les era común en el piso bajo del principal cuerpo de la fábrica.

-¿Y bien, Igeno, y bien? -exclamó el doctor Ox restregándose las manos-. ¡Ya los ha visto ayer, a esos buenos quiquendoneses de sangre fría que ocupan en cuanto a la viveza de pasiones el término medio entre las esponjas y las excrecencias coralígenas! ¡Los ha visto disputando y provocándose con la voz y el ademán! ¡Ya están metamorfoseados moral y químicamente! Y ahora no hacemos más que empezar. Espere para contemplarlos cuando los tratemos a altas dosis.

-En efecto, maestro -respondió Gedeón Igeno, rascándose su nariz aguileña con la punta del índice-, el experimento comienza bien y si yo no hubiese cerrado con prudencia la llave de salida, no sé lo que hubiera acontecido.

-Ya ha oído usted a ese abogado Schut y al médico Custos. La frase en sí misma no era maliciosa, pero en la boca de un quinquendónense vale todas las series de injurias que los héroes de Homero se echan a la cara antes de desenvainar. ¡Ah!, ¡qué flamencos! Ya verán qué haremos de ellos un día.

-Haremos de ellos unos ingratos -respondió Gedeón Igeno, con el tono de un hombre que aprecia la especie humana en su justo valor.

-¡Bah! Poco importa que lo agradezcan o no, con tal de que salga bien el experimento.

-Por otra parte -añadió el ayudante, sonriendo con malicia-, ¿no es de temer que al producir

semejante excitación en su aparato respiratorio desorganicemos un poco los pulmones a esos honrados habitantes de Quiquendone?

-Peor para ellos. Esto se hace en interés de la ciencia. ¿Qué diría usted si los perros o las ranas se negasen a los experimentos de vivisección?

Es probable que si se consultase a las ranas y a los perros, estos animales harían algunas objeciones a las prácticas de los vivisectores; pero el doctor Ox creyó haber hallado un argumento irrefutable, porque exhaló un largo suspiro de satisfacción.

-En suma, tiene usted razón, maestro -respondió Gedeón Igeno con tono de convicción-. No podemos hallar cosa más a propósito que los habitantes de Quiquendone.

-Verdad es que no podíamos -dijo el doctor articulando cada sílaba.

-¿Les ha tomado el pulso a esos seres?

-Cien veces.

-¿Y cuál es el término medio de las pulsaciones observadas?

-Ni aun cincuenta por minuto. Fáciles comprenderlo. ¡Una población donde no ha habido en un siglo una sombra de discusión; donde los carreteros no blasfeman ni los cocheros se injurian, ni los caballos se desbocan, ni los perros muerden, ni los gatos arañan! ¡Una población donde el simple tribunal de policía descansa de un cabo al otro del año! ¡Una población donde nadie se apasiona por nada, ni por las artes ni por los negocios! ¡Una población donde los gendarmes se hallan en estado de mitos y en la cual no se ha formado sumario en cien años! ¡Una población, en fin, donde desde hace trescientos años no se ha dado un puñetazo ni un bofetón! Ya comprenderá usted, Igeno, que eso

no puede durar más y que todo lo modificaremos.

-¡Perfectamente! ¡Perfectamente! -replicó el ayudante entusiasmado. ¿Y el aire de ese pueblo, lo ha analizado?

-No he dejado de hacerlo. Setenta y nueve partes de nitrógeno y veintiuna partes de oxígeno, ácido carbónico y vapor acuoso en cantidad variable. Son las proporciones ordinarias.

-Bien, doctor, bien -respondió maese Igeno-. El experimento se hará en grande y será sin duda decisivo.

-Y si es decisiva -añadió el doctor Ox con voz de triunfo-, reformaremos el mundo.

1. Davy fue famoso más como químico que como fisiólogo.

2. Boca de combustión, sin mecha, de los aparatos de alumbrado por gas de hulla, acetileno, etc. Regula la salida del fluido y le da forma favorable para combinarse con el aire.

Capítulo

V

Donde el burgomaestre y el consejero van a hacer una visita al Doctor Ox, y lo que sigue

El consejero Niklausse y el burgomaestre van Tricasse supieron al fin lo que es una noche agitada. El grave acontecimiento ocurrido en casa del doctor Ox les causó un verdadero insomnio. ¿Qué consecuencia tendría la cosa? No podían imaginarlo. ¿Habría que adoptar alguna decisión? ¿Tendría que intervenir la autoridad municipal que ellos representaban? ¿Se publicarían edictos para que semejante escándalo no se renovase?

Estas dudas no podían menos que perturbar a tan blandas naturalezas. Por eso la víspera,

antes de separarse, habían decidido volverse a ver al día siguiente.

Al día siguiente, pues, antes de comer, el burgomaestre van Tricasse se dirigió en persona a casa del consejero Niklausse, a quien encontró más tranquilizado. También él recobró la serenidad.

-¿No hay nada de nuevo? -preguntó van Tricasse.

-Nada de nuevo desde ayer -contestó Niklausse.

-¿Y el médico Domingo Custos?

-No he oído hablar de él ni más ni menos que del abogado Andrés Schut.

Después de una hora de conversación que ocuparía tres líneas y que es inútil referir, el consejero y el burgomaestre habían resuelto

visitar al doctor Ox, a fin de obtener algunas aclaraciones, sin aparentarlo.

Tomada esta resolución contra sus hábitos, ambas notabilidades se decidieron a ejecutarla rápidamente. Abandonaron la casa y se dirigieron a la fábrica del doctor Ox, situada fuera de la población, cerca de la puerta de Audenarde, la que amenazaba ruina.

El burgomaestre y el canciller no se daban el brazo pero andaban, *passibus oequis*, con el paso lento y solemne, que no les hacía adelantar sino tres pulgadas apenas por segundo. Por lo demás, este era el paso mismo de sus administrados que desde memoria de hombre no habían visto a nadie correr por las calles de Quiquendone.

De vez en cuando, en una travesía sosegada y tranquila en la esquina de una calle pacífica las dos notabilidades se paraban para saludar a la gente.

-Buenos días, señor burgomaestre -decía uno.

-Buenos días, amigo mío -respondía van Tricasse.

-¿No hay nada nuevo, señor consejero? -preguntaba otro.

-Nada nuevo -respondía Niklausse.

Mas por ciertas cataduras atónitas y por ciertas miradas indagadoras, podía comprenderse que la reyerta de la víspera era conocida en la ciudad. Con sólo ver la dirección seguida por van Tricasse, el más obtuso de los quiquendoneses hubiera acertado que el burgomaestre iba a dar algún grave paso. El asunto de Custos y de Schut preocupaba todos los ánimos, pero nadie tomaba todavía partido por uno o por otro. El abogado y el médico eran, en suma, dos personas muy estimadas. El primero no había tenido ocasión nunca de informar en una ciudad donde los procuradores y alguaciles sólo exis-

tían por memoria, y, por consiguiente, no había perdido pleito alguno. En cuanto al segundo, era un práctico honroso que a ejemplo de sus colegas, curaba a los enfermos de todas sus enfermedades, menos de la que morían, hábito desagradable adquirido desgraciadamente por los miembros de todas las facultades en cualquier país que ejerzan su profesión.

Al llegar a la puerta de Audenarde, el consejero y el burgomaestre dieron prudentemente un ligero rodeo, a fin de no pasar por el radio de caída de la torre, y luego la consideraron con atención.

-Creo que se caerá -dijo van Tricasse.

-También lo creo -respondió Niklausse.

-A no ser que la apuntalen -añadió van Tricasse-. ¿Pero debe apuntalarse? Esa es la cuestión.

-Es, en efecto, la cuestión -respondió Niklausse.

Algunos instantes después se presentaban a la puerta de la fábrica.

-¿Está visible el doctor Ox? preguntaron.

El doctor Ox estaba siempre visible para las primeras autoridades de la villa, y éstas fueron introducidas en el gabinete del célebre fisiólogo. Tal vez los dos notables aguardaron una hora larga, antes que el doctor apareciese. Al menos hay fundamento para creerlo, porque el burgomaestre, lo cual no le había sucedido en toda su vida, manifestó cierta impaciencia, de la cual tampoco se sintió exento su compañero.

El doctor Ox entró por fin y se excusó por haber hecho esperar a los señores; pero había tenido que aprobar un plano de gasómetro, y que rectificar una ramificación de tubería...

Por lo demás, todo marchaba bien. Los conductos destinados al oxígeno estaban ya colocados. Antes de algunos meses, la población estaría dotada de un espléndido alumbrado. Las dos notabilidades podían ver ya los orificios de los tubos que daban sobre el gabinete del doctor.

Después de estas explicaciones, el doctor se informó del motivo que le proporcionaba la honra de recibir en su casa al burgomaestre y al consejero.

-Para verlo, doctor, para verlo -respondió van Tricasse-. Hace mucho tiempo que no habíamos tenido ese gusto. Salimos poco en nuestra villa de Quiquendone. Contamos nuestros pasos y nuestras andadas. Felices cuando nada viene a interrumpir nuestra uniformidad...

Niklausse miraba a su amigo. Este no había hablado nunca tanto, al menos sin tomarse tiempo ni espaciar sus frases con dilatadas pau-

sas. Parecía que van Tricasse se expresaba con cierta volubilidad que no le era natural. El mismo Niklausse sentía también como una irresistible comezón de hablar.

En cuanto al doctor Ox, miraba cuidadosamente al burgomaestre con cierta malicia.

Van Tricasse, que nunca discutía sino después de haberse instalado a sus anchas en un buen sillón, se había levantado esta vez. No sé qué sobreexcitación nerviosa, enteramente contraria a su temperatura, se había apoderado de él. Todavía no gesticulaba, pero esto no podía tardar. En cuanto al consejero, se rascaba las pantorrillas y respiraba a lentas, pero anchas, bocanadas. Su mirada se animaba poco a poco y estaba decidido a sostener contra todo, en caso necesario, a su leal amigo el burgomaestre.

Van Tricasse se había levantado, y después de dar algunos pasos, vino a colocarse de nuevo enfrente del doctor.

-¿Y dentro de cuántos meses -preguntó con tono algo acentuado-, dentro de cuántos meses dice usted que estarán sus trabajos concluidos?

-Dentro de tres o cuatro meses, señor burgomaestre.

-¡Tres o cuatro meses! Muy largo es eso -dijo van Tricasse.

-¡Demasiado largo! -añadió Niklausse, que, no pudiendo aguantar más en su sitio, se había levantado también.

-Necesitamos ese tiempo para acabar nuestra instalación -respondió el doctor-. Los obreros que hemos escogido en la población de Quiquendone no son muy activos.

-¡Cómo que no! -exclamó el burgomaestre, que tomaba, al parecer, esas palabras como una ofensa personal.

-No, señor burgomaestre -respondió al doctor Ox insistiendo-. Un obrero francés haría en un día el trabajo de diez de sus administrados. Ya lo sabe usted, son flamencos puros.

-¡Flamencos! -exclamó el consejero Niklausse, cuyos puños se crisparon. ¿Qué sentido quiere usted dar a esa palabra, caballero?

-El sentido... amable que todo el mundo le da -respondió, sonriendo, el doctor.

-¡Cuidado, caballero! -dijo el burgomaestre, recorriendo a grandes pasos el gabinete de uno a otro lado-, no me gustan esas insinuaciones. Los obreros de Quiquendone valen tanto como los de cualquiera otra ciudad del mundo, entiende, y no es a París ni a Londres a donde iremos a buscar modelos. En cuanto a los trabajos que le conciernen, le ruego que acelere su ejecución. Las calles están desempedradas para la colocación de los tubos, y ésa es una traba de la circulación. El comercio acabará por quejarse,

y yo, administrador responsable, no quiero incurrir en reconvenções harto legítimas.

¡El bravo burgomaestre! ¡Había hablado de comercio y de circulación, y estas palabras, a que no estaba acostumbrado, no le desollaban los labios! ¿Qué le pasaba, pues?

-Por otra parte -añadió Niklausse, la población no puede estar por más tiempo privada de luz.

-Sin embargo -dijo el doctor-, una población que lo espera hace ochocientos o novecientos años...

-Razón de más, caballero -repuso el burgomaestre acentuando las sílabas-. ¡Otro tiempo, otras costumbres! El progreso marcha y no queremos quedarnos atrás. Antes de un mes entenderemos que nuestras calles han de estar alumbradas, o bien pagará usted una indemnización considerable por cada día de retraso.

¿Qué sucedería si en medio de las tinieblas ocurriese alguna riña?

-Efectivamente -exclamó Niklausse-, basta una chispa para inflamar a un flamenco. Flamenco, flama.

-Y a propósito -dijo el burgomaestre a las palabras de su amigo, el comisario Passauf, jefe de la policía municipal, nos ha dado parte de que una discusión se había entablado anoche en sus salones, señor doctor. ¿Se ha equivocado al decir que se trataba de una discusión política?

-En efecto, señor burgomaestre -respondió el doctor, que reprimía, no sin pena, un suspiro de satisfacción.

-¿Y no hubo un altercado entre el médico Domingo Custós y el abogado Andrés Schut?

-Sí, señor consejero, pero las expresiones que se cruzaron no tenían nada de grave.

-¡Nada de grave! -exclamó el burgomaestre.

-¿Nada grave cuando un hombre dice a otro que no mide el alcance de sus palabras? Entonces, ¿con qué barro está usted amasado, caballero? ¿No sabe usted que en Quiquendone no se necesita más para acarrear consecuencias funestas? Y, caballero, si usted o cualquier otro se permitiese hablarme así...

-Y a mí -añadió el consejero Niklausse.

Y al pronunciar estas palabras, con tono amenazador, ambas notabilidades, cruzadas de brazos y con el pelo erizado, miraban de frente al doctor Ox, en disposición de jugarle una mala pasada, si un gesto, menos que un gesto, una mirada hubiera revelado en él la intención de contrariarles.

Pero el doctor no pestañeó.

-En todo caso, caballero -prosiguió el burgomaestre-, entiendo hacerle responsables de lo que pase en su casa. Garantizo la tranquilidad de la población y no quiero que se vea turbada. Los acontecimientos de anoche no se renovarán o cumpliré con mi deber, caballero. ¿Lo ha entendido? Pero responda, caballero.

Al hablar así, el burgomaestre, bajo el imperio de una sobreexcitación extraordinaria, elevaba la voz hasta el diapasón de la cólera. Estaba furioso aquel digno van Tricasse, y ciertamente que debieron oírle desde fuera. Por último, fuera de sí, y viendo que el doctor no respondía a sus provocaciones, dijo:

-Venga, Niklausse.

Y, cerrando la puerta con una violencia que conmovió la casa, el burgomaestre arrastró al consejero en pos de sí. Poco a poco, y después de andar unos veinte pasos por la campiña, los dignos notables se calmaron. Su marcha se

amortiguó y su andar se modificó. El enrojecimiento de su rostro se apagó y de encarnado pasó a color de rosa. Y un cuarto de hora después de haber salido de la fábrica, van Tricasse decía con apacible tono al consejero Niklausse:

-¡Qué hombre tan amable es el doctor Ox! Le veré siempre con el mayor placer.

Capítulo

VI

En donde Frantz Niklausse y Suzel van Tricasse forman algunos proyectos para el porvenir

Nuestros lectores saben que el burgomaestre tenía una hija, la señorita Suzel; mas por perspicaces que sean no han podido adivinar que el consejero Niklausse tenía un hijo, el señor Frantz. Y aun cuando lo hubiesen adivinado, nada les permitiría imaginar que Frantz fuese el novio de Suzel. Añadiremos que estos dos jóvenes estaban hechos el uno para el otro, y que se amaban como se ama en Quiquendone.

No debemos creer que los corazones jóvenes dejasen de palpar en aquella población excepcional; sólo que latían con cierta lentitud. Se casaban como en cualquiera otra ciudad del mundo, pero se tomaban tiempo para ello. Los futuros, antes de enredarse en los terribles lazos, querían estudiarse, y los estudios duraban lo menos diez años, como en el colegio. Raras veces se recibía nadie antes de ese tiempo.

Sí. ¡diez años! ¡Durante diez años se cortejaban! ¿Es acaso demasiado cuando se trata de ligarse por toda la vida? ¿Se estudia diez años para ser ingeniero o médico, abogado o consejero de prefectura, y se pretende adquirir en menos tiempo los conocimientos necesarios para marido? Esto es inadmisibile, y sea por temperamento o por razón, los quiquendoneses están, a nuestro parecer, en lo cierto al prolongar así sus estudios. Cuando en otras poblaciones libres y ardientes se ven efectuar los casamientos en pocos meses, hay que encogerse de hombros y

darse prisa en enviar a los muchachos al colegio y a las muchachas a la enseñanza de Quiquendone.

No se citaba, en medio siglo, más que un matrimonio hecho en dos años y aún así por poco paró en mal. Frantz Niklausse quería, pues, a Suzel van Tricasse, pero apaciblemente, como se ama cuando se tienen diez años por delante para adquirir el objeto amado. Todas las semanas, una sola vez, y a la hora convenida, Frantz venía a buscar a Suzel y la conducía a la orilla del Vaar, cuidando de llevarse la caña de pescar, mientras que su amada no olvidada el cáñamo de tapicería, en el cual sus bonitos dedos casaban las flores más inverosímiles.

Conviene decir aquí que Frantz era un joven de veintidós años, en cuyo rostro apuntaba un ligero bozo de melocotón, y cuya voz apenas acababa de descender de una octava a otra.

En cuanto a Suzel, era rubia y sonrosada. Contaba diecisiete años, y no desdeñaba el pescar con caña. ¡Singular ocupación, sin embargo, que obliga a luchar en astucia con un barbito! Pero a Frantz le gustaba esto, y semejante pasatiempo cuadraba bien con su carácter. Paciente cuanto se puede serlo, complaciéndose en seguir con meditación vista el tapón de corcho que se mecía al hilo del agua, sabía esperar, y cuando después de una sesión de seis horas un modesto barbo, compadeciéndose de él, consentía en dejarse pescar, era feliz, aunque sabía contener su emoción.

Aquel día los dos futuros, puede decirse que los dos prometidos, estaban sentados sobre la verde orilla. El límpido Vaar murmuraba a algunos pies debajo de ellos. Suzel impelía indolentemente su aguja por entre el cañamazo.

Frantz arrastraba automáticamente su sedal de izquierda a derecha, y luego le dejaba seguir la corriente de derecha a izquierda. Los barbitos

trazaban en el agua redondeles caprichosos que se entrecruzaban alrededor del corcho, mientras que el anzuelo se paseaba vacío por las capas más inferiores.

De vez en cuando decía sin levantar siquiera los ojos sobre la niña:

-Creo que pica.

-¿Lo crees, Frantz? -respondía Suzel, que, abandonando un momento su labor, seguía con vista conmovida el cordel de su prometido.

-Pero no -añadía Frantz-. Había creído sentir un pequeño movimiento. Me he equivocado.

-Ya picará, Frantz -replicaba Suzel con pura y dulce voz-. Pero no olvide de tirar a tiempo. Siempre se retarda algunos segundos y el pececillo los aprovecha para escapar.

-¿Quiere usted tomar la caña, Suzel?

-Con mucho gusto, Frantz.

-Entonces deme el cañamazo. Veremos si soy más diestro con la aguja que con el anzuelo.

Y la joven tomaba la caña con trémula mano, mientras que el mozo hacía pasar la aguja por las mallas del cañamazo. Y durante horas enteras cruzaban así tiernas palabras, y sus corazones palpitaban cuando el corcho se estremecía sobre el agua. ¡Ah!, no olvidarán nunca aquellos encantadores momentos, en que, sentados el uno junto al otro, escuchaban el susurro de las aguas. Aquel día el sol estaba ya muy inclinado sobre el horizonte, y a pesar de los talentos combinados de Suzel y Frantz, nada había mordido. Los barbitos no se habían mostrado apiadados y se reían de los jóvenes, que eran demasiado buenos para guardarles rencor por eso.

-Seremos más afortunados otra vez, Frantz - dijo Suzel, cuando el joven pescador hincó su

anzuelo, siempre virgen, en la planchuela de pino.

-Debemos esperarlo Suzel -respondió Frantz.

Y, después, caminando ambos uno junto a otro, emprendieron la vuelta a casa, sin cruzar una sola palabra, tan mudos como sus sombras, que se prolongaban delante de ellos. Suzel se veía grande, muy grande, bajo los oblicuos rayos del sol poniente. Frantz parecía flaco, muy flaco como el largo cordel que tenía en la mano.

Llegaron a casa del burgomaestre. Unas verdes matas de hierbas adornaban las relucientes losas, y se hubieran guardado muy bien de arrancarlas, porque sirviendo de mullido a la calle, apagaban el ruido de los pasos.

En el momento en que iba a abrirse la puerta, Frantz creyó deber decir a su prometida;

-Ya lo sabe usted, Suzel, el gran día se acerca.

-Se acerca, en efecto, Frantz -respondió la niña entornando sus párpados.

-Sí -dijo Frantz-, dentro de cinco o seis años.

-Hasta la vista, Frantz -dijo Suzel.

-Hasta la vista, Suzel -respondió el joven Frantz.

Y después que la puerta se cerró, el joven tomó con paso igual y sosegado el camino de la casa del consejero Niklausse.

Capítulo

VII

Donde los *andante* se convierten en *allegro*, y los *allegro* en *vivace*

La emoción causada por el incidente del abogado Schut y del médico Custos se había apaciguado, y el asunto no tuvo consecuencias. Podía, pues, esperarse que Quiquendone volvería

a su apatía habitual, momentáneamente turbada por un acontecimiento inexplicable.

Entretanto, la colección de las tuberías destinadas a conducir el gas oxhídrico por los principales edificios de la población, se verificaba rápidamente. Los conductos y las ramificaciones se deslizaban poco a poco bajo el empedrado de Quiquendone. Pero los mecheros faltaban todavía, porque siendo su ejecución muy delicada, había sido necesario fabricarlos en el extranjero. El doctor Ox se multiplicaba; su ayudante Igeno y él no perdían un solo instante, dando prisa a los obreros, terminando los delicados órganos del gasómetro, alimentando día y noche las gigantescas pilas que descomponían el agua bajo la influencia de una poderosa corriente eléctrica. ¡Sí! El doctor fabricaba ya su gas, aunque la canalización no se hallaba terminada todavía lo cual, entre nosotros, hubiera parecido muy singular. Pero antes de poco tiempo, podía esperarse al menos, antes de

poco, que el doctor Ox inauguraría en el teatro de la población los esplendores de su nuevo alumbrado.

Porque Quinquendone poseía un teatro, hermoso edificio a fe mía, cuya disposición interior y exterior recordaba todos los estilos. Era a la vez bizantino, románico, gótico, del renacimiento, con puertas de medio punto, ojivas, rosetones flamígeros, cimbalillos fantásticos, en una palabra, modelo de todos los géneros, mitad Partenón, mitad Gran Café de París, lo cual no debe causar extrañeza, porque, comenzado en tiempo del burgomaestre Ludwig van Tricasse, en 1175, no se terminó hasta 1837, bajo el burgomaestre Natalis van Tricasse. Se habían empleado setecientos años en construirlo, y se había conformado sucesivamente con la moda arquitectónica de todas las épocas.

¡No importa! Era un hermoso edificio, cuyas pilastras romanas y bóvedas bizantinas no disgregarían del alumbrado de gas oxhídrico.

Se representaba algo de todo en el teatro de Quiquendone, y especialmente la ópera seria y cómica; pero hay que decir que los compositores no hubieran podido reconocer sus obras, de tan cambiados como estaban los "movimientos".

En efecto, como nada se hacía aprisa en Quiquendone, las obras tenían que adaptarse al temperamento de los quiquendonenses. Aunque las puertas del teatro se abrían habitualmente a las cuatro y se cerraban a las diez, no había ejemplo de que durante esas seis horas se hubiesen representado más de dos actos. *Roberto el Diablo*, *Los Hugonotes* o *Guillermo Tell* ocupaban ordinariamente tres noches, de tan lenta como era la ejecución de estas óperas. Los *vivace*, en el teatro de Quiquendone, se convertían en verdaderos *adagios*. Los *allegros* se arrastraban larga, larguísima.

Las semifusas no valían las mínimas de cualquier otro país. Las tiradas más rápidas,

ejecutadas según el gusto de los quiquendoneses, tomaban el andar de un himno de canto llano. Los indolentes trinos se prolongaban y acompasaban para no herir los oídos de los *dilettanti*.

Para decirlo, tomo como ejemplo el aire rápido de Fígaro que, a su entrada en el primer acto del Barbero de Sevilla, se llevaba al número treinta y tres del metrónomo y duraba cincuenta y ocho minutos, cuando el actor era muy vivaracho. Como es fácil colegirlo, los artistas que venían de fuera tenían que conformarse con esa moda, pero como les pagaban bien no se quejaban y obedecían fielmente la batuta del director de orquesta, que no marcaba nunca en los *allegros* más de ocho compases por minuto.

¡Pero, en cambio, qué de aplausos llovían sobre aquellos artistas que encantaban, sin fatigarlos nunca, a los espectadores de Quiquendone! Todas las manos daban una contra otra en intervalos bastantes separados, lo cual traducían

los periódicos por “aplausos frenéticos”, y si una o dos veces el salón, entusiasmado, no se hundía bajo los bravos, es porque en el siglo duodécimo no se ahorraba en los cimientos ni el mortero ni la piedra.

Por otra parte, para no exaltar las entusiastas naturalezas de los flamencos, el teatro sólo trabajaba una vez por semana, lo cual permitía a los actores estudiar con más profundidad sus papeles, y a los espectadores digerir por más tiempo las bellezas de las obras maestras del arte dramático.

Hacía mucho tiempo que las cosas marchaban así. Los artistas extranjeros tenían la costumbre de contratarse con el empresario de Quiquendone, cuando querían descansar de sus fatigas en otros teatros, y no parecía que nada debía modificar este inveterado hábito, cuando, quince días después del suceso Schut-Custos, un incidente inesperado vino a perturbar de nuevo la población.

Era sábado, día de ópera. No se trataba aún, como pudiera creerse, de inaugurar el nuevo alumbrado. No; los tubos bien llegaban hasta la sala, mas por el motivo arriba indicado, los mecheros no estaban todavía colocados y las bujías de la araña seguían proyectando su apacible luz sobre los espectadores que llenaban el teatro. Se habían abierto las puertas al público a la una de la tarde, y a las tres el salón estaba a medio llenar. Durante un momento había habido una cola que se desarrollaba hasta la extremidad de la plaza de San Ernulfo, delante de la tienda del farmacéutico José Liefrinck. Esta concurrencia permitía presagiar una buena representación.

-¿Irá esta noche al teatro? -había preguntado por la mañana el consejero al burgomaestre.

-No faltaré -había respondido van Tricasse-, y llevaré a mi mujer, a nuestra hija Suzel y a nuestra querida Tatanemancia, que se vuelven locas por la buena música.

-¿Vendrá la señorita Suzel? -dijo el consejero.

-Sin duda, Niklausse.

-Entonces mi hijo Frantz será uno de los primeros que acudirán -respondió Niklausse.

-¡Joven impulsivo, Niklausse! -repuso doctoralmente el burgomaestre-. ¡Cabeza atolondrada! Es necesario vigilar a ese muchacho.

-Ama, van Tricasse, ama a vuestra hermosa Suzel.

-Pues bien, Niklausse, se casará con ella. Una vez convenidos en ese matrimonio, ¿qué puede pedir más?

-No pide nada, van Tricasse, no reclama nada ese querido hijo. Pero, en fin, y no quiero decir más, no será el último en pedir su boleto en la taquilla.

-¡Ah! ¡Viva y ardiente juventud! -replicó el burgomaestre, sonriendo al recuerdo de su pasado-. ¡Así hemos sido nosotros, mi digno consejero! ¡También nosotros hemos amado! ¡También hemos cortejado en nuestros tiempos! Hasta la tarde, pues, hasta la tarde. A propósito, ¿sabe usted que ese Fioravanti es un gran artista? ¡Por eso la acogida que ha tenido entre nosotros! ¡No olvidará en mucho tiempo los aplausos de Quiquendone!

Se trataba, en efecto, del célebre tenor Fioravanti, que por su talento de cantante, su método perfecto, su voz simpática, provocaba entre los aficionados de la población un verdadero entusiasmo.

Tres semanas hacía que Fioravanti había obtenido, en *Los Hugonotes*, un éxito inmenso. El primer acto, interpretado a gusto de los quiquendonenses, había ocupado una representación entera de la primera semana del mes. Otra función de la segunda semana, prolongada con

andante infinitos, había valido al celebre artista una verdadera ovación. El triunfo se había acrecentado con el tercer acto de la obra maestra de Meyerbeer. Pero era en el cuarto donde esperaban ver a Fioravanti, y precisamente aquella tarde iba a ser cantado ante un público impaciente. ¡Ah! ¡Aquel dúo de Raúl y Valentina, aquel himno de amor a dos voces, tan suspirado, aquel momento en que se multiplican los *crescendo*, los *stringendo*, los *sforzando*, los *piu crescendo*, todo cantado lenta, compendiosa, interminablemente! ¡Oh! ¡Qué encanto!

Así que a las cuatro el teatro estaba lleno. Los palcos, la orquesta, el patio, estaban atestados. En primer término se hallaban el burgomaestre van Tricasse, la señorita van Tricasse, la señora de van Tricasse y la amable Tatanemancia, con gorro verde manzana; después, no lejos, el consejero Niklausse y su familia, sin olvidar al enamorado Frantz. Se veían también las familias del médico Custos, del abogado Schut, de

Honorato Syntax, el gran juez, y a Soutman (Norberto), el director de la compañía de seguros, así como al grueso banquero Collaert, loco por la música alemana, algo cantante él también, al preceptor Rupp, al director de la Academia, Jerónimo Resh, al comisario civil y a otras muchas notabilidades de la población que no pueden enumerarse sin abusar de la paciencia del lector.

Ordinariamente, esperando que el telón se levantase, los quiquendonenses tenían la costumbre de permanecer callados, leyendo los unos su periódico, cruzando otros algunas palabras en voz baja, yendo éstos a su asiento sin ruido ni atropelladamente, dirigiendo aquéllos una mirada semiapagada a las amables beldades que guarnecían las galerías.

Pero aquella noche, un observador hubiera reconocido que aún antes de alzarse el telón reinaba en el teatro una animación inusitada. Se estaban moviendo personas que nunca se agi-

taban. Los abanicos de las damas oscilaban con una rapidez anormal. Un aire más vivo parecía haber invadido todos los pechos y se respiraba con más holgura. Algunas miradas brillaban, puede decirse, tanto como las llamas de la lucerna, y parecían derramar un resplandor insólito.

Ciertamente que se veía más claro que de costumbre, aunque el alumbrado era el mismo. ¡Ah! ¡Si los nuevos aparatos del doctor Ox hubiesen funcionado! Pero no funcionaban todavía.

Por último, la orquesta está completa en su puesto. El primer violín pasa por entre los atriles para dar un modesto *la* a sus colegas. Los instrumentos de cuerda, los de viento y los de percusión están acordes. El maestro de orquesta no aguarda más que la campanilla para marcar el primer compás.

La campanilla suena y comienza el cuarto acto. El *allegro appassionato* de entrada se toca, según costumbre, con una grave lentitud que hubiera hecho dar un brinco al ilustre Meyerbeer, y cuya majestad toda sólo aprecian los diletantes quiquendonenses.

Pero muy pronto el director de orquesta comienza a perder el dominio sobre los ejecutantes. Le cuesta algún trabajo contenerlos, a ellos, tan obedientes y tan calmosos de ordinario. Los instrumentos de viento manifiestan tendencia a acelerar los movimientos, y hay que frenarlos con mano firme, porque adelantándose sobre los de cuerda producirían, desde el punto de vista armónico, un efecto desagradable. El mismo bajo, tocado por el hijo del farmacéutico José Liefrink, joven de muy buena educación, propende a acalorarse.

Entretanto, Valentina ha principiado su recitado:

Estoy sola, mi casa...

pero se acelera. El maestro de orquesta y todos los músicos la siguen, quizá inconscientemente, en su *cantabile*, que debería ser medido con pausa, como un doce por dieciocho que es.

Cuando Raúl aparece en la puerta del fondo, desde el momento en que Valentina le sale al encuentro, hasta al de esconderle en el cuarto de al lado, no se pasa un cuarto de hora, cuando antes, según la tradición del teatro de Quiquendone, ese recitado de treinta y siete compases duraba hasta treinta y siete minutos.

Saint Bris, Nevers, Cavannes y los señores católicos, han entrado en escena con alguna precipitación quizá.

Allegro pomposo ha marcado el compositor en la partitura. La orquesta y los señores andan efectivamente *allegro*, pero de ningún modo *pomposo*, y en el *tutti*, en esa página magistral de la

conjuración y de la bendición de puñales, no se modera ya el *allegro* reglamentario. Cantores y músicos corren fogosamente. El director de orquesta ya no piensa en contenerlos. Por otra parte, el público no reclama, sino que, al contrario, se ve también arrastrado a un movimiento que responde a las aspiraciones del alma:

*De incesantes disturbios y de una guerra impía.
¿Quiere usted librar como yo, la patria mía?*

Esto se promete y se jura. Apenas tiene Nevers el tiempo de protestar y de cantar que «entre sus abuelos cuenta soldados y no asesinos». Le prenden. Los alguaciles y corchetes llegan y juran rápidamente «herir a todos a la vez». Saint Bris recorre como un verdadero dos por cuatro callejero el recitado que llama a los católicos a la venganza. Los tres frailes, llevando canastillos con fajas blancas, se precipitan por la puerta del fondo de la habitación de Nevers, sin tener presente la exigencia de la escena que les recomienda adelantarse lentamente. Ya to-

dos los asistentes han sacado sus espadas y sus puñales, los tres monjes echan su bendición en un abrir y cerrar de ojos. Las sopranos, los tenores y bajos atacan con gritos encarnizados el *allegro* furioso, y de un seis por ocho dramático hacen un seis por ocho de rigodón.

Y luego salen aullando el canto de la cita a medianoche:

A		<i>medianoche</i>
¡No	hay	<i>ruido!</i>
¡Dios	lo	<i>quiera!</i>
Sí		
A <i>medianoche</i>		

En aquel momento el público está de pie. Todos se agitan en los palcos, en las lunetas y en las galerías. Parece que todos los espectadores van a arrojarse a la escena con el burgomaestre van Tricasse a la cabeza, a fin de reunirse con los conjurados y aniquilar a los hugonotes, de cuyas opiniones, sin embargo, participan.

Aplauden, llaman a la escena y aclaman. Tata-nemancia agita con mano febril su gorro verde manzana. Las lámparas del salón despiden un brillo ardiente.

Raúl, en vez de levantar lentamente la colgadura, la rasga con ademán soberbio y se encuentra frente a frente con Valentina.

Por último, ya ha llegado el gran dúo que se canta *allegro vivace*. Raúl no aguarda las preguntas de Valentina, ni Valentina las respuestas de Raúl. El pasaje adorable:

*El peligro se acerca
Y el tiempo vuela...*

se convierte en uno de esos rápidos dos por cuatro que tanta fama han dado a Offenbach cuando hace bailar a los conjurados. El *andante amoroso*:

¡Tú lo has dicho!
¡Sí, tú me amas!

ya no es más que un *vivace furioso* y el violonchelo de la orquesta no se ocupa en imitar las inflexiones de voz del cantor, como lo indica la partitura del maestro. En vano Raúl exclama:

*¡Sigue hablando y prolonga
Del corazón el inefable sueño!*

Valentina no puede prolongar, y se ve que a aquél le devora un fuego insólito. Cada *si* y cada *do* que lanza fuera del alcance natural ostentan un brillo tremendo. Se agita, gesticula y está abrasado.

Se oye la campana que resuena, pero ¡qué campana! El campanero no se duerme. Es un toque a rebato espantoso que lucha con ímpetu con los furores de la orquesta.

Por último, el movimiento que va a terminar tan magnífico acto:

¡No más amor sublime!
¡Oh pesar que me oprime!

que el compositor indica *allegro con moto*, se lleva con un *prestissimo* desenfrenado, asemejándose a un tren que corre.

Vuelve la campana a sonar. Valentina cae desmayada y Raúl se tira por la ventana.

Ya era tiempo. La orquesta, realmente embriagada, no hubiera podido proseguir. La batuta del director ya no es más que un pedazo destrozado sobre la concha del apuntador. Las cuerdas de los violines están rotas y los mangos retorcidos. En su furor, el timbalero ha reventado los timbales. El contrabajo está montado sobre su instrumento sonoro. El primer clarinete se ha tragado la boquilla de su instrumento, y el segundo oboe mastica entre sus dientes

la lengüeta de caña. La corredera del trombón está falseada, y, por último, el desgraciado trompa no puede retirar la mano, que ha hundido demasiado en el pabellón de su instrumento.

¿Y el público? El público, jadeante, inflamado, gesticula y aúlla. Todos los rostros están rojos, como si un incendio hubiera abrasado los cuerpos por dentro. La gente se aglomera y amonтона para salir, los hombres sin sombrero, las mujeres sin manto. Se atropellan en los corredores, se estrellan en las puertas, disputan y se pegan. Ya no hay autoridades. Ya no hay burgomaestre. Todos son iguales ante la excitación infernal...

Y algunos instantes después, cuando cada cual está en la calle, todos recobran su calma acostumbrada y entran pacíficamente en sus casas con el recuerdo confuso de lo que han experimentado.

El cuarto acto de *Los Hugonotes*, que duraba otras veces seis horas, principiado aquella tarde a las cuatro y media, estaba terminado a las cinco menos doce. ¡Había durado dieciocho minutos!

Capítulo

VIII

En que el antiguo y solemne vals alemán se vuelve torbellino

Pero si los espectadores, después de salir del teatro, recobraron su calma acostumbrada; si se dirigieron pacíficamente a sus casas, sin conservar más que una especie de atolondramiento pasajero, no habían dejado de sufrir una exaltación extraordinaria; y anonadados, rendidos, como si hubieran cometido algún exceso en la comida, cayeron pesadamente en sus camas.

Al día siguiente tuvieron todos una especie de recuerdo de lo ocurrido la víspera. En efecto, al uno le faltaba el sombrero, perdido en la zam-

bra, al otro un faldón de la levita rasgado en la pelea, a esta su fino zapato de rusel¹, a aquella su manto de los días señalados. Volvió la memoria a aquellos honrados ciudadanos y con la memoria cierto pudor de su incalificable eferescencia. Les aparecía todo como una orgía de la cual hubieran sido héroes inconscientes.

Ni lo mencionaban ni querían pensar en ello. Pero el personaje más aturdido de la población era el burgomaestre van Tricasse. Cuando al día siguiente se despertó, no pudo hallar su peluca. Lotche la había buscado por todas partes. Nada. La peluca se había quedado en el campo de batalla. En cuanto a hacerla reclamar por Juan Mistrol, el trompeta juramentado de la villa, no. Valía más sacrificarla que exhibirse a la vergüenza, teniendo la honra de ser el primer magistrado de la población.

El digno van Tricasse meditaba, tendido bajo sus mantas, molido el cuerpo, pesada la cabeza, tumefacta la lengua, ardiente el pecho. No sen-

tía gana alguna de levantarse, al contrario, y su cerebro trabajó aquella mañana más que en cuarenta años.

El honorable magistrado coordinaba en su mente todos los incidentes de tan inexplicable representación. Los comparaba con los hechos acaecidos en casa del doctor Ox y buscaba las razones de esta singular excitabilidad que por dos veces acababa de declararse entre sus más recomendables administrados.

¿Pero qué ocurre? -decía para sí-. ¿Qué vértigo es ese que se ha apoderado de mi pacífica villa de Quiquendone? ¿Es que vamos a volvernos locos y habrá que convertir la población en un vasto manicomio? ¿Por qué, en fin, ayer estábamos todos allí, notables, consejeros, jueces, abogados, médicos, académicos, y todos, si la memoria me es fiel, hemos pasado por ese acceso de furiosa demencia? ¿Pero qué había pues, en aquella música infernal? Es inexplicable. Sin embargo, yo no había comido ni bebido

nada que pudiera producir en mí semejante excitación. No. Ayer en la comida, una tajada de ternera muy hecha, alguna cucharada de espinacas con azúcar, huevos batidos y dos vasos de cerveza floja cortada con agua pura, eso no puede subirse a la cabeza. No. Algo hay que no puedo explicarme, y como, en suma, soy responsable de los actos de mis administrados, mandaré instruir indagatoria.

Pero la indagatoria, decretada por el consejo municipal, no produjo resultado alguno. Si los hechos eran patentes, la búsqueda de los magistrados no dio con sus causas. Por otro lado, la calma se había restablecido en los ánimos y con la calma vino el olvido de los excesos. Los periódicos de la localidad se abstuvieron de hablar de ello, y la reseña de la representación, que apareció en el *Memorial de Quiquendone*, no hizo alusión alguna al desenfrenado entusiasmo de la concurrencia entera.

Pero si, entretanto, la población volvió a su habitual apatía, si tornó a ser, al menos en apariencia, flamenca como antes, se experimentaba que en el fondo el carácter y temperamento de sus habitantes se iba poco a poco modificando. Hubiera podido decirse con verdad, según la expresión del médico Domingo Custos, que les nacían los nervios.

Expliquémonos, sin embargo. Este cambio indudable, por nadie contradicho, sólo se presentaba con ciertas condiciones. Cuando los quiquendonenses iban por la calle, al aire libre, por las plazas y a lo largo del Vaar, seguían siendo aquellas buenas gentes frías y metódicas, de antiguo conocidas. Asimismo, cuando se confinaban en su morada, unos trabajando de manos y otros de cabeza, ni los unos hacían nada, ni los otros discurrían en lo más mínimo. Su vida privada era silenciosa, fuerte, vegetativa como siempre. Ni había reyertas ni reconvenciones en las familias, ni aceleración de palpitaciones en

el corazón, ni excitación alguna de la medula encefálica. El promedio de las pulsaciones seguía siendo el de los buenos tiempos, de cincuenta a cincuenta y dos por minuto².

Pero, fenómeno absolutamente inexplicable; que hubiera dejado burlada la sagacidad de los fisiólogos más ingeniosos de la época, si los habitantes de Quiquendone no se modificaban en su vida privada, se transformaban visiblemente por el contrario en la vida común, con motivo de las relaciones que entre los individuos se establecen.

Así es que si se reunían en un edificio público, ya no andaba la cosa bien, como decía el comisario Passauf. En la Bolsa, en el Ayuntamiento, en el anfiteatro de la Academia, en las sesiones del consejo, en las reuniones de los doctos, se producía una especie de revivificación o sobreexcitación singular que se apoderaba de los asistentes. Al cabo de una hora las relaciones ya eran agrias. A las dos horas la discusión dege-

neraba en disputa. Las cabezas se calentaban y se acudía a las personalidades. En la iglesia misma, durante el sermón, los fieles no podían oír con sangre fría al ministro Stabel, que, agitando en el púlpito, los amonestaba con más severidad que de costumbre. En fin, este estado de cosas trajo nuevos altercados, ¡ay!, más graves que el del médico Custos con el abogado Schut, y si no necesitaron nunca la intervención de la autoridad fue porque los pendencieros, una vez en su casa, hallaban allí con la calma el olvido de las ofensas hechas y recibidas.

Sin embargo, esa particularidad no había podido llamar la atención de unos entendimientos absolutamente impropios para reconocer lo que pasaba en ellos. Sólo un personaje de la población, aquel mismo cuyo cargo pensaba el consejo en suprimir, el comisario Miguel Passauf, había observado que la excitación, nula en las casas particulares, se revelaba pronto en los edificios públicos, y discurría no sin cierta an-

siedad sobre lo que acontecería si algún día se propagase ese frenesí por las habitaciones, y si la epidemia, así la llamaba, se esparcía por las calles de Quiquendone. Entonces ya no habría olvido de injurias, ni intermitencias de delirio, sino una excitación permanente que lanzaría indudablemente a los quiquendonenses unos contra otros.

-¿Y qué sucedería? -decía para sí, con espanto, el comisario Passauf-. ¿Cómo contener tan salvajes furores? ¿Cómo tener a raya los temperamentos agujoneados? Entonces mi cargo ya no será una sinecura, y habría precisión de que el consejo duplique mi sueldo, a no ser que tenga que ser yo mismo preso por infracción y perturbación del orden público.

Ahora bien estos justísimos temores no tardaron en realizarse. De la Bolsa, del templo, del teatro, de la casa municipal, de la Academia, del mercado, el mal invadió las casas particula-

res, y esto menos de quince días después de la terrible representación de *Los Hugonotes*.

Los primeros síntomas de la epidemia se declararon en casa del banquero Collaert.

Este rico personaje daba un baile, o al menos un sarao a las notabilidades de la población. Había emitido, algunos meses antes, un empréstito de treinta mil francos, que se suscribió en sus tres cuartas partes, y satisfecho de este éxito financiero había abierto sus salones y dado una fiesta a sus compatriotas.

Sabido es lo que son esas reuniones flamencas, puras y tranquilas, en las cuales hacen todo el gasto la cerveza y los jarabes. Algunas conversaciones sobre el tiempo que hace, el aspecto de la cosecha, el buen estado de los jardines, el entretenimiento de las flores y, sobre todo, de los tulipanes; de cuando en cuando una danza lenta y acompasada como un minué; a veces un vals, pero uno de esos vales alemanes que no

dan más de vuelta y media por minuto y durante los cuales los que bailan se hallan tan lejos uno de otro como los brazos lo permiten, tales eran las circunstancias ordinarias de los bailes a que concurría la alta sociedad de Quiquendone. Se había intentado aclimatar la polka después de ponerla a cuatro tiempos, pero las parejas siempre se quedaban atrás de la orquesta, por lento que fuese el compás, de modo que hubo necesidad de renunciar a ella.

Aquellas reuniones pacíficas en que los donceles y doncellas hallaban un placer virtuoso y moderado, nunca habían producido escándalos funestos. ¿Por qué, entonces, aquella noche, en casa del banquero Collaert, los jarabes parecieron transformarse en vinos licorosos, en champña chispeante y en incendiario ponche? ¿Por qué a mitad de la fiesta se apoderó de todos los convidados una especie de inexplicable embriaguez? ¿Por qué se convirtió el minué en tarantela? ¿Por qué los músicos de la orquesta

apresuraron la medida? ¿Por qué las bujías alumbraron como en el teatro con brillo insólito? ¿Qué corriente eléctrica era la que invadía los salones del banquero? ¿De dónde provino que las parejas se acercaron, que las manos se estrecharon con más convulsivo apretón y que los caballeros en sus solos se distinguieron por algunos pasos atrevidos, durante aquella pastorela antes tan grave, tan solemne, tan modesta?

¡Ay! ¿Cuál sería el Edipo que pudiera responder a tan insolubles preguntas? El comisario Passauf, presente en la función, veía muy bien que la borrasca venía, más no podía dominarla sin huir, sintiendo como una embriaguez que le subía al cerebro. Todas sus facultades físicas e impulsivas de la pasión se desarrollaban y se le vio diferentes veces echarse sobre los dulces y desvalijar los platos, como si hubiera salido de una larga dieta.

Entretanto, la animación del baile se aumentaba. Un largo murmullo, como un zumbido sor-

do, se exhalaba de todos los pechos. Se bailaba de veras, agitándose los pies con creciente frenesí. Los rostros se encendían cual si fueran caras de Sileno. Los ojos brillaban como carbunclos. La fermentación general llegaba a todo su colmo.

Y cuando la orquesta entonó el vals de Freyschütz, cuando este vals tan alemán y de movimiento tan lento fue atacado con desenfrenado brazo por los músicos, ¡ay!, ya no fue un vals sino un torbellino insensato, una rotación vertiginosa, un giro digno de ser conducido por algún Mefistófeles, que llevase el compás con un tizón ardiendo. Después un galop³, un galop infernal, durante una hora, sin poder desviarlo ni suspenderlo, desatado en revueltas por entre salas, salones, antecámaras y escaleras, desde el sótano hasta el desván de la opulenta mansión, arrastró a los mozos y doncellas, padres, madres, individuos de toda edad, de todo peso y de todo sexo, y al grueso banquero Collaert y a

la señora de Collaert, y a los consejeros y magistrados y al gran Juez, y a Niklausse y a la señora van Tricasse, y al burgomaestre van Tricasse y al mismo comisario Passauf, quien jamás pudo acordarse de quién fue su pareja aquella noche.

Pero «ella» no lo olvidó. Y desde aquel día, «ella» vio en sueños al avasallador comisario. ¡Y «ella» era la amable Tatanemancia!

-
1. Género de lana asargada.
 2. La frecuencia de las pulsaciones varía según la edad, siendo de 120 en el recién nacido y 60 en el anciano. El término medio es de 70 a 80 por minuto.
 3. Danza antigua en compás de 2 por 4 y movimiento muy vivo.

Capítulo

IX

Donde el doctor Ox y su ayudante Igeno cruzan algunas palabras

-¿Y bien, Igeno?

-Pues bien, maestro, todo está dispuesto. La colocación de los tubos se halla completamente terminada.

-¡Por fin! Ahora vamos a proceder en grande y sobre las masas.

Capítulo

X

En el cual se verá que la epidemia invade la población entera y el efecto que produce

Durante los meses que siguieron, el mal, en vez de disiparse, no hizo más que extenderse. De las casas particulares, pasó a las calles. La población de Quiquendone no era ya la misma.

Y, fenómeno más extraño aún que los observados hasta entonces, no solamente el reino ani-

mal, sino también el vegetal, estaban sometidos a esa influencia. Según el curso ordinario de las cosas, las epidemias son especiales. Las que atacan al hombre no se ceban en los animales, las que persiguen a éstos dejan libres a los vegetales. Jamás se ha visto a un caballo atacado de viruela, ni a un hombre de la peste bovina, así como los carneros no pescan la enfermedad de las patatas. Pero en Quiquendone todas las leyes de la naturaleza parecían trastornadas. No tan sólo se habían modificado el temperamento, el carácter y las ideas de los quiquendoneses, sino que los animales domésticos, perros o gatos, bueyes o caballos, asnos o cabras, sufrían aquella influencia epidémica, como si su medio habitual se hubiera cambiado. Las mismas plantas se emancipaban, si se quiere perdonarnos esta expresión.

En efecto, en los jardines, en las huertas, en los vergeles, se manifestaban síntomas sumamente curiosos. Las plantas enredaderas trepaban con

más audacia. Los arbustos se tornaban árboles. Las semillas apenas sembradas ostentaban su verde brote y en igual transcurso de tiempo alcanzaban en pulgadas lo que antes y en las circunstancias más favorables crecían en líneas. Los espárragos llegaban a dos pies de altura; las alcachofas se hacían tan gruesas como melones, y éstos como calabazones, los cuales llegaban al tamaño de la campana mayor, que contaba nueve pies de diámetro. Las berzas se tornaban arbustos y las setas en paraguas.

Las frutas no tardaron en seguir el ejemplo de las verduras. Se necesitaban dos personas para comer una fresa y cuatro para una pera. Los racimos de uva eran todos iguales al pintado tan admirablemente por Poussin en su «Regreso de los enviados a la Tierra Prometida».

Lo mismo acontecía con las flores, las dilatadas violetas esparcían por el aire penetrantes perfumes; las rosas exageradas brillaban con los colores más vivos; las lilas formaban en pocos

días impenetrables selvas; geranios, margaritas, dalias, camelias y magnolias invadiendo los paseos, se ahogaban las unas con las otras. Y los tulipanes, esas queridas liliáceas que son la delicia de los flamencos, causaron a los aficionados intensas emociones. El digno van Bistrom por poco cayó un día boca arriba al ver en su jardín una simple *Tulipa gesneriana* enorme, monstruosa, gigantesca, cuyo cáliz servía de nido a toda una familia de pitirrojos.

La población entera acudió para ver aquella flor fenomenal y le dio el nombre de *Tulipa qui-quendonia*.

Mas, ¡ay!, si aquellas plantas, si aquellas frutas, si aquellas flores crecían a la vista, si todos los vegetales afectaban tomar proporciones gigantes, si la viveza de sus colores y de los perfumes embriagaba la vista y el olfato, en cambio, se marchitaban muy aprisa. Aquel aire que absorbían las quemaba rápidamente y no tar-

daban en perecer agostadas, mustias y abrasadas.

Tal fue la suerte del famoso tulipán, que se marchitó después de algunos días de esplendor.

Pronto sucedió lo mismo con los animales domésticos, desde el perro de la casa, hasta el cerdo de la porquera, desde el canario enjaulado hasta el pavo del corral. Conviene decir que estos animales, en época ordinaria, eran tan flemáticos como sus amos. Perros o gatos vegetaban más bien que vivían, no descubriéndose en ellos nunca ni un estremecimiento de placer, ni un movimiento de cólera. Los rabos estaban tan quietos como si fuesen de bronce. Desde tiempo inmemorial no se citaba ni mordedura ni arañazo. En cuanto a los perros rabiosos eran tenidos por bestias imaginarias, dignas de figurar entre los grifos y otros en la casa de fieras del Apocalipsis.

Mas durante aquellos sucesos cuyos menores accidentes tratamos de reproducir, ¡qué cambio! Perros y gatos comenzaron a enseñar dientes y zarpas, y hubo necesidad de algunas ejecuciones a consecuencia de ataques reiterados. Por vez primera se vio que un caballo se desbocaba por las calles de Quiquendone, que un buey acometía a uno de sus congéneres, que un asno se caía patas arriba en la plaza de San Ernulfo dando rebuznos que ya no tenían nada de animal, y que un carnero defendía valientemente contra la cuchilla del carnicero, las costillas que llevaba dentro.

El burgomaestre van Tricasse tuvo que promulgar edictos de policía concernientes a los animales domésticos, que, atacados de frenesí, daban poca seguridad a las calles de Quiquendone.

¡Pero ay! Si locos estaban los animales, no se mostraban más cuerdos los hombres. Ninguna edad fue respetada por el azote.

Los niños se hicieron muy pronto insoportables, ellos, antes tan fáciles de criar, y, por la vez primera, el gran juez Honorato Syntax tuvo que dar azotes a su tierna primogénita.

En el colegio hubo una especie de motín, y los diccionarios trazaron deplorables trayectorias en las clases. Ya no podía tenerse a los alumnos encerrados, y, por otra parte, la sobreexcitación llegaba hasta los profesores mismos, que los abrumaban de castigos.

¡Otro fenómeno! Todos los quiquendonenses, tan sobrios hasta entonces y que hacían de las natillas y merengues su alimento principal, cometían verdaderos excesos de comida y bebida. Su régimen ordinario no bastaba. Cada estómago se cambiaba en sumidero, y era preciso llenarlo por los medios más enérgicos. El consumo se triplicó, y en vez de tres comidas se hacían seis. Hubo, por consiguiente, numerosas indigestiones. El consejero Nliklausse no podía nunca acabar de saciar su hambre, ni el burgo-

maestre van Tricasse apagar de una vez su sed no saliendo ya de una especie de semiembriaguez encarnizada.

En fin, los síntomas más alarmantes se manifestaron y multiplicaron de día en día.

Se encontraron borrachos por las calles, y entre ellos, con frecuencia, notabilidades.

Las gastralgias dieron enorme ocupación al médico Domingo Custos, así como las neuritis y neuroflogosis, lo cual demostraba hasta qué grado de irritabilidad habían llegado los nervios de la población.

Hubo reyertas y altercados diarios en las calles, antes desiertas, de Quiquendone, hoy tan frecuentadas porque nadie se podía estar quieto en su casa.

Fue necesario crear una policía nueva para contener a los perturbadores del orden público.

Se instaló una prevención en el ayuntamiento, y se vio poblada día y noche. El comisario Passauf ya no podía más.

Se arregló un matrimonio en menos de dos meses, lo cual jamás se había visto. El hijo del preceptor Rupp se casó con la hija de la bella Agustina de Rovere, y esto nada más que cincuenta y siete días después de haberle pedido su mano.

Se decidieron otros casamientos que antiguamente hubieran estado en proyecto años enteros. El burgomaestre no se reponía de su asombro, y estaba viendo que su hija, la linda Suzel, se le iba a escapar de las manos.

En cuanto a la apreciable Tatanemancia, se había atrevido a pensar en el comisario Passauf, como esperanza de un enlace que le parecía reunir todos los elementos de felicidad, ¡fortuna, honra y juventud!

En fin, hubo, para colmo de abominación, un duelo. ¡Sí! ¡Un duelo! ¡Un desafío a pistola de arzón a setenta y cinco pasos y balas libres! ¿Y entre quienes? No lo creerán nuestros lectores.

Entre Frantz Niklausse, el apacible pescador, y el hijo del opulento banquero, el joven Simón Collaert.

Y la causa de este duelo era la hija del burgo-maestre, hacia quien se sentía Simón perdido de amor, y que no quería ceder a las pretensiones de un rival audaz.

Capítulo

XI

Donde los quiquendonenses toman una resolución heroica

Ya vemos en cuán deplorable estado se encontraba la población de Quiquendone. Las fuerzas fermentaban. No se conocían ni reconocían unos a otros. Las gentes más pacíficas se tornaron pendencieras. Cuidado con mirarlas

de reojo, porque pronto hubieran sido necesarios los padrinos. Algunos se dejaron crecer el bigote, y los más revoltosos se los retorcieron a modo de gancho.

En semejantes circunstancias, la administración de la villa y el mantenimiento del orden en calles y edificios públicos ofrecían gran dificultad, porque los servicios no se habían organizado para tal estado de cosas. El burgomaestre, aquel digno van Tricasse, a quien hemos conocido tan apacible, tan apocado, tan incapaz de adoptar decisiones, no cesaba de estar encolerizado. Su casa retumbaba con los estallidos de su voz. Dictaba veinte bandos al día, reconvenía a sus agentes y estaba siempre dispuesto a ejecutar por sí mismo los actos de su administración.

¡Ah! ¡Qué transformación! Amable y tranquila casa del burgomaestre, buena habitación flamenca, ¿dónde estaba su tranquila calma? ¡Qué escenas domésticas ocurrían ahora! La señora

de van Tricasse se había vuelto adusta, caprichosa y gruñona. Su marido lograba cubrir su voz gritando más que ella, pero no podía hacerla callar. El humor irascible de la buena señora se descargaba sobre cuanto se le ponía delante. Nada iba bien. El servicio no se hacía. Para todo se tardaba. Acusaba a Lotche y aun a su cuñada Tatanemancia, quien con no menos malhumor le respondía agriamente. Era natural que el señor van Tricasse defendiera a su criada Lotche, como sucede en muchas familias. De aquí la exasperación permanente en la señora del burgomaestre, reprimendas y discusiones.

-Pero, ¿qué es lo que tenemos? -exclamaba el desgraciado burgomaestre-. ¿Cuál es ese fuego que nos devora? ¿Estamos acaso poseídos del demonio? ¡Ah! Señora van Tricasse, acabará por hacerme morir antes que usted, faltando así a las tradiciones de familia.

Porque el lector no habrá olvidado esa extraña particularidad de tener que enviudar el señor

van Tricasse y volver a casarse para no romper el encadenamiento de las conveniencias.

Esta disposición de los ánimos produjo efectos bastante curiosos que importaba conocer. Aquella sobreexcitación, cuya causa todavía desconocemos, ocasionó aceleraciones fisiológicas que nadie hubiera esperado. Brotaron de la multitud talentos hasta entonces ignorados. Se revelaron nuevas aptitudes. Aparecieron hombres lo mismo en la política que en las letras. Se formaron oradores en medio de las más arduas controversias, y en todas las cuestiones inflamaron a un auditorio perfectamente dispuesto, por lo demás, a inflamarse. De las sesiones del consejo, el movimiento se transmitió a las reuniones públicas, fundándose un club en Quiquendone, mientras que veinte periódicos, entre ellos *El Vigía de Quiquendone*, *El Imparcial de Quiquendone*, *El Radical de Quiquendone*, *El Extremado de Quiquendone*, escritos con encarni-

zamiento, suscitaban las más graves cuestiones sociales.

¿Pero a propósito de qué?, se dirá. A propósito de todo y de nada; a propósito de la torre de Audenarde, y que los unos querían derribar y otros enderezar; a propósito de los bandos de policía que promulgaba el consejo, y a los cuales pretendían resistir las malas cabezas; a propósito del aseo, de los arroyos y de las alcantarillas. ¡Y, por fin, si los fogosos oradores no la hubieran emprendido más que con la administración interior de la ciudad! Mas no; arrastrados por la corriente, debían ir más allá, y si la Providencia no intervenía, arrastrar, impelar, precipitar a sus semejantes en los azares de la guerra.

En efecto, hacía ochocientos o novecientos años que Quiquendone se había reservado un *casus belli* de suprema calidad, pero lo guardaba precisamente como una reliquia y había probabilidades de que ya no sirviese para nada.

He aquí cómo se había producido ese *casus belli*.

Se ignora generalmente que Quiquendone está cerca, en aquel buen rincón de Flandes, de la pequeña población de Virgamen. Los territorios de ambos concejos confinan uno con otro.

Ahora bien, en 1185, algún tiempo antes de la partida del conde Balduino para las Cruzadas, una vaca de Virgamen, no la de un habitante, sino una vaca del concejo, fíjese bien la atención en ello, se fue a pastar al territorio de Quiquendone. Apenas había el desgraciado animal rozado la hierba con su lengua; pero el delito, el abuso quedó debidamente consignado por el sumario que se formó verbalmente, porque en aquella época los magistrados comenzaban apenas a saber escribir.

-Nos vengaremos cuando sea ocasión -dijo simplemente van Tricasse, el trigésimo segun-

do predecesor del burgomaestre actual-, y los virgamenses nada perderán por esperar.

Los virgamenses estaban prevenidos. Aguardaron, pensando, no sin razón, que el recuerdo de la injuria se debilitaría con el tiempo; y, en efecto, durante algunos siglos vivieron en buenas relaciones con sus semejantes de Quiquendone.

Pero no contaban con la nueva huésped, o, por mejor decir, con esa extraña epidemia que, cambiando radicalmente el carácter de sus vecinos, despertó en los corazones la adormecida venganza.

En el club de la calle de Mostrelet fue donde el fogoso abogado Schut, lanzando bruscamente la cuestión a la faz de sus oyentes, los apasionó empleando las expresiones y metáforas de costumbre en estas circunstancias. Recordó el delito y el agravio hecho a Quiquendone, y para el cual un pueblo celoso de sus derechos no podía

admitir prescripción. Mostró la injuria siempre viva, la llaga siempre sangrienta; habló de ciertos encogimientos de hombros peculiares de los habitantes de Virgamen, y que indicaban el desprecio en que tenían a los de Quiquendone; suplicó a sus compatriotas que, inconscientemente quizá, habían sufrido durante tantos siglos el mortal ultraje; rogó a los hijos de la vieja ciudad que ya no tuviesen otro objetivo que el de obtener una reparación solemne. En fin, hizo un llamamiento a todas las fuerzas vivas de la nación.

El entusiasmo con que estas palabras, tan nuevas para los oídos quiquendonenses, fueron acogidas, se siente, pero no se explica. Todos los oyentes se levantaron, y con los brazos extendidos pedían la guerra a voz en grito. Nunca había obtenido el abogado Schut tan notable triunfo, y es necesario confesar que fue brillantísimo.

El burgomaestre, el consejero, todos los notables que asistían a esa memorable sesión, hubieran inútilmente querido resistir al arrebató popular. Por otra parte, ni deseos tenían de ello, y si no más, al menos tan alto como los otros gritaban:.

-¡A la frontera! ¡A la frontera!

Y como la frontera no estaba más que a tres kilómetros de los muros de Quiquendone, los virgamenses corrían verdadero peligro, puesto que podían ser invadidos antes de haber tenido tiempo de prepararse.

Entretanto, el honorable farmacéutico José Liefrink, que era el único en conservar su sangre fría en tan graves circunstancias, quiso hacer comprender que se carecía de fusiles, cañones y generales.

Le respondieron, no sin algunas invectivas, que esos generales, cañones y fusiles, se impro-

visarían; que el derecho y el amor patrio bastaban para hacer a un pueblo irresistible.

Sobre esto mismo el burgomaestre tomó la palabra, y en una improvisación sublime, increpó a esas gentes pusilámines que disfrazan el miedo bajo el velo de la prudencia, velo que él rasgaba con patriótica mano.

En aquel momento se hubiera creído que el salón se iba a hundir bajo los aplausos

Se pidió la votación.

Se procedió por aclamación, y los gritos redoblaron

-¡A Virgamen! ¡A Virgamen!

El burgomaestre se comprometió a poner los ejércitos en movimiento, y en nombre de la villa prometió al futuro vencedor los honores del triunfo, como lo verificaban los romanos.

Entretanto, el farmacéutico José Liefrink, que era algo testarudo, y que no se daba por vencido, aunque ya lo estaba realmente, quiso presentar todavía una observación. Hizo recordar que en Roma no se concedía el triunfo a los generales vencedores sino después de haber matado a cinco mil enemigos.

-¡Y qué!, ¡Y qué! -gritó delirante la concurrencia.

-Es que la población de Virgamen no asciende más que a tres mil quinientos setenta y cinco habitantes, y, por consiguiente, sería difícil, a no ser que se matase muchas veces a la misma persona...

Pero no dejaron que el desgraciado argumentador concluyese y le echaron del salón, confuso y completamente molido.

-Ciudadanos -dijo entonces el tendero de comestibles Pulmacher, que generalmente vendía

especias al por menor-, ciudadanos, a pesar de lo dicho por ese cobarde boticario, me comprometo yo a matar cinco mil virgamenses, si quieren aceptar mis servicios...

-¡Cinco mil quinientos! -gritó un patriota más resuelto.

-¡Seis mil seiscientos! -repuso el tendero.

-¡Siete mil! -gritó el confitero de la calle de Hemling, Juan Orbideck, que estaba haciendo su fortuna con los merengues.

-¡Rematado! -exclamó el burgomaestre van Tricasse, viendo que nadie pujaba más.

Y fue de este modo que el confitero Juan Orbideck se hizo general en jefe de las tropas de Quiquendone.

Capítulo

XII

En el cual el ayudante Igeno emite una opi-

nión razonable que el doctor Ox rechaza con viveza

-¡Y bien, maestro! -decía al día siguiente el ayudante Igeno, echando cubos de ácido sulfúrico en la tina de sus enormes pilas.

-¡Y bien! -respondió el doctor Ox-. ¿No tenía yo razón? ¡Ve usted en qué consiste, no tan sólo el desarrollo físico de toda una nación, sino también su moralidad, su dignidad, sus talentos, su sentido político! ¡No es más que una cuestión de moléculas...!

-Sin duda, pero...

-¿Pero qué?

-¿No le parece que las cosas han llegado muy lejos y que no conviene excitar a esa pobre gente más de lo necesario?

-¡No! ¡No! -exclamó el doctor-. ¡No! Iré hasta el fin.

-Como guste, maestro; pero el experimento me parece concluyente, y creo que ya es tiempo de...

-¿De qué?

-De cerrar la llave.

-¡Cómo! -gritó el doctor Ox-. ¡Si hace usted semejante cosa lo estrangulo!

Capítulo

XIII

Donde se prueba una vez más que desde un lugar elevado se dominan todas las pequeñeces humanas

-¿Conque dice usted...? -preguntó el burgo-maestre van Tricasse al consejero Niklausse.

-Digo que esta guerra es necesaria -respondió el consejero con tono firme-, y que ya ha llegado el tiempo de vengar nuestra injuria.

-Pues bien, yo le repito -dijo con acritud el burgomaestre-, le repito que si la población de Quiquendone no se aprovecha de esta ocasión para reivindicar sus derechos, será indigna de su nombre.

-¡Y yo le sostengo que debemos reunir sin tardanza nuestras huestes y llevarlas adelante!

-¿De veras, de veras? ¿Y es a mí a quien usted habla así?

-A usted mismo, señor burgomaestre, y tiene que oír la verdad por dura que le parezca.

-Usted es quien tendrá que escucharla, señor consejero, porque mejor saldrá de mi boca que de la suya. Sí, señor, sí. Toda tardanza sería deshonorosa. Hace novecientos años que la ciudad de Quiquendone aguarda el momento de tomar su desquite, y por más que diga, y le convenga o no, marcharemos contra el enemigo.

-¡Ah! ¿Lo toma usted por ses lado? -respondió irritado el consejero Niklausse-. Pues bien, marcharemos sin usted, si no le place ir.

-El puesto del burgomaestre está en primera fila.

-Y el de un consejero también.

-Me está insultando al contrariar todas mis voluntades -exclamó el burgomaestre, cuyos puños tenían la tendencia de cambiarse en proyectiles de percusión.

-Y también me insulta usted al dudar de mi patriotismo -dijo Niklausse, poniéndose también en guardia.

-Le digo, caballero, que el ejército quiquendo-nense se pondrá en marcha antes de dos días.

-Y le repito, caballero, que no pasarán cuarenta y ocho horas antes que marchemos sobre el enemigo.

Fácil es observar que ambos sostenían exactamente la misma idea. Ambos querían la batalla, pero su excitación los inclinaba a disputar. Niklausse no escuchaba a van Tricasse ni éste a aquél. No hubiera sido más violento el altercado aun cuando opinando los dos en sentido contrario quisiera el uno la guerra y el otro la paz. Se lanzaban miradas de furor. Por el movimiento acelerado de su corazón, por su cara encendida, por sus pupilas contraídas, por el temblor de sus músculos, por su voz, en la cual había hasta rugidos, se comprendía que estaban dispuestos a lanzarse uno sobre otro.

Pero sonó el reloj de la torre, deteniendo esto a los adversarios en el momento en que iban a irse a las manos.

-Ya es la hora -exclamó el burgomaestre.

-¿Qué hora? -preguntó el consejero.

-La de ir a la torre de las campanas.

-Es verdad, y que lo tome usted a bien o a mal, iré, caballero.

-Yo también.

-Salgamos.

-Salgamos.

Estas últimas palabras podían suponer que iba a tener lugar un encuentro y que los adversarios se dirigían al terreno del desafío, pero no hubo nada de eso. Se había convenido que el burgomaestre y el consejero, que eran las dos principales autoridades, acudieran a la casa municipal para subir a la torre y examinar el campo, a fin de tomar las mejores disposiciones estratégicas que pudieran asegurar la marcha de sus tropas.

Aunque los dos estaban de acuerdo sobre esto, no cesaron de discutir por el camino con la más vituperable vivacidad. Se oyeron sus gritos

resonar en la calle; pero como todos los transeúntes estaban subidos al mismo diapasón, su acaloramiento parecía natural y no se les hacía caso. En estas circunstancias un hombre tranquilo hubiera parecido un monstruo.

El burgomaestre y el consejero se hallaban en el paroxismo del furor cuando llegaron al pórtico de la casa municipal. Ya no estaban encarnados, sino pálidos. Aquella espantosa discusión había producido en sus vísceras algunos movimientos espasmódicos, y sabido es que la palidez denota el último límite de la cólera.

Al pie de la estrecha escalera de la torre, hubo una verdadera explosión. ¿Quién había de pasar primero? ¿Quién treparía antes los escalones de tal escalera de caracol? La verdad nos obliga a decir que hubo atropello y que el consejero Niklausse, olvidando todo lo que debía a su superior, al magistrado supremo de la población, dio un violento empujón a van Tricasse y se lanzó el primero por la oscura vía.

Ambos subieron, primero a gatas dirigiéndose epítetos malsonantes. Era de temer que ocurriese un desenlace terrible en lo alto de la torre que se alzaba a trescientos cincuenta y siete pies sobre el empedrado.

Pero los dos enemigos se cansaron pronto, y al cabo de un minuto, en el octogésimo escalón ya no subían sino con pesadez, respirando ruidosamente.

Pero entonces, sería esto una consecuencia de su fatiga, si la cólera no decayó, se tradujo al menos por una sucesión de calificativos inconvenientes. Se callaban, y cosa extraña, parecía que su exaltación disminuía a medida que subían, verificándose en su espíritu una especie de aplacamiento y descendiendo los hervores de su cerebro como los de una cafetera que se aparta del fuego. ¿Por qué?

No podemos responder, pero la verdad es que cuando llegaron a cierto descansillo a doscien-

tos setenta y seis pies sobre el nivel de su población, los dos adversarios se sentaron y ya más sosegados se miraron sin rencor.

-¡Qué alto es esto! -exclamó el burgomaestre pasándose el pañuelo por su rubicunda faz.

-¡Muy alto! -respondió el consejero-. Ya sabe usted que estamos catorce pies más arriba que la torre de San Miguel de Hamburgo.

-Ya lo sé -respondió el burgomaestre, con un acento de vanidad perdonable a la primera autoridad de Quiquendone.

Al cabo de unos instantes, los dos notables continuaban su marcha ascensional, dirigiendo una mirada curiosa a través de las aspilleras abiertas en la pared de la torre. El burgomaestre había pasado a la cabeza de la caravana sin que el consejero pusiera reparo alguno. Aconteció que a los trescientos cuarenta escalones, van Tricasse estaba completamente derrengado y

Niklausse tuvo la amabilidad de empujarle suavemente por detrás. El burgomaestre aceptó este auxilio y cuando llegó a la plataforma de la torre dijo con agasajo:

-Gracias, Niklausse, ya le corresponderé.

Poco antes eran dos fieras dispuestas a despedazarse al comenzar a subir, y ahora dos amigos al llegar a lo alto de la torre.

El tiempo era magnífico. Corría el mes de mayo y el sol había absorbido todos los vapores. ¡Qué atmósfera tan pura y tan limpia! La mirada podía abarcar los objetos más diminutos en un espacio considerable. A algunas millas se divisaban los muros de Virgamen resplandecientes de blancura, sus tejados rojos y campanarios salpicados de luz. ¡Y esa población era la predestinada a todos los horrores del saqueo y del incendio!

El burgomaestre y el consejero se habían sentado uno junto a otro, sobre un pequeño banco de piedra, como dos buenas personas cuyas almas se confunden en estrecha simpatía. Mientras alentaban para descansar, contemplaban las cercanías y después de algunos momentos de silencio, el burgomaestre exclamó:

-¡Qué bello es esto!

-¡Oh! ¡Es admirable! -respondió el consejero-. ¿No le parece, amigo van Tricasse, que la humanidad está más bien destinada a residir en estas alturas que a arrastrarse por la corteza de la tierra?

-Pienso como usted, honrado Niklausse. Aquí se percibe mejor el sentimiento que se desprende de la naturaleza. Se aspira por todos los sentidos. En estas alturas es donde los filósofos deberían formarse y aquí es donde los sabios deberían vivir alejados de las miserias mundanas.

-¿Damos la vuelta a la plataforma? -preguntó el consejero.

-Demos la vuelta a la plataforma -respondió el burgomaestre.

Y los dos amigos, del brazo y haciendo largos descansos entre sus preguntas y respuestas, examinaron todos los puntos del horizonte.

-Hace por lo menos diecisiete años que no había subido a esta torre -dijo van Tricasse.

-No creo haber subido nunca -respondió el consejero Niklausse-, y lo siento porque éste es un espectáculo sublime. Vea ese bonito río cómo serpentea entre los árboles.

-¡Y más lejos las alturas de Santa Hermandad! ¡Qué maravillosamente cierran el horizonte! Vea aquel grupo de árboles verdes que la naturaleza ha dispuesto tan pintorescamente. ¡Ah!,

¡la naturaleza, la naturaleza, Niklausse! ¿Puede jamás competir con ella la mano del hombre?

-Esto es encantador, mi excelente amigo. Repare en aquellos rebaños pastando en las verdes praderas, aquellos bueyes, aquellas vacas, aquellas ovejas...

-¡Y aquellos labradores que van al campo! Parecen pastores de la Arcadia y no les falta más que la zampoña.

-Y sobre todo esa fértil campiña, el hermoso cielo azul, no turbado por nube alguna. ¡Ah!, Niklausse aquí nos volveremos poetas. No comprendo cómo San Simeón el Estilita no fue uno de los más grandes poetas del mundo.

-Tal vez porque su columna no fuese bastante alta -respondió el consejero con apacible sonrisa.

En aquel momento, las campanas armónicas se pusieron en movimiento soltando a los aires sus melodiosos sonidos. Los dos amigos se quedaron estáticos, y después el burgomaestre dijo con voz sosegada:

-Pero, amigo Niklausse, ¿qué hemos venido a hacer en lo alto de esta torre? En suma, nos estamos dejando llevar de nuestros ensueños...

-Hemos venido -respondió Niklausse-, a respirar este aire puro no viciado por las flaquezas humanas.

-¿Pues entonces bajamos ya, amigo Niklausse?

-Bajemos, amigo van Tricasse.

Las dos notabilidades dirigieron la postrer mirada al espléndido panorama que se desarrollaba a su vista, y, después, pasando primero el burgomaestre, comenzó a bajar con paso lento y medido. El consejero le seguía algunos

escalones detrás. Ambos llegaron al descansillo donde se habían detenido al subir. Ya sus mejillas principiaban a teñirse de púrpura. Se pararon un instante y prosiguieron su interrumpido descenso.

Al cabo de un minuto, van Tricasse suplicó a Niklausse que moderase el paso, porque lo tenía sobre los talones y esto le molestaba.

Aquello debió causarle más daño todavía que una simple molestia, porque veinte escalones más abajo mandó al consejero que se detuviese para poder tomar alguna delantera.

El consejero respondió que no tenía ganas de quedarse con una pierna al aire esperando la buena voluntad del burgomaestre, y prosiguió bajando.

Van Tricasse respondió con una palabra bastante dura.

El consejero replicó con una alusión ofensiva sobre la edad del burgomaestre, destinado por sus tradiciones de familia a segundas nupcias.

El burgomaestre bajó veinte escalones más, previniendo a Niklausse que las cosas no quedarían así.

Niklausse contestó que él iba a pasar delante, y como la escalera era estrecha, hubo colisión entre los dos notables, que se encontraban entonces en profunda oscuridad.

Las palabras de estúpido y de mal educado fueron las más blandas que se cruzaron.

-Ya veremos, so animal -gritaba el burgomaestre, ya veremos qué papel hará usted en esa guerra y en qué puesto se encontrará.

-En el que preceda al suyo, so imbécil -respondía Niklausse.

Después dieron otros gritos y parecía que los cuerpos rodaban juntos.

¿Qué pasó? ¿Por qué aquellas disposiciones tan rápidamente mudadas? ¿Por qué los cordeles de la plataforma se convirtieron en tigres doscientos pies más abajo?

Sea lo que fuere, el guarda de la torre, al oír semejante alboroto, fue a abrir la puerta inferior precisamente en el momento en que los adversarios, aporreados, y saltándoseles los ojos de las órbitas, se arrancaban recíprocamente el pelo, que estaba formado, afortunadamente, por una peluca.

-¡Me dará usted una satisfacción! -exclamó el hurgomaestre, poniendo el puño debajo de las narices de su adversario.

-¡Cuando quiera! -aulló el consejero Niklausse, imprimiendo a su pie derecho una amenazante oscilación.

El guarda, que también se había exasperado sin saber por qué, consideró esta escena como natural. Yo no sé qué impulso personal le inclinaba a tomar parte en la contienda, pero se contuvo y se fue a propalar por todo el barrio que iba a haber un lance entre el burgomaestre van Tricasse y el consejero Niklausse.

Capítulo

XIV

Donde las cosas han llegado a tal extremo que los habitantes de Quiquendone, los lectores y hasta el autor, reclaman un desenlace inmediato

Este último incidente demuestra el grado de exaltación en que se hallaba el pueblo quiquendonense. ¡Haber llegado a tal violencia los dos más antiguos y más pacíficos amigos de la población! ¡Y esto sólo algunos minutos después que su antigua simpatía, su amable carácter y su temperamento contemplativo acababan de recobrar su imperio sobre lo alto de la torre!

Al saber lo que ocurría, no pudo el doctor Ox contener su gozo. Se resistía a las observaciones de su ayudante que veía el mal giro que iban tomando las cosas. Por otro lado, ambos participaban de la exaltación general, y aunque menos excitados que el resto de la población, llegaron a reñir lo mismo que el burgomaestre con el consejero.

Por lo demás, preciso es decir que la cuestión dominante había hecho aplazar todos los lances personales para después de terminada la guerra con los de Virgamen. Nadie tenía el derecho de verter su sangre inútilmente cuando pertenecía hasta la última gota a la patria en peligro.

En efecto, las circunstancias eran graves y no era posible retroceder.

El burgomaestre van Tricasse, a pesar del ardor guerrero que le animaba, no había creído deber atacar a su enemigo sin prevenirle. Por consiguiente, había encargado al guardabosque

Hottering que intimase a los virgamenses a que le diesen una reparación por el desafuero cometido en 1185 sobre el territorio quiquendonense.

Las autoridades de Virgamen no adivinaron al principio de lo que se trataba, y el guardabosque, a pesar de su carácter oficial, fue descorésmente despedido.

Van Tricasse envió entonces a uno de los ayudantes del general confitero, el ciudadano Hildeberto Shumman, fabricante de caramelos, hombre muy firme y enérgico que llevara a los habitantes de Virgamen la minuta del acta levantada en 1185 por orden del burgomaestre van Tricasse.

Las autoridades de Virgamen prorrumpieron en carcajadas e hicieron con el ayudante exactamente lo mismo que con el guardabosque.

El burgomaestre reunió entonces todas las notabilidades de la población, se redactó admira-

ble y vigorosamente una carta en forma de ultimátum en la cual se formulaba el *casus belli* y se dio a la ciudad culpable el tiempo de veinticuatro horas para reparar el ultraje inferido a Quiquendone.

La carta partió y volvió dos horas después, rasgada en trozos que constituían otros tantos insultos nuevos. Los virgamenses conocían de muy antaño la longanimidad de los quiquendoneses y se burlaban de ellos, de su reclamación, de sus *casus belli* y de su ultimátum.

Ya no quedaba, pues, más remedio que apelar a la suerte de las armas, invocar el dios de las batallas y según el procedimiento prusiano arrojar sobre los virgamenses antes que estuvieran preparados.

Esto fue lo que decidió el consejo en una sesión solemne, en que los gritos, las invectivas, los ademanes de amenaza se cruzaron con violencia sin ejemplo. Una asamblea de locos, una

reunión de poseídos, un club de endemoniados no hubieran ofrecido un tumulto mayor.

Conocida la declaración de guerra, el general Juan Orbideck reunió sus tropas, en número de dos mil trescientos noventa y tres combatientes entre una población de dos mil trescientas noventa y tres almas, Mujeres, chiquillos y ancianos se reunieron con los hombres útiles. Todo objeto cortante y contundente, se convirtió en arma. Se requisaron los fusiles de la casas y se encontraron cinco, dos de ellos sin gatillo, que se repartieron a la vanguardia.

La artillería se componía de la vieja culebrina del castillo, tomada en 1339 en el ataque de Quesnoy, una de las primeras bocas de fuego que menciona la historia y que llevaba cinco siglos sin usarse. Pero no había proyectiles que meter en ella, por fortuna para los sirvientes de tal pieza; pero aun así era invento que podía imponer al enemigo. En cuanto a las armas blancas, se habían sacado del museo de anti-

güedades hachas de piedra, alabardas, mazas de armas, franciscas, frámeas, guisarmas, partesanas, espadones, etcétera¹, y también de esos arsenales conocidos con el nombre de cocinas. Pero el valor, el derecho, el odio al extranjero, el deseo de venganza debían suplir a los mecanismos más perfeccionados y remplazar, al menos así lo esperaban, las ametralladoras modernas y los cañones que se cargan por la cula-ta.

Se pasó revista. Ni un ciudadano faltó a la lista. El general Ordibeck, poco firme en su caballo, que era animal malicioso, se cayó tres veces al frente del ejército, pero se levantó sin herida, lo cual se consideró como favorable augurio. El burgomaestre, el consejero, el comisario civil, el gran juez, el preceptor, el banquero, el rector, en fin, todas las notabilidades, marchaban a la cabeza. Ni madres, ni hermanas, ni hijas vertían una sola lágrima. Al contrario, incitaban a sus padres, hermanos y maridos al combate y los

seguían formando la retaguardia, a las órdenes de la valerosa van Tricasse.

La trompeta del pregonero Juan Mistrol resonó; el ejército se puso en movimiento, salió de la plaza, y dando gritos feroces se dirigió hacia la puerta de Audenarde.

Cuando la cabeza de la columna iba a salir de los muros de la población, un hombre se precipitó delante de ella, exclamando:

-¡Deténganse! ¡Deténganse, locos! ¡Suspendan su ataque! Déjenme cerrar la llave. No están ansiosos de sangre. Son unos buenos ciudadanos pacíficos y tranquilos. Si están enardecidos, la culpa la tiene mi amo, el doctor Ox. Es un experimento. Con pretexto de alumbrarlos con gas oxhídrico, ha saturado...

El ayudante estaba fuera de sí, pero no pudo acabar. En el mismo momento en que el secreto del doctor iba a escapársele, el mismo Ox, po-

seído de un furor indefinible, se arrojó sobre el desgraciado Igeno y le cerró la boca a puñetazos.

Aquello fue una batalla. El burgomaestre, el consejero, los notables que se habían detenido a la vista de Igeno, arrebatados a su vez por la exasperación, se arrojaron sobre los dos extranjeros, sin querer escuchar ni al uno ni al otro. El doctor Ox y su ayudante, sacudidos, aporreados, iban a ser conducidos a la Comisaría por orden de van Tricasse, cuando...

1. La *guisarma* era, en unos casos, una lanza corta, y en otros, una especie de hacha usada en la Edad Media, y que se manejaba con ambas manos. La *francisca*, arma ofensiva usada por los francos, consistía en su tipo más frecuente, en un hacha cuya hoja se ensanchaba para formar el filo. Era arma arrojadiza que se lanzaba

con la intención de degollar al enemigo. La parresana, arma usada por los antiguos germanos, consistía, según Tácito, en un asta con un hierro en la punta, angosto y corto, pero muy agudo. La parresana era una especie de alabarda, con el hierro ancho, cortante por ambos lados, adornado en la base con dos aletas puntiagudas o en forma de media luna y encajado en un asta de madera fuerte con regatón de hierro. Se usó en algunos ejércitos hasta el siglo XVIII.

Capítulo

XV

Donde estalla el desenlace

...cuando retumbó una formidable explosión. Toda la atmósfera que rodeaba a Quiquendone pareció como inflamada. Una llama de intensidad y viveza fenomenales, brotó cual meteoro, hasta las alturas del cielo. Si hubiese sido de noche, este incendio se hubiera visto en diez leguas a la redonda.

Todo el ejército de Quiquendone cayó a tierra como una fila de naipes... Por fortuna, no hubo víctima alguna..., algunos rasguños y chichones y nada más. El confitero, que por casualidad no se cayó del caballo, salió con el plumero tostado, sin más avería ni herida alguna.

¿Qué es lo que había ocurrido?

Una cosa muy sencilla, como se supo luego: la fábrica de gas acababa de volar. Probablemente se había cometido alguna imprudencia durante la ausencia del doctor y de su ayudante. No se sabe cómo ni por qué se había establecido una comunicación entre el depósito de oxígeno y el receptáculo de hidrógeno. De la mezcla no controlada de ambos gases había resultado un combinado explosivo que el fuego prendió por descuido.

Esto lo trastornó todo..., pero cuando el ejército se levantó, el doctor Ox y el ayudante Igeno habían desaparecido.

Donde el lector inteligente ve que todo lo había acertado a pesar de las precauciones del autor

Después de la explosión, Quiquendone había vuelto a ser la población pacífica, flemática y alemana que antes era.

Después de la explosión, que no causó una emoción muy profunda, cada cual, sin saber por qué, emprendió el camino de su casa, yendo el burgomaestre apoyado en el brazo del consejero, el abogado Schut en el del médico Custos, Frantz Niklausse en el de su rival Simón Collaert, todos tranquilos, sin ruido, sin conciencia de lo que había pasado y olvidando el desquite contra Virgamen. El general había vuelto a sus confites y el edecán a sus barritas de caramelo.

Todo había vuelto a la calma, todo había recobrado su vida habitual, hombres y animales,

bestias y plantas, y hasta la misma torre de la puerta de Audenarde, que la explosión (esas explosiones son a veces bien extrañas) había enderezado.

Y desde entonces no volvió a hablarse una palabra más alta que otra, ni hubo más disensiones en la población de Quiquendone. ¡No más política, no más clubs, no más pleitos, ni más agentes de orden público! El destino del comisario Passauf, volvió a ser una sinecura, y si no le rebajaron el sueldo fue porque el burgomaestre y el consejero, no pudieron atreverse a adoptar una resolución. Por otra parte, seguía siendo objeto sin pensarlo de los ensueños de la inconsolable Tatanemancia.

En cuanto al rival de Frantz, abandonó generosamente su amada Suzel a su prometido, que se apresuró a casarse con ella, cinco o seis años después de estos sucesos.

Y en cuanto a la señora van Tricasse, murió diez años más tarde, y después de los plazos de ordenanza, el burgomaestre se casó con la señorita van Tricasse, su prima.

Capítulo

XVII

Donde se explica la teoría del doctor Ox

¿Qué es lo que había hecho ese misterioso doctor Ox? Un experimento fantástico y nada más.

Después de haber establecido sus tuberías de gas, había saturado de oxígeno puro, sin mezcla alguna de nitrógeno, los edificios públicos, luego las casas particulares y, por último, las calles de Quiquendone.

Ese gas, que carece de olor y de sabor, esparcido en alta dosis por la atmósfera, produce, después de aspirado, perturbaciones. Cuando se vive en un ambiente saturado de oxígeno, se sienten excitaciones y enardecimiento.

Al entrar después en la atmósfera ordinaria se recobran las facultades habituales, como aconteció con el consejero y el burgomaestre cuando, llegados a lo alto de la torre, se encontraron con aire ordinario, porque el oxígeno, como más pesado, se mantiene en las capas inferiores.

Pero también viviendo con tales condiciones, respirando el gas que transforma fisiológicamente, no tan sólo el cuerpo sino el alma, se muere pronto, como los insensatos que hacen excesos en la vida.

Fue, pues, una fortuna para los quiquendonenses, que la explosión providencial diese fin al peligroso experimento, destruyendo la fábrica del doctor Ox.

En resumen, y para concluir, la virtud, el valor, el talento, el ingenio, la imaginación, todas esas cualidades o facultades, ¿serían tan sólo una cuestión de oxígeno?

Tal es la teoría del doctor Ox, pero hay el derecho de no admitirla, y por nuestra cuenta la rechazamos desde todos los puntos de vista, a pesar del fantástico experimento de que fue teatro la honorable villa de Quiquendone.

Los amotinados de la *Bounty*

Creemos que es necesario advertir a nuestros lectores que esta narración no es una ficción. Todo los detalles han sido tomados de los anales marítimos de la Gran Bretaña. En algunas ocasiones, la realidad nos proporciona hechos tan maravillosos que ni la propia imaginación podría adicionarle más elementos a la historia.

I

El abandono

Ni el menor soplo de aire, ni una onda en la superficie del mar, ni una nube en el cielo. Las espléndidas constelaciones del hemisferio austral se destacan con una pureza incomparable. Las velas de la *Bounty* cuelgan a lo largo de los mástiles, el barco está inmóvil y la luz de la Luna, que se va perdiendo ante las primeras claridades del alba, ilumina el espacio con un fulgor indefinible.

La *Bounty*, velero de doscientas quince toneladas con una tripulación compuesta por cuarenta y seis hombres, había zarpado de *Spithead*, el 23 de diciembre de 1787, bajo las ordenes del capitán Bligh, un rudo pero experimentado marinero, quien había acompañado al capitán Cook en su último viaje de exploración.

La misión especial de la *Bounty* consistía en transportar a las Antillas el árbol del pan, que tan profusamente crece en el archipiélago de Taití. Después de una escala de seis meses en la bahía de Matavai, William Bligh, luego de haber cargado el barco con un millar de estos árboles, había zarpado con rumbo a las Indias occidentales, después de una corta estancia en las Islas de los Amigos.

Muchas veces, el carácter receloso y violento del capitán había ocasionado más de un incidente desagradable entre algunos de los oficiales y él. Sin embargo, la tranquilidad que reinaba a bordo de la *Bounty*, al salir el sol, el 28 de

abril de 1789, no parecía presagiar los graves sucesos que iban a ocurrir. Todo parecía en calma, cuando de repente una insólita animación se propaga por todo el navío. Algunos marineros se acercan, intercambian dos o tres palabras en baja voz, y luego desaparecen rápidamente.

¿Es el relevo de la guardia de la mañana? ¿Algún accidente imprevisto se ha producido a bordo?

- Sobre todo no hagan ruido, mis amigos - dijo Fletcher Christian, el segundo de la *Bounty* -. Bob cargue su pistola, pero no tire sin mi orden. Churchill, tome su hacha y destruya la cerradura del camarote del capitán. Una última recomendación: ¡Lo necesito vivo!

Seguido por una decena de marineros armados de sables, machetes y pistolas, Christian se dirigió al entrepunte, luego de haber dejado a dos centinelas custodiando los camarotes de

Stewart y Peter Heywood, el contraamaestre y el guardiamarina de la *Bounty*. Se detuvo ante la puerta del camarote del capitán.

- Adelante, muchachos - dijo - ¡derríbenla con los hombros!

La puerta cedió bajo una vigorosa presión y los marineros se precipitaron al camarote.

Sorprendidos primero por la oscuridad, y quizás luego pensando en la gravedad de sus actos, tuvieron un momento de vacilación.

- ¡Eh! ¿Quién anda ahí? ¿Quién se atreve a...? - exclamó el capitán mientras se bajaba de su catre.

- ¡Silencio, Bligh! - contestó Churchill. ¡Silencio y no intentes resistirte, o te amordazo!

- Es inútil vestirse - agregó Bob -. ¡Siempre tendrás buen aspecto, aún cuando te colguemos del palo de mesana!

- ¡Ata sus manos por detrás de su espalda, Churchill - dijo Christian -, y súbelo hacia el puente!

- Los capitanes más terribles se convierten en poco peligrosos, una vez que uno conoce como tratarlos - observó John Smith, el filósofo del grupo.

Entonces el grupo, sin preocuparse de despertar a los marineros de la última guardia, aún dormidos, subieron la escalera y reaparecieron sobre el puente.

Era un motín con todas las de la ley. Sólo uno de los oficiales de a bordo, Young, un guardiamarina, había hecho causa común con los amotinados.

En cuanto a los hombres de la tripulación, los vacilantes habían cedido por el momento a la dominación, mientras los otros, sin armas y sin

jefe, permanecían como espectadores del drama que iba a tener lugar ante sus ojos.

Todos estaban en el puente, formados en silencio. Observaban el aplomo de su capitán que, medio desnudo, avanzaba con la cabeza alta por el medio de aquellos hombres acostumbrados a temblar ante él.

- Bligh - dijo Christian, duramente -, queda destituido de su mando.

- No reconozco su derecho... - contestó el capitán.

- No perdamos el tiempo en protestas inútiles - exclamó Christian interrumpiendo a Bligh. Soy, en este momento, la voz de toda la tripulación de la *Bounty*. Apenas habíamos zarpado de Inglaterra, cuando ya tuvimos que soportar sus insultantes sospechas, sus procedimientos brutales. Cuando digo nosotros, me refiero tanto a los oficiales como a los marineros. ¡No sólo

nunca pudimos obtener la satisfacción de ver cumplidas nuestras demandas, sino que siempre las rechazaba con desprecio! ¿Somos acaso perros, para ser injuriados en todo momento? ¡Canallas, bandidos, mentirosos, ladrones! ¡No había expresión grosera que no nos dirigiese! ¡En verdad, sería necesario no ser un hombre para soportar tal tipo de vida! Y yo, yo que soy su compatriota, yo que conozco su familia, yo que he navegado dos veces bajo sus órdenes, ¿me ha respetado? ¿No me acusó ayer nuevamente, de haberle robado unas miserables frutas? ¡Y los hombres! Por una pequeñez, ¡los grilletes! Por una nimiedad, ¡veinticuatro azotes! ¡Pues bien! ¡Todo se paga en este mundo! ¡Fue muy liberal con nosotros, Bligh! ¡Ahora es nuestro turno! ¡Sus injurias, sus injusticias, sus dementes acusaciones, sus torturas morales y físicas con las que ha agobiado a su tripulación desde hace más de un año y medio, las va a expiar, y a expiarlas duramente! Capitán, ha sido juzgado por aquéllos a los cuales ha ofen-

dido y usted ha sido condenado ¿No es así, camaradas?

- ¡Sí, sí, que muera! - exclamaron la mayoría de los marineros, mientras amenazaban a su capitán.

- Capitán Bligh - continuó Christian -, algunos me han hablado de suspenderlo en el aire, sujetado por el extremo de una cuerda; otros propusieron desgarrarle la espalda con el gato de las nueve colas, hasta que la muerte sobreviniera. Les faltó imaginación. Yo encontré algo mejor que eso. Además, usted no ha sido el único culpable aquí. Aquéllos que siempre han ejecutado sus órdenes fielmente, por crueles que fuesen, estarían desesperados de estar bajo mi mando. Ellos merecen ir junto a usted donde el viento los lleve. ¡Que traigan la chalupa!

Un murmullo de desaprobación acogió las últimas palabras de Christian que no pareció preocuparse mucho por la reacción de los ma-

rineros. El capitán Bligh, al cual estas amenazas no llegaron a perturbar, se aprovechó de un momento de silencio para tomar la palabra.

- Oficiales y marineros - dijo con voz firme -, en mi calidad de oficial de la marina real, y capitán de la *Bounty*, protesto contra el tratamiento que se me quiere dar. Si desean quejarse sobre la manera en que he ejercido mi mandato, pueden juzgarme en una corte marcial. Pero no han pensado, probablemente, en la gravedad del acto que ustedes van a ejecutar. ¡Atentar contra el capitán es rebelarse contra la ley, imposibilitar vuestro regreso a la patria, ser considerados piratas; ¡Más tarde o más temprano les sobrevendrá la muerte ignominiosa, la muerte que se le depara a los traidores y los rebeldes! ¡En el nombre del honor y la obediencia que me juraron, les pido que cumplan su deber!

- Nosotros sabemos perfectamente a lo que nos exponemos - respondió Churchill.

- ¡Suficiente! ¡Suficiente! - gritaron a coro los hombres de la tripulación, preparándose para pasar de las palabras a los hechos.

- ¡Bien - dijo Bligh -, si necesitan a una víctima, ese soy yo, pero yo solamente! ¡Aquellos compañeros que ustedes condenan junto conmigo, sólo ejecutaron mis órdenes!

La voz del capitán fue ahogada por un concierto de vociferaciones. Bligh tuvo que renunciar a la idea de poder conmover a estos corazones que se habían convertido en despiadados.

Mientras, se habían tomado todas las medidas necesarias para que las órdenes de Christian fuesen ejecutadas.

Sin embargo, un intenso debate había surgido entre el segundo a bordo y algunos de los amotinados que querían abandonar en el mar al capitán Bligh y a sus compañeros sin darles un arma y sin apenas dejarles una onza de pan.

Algunos - y esta era la opinión de Churchill - manifestaron que el número de los que tenían que abandonar la nave no era lo suficientemente considerable. Era necesario deshacerse también de aquellos hombres que al no haber intervenido directamente en la rebelión, no estaban seguros de sus opiniones. No se podría contar con aquellos que se contentaban con aceptar los hechos consumados. En cuanto a él, aún sentía en su espalda los dolores provocados por los azotes recibidos al haber tratado de desertar en Taití. ¡La mejor, la más rápida forma de curarse, sería entregando al capitán primero!... ¡El sabría como tomar venganza por su propia mano!

- ¡Hayward! ¡Hallett! - gritó Christian, dirigiéndose a dos de los oficiales, sin tener en cuenta las observaciones de Churchill -, desciendan a la chalupa.

- ¿Que le hice, Christian, para que usted me trate así? - dijo Hayward. ¡Es a la muerte a la que me envía!

- ¡Las recriminaciones son inútiles! ¡Obedezca, o si no!... Fryer, embarque usted también.

Pero estos oficiales, en lugar de dirigirse hacia la chalupa, se acercaron al capitán Bligh, y Fryer que parecía ser el más determinado de todos se dirigió hacia él diciéndole:

- ¿Capitán, quiere usted intentar retomar el barco? Nosotros no tenemos arma alguna, es cierto, pero estos amotinados sorprendidos no podrán resistir. ¡Si algunos de nosotros resulta muerto, eso no importaría! ¡Se puede intentar! ¿Qué le parece?

Ya los oficiales habían tomado las disposiciones necesarias para lanzarse contra los amotinados, que estaban ocupados en desmontar las chalupas, cuando Churchill, a quien esta

conversación por rápida que fuera, no se le había escapado, los rodeó con varios hombres bien armados y los obligó a embarcar.

- ¡Millward, Muspratt, Birket, y ustedes - dijo Christian mientras se dirigía a algunos de los marineros que no habían tomado parte en el motín -, vayan al entrepuente y escojan lo que consideren más útil! ¡Ustedes acompañarán al capitán Bligh! ¡Tú, Morrison, vigila a estos tnanantes! Purcell, tome sus herramientas de carpintero. Se las permito llevar.

Dos mástiles con sus velas, algunos clavos, una sierra, un pequeño pedazo de lona, cuatro pequeños envases que contenían unos ciento veinticinco litros de agua, ciento cincuenta libras de galleta, treinta y dos libras de carne de cerdo salada, seis botellas de vino, seis botellas de ron y la caja de licores del capitán. Esto fue todo lo que los abandonados pudieron llevar.

Además llevaban dos o tres sables viejos, pero se les negó llevar cualquier tipo de armas de fuego.

- ¿Dónde están Heywood y Steward? - preguntó Bligh, cuando se encontraba en la chalupa - ¿Ellos también me traicionaron?

Ellos no lo habían traicionado, pero Christian había decidido dejarlos a bordo.

El capitán tuvo un momento de desaliento y de debilidad perfectamente perdonable, que no duró mucho tiempo.

- ¡Christian - dijo -, le doy mi palabra de honor de olvidarme de todo lo que ha ocurrido, si usted renuncia a su abominable proyecto! ¡Se lo imploro, piense en mi mujer y mi familia! ¡Muerto yo, qué será de todos los míos!

- Si usted hubiera tenido honor - respondió Christian -, las cosas no habrían llegado a este

punto. ¡Si usted hubiera pensado más a menudo en su mujer, en su familia, en las mujeres y en las familias de los otros, usted no habría sido tan duro, tan injusto con todos nosotros!

A su turno, el ex-capitán, en el momento de embarcar, estaba intentando convencer a Christian.

Era en vano.

- Hace mucho tiempo que sufro - contestó este último con amargor -. ¡No sabe cuales han sido mis torturas! ¡No! ¡Esto no podía durar un día más. Además, usted no ignora que durante todo el viaje, yo, el segundo al mando de este navío, he sido tratado como un perro! Sin embargo, al separarme del capitán Bligh, al que probablemente no volveré a encontrar jamás, deseo, por una cuestión de misericordia, no quitarle toda esperanza de salvación. ¡Smith! descienda al camarote del capitán y traiga su vestimenta, su diario y su cartera. Además,

entrégale mis tablas náuticas y mi propio sextante. ¡Tendrá la oportunidad de poder salvar a sus compañeros y salir del apuro él mismo!

Las órdenes de Christian fueron ejecutadas, no sin antes generar alguna protesta.

- ¡Y ahora, Morrison, suelte la amarra - gritó el segundo de a bordo devenido primero -, y que Dios vaya con ustedes!

Mientras que los amotinados con sus irónicas expresiones despedían al capitán Bligh y a sus infelices compañeros, Christian, apoyado en la borda, no podía quitar los ojos de la chalupa que se alejaba. Este bravo oficial, de conducta, hasta entonces fiel y franca, había merecido los elogios de todos los capitanes a los cuales había servido y ahora se había convertido en el jefe de una banda de piratas. No estaría permitido para él volver a ver a su vieja madre, ni a su novia, ni las playas de la isla de Man, su patria. ¡Su autoestima había caído en un profundo

vacío, deshonrada a los ojos de todos! ¡El castigo seguía ya a la falta!

II

Los abandonados

Con sus dieciocho pasajeros, oficiales y marineros y las escasas provisiones que contenía, la chalupa que transportaba a Bligh estaba tan cargada, que apenas sobresalía unas quince pulgadas sobre el nivel del mar. Con una longitud de veintiún pies y un ancho de seis, la chalupa parecía estar especialmente apropiada para el servicio de la *Bounty*; pero, para contener una tripulación tan numerosa, para hacer un viaje un poco largo, era difícil encontrar alguna embarcación más detestable.

Los marineros, confiados en la energía y la habilidad del capitán Bligh y de los oficiales que compartían su misma suerte, remaban vigorosamente, haciendo avanzar a la chalupa rápidamente sobre las olas del mar.

Bligh no tenía dudas sobre la conducta a seguir. Era necesario, en primer lugar, volver lo antes posible a la isla Tofoa que era la más cercana del grupo de las islas de los Amigos, de la cual habían salido algunos días antes; allí era necesario recolectar los frutos del árbol del pan, renovar la provisión de agua y luego dirigirse a Tonga-Tabú. Probablemente se podrían abastecer de provisiones en cantidades suficientes como para intentar la travesía hasta los establecimientos holandeses de Timor, si, debido a la hostilidad de los indígenas, no pudieran hacer escala en algunos de los innumerables archipiélagos existentes en esa ruta.

El primer día transcurrió sin incidentes y al anochecer fueron avistadas las costas de Tofoa. Desafortunadamente, la costa era tan rocosa y la playa tenía tantos escollos, que no era posible desembarcar de noche por ese lugar. Era necesario esperar al próximo día.

Bligh, a menos que hubiera una necesidad apremiante, no quería consumir las provisiones de la chalupa. Por tanto, era necesario que la isla alimentara a sus hombres y a él. Pero esto parecía ser algo difícil, ya que al desembarcar no encontraron rastro alguno de habitantes. Algunos, sin embargo, no demoraron en aparecer, y al ser bien recibidos, llegaron otros, que les ofrecieron un poco de agua y algunas nueces de coco.

La turbación de Bligh era grande. ¿Qué decirles a estos indígenas que ya habían comerciado con la *Bounty* durante su última escala? Antes que nada, lo que más importaba era ocultarles la verdad con el objetivo de no destruir el prestigio que los extranjeros habían adquirido en estas islas.

¿Decirles que venían en busca de provisiones y que la tripulación del barco los esperaban de vuelta? ¡Imposible! ¡La *Bounty* no era visible, incluso desde la más alta de las colinas! ¿De-

cirles que la nave había naufragado y que ellos eran los únicos sobrevivientes? Era quizás lo más verosímil. Quizás esto los conmoviera y los animaría a completar las provisiones de la chalupa. Bligh se decidió por esta última explicación, sabiendo que era peligrosa, y se puso de acuerdo con sus hombres de manera que todos contaran la misma historia.

Mientras los indígenas escuchaban la narración, no eran visibles en ellos ni señales de alegría ni signos de tristeza. Su cara sólo expresaba un profundo asombro y fue imposible conocer cuáles eran sus verdaderos pensamientos.

El 2 de mayo, la cantidad de indígenas provenientes de otras partes de la isla aumentó de una manera considerable y Bligh pronto comenzó a notar que sus intenciones eran hostiles. Algunos trataron de varar la embarcación en la playa y sólo se retiraron ante las enérgicas demostraciones del capitán que los amenazaba con su machete. Mientras esto ocurría, algunos

de los hombres que Bligh había enviado en busca de provisiones, regresaban con tres galones de agua.

El momento de abandonar esta isla inhospitatoria había llegado. Al atardecer, todos estaban listos, aún cuando no sería fácil llegar hasta la chalupa. La playa estaba cubierta por una gran cantidad de indígenas que hacían chocar entre sí algunas piedras, que estaban listas para ser lanzadas. Por tanto, era necesario que la chalupa estuviera cerca de la playa y disponible en el momento en que los hombres estuvieran listos para embarcar.

Los ingleses, seriamente preocupados por la actitud hostil de los indígenas, se dirigieron a la playa, rodeados por doscientos salvajes, que sólo esperaban una señal para comenzar el ataque. Sin embargo, afortunadamente, todos habían embarcado en la chalupa y fue entonces cuando uno de los marineros, llamado Bancroft, tuvo la fatal idea de regresar a la playa

para recoger un objeto olvidado. En un instante, este imprudente fue rodeado y recibido por los indígenas con una andanada de piedras, sin que sus compañeros, que no poseían armas de fuego, pudieran rescatarlo. Además, en ese propio momento, también ellos comenzaron a ser atacados con una lluvia de piedras.

- ¡Adelante, muchachos - gritó Bligh -, de prisa, a los remos y remen fuerte!

Los indígenas, entonces, se adentraron en el mar y comenzaron a lanzar una andanada de piedras sobre la embarcación. Algunos hombres fueron heridos. Pero Hayward, recogió una de las piedras que habían caído dentro de la chalupa y se la lanzó a uno de los asaltantes en medio de los dos ojos. El indígena cayó de espaldas dando un gran grito, al cual respondieron los hurras de los ingleses. Su infortunado camarada había sido vengado.

Mientras tanto, varias canoas aparecieron de inmediato en la playa y comenzó la caza. Esta persecución podía haber terminado en una lucha en la cual su resultado no parecía ser el más exitoso. Fue entonces cuando el oficial mayor de la tripulación tuvo una idea luminosa. Sin sospechar que estaba imitando a Hipómenes en su lucha con Atalanta¹, se despojó de su chaqueta y la lanzó al mar. Los indígenas, a la vista de una posible presa, se detuvieron para recogerla, y este tiempo fue aprovechado por la chalupa para doblar la punta de la bahía.

Mientras, la noche había caído y los indígenas, ya sin esperanzas, abandonaron la persecución de la chalupa.

Esta primera tentativa de desembarco no había tenido un resultado muy exitoso y la opinión de Bligh era la de no volver a intentarlo.

- Ha llegado el momento de tomar una decisión - dijo -. Los sucesos ocurridos en Tofoa

volverán a ocurrir, probablemente, en Tonga-Tabú, y en cualquier lugar donde pretendamos entrar. Numéricamente débiles y sin armas de fuego, estaremos absolutamente a merced de los indígenas. Sin objetos de intercambio, no podemos comprar provisiones y nos es imposible procurárnolos a través de la fuerza. Por tanto sólo dependemos de nuestros propios recursos. Sin embargo, ustedes conocen, amigos míos, tan bien como yo, cuán miserables son ellos. ¿No es mejor conformarse con lo que tenemos y no arriesgar, en cada desembarco, la vida de muchos de nosotros? Sin embargo, no quiero ocultarles el horror de nuestra situación. ¡Para llegar a Timor, tendremos que viajar unas mil doscientas millas y tendremos que contentarnos diariamente con una onza de galleta y un cuarto de pinta de agua! Este es el precio de la salvación, contando además que encontraré en ustedes la más absoluta obediencia. ¡Respondanme sin segundas intenciones! ¿Están de acuerdo en llevar esta empresa hacia delante?

¿Juran ustedes obedecer mis órdenes, cualquiera que ellas sean? ¿Prometen someterse sin protestar a estas privaciones?

- ¡Sí, sí, lo juramos! - exclamaron a una sola voz los compañeros de Bligh.

- ¡Mis amigos - dijo el capitán -, es necesario también olvidar nuestros recíprocos resentimientos, nuestras antipatías y nuestros odios, en una palabra, sacrificar nuestros rencores personales al interés de todos, que es lo que debe guiarnos!

- Lo prometemos.

- Si ustedes cumplen su palabra - agregó Bligh -, y si fuera necesario sabré como obligarlos a cumplirla, respondo por nuestra salvación.

La chalupa puso entonces rumbo al oeste-noroeste. El viento, que soplaba fuerte, desató una gran tormenta en la noche del 4 de mayo.

Las olas eran tan altas, que la embarcación desaparecía entre ellas y parecía no poder sostenerse a flote. El peligro aumentaba a cada instante. Empapados y helados, los pobres desgraciados, aquel día, solo tuvieron para reconfortarse una copa de ron y la cuarta parte del fruto de un árbol del pan casi podrido.

Al siguiente día y durante los días siguientes, la situación no cambió. La embarcación pasó en medio de innumerables islas, en las cuales se divisaban algunas piraguas.

¿Estaban estas preparadas para darles caza, o para traficar? Debido a la duda, hubiera sido imprudente haberse detenido. Además la chalupa, cuyas velas se hinchaban debido al fuerte viento, pronto se alejaba a una buena distancia.

El 9 de mayo, se desató una terrible tormenta. El trueno y los relámpagos se sucedían sin interrupción. La lluvia caía con tanta fuerza, que las más violentas tormentas de nuestros climas

no pudieran dar una idea exacta de la magnitud de esta. Era imposible que la ropa se secara. Bligh, entonces, tuvo la idea de mojar sus vestimentas con el agua del mar y llenarlas de sal, con el propósito de devolver a la piel, el calor quitado por la lluvia. Sin embargo, estas torrenciales lluvias que causaron tantos sufrimientos al capitán y a sus compañeros, los salvaron de una de las torturas más horribles, las torturas de la sed, que un insoportable calor hubiera pronto provocado.

El 17 de mayo, en la mañana, luego de una espantosa tormenta, las lamentaciones llegaron a ser unánimes.

- ¡No tendremos la fuerza para llegar a Nueva Holanda! - exclamaron los pobres desgraciados. Calados por la lluvia, agotados por el cansancio, no tendremos jamás un momento de descanso! Estamos casi muertos de hambre, ¿no aumentará usted nuestras raciones, capitán? ¡Poco importa que nuestras provisiones se ago-

ten! ¡Las repondremos fácilmente cuando lleguemos a Nueva Holanda!

- Me niego - contestó Bligh -. Hacerlo implicaría actuar como un loco. ¡Cómo! ¡Hemos recorrido la mitad de la distancia que nos separa de Australia, y ya ustedes no abrigan esperanzas! ¿Creen, además, que podremos encontrar provisiones fácilmente en las costas de Nueva Holanda? No conocen ni al país ni a sus habitantes.

Y Bligh comenzó a describir a grandes rasgos las características del suelo, las costumbres de los indígenas, lo que relató fue una parte de todas las cosas que había llegado a conocer en su viaje con el capitán Cook. Por esta vez, sus compañeros de infortunio lo escucharon y permanecieron callados.

Los quince días siguientes fueron animados por un claro sol que les permitió secar sus vestimentas. El 27 fue divisada la costa oriental de

Nueva Holanda. El mar estaba tranquilo, bajo este cinturón madreporico y algunos grupos de islas de exótica vegetación, hacían agradable la vista. Desembarcaron en la isla, avanzando con suma precaución. Las únicas huellas encontradas que denotaban la presencia de los indígenas fueron restos de hogueras, hechas mucho tiempo atrás.

Por tanto era posible pasar una buena noche en tierra. Pero era necesario comer. Afortunadamente uno de los marineros descubrió un banco de ostras. Era un obsequio real.

El día siguiente, Bligh encontró en la chalupa un cristal de aumento, un eslabón y azufre. Por tanto fue posible hacer fuego, y con él se cocieron algunos moluscos y pescados.

Bligh planeó dividir la tripulación en tres escuadras. Una de ellas debía poner en orden la embarcación; las otras dos debían ir en busca de provisiones. Pero varios hombres se queja-

ron con amargor, declarando que era mejor cenar que aventurarse hacia el interior de la isla.

Uno de ellos, más violento o más irritado que sus camaradas, llegó a decirle al capitán:

- ¡Un hombre vale lo mismo que otro, y no veo porqué siempre está descansando! ¡Si tiene hambre, vaya y busque algo que comer! ¡Lo que hace aquí, yo también lo puedo hacer!

Bligh, comprendiendo que este intento de motín debía ser detenido al momento, tomó uno de los machetes y lanzando otro a los pies del rebelde, le gritó:

- ¡Defiéndete, o te mato como a un perro!

Esta enérgica actitud hizo replegarse al rebelde, y el descontento general se calmó. Durante esta escala, la tripulación de la chalupa

recolectó una gran cantidad de ostras, moluscos y de agua dulce.

Un poco después, de los dos destacamentos enviados a la caza de las tortugas y los nodis², el primero regresó con las manos vacías; el segundo había cazado seis nodis, y hubieran atrapado más si uno de los cazadores, al apartarse de los demás, no las hubiese espantado. Este hombre confesó, más tarde, que había capturado nueve de aquellos volátiles y que se los había comido crudos inmediatamente.

Sin las provisiones y el agua dulce, que habían traído de la costa de Nueva Holanda, era seguro que Bligh y sus compañeros hubieran perecido. Además, todos estaban en un estado miserable, flacos, demacrados, exhaustos. Eran reales cadáveres.

El viaje por mar, para llegar a Timor, resultó ser la dolorosa repetición de los sufrimientos ya soportados por estos pobres desgraciados antes

de alcanzar las costas de Nueva Holanda. Solamente, la fuerza de resistencia había disminuido a todos, sin excepción. Después de algunos días, sus piernas permanecieron hinchadas.

En este estado de debilidad extrema, fueron agobiados por un incesante deseo de dormir. Eran las señales iniciales de un final que no podía durar mucho más. Bligh, advirtiendo esta situación, distribuyó doble ración a aquellos que se encontraban más débiles y procuró darles un poco de esperanza.

Finalmente, en la mañana del 12 de junio, la costa de Timor apareció, después de una travesía de tres mil seiscientos dieciocho millas recorridas en las más difíciles condiciones. La bienvenida que los ingleses recibieron en Cupang fue de las mejores. Permanecieron en la ciudad durante dos meses para recuperarse. Luego, Bligh, que había comprado una pequeña goleta, llegó a Batavia, desde donde embarcó para Inglaterra.

Fue el 14 de marzo de 1790 cuando los abandonados desembarcaron en Portsmouth. La narración de las torturas que habían soportado alentó la simpatía de muchas personas y la indignación de todas las personas de buen corazón. Casi inmediatamente, el almirantazgo procedió a armar la fragata *La Pandora*, de veinticuatro cañones y una tripulación de ciento sesenta hombres y la envió en persecución de los amotinados de la *Bounty*.

Ahora se verá en lo que se habían convertido.

1. Hija de un rey de Esciros, esposa de Hipómenes, mujer celebre por su habilidad en la carrera. Para librarse de sus pretendientes, declaró que se casaría con el que la venciese en la carrera. Hipómenes la venció dejando caer, mientras corría tres manzanas de oro que la

cual los taitianos habían conservado el mejor recuerdo.

El 29 de junio, los amotinados partieron nuevamente hacia Tubuai y comenzaron a buscar alguna isla que estuviera situada fuera de la ruta habitual de los barcos, cuyo suelo fuera lo suficientemente fértil para alimentarlos, y en la cual pudieran vivir en completa seguridad.

Vagaron de archipiélago en archipiélago, cometiendo toda clase de saqueos y violencias, que la autoridad de Christian podía raramente impedir. Luego, cansados de buscar, fueron atraídos por la fertilidad de Taití, por las sencillas y pacíficas costumbres de sus habitantes, retornaron a la bahía de Matavai. Allí, las dos terceras partes de la tripulación descendieron inmediatamente a tierra. Pero, en la tarde del propio día, la *Bounty* levó el ancla y desapareció, antes de que los marineros que habían desembarcado comenzaran a sospechar la intención de Christian de partir sin ellos.

Abandonados a su propia suerte, estos hombres se establecieron sin muchos problemas en diferentes distritos de la isla. Stewart, el contra-maestre y Peter Heywood, el guardiamarina, los dos oficiales a quienes Christian había excluido del castigo impuesto contra Bligh y que habían sido retenidos en contra de sus voluntades, permanecieron en Matavai cerca del rey Tippao, donde poco después Stewart esposó a la hermana. Morrison y Millward se presentaron ante el jefe Péno, que les dio la bienvenida. En cuanto a los otros marineros, penetraron al interior de la isla y no tardaron en casarse con algunas taitianas.

Churchill y un loco furioso llamado Thompson, después de haber cometido todo tipo de crímenes, riñeron. Churchill murió en esta lucha y Thompson fue apedreado por los indígenas. Así perecieron dos de los amotinados que habían tomado la parte más activa en la rebe-

lión. Los otros, al contrario, por su buena conducta, se ganaron la estima de los taitianos.

Sin embargo, Morrison y Millward veían siempre el castigo pendiendo sobre sus cabezas y no podían vivir tranquilos en esta isla donde hubieran sido fácilmente descubiertos. Entonces, tuvieron la idea de construir una embarcación, sobre la cual tratarían de llegar a Batavia, con el propósito de unirse al mundo civilizado. Con ocho de sus compañeros y con herramientas de carpintero, consiguieron, después de ardua labor, construir un pequeño velero que llamaron *La Resolución*, y lo fondearon en una bahía ubicada detrás de una de las puntas de la isla, llamada *punta de Venus*. Pero la imposibilidad absoluta de proveerse de velas les impidieron hacerse a la mar.

Durante este tiempo, convencidos de su inocencia, Stewart cultivó un jardín y Peter Heywood reunió los materiales de un vocabu-

lario que fue, más tarde, muy útil a los misioneros ingleses.

Sin embargo, dieciocho meses habían transcurrido cuando, el 23 de marzo de 1791, un velero bordeó la punta de Venus y se detuvo en la bahía Matavai. Era *La Pandora*, que había sido enviada por el almirantazgo inglés, en persecución de los amotinados.

Heywood y Stewart se apresuraron en subir a bordo, dijeron sus nombres y funciones, declarando que no habían tomado parte en el motín; pero no se les creyó y fueron encadenados inmediatamente, así como a todos sus compañeros, sin averiguar más detalles. Tratados con la inhumanidad más indignante, cargados de cadenas, amenazados con ser fusilados si usaban la lengua taitiana para conversar entre ellos, fueron encerrados en una jaula de once pies de largo, ubicada en la extremidad del castillo de popa, al cual un aficionado de la mitología identificó con el nombre de "caja de Pandora"

El 19 de mayo, *La Resolución* que había sido proveída de velas y *La Pandora* se hicieron a la mar. Durante tres meses, estos dos veleros cruzaron a través del archipiélago de los Amigos, donde se suponía que Christian y el resto de los amotinados pudieran haber buscado refugio. *La Resolución*, de un débil calado, había prestado eficaces servicios durante esta travesía; pero desapareció en las vecindades de la isla Chatam y aunque *La Pandora* permaneció durante varios días buscando el velero, nunca más se oyó hablar de *La Resolución*, ni de los cinco marineros que se encontraban a bordo.

La Pandora había tomado el camino a Europa con sus prisioneros, cuando en el estrecho de Torres, el barco chocó contra un arrecife de coral y se hundió inmediatamente con treinta y uno de sus marineros y cuatro de los rebeldes.

La tripulación y los prisioneros que habían escapado al naufragio pudieron llegar a un islote arenoso. Allí, los oficiales y los marineros

construyeron tiendas de lona; mientras los amotinados, expuestos a los ardores de un sol tropical, tuvieron que, para encontrar un poco de alivio, enterrarse en la arena hasta el cuello. Los náufragos permanecieron en este islote durante algunos días; luego todos llegaron hasta la isla Timor en las chalupas de *La Pandora* y la vigilancia tan rigurosa a la que fueron sometidos los rebeldes no se desatendió en momento alguno, a pesar de la gravedad de las circunstancias.

Al llegar a Inglaterra en el mes de junio de 1792, los amotinados comparecieron ante un consejo de guerra presidido por el almirante Hood. Los debates duraron seis días y terminaron con la absolución de cuatro de los acusados y la condena a muerte de otros seis, por el crimen de desertión y secuestro del navío confiado a su custodia. Cuatro de los condenados fueron colgados a bordo de un barco de guerra; los otros dos, Stewart y Peter Heywood, cuya

inocencia había sido finalmente reconocida, fueron perdonados.

¿Pero que había ocurrido con la Bounty?
¿Había naufragado con los últimos rebeldes a bordo? Era algo imposible de saber.

En 1814, veinticinco años después de ocurridos los hechos, con los cuales comienza esta narración, dos buques de guerra ingleses cruzaron Oceanía bajo las órdenes del capitán Staines. Se encontraban, al sur del archipiélago Peligroso, a la vista de una isla montañosa y volcánica que Carteret había descubierto en su viaje alrededor del mundo, y a la cual le había dado el nombre de Pitcairn. Era sólo un cono, casi sin playa, que se elevaba a pico sobre el mar, cubierto hasta su cúspide de bosques de palmeras y árboles del pan. Esta isla nunca había sido visitada; se encontraba a doscientas millas de Taití, a los 25 grados de latitud sur y los 180 grados y 8 minutos de longitud oeste; su superficie no medía más de cuatro millas y media de circunferencia

y una milla y media solamente en su eje más grande, y solo se conocían los datos que Cartetret había suministrado.

El capitán Staines decidió reconocer la isla y comenzó a buscar un lugar apropiado para desembarcar.

Al aproximarse a la costa, se sorprendió al ver algunas chozas, unas plantaciones y en la playa dos indígenas que, luego de haber lanzado una embarcación al mar y franquear hábilmente la resaca, se dirigían hacia el barco. Pero su asombro llegó al máximo posible cuando escuchó, en excelente inglés, las siguientes palabras:

- ¡Eh! ¡Ustedes, necesitamos una cuerda para subir a bordo!

Apenas llegaron a cubierta, los dos robustos remeros fueron rodeados por los asombrados marineros que los agobiaron con preguntas a las cuales ellos no supieron contestar. Condu-

cidos ante el comandante, fueron interrogados formalmente.

- ¿Quiénes son ustedes?

- Yo me llamo Fletcher Christian y mi compañero, Young.

Estos nombres no le decían nada al capitán Staines, que estaba muy lejos de pensar en los sobrevivientes de la *Bounty*.

- ¿Desde cuando están aquí?

- Nacimos allí.

- ¿Cuántos años tienen?

- Tengo veinticinco años - respondió Christian
- y Young dieciocho.

- ¿Fueron sus padres arrojados a esta isla por algún naufragio?

Entonces, Christian le hizo al capitán Staines la conmovedora confesión que sigue y de la cual estos son los principales hechos:

Al abandonar Taití y dejar en ella a veintiuno de sus compañeros, Christian, que tenía a bordo de la *Bounty* la narración del viaje del capitán Carteret, puso proa directamente hacia la isla Pitcairn, cuya posición juzgo conveniente para lograr sus propósitos. Veintiocho hombres componían entonces la tripulación de la *Bounty*. Estaba formada por Christian, el aspirante Young y siete marineros, seis taitianos que se le habían unido en Taití, entre los cuales habían tres hombres acompañados de sus mujeres y un niño de diez meses, además tres hombres y seis mujeres, indígenas de Tubuai.

La primera medida de Christian y de sus compañeros, tan pronto como habían llegado a la isla Pitcairn, fue destruir la *Bounty* para no ser descubiertos. Sin dudas, ellos habían perdido

toda posibilidad de abandonar la isla, pero el cuidado de su seguridad lo exigía.

El establecimiento de la pequeña colonia se hizo con dificultades, entre gentes que solo los unían la complicidad de un crimen. Pronto, comenzaron las peleas sangrientas entre los taitianos y los ingleses. En el año 1794, sólo cuatro de los amotinados habían sobrevivido. Christian había sido acuchillado por uno de los indígenas que él había secuestrado. Todos los taitianos habían sido exterminados.

Uno de los ingleses que había encontrado la forma de fabricar bebidas con la raíz de una planta indígena, terminó siendo víctima de su embriaguez y en un momento de *delirium tremens*, se precipitó en el mar, cayéndose desde la punta de una colina.

Otro, preso de un momento de furiosa locura, se había lanzado sobre Young y uno de los marineros, llamado John Adams, quien se vio for-

zado a matarlo. En el año 1800, Young murió durante una violenta crisis de asma.

John Adams era entonces el último sobreviviente de la tripulación de amotinados.

Solo y acompañado por varias mujeres y veinte niños, nacidos de la unión de sus compañeros con las taitianos, el carácter de John Adams se modificó profundamente. Tenía entonces treinta y seis años; había visto tantas escenas de violencia y crímenes, había visto la naturaleza humana bajo sus más tristes instintos que después de haber reflexionado, decidió enmendar el pasado.

En la biblioteca de la Bounty, que había sido conservada en la isla, había una Biblia y varios libros de oraciones. John Adams que frecuentemente los leía, se convirtió, inculcó excelentes principios a la joven población que lo consideraban como a un padre, y devino, por la fuerza

de los acontecimientos, el legislador, el gran sacerdote y, por así decirlo, el rey de Pitcairn.

Sin embargo, hacia 1814, las alarmas comenzaron a ser incesantes. En 1795, un barco se había acercado a Pitcairn, los cuatro sobrevivientes de la *Bounty* se habían escondido en los inaccesibles bosques y no se habían atrevido a regresar nuevamente a la bahía hasta que el barco no se alejara. Este mismo acto de prudencia se repitió en 1808, cuando un capitán americano desembarcó en la isla, donde encontró un cronómetro y una brújula, los cuales envió al almirantazgo inglés; pero el almirante no parecía interesado en estas reliquias de la *Bounty*. Es cierto que por esta época existían en Europa preocupaciones de más gravedad.

Tal fue la narración hecha al comandante Staines por los dos jóvenes, ingleses por sus padres, uno hijo de Christian, el otro hijo de Young; pero, cuando Staines pidió ver a John

Adams, este se negó a subir a bordo sin saber que ocurriría con él.

El comandante, después de haberle asegurado a los dos jóvenes que John Adams estaba amparado por la ley, debido a que habían transcurrido veinticinco años desde el motín de la Bounty, descendió a tierra y fue recibido por una población compuesta por cuarenta y seis adultos y un gran número de niños.

Todos eran grandes y vigorosos, con una marcada fisonomía inglesa; las jóvenes sobre todo eran admirablemente bellas y su modestia le imprimía un carácter realmente atractivo.

Las leyes puestas en vigor en la isla eran muy simples. En un registro era anotado lo que cada uno había ganado por su trabajo. El dinero era desconocido; todas las transacciones se hacían por medio del intercambio, pero no había industrias, porque la materia prima era escasa. La vestimenta de los habitantes estaba solo

conformada por inmensos sombreros y cinturones de hierba. La pesca y la agricultura, eran sus principales ocupaciones. Los matrimonios sólo se efectuaban con el permiso de Adams y sólo cuando el hombre hubiese desmontado y plantado un pedazo de tierra lo suficientemente grande como para proporcionar el sostén de su futura familia.

El comandante Staines, después de haber obtenido los más curiosos documentos sobre esta isla, perdida en las rutas menos frecuentadas del Pacífico, embarcó y regresó a Europa.

Desde entonces, el venerable John Adams terminó su azarosa vida. Murió en 1829 y fue reemplazado por el reverendo George Nobbs, que lo reemplazó en la isla, en las funciones de sacerdote, médico y maestro de escuela.

En 1853, los descendientes de los amotinados de la *Bounty* eran unos ciento setenta. Desde entonces, la población aumentó y llegó a ser tan

numerosa que, tres años después, gran parte de ella debió establecerse en la isla Norfolk, que hasta ese momento había sido usada como cárcel de convictos. Pero una parte de los emigrantes recordaban a Pitcairn, aún cuando Norfolk era cuatro veces más grandes, la tierra era notable por su fertilidad y las condiciones de existencia eran bien cómodas. Dos años después, varias familias retornaron a Pitcairn, donde continúan prosperando.

Este fue el epílogo de una aventura que había comenzado de una manera tan trágica. Al inicio, los amotinados, los asesinos, los locos, y ahora, bajo la influencia de los principios de la moral cristiana y de la instrucción dada por un pobre marinero convertido, la isla de Pitcairn se convirtió en la patria de una población sencilla, hospitalaria, feliz, donde se pueden encontrar nuevamente las costumbres patriarcales de las primeras edades.

Diez horas de caza I

Muchas personas sienten una verdadera antipatía hacia los cazadores, y no les falta completamente la razón.

Quizás provenga esa antipatía de ver que los citados aficionados a la caza no sienten el menor escrúpulo en matar con sus propias manos a los animales que luego han de comer.

Quizás provenga, y creo que esta razón es de más peso que la anterior, de la gran afición que tienen casi todos los cazadores a referir sus aventuras, vengan o no a cuento.

Hace más de veinte años, fui culpable del primer delito. Cacé, si, cacé, y en castigo voy a ser culpable también de la segunda razón contando mis aventuras de caza.

¡Ojalá que este relato verídico y sincero quite para siempre a mis semejantes la afición a correr por los campos, de la ceca a la meca, seguido del perro, el saco a la espalda, la cartuchera en la cintura y el fusil al brazo! Sin embargo, no lo espero.

II

Un filósofo guasón dijo, no recuerdo dónde ni cuándo, “que no se debe tener nunca ni casa de campo, ni coche, ni caballos, ni posesiones donde haya caza, puesto que siempre hay amigos que se encargan de tenerlos por los demás”.

En virtud de este axioma, yo hice mi estreno en la carrera de las armas en unos terrenos reservados del departamento del Somme, sin ser yo el propietario.

Era a fines de agosto de 1859, sino recuerdo mal. Un bando de la alcaldía fijaba para el otro día la apertura de la caza.

En la ciudad de Amiens, cualquier tendero o artesano posee su escopeta, con la cual va a recorrer los campos en busca de caza; se comprende pues, la impaciencia con que la citada apertura era pues esperada desde hacía ya seis semanas.

Tanto los cazadores de oficio, como los de segundo y tercer orden, los hábiles que matan sin apuntar como los tontos que apuntan y no matan nunca, todos se preparaban en vista de la apertura, se equipaban, no pensando, hablando, ni soñando más que con liebres, conejos y perdices. Mujer, hijos, familia, amigos, todo se olvidaba. Política, artes, literatura, agricultura, comercio, todo desaparecía ante la perspectiva del gran día. Entre mis amigos en Amiens, había uno, verdadero cazador, pero persona amable, aunque era empleado. Algunas veces padecía de reuma al tratarse de ir a la oficina; pero estaba siempre más listo que un galgo cuando

ocho días de vacaciones le permitían asistir a la apertura de la caza.

Mi amigo se llamaba Bretignot.

Algunos días antes de la fecha memorable, Bretignot estuvo en mi casa.

-¿No ha cazado usted nunca? -me dijo con ese tono de superioridad que tiene dos partes de amabilidad contra ocho de desdén.

-Nunca, Bretignot -le respondí-, ni pienso hacerlo.

-Entonces, venga a la apertura conmigo -añadió Bretignot-. Tenemos en Hérissant doscientas hectáreas reservadas, en donde la caza abunda. Tengo derecho a llevar un convidado, por lo cual lo invito, y le llevo.

-Es que... -dije yo balbuceando.

-¿No tiene usted escopeta?

-No; ni la he tenido nunca.

-Eso no importa. Yo le prestaré una. Es de pistón, es verdad; pero eso no impide que se pueda matar con ella una liebre a ochenta pasos.

-Si tiene uno la suerte de darle -repliqué yo.

-Naturalmente. Lo que no tendrá usted es perro.

-Inútil; teniéndolo en la escopeta, sería demasiado dos perros¹.

Mi amigo me miró un tanto molesto. No le gusta que se burle uno de las cosas de caza. Es sagrado, según él.

-En fin, ¿viene o no?

-Si usted se empeña... -respondí yo sin el menor entusiasmo.

-¡Ya lo creo! Es preciso cazar cuando menos una vez en la vida. Salimos el sábado por la tarde; cuento con usted.

He aquí cómo me ví comprometido en esta aventura, cuyo funesto recuerdo me persigue siempre.

Debo confesar, sin embargo, que los preparativos no me inquietaron ni poco ni mucho, ni me quitaron el sueño. Sin embargo, la curiosidad me animaba un poco. ¿Era realmente interesante un cacería? En todo caso, mi idea era, más que cazar, observar a los cazadores. Si me decidí a llevar una escopeta fue por no hacer un papel ridículo en medio de aquellos cazadores, de los cuales Bretignot contaba tantas proezas.

Bretignot me prestaba una escopeta, es verdad, pero me faltaba un morral. Me puse pues, en busca de uno ya usado, pero no encontré ninguno; estaban en alza. Me decidí entonces a comprar uno nuevo, a condición, sin embargo,

que me lo volverían a tomar, con un cincuenta por ciento de pérdida, si lo regresaba sin estrenar.

El comerciante me miró y se sonrió.

Aquella sonrisa me pareció de mal agüero.

Sin embargo, pensé yo, ¿porqué no lo he de estrenar?

¡Oh vanidad humana!

1. En francés al gatillo de la escopeta se le llama *chien* del mismo modo que al perro. Al hacer la traducción no resulta el juego de palabras. (N. del T.)

III

El día fijado, la víspera de la apertura, a las seis de la tarde, estaba en el sitio de la cita dado por

Bretignot, en la plaza de Perigord, donde subimos en la diligencia. Eramos ocho, sin contar los perros.

Bretignot y sus compañeros de caza (no osaba yo contarme entre ellos) estaban apuestos y hasta hermosos con sus trajes tradicionales. Tipos excelentes, dignos de observación; unos serios, pensando en el día de mañana; otros alegres, habladores. Había allí reunidos seis de los mejores tiradores de la capital. Apenas si yo los conocía de vista; pero mi amigo Bretignot se apresuró a presentármelos con todo el ceremonial de costumbre.

Primero me presentó a Maximon, alto, delgado, el hombre más amable y sencillo en la vida ordinaria, pero feroz en cuanto tenía la escopeta en la mano; era uno de esos cazadores de los cuales se dice que serían capaces de matar a uno de sus compañeros, con tal de no volver sin haberse estrenado. Hablaba muy poco, y por lo tanto, pensaba mucho.

Al lado del personaje descrito se encontraba Duvauchelle. ¡Qué contraste! Este era gordo, pequeño, de cincuenta y cinco a sesenta años; sordo, capaz de no oír el estampido de su escopeta, pero aficionado a reclamar siempre en los tiros dudosos. Una vez le hicieron tirar sobre una liebre muerta con la escopeta descargada.

También tuve que aceptar un fuerte apretón de manos de Matifat, aficionado a cuentos de caza. No sabía hablar de otra cosa. ¡Qué inteligencia! El canto de la perdiz, el ladrido del perro, el tiro de la escopeta. ¡Pam, pim, pum! Tres tiros con una escopeta de dos cañones. ¡Qué gestos! Imitaba con la mano los movimientos de la caza, las piernas que se doblan, la espalda que se inclina para asegurar mejor el tiro, el brazo izquierdo que se extiende, mientras el derecho se trae al pecho para montar la culata de la escopeta. ¡Cuántos animales mataba así! No se escapaba ni uno. Por poco no me mata a mí en una de sus gesticulaciones.

Lo que tenía que ver y oír era la conversación entre Matifat y su amigo Pontcloué.

-Sería imposible poder fijar el número de liebres que yo maté el año pasado -decía Matifat, mientras nuestro coche corría hacia Hérissart. Sería completamente imposible.

Yo pensé que lo mismo me sucedía a mí.

-Y yo -respondía Pontcloué- ¿Te acuerdas la última vez que fuimos a cazar a Argaeuves? ¡Vaya unas perdices!

-Todavía me parece estar viendo la primera que tuvo la suerte de atravesar por entre los perdigones que salieron de mi escopeta.

-Y yo la segunda, cuyas plumas hice volar tan bien, que no debió quedarle más que el pellejo completamente pelado.

-¿Y la otra que tuve el aplomo de tirar a más de cien pasos?

-¡Qué caza, amigos míos, qué caza!

Contando yo, mientras ellos hablaban, pude apercibirme que ninguna de las personas que, según ellos, habían matado, tuvo por conveniente figurar en el morral de tan listos cazadores. Pero no me atrevía a decir nada porque soy tímido por naturaleza con las personas que saben más que yo. Sin embargo, no trataban más que errar los tiros; yo creo que habría hecho otro tanto.

En cuanto a los nombres de los otros cazadores, los he olvidado.

IV

¡Al fin llegó el siguiente día! ¡Qué gran noche pasamos en la posada de Hérisart! Un cuarto para ocho, una nube de parásitos fraternalmente distribuidos entre nosotros y los perros, que se rascaban con una rabia capaz de hundir el piso.

A mi, ¡oh inocente!, se me ocurrió preguntar a la posadera, una vieja desgarbada, si había pulgas en el cuarto.

-No señor -me respondió-, se las comerían los chinches.

En vista de esto, me decidí a dormir vestido sentado en una silla medio desvencijada. No podía tenerme de dolores cuando me levanté.

Naturalmente fuí el primero en levantarme. Bretignot, Matifat, Pontcloué, Duvauchelle y sus compañeros roncaban todavía. Deseaba por momentos estar en el campo, como los cazadores sin experiencia que quieren salir antes del amanecer y antes de haber comido. Pero los profesores, a los que con el debido respeto fui despertando uno a uno, calmaron mis impacencias de neófito. Sabían los muy tunantes que las perdices al amanecer tienen las alas todavía húmedas y se las encuentra con dificultad.

Tuvimos pues que esperar a que el sol se bebiera todas las lágrimas del rocío.

Al fin, después de almorzar, dejamos la posada y nos dirigimos a la llanura en que estaban los terrenos reservados.

En el momento de llegar a ella, Bretignot se acercó y me dijo:

-Tenga usted bien la escopeta, en sentido oblicuo, el cañón hacia el suelo, y tenga cuidado de no matarnos a alguno.

-Haré lo posible -respondí-, sin embargo no me comprometo.

Bretignot hizo un gesto desdeñoso, y la caza empezó.

Hérisart es un lugar bastante feo, bastante árido, pero a pesar de eso, según Matifat, había muchas liebres. Con esta agradable perspectiva todas aquellas gentes estaban de buen humor.

Seguimos andando. El tiempo era magnífico. Algunos rayos de sol empezaban a atravesar las nubes matutinas que cubrían el horizonte. Por todas partes se oían gritos, gorjeos, silbidos. De cuando en cuando una nube de pájaros se levantaba.

Más de una vez preparé la escopeta.

-No tire usted, no tire usted -me dijo mi amigo Bretignot, que no dejaba de observarme ni un solo momento.

-¿Porqué no tirar? ¿no son codornices?

-No, son alondras.

Excuso decir que Maximon, Duvauchelle, Pontcloué, Matifat y los otros, empezaron a mirarme con malos ojos. Poco a poco se fueron separando de mí, con sus perros, los que con el hocico bajo olfateando... y con los rabos levantan-

tados... parecían signos de interrogación que yo hubiera podido responder.

Se me ocurrió que todos aquellos caballeros no deseaban continuar en los límites de la zona de un novato, cuya escopeta les inquietaba un poco.

-¡Caramba! Tenga usted bien la escopeta -me dijo Bretignot, en el momento que se separaba de mí.

-No la tengo peor que otro cualquiera -respondí yo, un poco incomodado por aquel lujo de recomendaciones.

Bretignot se encogió de hombros y se fue a la izquierda; como no deseaba quedarme atrás apreté el paso.

Al poco tiempo me reuní con mis compañeros; pero, con objeto de no alarmarlos, llevaba la escopeta al hombro, con la culata para arriba.

Eran dignos de ser vistos todos aquellos cazadores de oficio con sus trajes de caza. Chaqueta blanca, pantalón de terciopelo, zapatos con grandes suelas y clavos, y polainas que cubrían las medias de lana, preferibles a las de hilo o algodón, que causan en seguida heridas, cosa que pude observar por experiencia al poco rato. Yo, como simple aficionado, no estaba tan bien, lo cual es lógico; pero no se puede pedir que un principiante tenga un vestuario como un cómico antiguo.

En cuanto a caza, debo decir que hasta aquel momento no habíamos visto nada, a pesar de todo lo dicho por mis compañeros anteriormente, y hasta me advirtieron, sobre todo, que vista la abundancia, no tirase sobre las hembras que fuesen a ser madres.

Como es de suponerse, era una advertencia inútil, pues mal podía distinguir eso, yo que no sé diferenciar un conejo de un gato, aún estando guisado.

Bretignot, que sin duda quería que le honrase con mi comportamiento, me dijo:

-Una última recomendación que puede ser importante en el caso en que tire usted a una liebre.

-Si pasa.... -dije en un tono burlesco.

-Pasará -añadió Bretignot-; acuerdese usted que, gracias a su estructura, una liebre corre más al subir que al bajar. Es preciso tener esto en cuenta para dar dirección al tiro.

-¡No sabe lo que le agradezco la advertencia! -respondí. Su observación me servirá de seguro, pues no pienso echarla en saco roto.

Al propio tiempo, pensaba yo que aun bajando sería probable que la liebre fuera demasiado de prisa para parar su carrera con mis perdigones.

-¡A cazar, a cazar! -gritó entonces Maximon. No hemos venido a ser maestros de escuela de los principiantes.

¡Vaya un hombre terrible!

No osé responder nada.

Delante de nosotros, a derecha e izquierda, se extendía una inmensa llanura. Los perros marchaban delante. Los dueños se dispersaron. Yo hacía todos los esfuerzos inimaginables para no perderlos de vista. Se me había ocurrido una idea. Mis compañeros, burlones como buenos cazadores, serían capaces de hacerme alguna farsa o broma, fundada en mi inexperiencia. Me acordaba, sin querer, de aquel principiante a quien sus amigos hicieron tirar a un conejo de cartón que oculto entre unas ramas tocaba iró-

nicamente el tambor. Me hubiera muerto de vergüenza si me pasara una cosa semejante.

Marchábamos todos al azar, siguiendo a los perros, con objeto de llegar a una colina que se divisaba a tres o cuatro kilómetros, y en cuya cima se veían algunos arbolitos.

A pesar de los pesares, mis compañeros, acostumbrados a andar en aquellas tierras, iban más aprisa que yo, y al fin me dejaron atrás. El mismo Bretignot, que al principio iba un poco más despacio, para no abandonarme a mi triste suerte, aceleró la marcha, para poder ser de los primeros en tirar. No me incomodé por esto. ¡Ah, Bretignot, tu instinto, más fuerte que tu amistad, te atraía irresistiblemente! Al poco rato no divisaba más que las cabezas de mis compañeros.

Hacía ya más de dos horas que habíamos salido de la posada y todavía no se había tirado ni un solo tiro. ¡Qué mal humor, cuántas recrimi-

naciones habría luego si al volver lo hacían con el morral vacío!.

Parecerá imposible, pero fue así; yo tuve el honor de disparar el primer tiro. ¿De qué modo? Voy a decirlo, aunque me avergüence.

Cuando dejé a mis compañeros mi escopeta estaba todavía sin cargar. ¡Cosas de principiantes! Era por cuestión de amor propio. Como tenía casi la seguridad de que había de hacerlo muy mal, quise quedarme solo para la terrible operación.

Así pues, una vez sin testigos, saqué la pólvora que eché en el cañón derecho; después los perdigones, mas bien muchos que pocos. Cuantos más haya, más probabilidades hay de hacer blanco. Una vez hecho eso, puse imprudentemente el pistón en su sitio, y repetí lo mismo con el cañón izquierdo. Pero antes de acabarla, ¡Qué detonación! Salió el tiro rozándome la cara. No me había acordado de poner el gatillo

derecho en el seguro, y con los movimientos que hice se bajó e hizo salir el tiro.

Aviso a los principiantes. Por muy poco no hago que la apertura de la caza del departamento del Somme empiece con una desgracia. ¡Qué gran noticia para los periódicos de la localidad!

Y sin embargo, si al salir este tiro por casualidad hubiera pasado alguna perdiz en la dirección del disparo, con seguridad le hubiera matado. No se me volvería a presentar una ocasión tan buena.

VI

Mientras tanto, Bretignot y sus compañeros habían llegado a la cima, donde se pararon para tratar lo que era preciso hacer para conjurar la mala suerte que les perseguía. Al poco rato estuve a su lado, después de haber cargado de

nuevo la escopeta, pero esta vez con muchas precauciones.

Maximon me preguntó en seguida con tono altanero, digno de un maestro:

-¿Ha tirado usted?

-Sí... es decir... Sí he tirado.

-¿Una perdiz?

-Una perdiz

Por nada del mundo hubiera confesado mi torpeza.

-¿Y dónde está esa perdiz? -preguntó Maximon, tocando con la culata mi morral vacío.

-Perdida, respondí sin inmutarme. ¿Qué quiere usted? No tenía perro. ¡Si hubiera tenido un perro!

Me parece que con tal desfachatez no puedo por menos de llegar a ser un verdadero cazador.

De pronto mi examen fue bruscamente interrumpido. El perro de Montcloué levantó una codorniz a menos de diez pasos de distancia. Involuntariamente, por instinto si se quiere, me eché la escopeta a la cara, y... pam, como decía Matifat.

¡Vaya una bofetada que recibí, dada por la culata de mi escopeta, que no coloqué bien; una bofetada de las cuales no se puede pedir satisfacción a nadie! Al mismo tiempo mi tiro fue seguido de otro de Pontcloué.

La codorniz cayó, media deshecha, y fue recogida por el perro, que se la llevó a su dueño, quien se la guardó en su morral.

Ni siquiera se le ocurrió pensar que quizá hubiera yo tenido parte en aquella muerte. Pero

no dije nada, no me atrevía. Ya he dicho que soy naturalmente tímido con las personas que saben más que yo.

En vista del primer éxito, se animaron todos aquellos aficionados a destruir la caza. ¡Qué gran cosa! ¡Una codorniz al cabo de tres horas de caza! Era imposible que en todo aquel terreno no hubiera otra, y si la encontraban y la mataban, tocarían a un tercio de codorniz por cazador.

Pasada la colina nos encontramos en plena tierra de labor. Yo prefiero cien veces el asfalto de los bulevares a los surcos, que le hacen a uno ir dando saltos y acabar por tener un peso en los pies el triple que de ordinario.

Toda la banda y los perros continuó así durante dos horas sin ver nada. La cosa más insignificante, una piedra, en la que uno tropezaba; perro que se ponía adelante, todo, todo inco-

modaba a aquellos caballeros. Indicios seguros de mal humor general.

Al fin, a unos cuarenta pasos se divisaron varias perdices en un campo de remolachas.

El grupo se componía de dos perdices. Tiré al bulto, y al mismo tiempo sonaron otros dos disparos. Eran Matifat y Pontcloué.

Uno de aquellos infelices animales cayó. El otro siguió su camino, y se fue a parar a un kilómetro más allá, detrás de una ondulación del terreno.

¡Oh, pobre perdiz! ¡Qué disputa hubo por tu causa! ¡Qué discusión entre Matifat y Poncloué! Cada uno pretendía ser el autor de la muerte. ¡Qué palabras! ¡Qué indirectas! ¡Qué alusiones! ¡Qué calificativos! Aquella sería la última vez que cazaran juntos; y otra porción de cosas del género picante que mi pluma no se atreve a escribir.

Realmente, los dos tiros habían salido al mismo tiempo.

Había un tercer disparo que fue el primero, pero no debía mentarse si quiera. ¡Cómo era posible que yo, un principiante, hubiera sido el autor de aquella muerte!

En virtud de ésto no creí deber intervenir en la disputa entre Matifat y Pontcloué, ni aun con la generosa idea de conciliarlos. Y no reclamé, porque soy naturalmente tímido con... ya saben ustedes el resto de la frase.

VII

Con gran satisfacción de nuestros estómagos dieron las doce, en vista de lo cual nos detuvimos al pie de un olmo. Las escopetas y los morrales vacíos se dejaron a un lado. Después almorzamos para recobrar algunas de las fuerzas perdidas desde nuestra salida.

¡Triste almuerzo! ¡Tantas recriminaciones como bocados! ¡Qué horrible lugar! Un coto bien guardado lo destacaban los merodeadores. Debían colgarse uno de cada árbol con un letrero en el pecho. ¡La caza era ya imposible! En dos años no quedaría el menor vestigio de caza. ¿Porqué no prohibirla durante cierto tiempo? En fin, un cúmulo de frases pronunciadas por una reunión de cazadores que no se habían estrenado desde el amanecer.

Después volvió a empezar la disputa entre Matifat y Pontcloué, a propósito de la perdiz. Se mezclaron los demás en la discusión. Creí que al fin iban a acabar por golpearse.

Al cabo de una hora nos pusimos de nuevo en marcha, más ágiles. Quizás seríamos más felices antes de llegar la hora de comer. ¡Qué verdadero cazador pierde la esperanza hasta el último momento!

Los perros volvían a tomar la delantera. Sus dueños gritaban con voces que son muy parecidas, por lo terribles, a las voces de mando de la marina inglesa.

Yo les seguía con paso indeciso. Mi morral, aunque vacío, me molestaba. La escopeta me parecía pesadísima y me hacía acordar de mi bastón. Todo lo hubiera cedido con gusto a alguno de los palurdos que nos seguían, y me preguntaban en tono burlón cuánto había matado; pero mi amor propio me lo impedía.

Dos horas, dos largas horas pasaron. Habíamos andado ya quince kilómetros. Entonces empecé a tener la seguridad de que sería más fácil que volviese cargado de dolores a mi casa, que de perdices o codornices.

De pronto un ruido me distrajo. Era un grupo de perdices que se levantó de detrás de unas matas. Descarga cerrada. Lo menos quince tiros salieron, contando el mío.

De pronto se oyó un grito entre el humo. Miro, y veo aparecer a un hombre entre las matas.

Era un aldeano, con el carrillo derecho hinchado, como si tuviera una nuez en la boca.

-Bueno, una desgracia -exclamó Bretignot.

-No faltaba más que ésto -repuso Duvauchelle.

Tales fueron las frases que les inspiró "el delito de heridas sin intención de matar", según lo clasifica el Código. Y sin hacer caso corrieron tras de los perros, que traían sólo dos perdices heridas, y que mis amigos, que sin duda carecían de entrañas, acabaron por matarlas a puntapiés. Les deseo la misma suerte en iguales circunstancias.

Durante este tiempo, el aldeano continuaba inmóvil, con el carrillo hinchado.

Bretignot y sus compañeros volvieron a mi lado.

-¿Qué le pasa a usted, buen hombre? -dijo Maximon en tono protector.

-Tiene un perdigón en el carrillo -dije yo.

-¡Bah! eso no es nada -añadió Duvauchelle.

-Sí, sí -exclamó el aldeano, que creyó oportuno hacer ver la importancia del mal por medio de un gesto horrible.

-Pero ¿quién ha sido el torpe que ha hecho daño a ese pobre diablo? -preguntó Bretignot, mirándome con fijeza.

-¿Ha tirado usted? -me dijo Maximon.

-Sí, como todos.

-Entonces no hay duda.

-Es usted tan mal cazador, como Napoleón I -añadió Pontcloué, que detestaba el Imperio.

-¿Yo? ¿yo? -exclamé.

-No puede ser más que usted -me dijo severamente Bretignot.

-Decididamente, este caballero es un hombre peligroso -repuso Matifat.

-Cuando uno es tan torpe se rehusan las invitaciones, sean de quien sean -añadió Pontcloué.

Y sin decir más se fueron.

Comprendí en seguida que me endosaban al herido.

Tuve el valor de sacrificarme. Saqué el portamonedas y le di diez francos al aldeano, cuyo carrillo se deshinchó instantáneamente. Sin duda se había tragado la nuez.

-¿Está usted mejor? -le dije.

-¡Ay, ay! me vuelve a empezar -respondió, mientras se le hinchó el carrillo izquierdo.

-Vaya, basta de broma; basta con un carrillo.

Y me marché.

VIII

Mientras discutía con aquel pillo perdí de vista a mis compañeros; después de todo, bien claro me dijeron que no estaban seguros al lado de un torpe como yo; así que decidí no buscarlos.

Bretignot mismo, severo, pero injusto, me había abandonado, cual si yo hubiera sido algún bandido, o fuese capaz de hacer mal de ojo. Realmente no me incomodó semejante conducta. A lo menos, así sería sólo responsable de mis actos.

Me quedé en medio de aquella llanura, que nunca se acababa. ¿Quién me había hecho a mí encontrarme con toda aquella carga en las espaldas? No veía ni perdices ni liebres. ¡Cuánto

mejor hubiera estado en mi despacho leyendo o escribiendo!

Empecé a andar sin dirección fija, tomando con preferencia los caminos a las tierras de labor. Me sentaba diez minutos, andaba veinte. No se veía ninguna cosa. Ninguna torre cortaba el horizonte. Aquello era un desierto. De cuando en cuando se leía un letrero: Coto reservado.

¿Reservado? No a la caza, puesto que no la había.

Continué andando, pensativo, con la escopeta al brazo. Parecía que el sol no se movía. Quizás algún nuevo Josué hubiera parado su marcha, proporcionando así un placer a mis compañeros. Sin duda no iba a haber noche el día de la apertura.

En este mundo todo tiene un límite, aún en los cotos.

Apareció un bosquecillo que cortaba la pradera; un kilómetro más, y llegaba a él. Continué andando sin apretar el paso y llegué al bosque.

A lo lejos; pero muy lejos, se oían tiros.

“Gran caza están haciendo, pensé. De seguro no van a dejar absolutamente nada para el año que viene.”

Entonces se me ocurrió que quizás tendría más suerte en el bosque que en la pradera. En los árboles habría cuando menos inocentes gorriones, de los que nos ponen en la fondas de lujo como alondras.

El demonio de la caza había tomado posesión de mí. ya no llevaba la escopeta al hombro; la cargué, alcé el gatillo, y empecé a mirar con cuidado a derecha e izquierda.

¡Nada! Los gorriones, temiendo sin duda a las fondas de París, se ocultaban. Una o dos veces apunté, pero eran hojas que se movían con el viento, y no quería tirar sobre la hojas.

Eran las cinco; debía estar dentro de cuarenta minutos en la posada para comer, antes de tomar el coche que debía de volver a Amiens a hombres y bestias, vivos o muertos.

Seguí el camino siempre con cuidado.

De pronto me detuve. El corazón me saltaba de su sitio.

Entre unas matas, a cincuenta pasos, había algo.

Era oscuro, con bordes plateados y un punto rojo como una escarapela ondulante. De seguro algún ave u otro animal de pelo y pluma. Dudaba si sería una liebre o un faisán. ¿porqué no? ¿qué haría si al volver a ver a mis compa-

ñeros llevaba en mi saco el cadáver de un faisán?

Me aproximé con cuidado con la escopeta preparada. Contenía la respiración. Estaba emocionado. Sí, emocionado como Bretignot, Maximon y Duvauchelle reunidos.

Cuando estuve cerca, a unos veinte pasos, me arrodillé con objeto de hacer mejor la puntería. El ojo derecho abierto, el izquierdo cerrado. Apunté e hice fuego.

-¡Le he dado! -exclamé fuera de mí. Y lo que es esta vez nadie me disputará mi derecho.

En efecto, había visto volar algunas plumas, o quizás pelos.

No teniendo perro, me precipité entre las ramas, ví al animal inmóvil, no dando el menor signo de vida, lo cogí...

¡Era un sombrero de gendarme, bordado de plata, con la escarapela roja! Afortunadamente, el sombrero no estaba en la cabeza de su propietario cuando yo disparé.

X

En aquel momento, una masa larga y estrecha que estaba echada sobre la hierba, se levantó.

Reconocí en seguida con terror al pantalón azul con franja negra, la guerrera oscura con botones plateados, el cinturón amarillo, todo lo cual desperté yo con mi tiro.

-¿Se entretiene usted, en tirar sobre los tricor-nios de los gendarmes? -me dijo, con ese acento brusco que distingue a la célebre institución.

-Gendarme, perdone usted -balbucí yo.

-¡Y le ha dado usted en medio de la escarapela!

-Yo creía que era una liebre... fue una ilusión... Después de todo, estoy dispuesto a pagar lo que sea.

-Sí. Es que cuesta caro un sombrero de gendarme, sobre todo si se tira sin licencia.

Me puse pálido. Se me agolpó la sangre en el corazón.

-¿Tiene usted licencia? -me dijo el gendarme.

-¿Licencia?

-Sí, licencia. Debe usted saber lo que es.

No tenía semejante licencia. Para un solo día de caza creí que no valía la pena sacarla. Pero reponiéndome, creí que debía decir lo que se dice siempre, que me la había olvidado en mi casa.

Una sonrisa de duda se pintó en la cara del representante de la ley.

-Me veo en la necesidad de levantar acta -dijo.

-¿Porqué? Mañana le enviaré a usted el permiso y...

-Está bien; pero tengo que levantar acta.

-Hágala, ya que usted es insensible al ruego de un principiante.

Un gendarme sensible no sería un gendarme. Sacó del bolsillo una cartera envuelta en cuero amarillo.

-Su nombre -me dijo.

Yo sabía que en estos casos la costumbre es dar el nombre de algún amigo. Si en aquella época hubiera sido miembro de la Academia de Amiens, no hubiera titubeado un momento en dar el nombre de mis compañeros. Me contenté dando el nombre de uno de mis amigos de París, pianista distinguido. El tal amigo, ocupado sin duda en hacer escalas, estaba lejos de figu-

rarse que se le iba a citar como delincuente en caza.

El gendarme tomó cuidadosamente el nombre de la víctima, su profesión, edad y domicilio. Después tuvo la amabilidad de rogarme que le entregara la escopeta, lo que hice en seguida. Menos peso tenía que llevar; le dije que si quería también el morral, el cuerno, la pólvora, los perdigones, etc, etc... Se rehusó generosamente, cosa que yo sentí.

Faltaba la cuestión del sombrero. Se arregló en seguida por medio de una moneda de oro.

-Es lástima; el sombrero estaba bien conservado -dije yo.

-Como que es casi nuevo -respondió el gendarme. Lo compré hace seis años a un sargento que se había retirado.

Se puso el sombrero el majestuoso gendarme y se fue por un lado y yo por el otro.

Una hora después llegaba a la posada, donde traté de disimular la confiscación de la escopeta y mi aventura. Mis compañeros traían una codorniz y dos perdices para siete. Matifat y Pontcloué se habían peleado para siempre y Maximon y Duvauchelle se repartieron unos cuantos puñetazos a propósito de una liebre que seguía corriendo.

XI

Tal es la serie de emociones por las que pasé en aquel día memorable. Quizás maté una codorniz, quizás había matado una perdiz, quizás había herido a un aldeano; pero con seguridad había atravesado el sombrero de un gendarme. Sin licencia, me levantaron acta, es decir, a mi amigo. Engañé a la autoridad. ¿qué más cosas pueden suceder a un principiante?

Excuso decir que mi amigo el pianista tuvo una sorpresa desagradable cuando recibió la cita para comparecer ante el tribunal, donde no pudiendo probar nada le condenaron a dieciséis francos de multa, más los gastos, que eran casi la misma cantidad.

Debo advertir que, algunos días después, recibió por correo, con la firma de Restitución, un giro de treinta y dos francos, importe de lo pagado por él. Nunca supo de quién provenían.

XII

No me gustan los cazadores, lo he dicho desde el principio, sobre todo porque cuentan sus aventuras. Es así que acabo yo de contarles las mías; imploro pues, su perdón, amables lectores. No lo volveré a hacer.

Esta expedición será la primera y la última, pero conservaré siempre su recuerdo. Por esta razón, siempre que veo un cazador seguido de

su perro y la escopeta al brazo, no me olvido nunca de desearle buena caza; dicen que esa frase es de mal agüero.